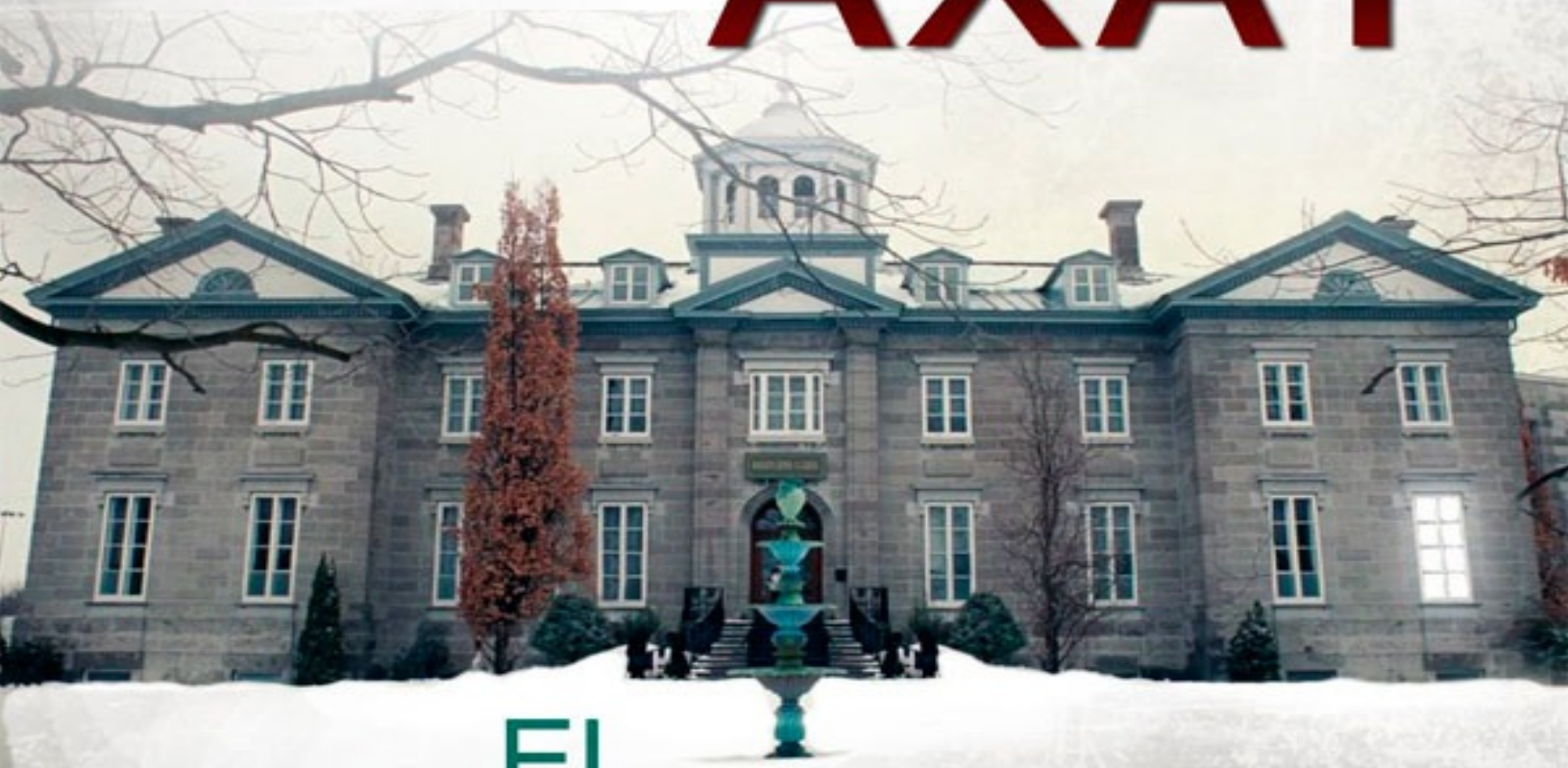
AUTOR DE BENJAMIN

FEDERICO AXAT



EL AULA 19

En plena noche, cinco extraños son convocados de manera peculiar a una escuela para niños ricos en las afueras de la ciudad. Una vez dentro, y todavía sin conocer el propósito real de la reunión, comprenderán que todos ellos están relacionados de una u otra manera con una tragedia que tuvo lugar una década atrás: la muerte de catorce niños en el aula 19.

En un juego de desconfianzas y complicidades, deberán desentrañar el misterio de aquellas muertes y sus implicaciones en el presente. En la escuela se esconde la verdad, pero también alguien peligroso que ha esperado mucho tiempo para mostrar su verdadera naturaleza.

Federico Axat

El aula 19

ePub r1.2

orhi 17.02.2016

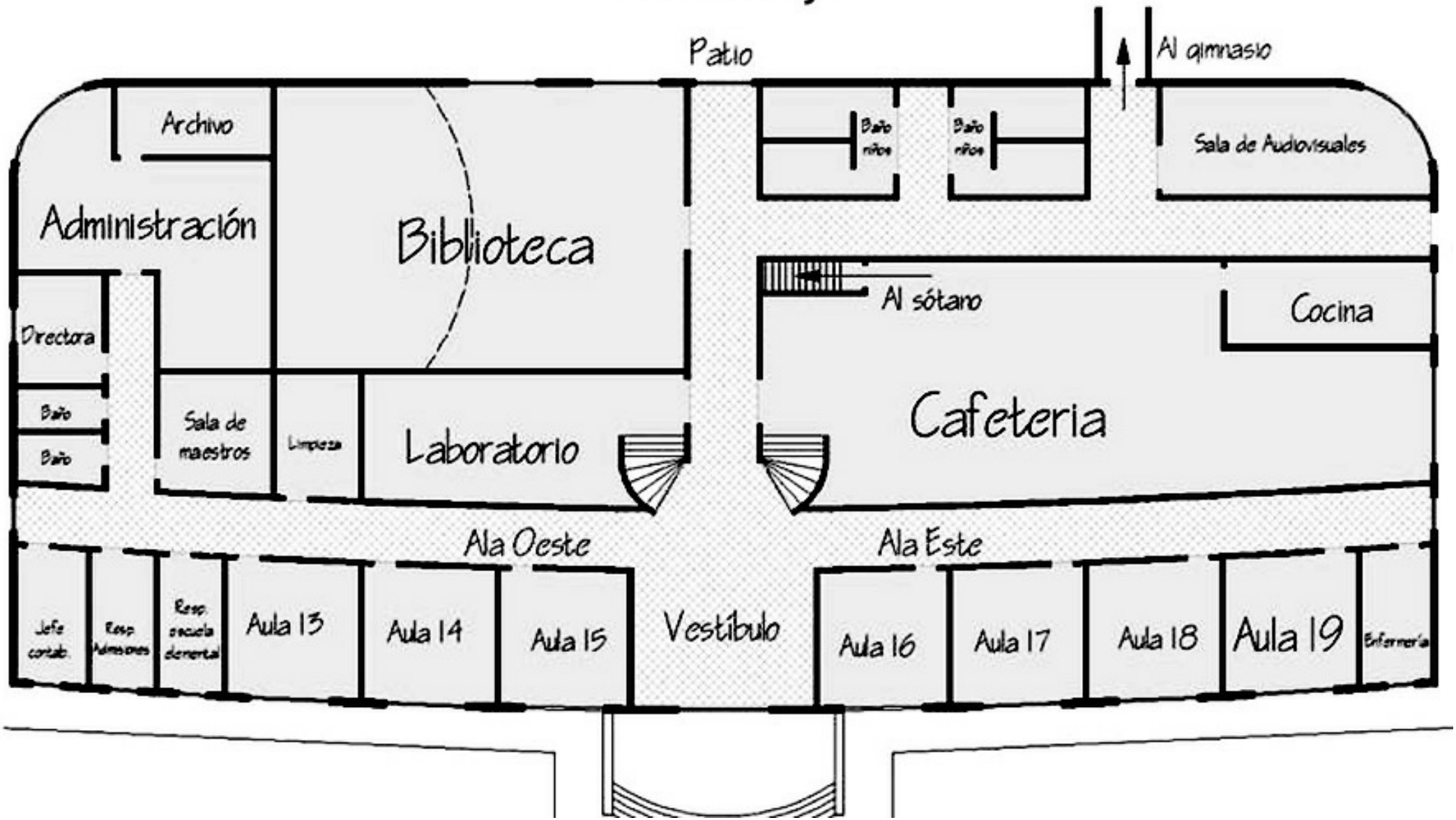
Título original: *El aula 19*
Federico Axat, 2012

Editor digital: orhi
Corrección de erratas: brusina y pepe15042
ePub base r1.2



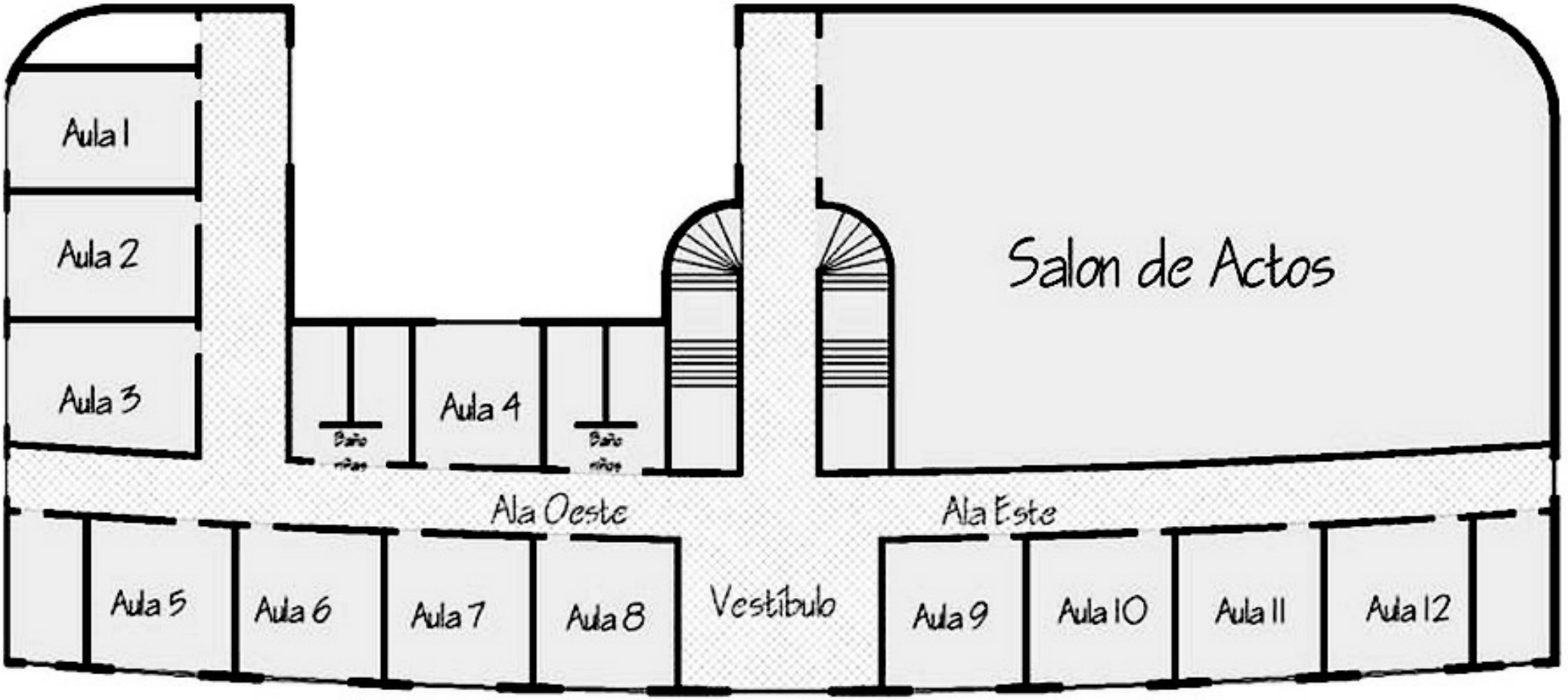
Plano escuela Woodward

Planta Baja



Plano escuela Woodward

Segunda Planta



Parte I - En el exterior

1

Noviembre 5 de 1993
Fragmento televisivo

Twin Pines es testigo de una tragedia sin precedentes. Hace instantes, portavoces de la policía han dado a conocer la terrible noticia que confirma que los catorce niños del cuarto grado B de la escuela Woodward han perdido la vida en un misterioso episodio.

El infortunado hallazgo se produjo alrededor de las once de la mañana cuando una de las maestras, cuya identidad no se ha dado a conocer, abrió la puerta del aula 19 y se encontró con el inesperado espectáculo. Según ha trascendido, los cuerpos de los niños presentaban un estado de…

2

Diez años después.

Mientras Judd Wilson cruzaba el vestíbulo, un ramillete de sombras se deshojaba a su paso como los pétalos de una flor muerta. Era el cuidador, y por las noches la escuela Woodward le pertenecía. Vagaba en penumbras, amo y señor en su palacio solitario.

Un letrero en la pared del ala Oeste rezaba:

ADMINISTRACIÓN

Judd dio el primer paso, desafiante. Avanzó junto a una serie de aulas y despachos hasta que el corredor giró hacia la derecha y se hizo más estrecho. La iluminación que se filtraba desde el exterior allí no era tan buena. Sopesó la idea de encender las luces, pero finalmente no lo hizo. Casi al final, a la izquierda, estaba la puerta del despacho de la directora Kathleen Blake, y el solo hecho de concentrarse en ella hizo que esbozara una sonrisa.

Llevaba más de diez años como cuidador. Aceptar el empleo había sido idea de Goldie, y Judd por aquel entonces procuraba someter a cierta consideración a las peticiones de su esposa. Eso había sido antes del cambio —la metamorfosis, decía su amigo Carter—, cuando ella engordó como un pez globo, se embarazó de los gemelos y se convirtió de buenas a primeras en una mujer irritante; incluso su tono de voz se volvió más agudo y chillón. Antes de eso la convivencia con ella había sido algo conveniente para Judd, pero después…, después simplemente perdió la gracia. Goldie mantuvo su figura de hipopótamo y se volvió obsesiva con Judd, lo amenazó con dejar su empleo en la lavandería si él no conseguía uno, rompía en llanto cada vez que él visitaba a sus amigos; ni siquiera los golpes parecían enderezarla. Por ese entonces Goldie se marchaba a casa de sus padres al menos una vez por semana. El problema (o la solución, dependiendo de cómo se lo mire) fue que Judd comenzó a disfrutar de los días sin su esposa e hijos. Redescubrió, en plena edad adulta, el carácter solitario que había marcado su niñez. Entonces vino el empleo en la escuela y terminó de entenderlo todo. Había encontrado su lugar, finalmente. En el sexto cumpleaños de los gemelos Goldie le pidió el divorcio y él se lo dio gustoso, junto con una paliza cortesía de la casa.

Del soporte que pendía del cinturón de su uniforme cogió el manojo de llaves, las pasó una a una con presteza hasta que dio con la que necesitaba y la introdujo en la

cerradura del despacho de la directora. Cuando escuchó un suave clic, observó hacia ambos lados como si alguien pudiera verlo. Empujó la puerta con el pie exactamente a las nueve treinta de la noche.

Por lo general no visitaba el despacho de la directora durante el día, y si lo hacía era para recibir una instrucción o incluso una reprimenda. En este último caso Judd se limitaba a bajar la cabeza y fingía estudiar el suelo de madera, la mujer lanzaba su discursito recatado y él se marchaba, cabizbajo y afectado. Si había algo de lo que podía jactarse en los más de diez años que llevaba ejerciendo como cuidador, era de haber conseguido que la directora Blake lo considerara un empleado leal y sumiso. Especialmente esto último.

Ahora la habitación le pertenecía. Conocía cada objeto: las fotografías que adornaban el despacho, los libros de enseñanza, el archivador con el historial de cada alumno; lo sabía todo. Avanzó unos pasos y cogió del escritorio una fotografía reciente en la que aparecía la mujer junto a su hijo de quince años. Judd había visto al muchacho crecer a través de aquellas fotografías, del mismo modo que había visto despedirse al marido del reino bidimensional de *marquitos dorados*. Se acercó con la fotografía a la silla de cuero que normalmente ocupaba la directora Blake, sin preocuparse por memorizar la ubicación de cada cosa para devolverla más tarde a su sitio exacto. Con el tiempo había aprendido a hacerlo de un modo automático. Las incursiones al despacho habían sido en un principio diarias y prolongadas, aunque últimamente se había impuesto limitarlas a los días miércoles.

Se sentó pesadamente. En la fotografía Kathleen sonreía. Su hijo sostenía un trofeo de hojalata mientras ella le enlazaba el cuello con un brazo. Judd podría haber reproducido la escena en un papel de haber sido alguien con talento para eso. No se consideraba una persona observadora —su padre le había dicho desde niño que si fuera posible para una roca convertirse en persona, Judd Wilson sería el resultado—, tampoco era un hombre sensible, sin embargo el modo en que la blusa de Kathleen se llenaba con el peso de sus pechos lo fascinaba de un modo inexplicable, casi poético, aunque él no hubiese leído una poesía en su vida.

Devolvió la fotografía al escritorio, esta vez frente a sí. Más tarde la colocaría en su posición habitual.

Se deleitó con la mezcla de negros y celestes de la habitación. Esa noche había luna, por lo que el resplandor proveniente del exterior era más intenso que de costumbre. Nunca encendía la luz artificial estando allí dentro, era una de sus reglas. Si era necesario se valía de su linterna. Encender la luz rompía la magia, lo sabía perfectamente. De este modo, las aristas de los archivadores junto a la puerta

destellaban como hojas de espadas, un globo terráqueo se asemejaba a una bola espejada y el vidrio que cubría el escritorio era un océano calmo. Los objetos sobre él, incluida la fotografía de Kathleen junto a su hijo con el trofeo de hojalata… *flotaban*.

Permaneció quince minutos sentado sin hacer nada más que observar. Cuando se puso de pie, la silla recuperó su altura original y el sonido del aire escapando de la cápsula en la base se mezcló con el de su propia respiración. Fijó la vista en el extremo opuesto del despacho y lentamente se encaminó hacia allí.

La biblioteca de Kathleen era apenas un cuerpo de cinco estantes. No tenía sentido conservar ejemplares allí cuando la escuela disponía de una nutrida biblioteca, le había dicho ella una vez. En el segundo estante desde la parte superior, tres libros contando desde la izquierda, un ejemplar pequeño fue el que Judd deslizó hacia afuera valiéndose del dedo índice. Capturó el ejemplar y lo estudió como si no lo hubiera hecho cada miércoles durante los últimos dos años. Era un libro pedagógico, le bastaba con saber eso. Lo abrió y deslizó sus dedos dentro de un sobre de papel adherido a la sobrecubierta. Palpó la forma de una llave diminuta. La extrajo y la sostuvo frente a sus ojos como lo haría un joyero con un diamante exageradamente grande.

Dar con aquella llave había sido una de sus *genialidades*.

Durante mucho tiempo había sabido de su existencia. A fin de cuentas, de algún modo debía abrirse el cajón inferior del escritorio. Aunque también es justo decir que al principio el dichoso cajón no le había interesado gran cosa. La escuela estaba repleta de archivadores cuyas llaves él no poseía, y ninguno le quitaba el sueño. Supuso que este en particular contendría más papeles inútiles, documentos personales poco interesantes para él o cosas por el estilo. Pero el incidente del chico Lomax lo cambió todo…, y despertó su curiosidad.

El episodio había tenido lugar en la cafetería, un par de años atrás. Tommy Lomax, por ese entonces un niño de cuarto grado, había dictaminado que otro niño más pequeño no podía ocupar la misma mesa que él, y aunque Judd no recordaba el nombre del niño en cuestión, suponía que había sido alguno de los tantos especímenes blanquecinos de frenos dentales gigantes y voz de niña asustada que con inquietante frecuencia aparecían en la escuela. La cuestión es que Tommy le dijo a Blanquecino que se largara, que no podía permanecer allí porque a él no le apetecía, todo ignorando que la directora Blake estaba justo detrás, escuchándolo. Nadie advirtió a Tommy de este detalle. Blanquecino aprovechó la oportunidad para espetarle a su contrincante que no era nadie para decidir quién ocupaba las mesas y quién no, lo que hizo que Tommy reaccionara y le lanzara un vaso de refresco, justo

en el momento en que la directora Blake lo agarraba del brazo para impedírselo.

Resultó una desgracia para Kathleen que no le llamara la atención al niño *antes* de proceder a detenerlo. Quizás de ese modo hubiese evitado que por lo menos un cuarto litro de Pepsi espumante fuera a parar a su blusa.

Adivinar el contenido del cajón no fue difícil, encontrar la llave que lo abría sí lo fue. Judd inició una búsqueda minuciosa por las noches. No había tenido la certeza de que la llave estuviera en el despacho —era altamente probable que la mujer la llevara consigo—, sin embargo una vocecilla lo instó a seguir noche tras noche con la búsqueda. Registró cada rincón, cada escondite posible. Fue durante aquellas requisas que aprendió la ubicación de los objetos y a regresarlos a su posición original casi sin darse cuenta. Trabajó metódicamente durante un mes, el tiempo suficiente para desanimar a cualquiera, pero no a él. Si había algo que a él le sobraba era tiempo. Y finalmente la encontró.

Ahora, pasados más de dos años desde el episodio de Tommy Lomax y Blanquecino, Judd sostenía la llave con el mismo entusiasmo que la primera vez. Con ceremoniosa parsimonia regresó al escritorio y abrió el cajón, para luego depositar la llave junto al retrato familiar. Sabía que no olvidaría regresarla a su sitio antes de marcharse, pero igualmente era conveniente no fiarse demasiado.

El contenido del cajón no había cambiado sustancialmente con el paso del tiempo. Había una caja con las fotografías que habían dejado de decorar el despacho, también una agenda en desuso y, desde luego, la muda de ropa *para emergencias*: una blusa, una falda y un conjunto de ropa interior completo. Judd apartó la blusa y la falda y sacó el conjunto de ropa interior. Era negro, uno de los siete que el cuidador ya conocía: una pieza delicada cuyo principal atractivo consistía en una parte transparente con diminutas florecillas incrustadas. Judd disponía de una lista mental de cada conjunto de ropa interior de la directora y éste era uno de sus predilectos.

También escogió una de las fotografías de la caja. Las conocía a todas a la perfección, y esta vez se permitió una de las *especiales*. En ella se veía a Kathleen unos años más joven, probablemente cinco o seis, con otras dos mujeres a las que él no conocía personalmente. Estaban abrazadas. Judd la colocó junto al teléfono, para poder verla.

Se puso de pie. Desabrochó su cinturón como si disfrutara cada pequeño movimiento, y deslizó su pantalón hasta el suelo. Uno a uno retiró sus pies. Normalmente permanecía con la camisa y la chaqueta puesta y no tenía intenciones de cambiar esta vez. La temperatura en el interior de la escuela era de unos quince grados; los miércoles se permitía dejar encendida la caldera unas horas más que lo

necesario.

Se arrellanó en la silla. Su cabeza cayó hacia atrás.

La luz proveniente del exterior se intensificó. El resplandor azulado fue reemplazado por rayos de un sol blanco. Motas de polvo se arremolinaban. El bullicio producido por decenas de niños creció en los corredores de la escuela Woodward.

Kathleen no tardó en presentarse. Abrió la puerta y sonrió. Mordisqueaba la parte superior de un lápiz: un mal hábito que podía controlar frente a los niños pero que se permitía cuando no había uno cerca. No pareció sorprendida al toparse con el cuidador detrás de su propio escritorio.

Hola Judd. Espero no haberte hecho esperar.

La mujer se aproximó. Se llevó las manos al cabello y lo masajeó. Usualmente lo llevaba recogido en una cola de caballo, pero no ahora. Ahora se valía de sus manos para deslizarlas por sus mejillas y luego peinar su cabello una y otra vez. Judd seguía el mismo ritmo con su mano derecha, mientras ella se mecía levemente y le decía que había tenido un día fatal, que los niños eran cada vez más difíciles de controlar. Se quitó la ropa desprendiendo cada uno de los botones de su blusa, sonriendo, con el cabello desordenado cubriendo parcialmente su rostro.

¿Tienes algo para mí, Judd?

Después de la blusa llegó el turno de la falda. Kathleen llevaba puesto el conjunto de ropa interior negro, aquel cuyo sujetador tenía esa tela transparente con diminutas florecillas incrustadas.

Apuesto a que sí tienes algo para mí…

Kathleen no esperó a que él respondiera. Su sonrisa era de complicidad. Se llevó las manos a la espalda y comenzó a desprender el sujetador, pero no lo dejó caer. Judd se sacudió en la silla, agitándose con vehemencia. Ella siguió contorneándose unos segundos, describiendo curvas con sus caderas, hasta que con lentitud apartó sus manos, permitiendo que sus pechos se sacudieran, ahora desprovistos de la contención del sujetador.

Judd suspiró. Sintió una energía primitiva deslizándose hacia su miembro, encendido como un cartucho de dinamita a punto de explotar. Kathleen no se quitó las bragas, ni las medias, en cambio se acercó, sosteniendo el sujetador por un extremo como si se tratara de la cola de un roedor, y cuando estuvo lo suficientemente próxima dejó caer la prenda sobre el rostro extasiado de Judd. Éste pudo sentir la textura suave del sujetador y cómo un aroma delicado y floral lo invadía. Sacó su lengua rechoncha y la deslizó por la tela delgada. Pudo sentir la textura de las diminutas incrustaciones.

Kathleen se arrodilló. Lo observaba con los ojos bien abiertos y la lengua

recorriendo su labio superior e inferior formando círculos.

A Judd le gustaba ver a la directora de ese modo, con el rostro en medio de sus rodillas y el cabello suelto. La boca abierta. Los ojos grandes y encendidos. Era aquel brillo depravado el que lo enloquecía. Se sacudió con frenesí. Los tendones del cuello se tensaron, sosteniendo su cabeza ancha por la que se deslizaban pequeñas gotas de sudor. Ahora mordía el sujetador. Lo masticaba. Las manos de Kathleen se aferraban a sus rodillas como garras. Judd bufaba. Kathleen inició una serie de ronquidos bajos, farfullando palabras apenas audibles, debatiéndose con la boca abierta. El aire se volvió espeso. El cuidador jadeaba…, la sangre fluía en ríos furiosos hacia su entrepierna, donde su mano aferraba el órgano con vida propia. Cerró los ojos. La habitación desapareció y una descarga eléctrica viajó por su cuerpo en torrentes descontrolados hasta la punta de su miembro, donde se concentró durante una milésima de segundo en la que Judd se sintió reducido a un punto, a la mínima expresión espacial, y posteriormente el desprendimiento de una energía nuclear, partiendo en todas direcciones como una estrella que explota en mil pedazos.

Emitió un último quejido ahogado y abrió los ojos.

El despacho de Kathleen Blake continuaba en penumbras. Se puso de pie y se valió de un *Kleenex* para limpiarse la mano derecha y otros dos para deshacerse de las manchas blancuzcas sobre el suelo de madera.

Esbozó una sonrisa cansina y se concentró en el último resabio de su encuentro fantástico con Kathleen: un círculo blanco del tamaño de una moneda de veinticinco centavos sobre el escritorio. Se estiró para alcanzar el lapicero —una lata forrada con papel de colores hecha por un grupo de alumnos en cuyo lateral podía leerse la leyenda: «La amamos, directora Blake»—, y cogió un lápiz negro de los que la directora tenía costumbre de llevarse a la boca. Con la concentración de un científico que se propone tomar una muestra, lo acercó al círculo de esperma con deliberada lentitud. Dirigió la goma del lápiz hacia el líquido y la sumergió en él. La deslizó por el vidrio impregnándola con la sustancia que hacía unos minutos había estado en sus testículos. Sacudió el lápiz un par de veces, lo regresó a su sitio y se valió de otro *Kleenex* para dejar el escritorio tal cual lo había encontrado.

La imagen de Kathleen llevándose a la boca aquel lápiz en particular hizo que sus deseos sexuales momentáneamente satisfechos se encendieran un instante como una brasa ante una ráfaga de aire.

Volvió a colocarse el pantalón y devolvió el conjunto de ropa interior al cajón. Lo cerró y dejó la llave sobre el escritorio para no olvidarla. Por lo general sus incursiones al despacho de la directora no duraban mucho más tiempo. Permanecía

sentado en el escritorio deleitándose con las formas que las sombras delineaban y después se marchaba, no sin antes echar un vistazo final para confirmar que todo estaba tal cual lo había encontrado.

Esta vez las cosas no ocurrieron de este modo.

3

El grito del niño hizo que el corazón de Judd se detuviera.

¿Qué demonios ha sido eso?

Se suponía que la escuela estaba desierta.

Se puso de pie con violencia. Era sumamente extraño que ocurrieran incidentes por la noche. En las pocas ocasiones en que había sido necesaria su intervención nocturna, había tenido que vérselas con alguna paloma herida aleteando contra una de las ventanas de la planta alta o a lo sumo con un gato que había logrado escabullirse hacia el interior. El grito de un niño era toda una novedad en el repertorio de contingencias.

Regresó por el camino que apenas media hora antes había recorrido despreocupadamente, ahora aguzando el oído y desplazándose con cuidado. Una vez en el vestíbulo se desvió hacia la cafetería y de allí al sótano, donde estaba su pequeño apartamento, además de la caldera y el generador. Al llegar abrió el cajón de la mesilla de noche y contempló el Ruger calibre 32. Las armas en la escuela estaban prohibidas, desde luego; Kathleen había sido cuidadosa a la hora de establecer las normas de vigilancia. Nada de armas. Pero claro, no era ella sino él quien pasaba la noche en la escuela, a solas, rodeado de las catorce hectáreas que ocupaba el predio en su totalidad. Agarró el revólver y salió.

Era posible que el grito hubiese provenido del exterior, se dijo, y resultaba ciertamente una posibilidad alentadora. Judd se acercó a la puerta principal y echó un vistazo a través del cristal: vio las escalinatas que descendían hasta la calle interna, la rotonda y los bosquecillos de arces y pinos. Reinaba el silencio de siempre. Una película de nieve sin derretir cubría el césped, aunque no había nevado ese día. A la

derecha, el reloj de pie decía que eran más de las diez.

Se volvió hacia el corredor central. Pensó que si algún niño había decidido esconderse en la escuela, la biblioteca sería probablemente la primera opción. Nada mejor que un laberinto de estanterías para pasar desapercibido. Empezaría por allí.

¿Pero qué ha hecho que grite de semejante forma?

Ni bien la pregunta se presentó en su cabeza, el grito se repitió. Esta vez fue menos espeluznante —o así lo creyó Judd—, aunque el primero lo había sorprendido masturbándose en el despacho de la directora de la escuela, lo cual tenía su valor agregado, claro.

El grito había sido en el ala Este, estaba seguro. Avanzó hacia allí con rapidez.

Un vistazo rápido a través de los vidrios rectangulares en cada una de las puertas le reveló que las tres primeras aulas, de la 16 a la 18, estaban a oscuras. Sin embargo la siguiente…

Se acercó a la puerta del aula 19 con lentitud, su corazón marcando el ritmo de sus pasos y a la espera de que se produjera un nuevo alarido infantil.

Se detuvo frente a la puerta.

Si se hubiera tratado de alguna de las otras aulas, hubiese entrado hecho una tromba para sorprender al maldito niño gritón. Pero el aula 19 imponía respeto. Nadie entraba salvo que fuese absolutamente necesario. La placa conmemorativa junto a la puerta era un recordatorio constante de lo que había sucedido allí el 5 de noviembre de 1993.

—¿Quién está ahí?

No hubo respuesta. Pero la luz interior se apagó de repente.

—Mierda.

Quienquiera que fuera el niño allí dentro recibiría su merecido. Le daría un susto de muerte, para empezar. Después se encargaría de que lo expulsaran de la escuela. Sus padres le darían las explicaciones del caso, dirían que el niño estaba sufriendo la pérdida de su jodido perro de pedigrí o algo por el estilo, pero Judd se mantendría inflexible, y las autoridades tendrían que apoyarlo.

—¡Escucha niño, voy a entrar!

La luz se encendió de nuevo.

Ya era suficiente. Judd buscó la llave correspondiente (aquella era la única aula que permanecía cerrada por regla), tarea que no fue sencilla con el Ruger todavía en su mano derecha. Podía encontrar cualquier llave en cuestión de segundos, pero no esa. Entonces reflexionó, se rascó la cabeza con la palma de la mano y probó el picaporte.

La puerta se abrió.

El niño tenía que haber entrado de alguna manera, por supuesto.

No estaba preparado para lo que vio. Tendido bajo el pizarrón, vio a un muchacho hecho un ovillo, con las rodillas flexionadas y la cabeza calzada entre ambas. Supo de inmediato que se trataba de Michael, el retrasado que ayudaba en la biblioteca a la señora Thatcher. Tenía veintisiete años y Judd se preguntó qué rayos haría en la escuela a esas horas.

Bajó el arma. Avanzó unos pasos en dirección al muchacho y cuando estuvo lo suficientemente cerca estiró la pierna derecha y lo tocó con la punta de la bota. Una vez y luego otra. Michael alzó la cabeza lo suficiente para mirarlo.

Al observar aquellos ojos inyectados en sangre, Judd apartó la vista de inmediato. Se preguntó vagamente si era posible que Michael estuviera enfermo, pero descartó la posibilidad, no supo bien por qué. ¿Alguien le habría gastado una broma? Los niños parecían sentir una predilección especial por burlarse de Michael o de cualquiera con alguna debilidad. Y vaya si aquel desgraciado las tenía.

Entonces un estruendo sobrecogedor hizo que Judd diera un respingo. Al principio pensó que se le había escapado un disparo. Se volvió. Ocurrió la cosa más extraña que Judd hubiera experimentado en su vida. Si bien lo que vendría después haría que el suceso se convirtiera en un mero detalle decorativo, lo cierto es que la existencia de Judd, forjada en medio de juegos de acertijos televisivos y conversaciones ebrias con sus pocos amigos, no disponía de un contrapunto para procesar lo que presenció en el aula 19 en ese preciso instante. Cuando pensaba en algo *sobrenatural*, el episodio que acudía a su cabeza era el de su tío Buford, quien se vanagloriaba de ser capaz de expulsar espagueti por los orificios nasales. Los recuerdos de Judd recreaban el interior de una caravana maloliente en la que una rueda de hombres borrachos vitoreaba al determinado Buford que, con la concentración de un matemático, presionaba una de sus fosas nasales con el dedo índice, resoplando como un cerdo a la espera de la aparición del espagueti embadurnado de mocos.

¡Sácalo Buford! ¡Sácalo ahora mismo!

En una de las esquinas del aula 19 Judd vio a un niño de unos diez años, con la boca abierta y los ojos desencajados y ojerosos que flotaba en dirección a él.

Durante su avance lanzaba un alarido demoledor.

RA TA TA TA TAAAAA

Judd retrocedió horrorizado e instintivamente alzó su arma en dirección al niño volador. Además de sus ojos idos, hubo dos detalles que le impresionaron. El primero

fue que la aparición trajo consigo una cierta cantidad de luz, surgiendo de la figura recortada e inundando el aula. El segundo fue el cabello del niño, violeta y abundante, que crecía en su cabeza como una llamarada.

Judd sostuvo el arma con toda la firmeza que pudo.

RA TA TA TA TAAAAA

¡Sácalo Buford! ¡Sácalo ahora mismo!

Sin pensarlo, disparó. La detonación se impuso por sobre los gritos del niño fantasmagórico, que se desvaneció con una súbita implosión seca.

4

Nueva York, Noviembre 6 de 1993
Artículo publicado en el Twin Pines Telegraph

TRAGEDIA EN LA ESCUELA WOODWARD

Catorce niños han perdido ayer la vida en la escuela Woodward en una jornada que quedará marcada en la memoria de los miembros de nuestra comunidad y del país entero. Las autoridades no han dado una respuesta satisfactoria a los interrogantes en torno a las muertes de los niños y el personal de la escuela guarda un total hermetismo. La directora del establecimiento, Gale Strickland, no ha formulado declaraciones todavía, en tanto que la directora de admisiones, Kathleen Blake, dirigió ayer unas breves palabras de condolencia a los padres de las víctimas. La escuela Woodward permanece cerrada por tiempo indeterminado mientras la policía local, según ha trascendido, lleva a cabo una importante labor en colaboración con la policía estatal que podría arrojar luz sobre los trágicos sucesos. Fuentes confiables aseguran incluso que la policía tiene en este momento bajo custodia a un sospechoso que sería el

perpetrador de las muertes. Su identidad no ha trascendido, pero se espera que…

5

Mientras Judd Wilson entraba furtivamente al despacho de la directora, la propia Kathleen concluía que acostarse a la hora en que normalmente lo hacía sería una pérdida de tiempo. La televisión resultó un buen pasatiempo durante un tiempo, después vagó por la casa de dos plantas envuelta en su bata de seda, sintiéndose perdida. Se detuvo frente a la habitación que Peter utilizaba cuando la visitaba y la sensación se intensificó. Era una tontería absoluta, puesto que su hijo no vivía con ella de forma permanente desde hacía seis años, cuando Sean había conseguido la tenencia.

Se encaminó a su propia habitación albergando la posibilidad de despedirse de ese día de una vez por todas. De pie junto a la cama de dos plazas se disponía a deshacer el lazo de la bata cuando sus ojos se cruzaron con los de la imagen virtual del espejo frente a sí. Procuró sonreír, y tanto ella como la Kathleen bidimensional hicieron un esfuerzo por lograrlo, pero en ambos casos el resultado fue una mueca de abatimiento. Esa noche sería difícil conciliar el sueño.

Regresó por el pasillo todavía enfundada en la bata. Pensó que un baño de inmersión podría ser una buena idea para distenderse, por lo que dedicó los siguientes diez minutos a una preparación metódica y dedicada. Llevó el reproductor de música portátil al baño junto con algunos discos de música clásica y un vaso de ron que, después de pensarlo un segundo, acompañó con la botella. Dejó correr el agua caliente y se quitó la bata de seda, que colgó en uno de los soportes de pared.

En el preciso momento en que Judd, a dos kilómetros de distancia, extraía la muda de ropa del cajón del escritorio de Kathleen, ella hacía lo propio con una caja de cartón del mueble bajo el lavabo. En el interior había seis velas anchas de colores pastel. Distribuyó dos de ellas en el alféizar bajo el espejo rectangular, dos en las esquinas de la bañera y las restantes en el depósito del retrete. Cuando las hubo

encendido todas, el agua caliente había alcanzado en la bañera el nivel suficiente para que Kathleen se sumergiera. Apagó la luz e inmediatamente se sintió mejor. Las llamas de las velas temblaban con cada uno de sus movimientos. Hizo girar el grifo y el chorro de agua hirviente se convirtió en un hilo hasta desaparecer. Encendió el reproductor portátil y colocó el volumen casi al mínimo.

Mientras la Rapsodia húngara número dos de Liszt empezaba a relajarla, sacó de la caja unas sales aromáticas y esparció una buena cantidad sobre la bañera. Se valió de un cepillo de mango largo para agitar el agua. Se deslizó en la bañera con lentitud, sintiendo cómo el agua caliente lamía cada rincón de su cuerpo. Colocó los brazos en la loza tibia de los laterales y dejó caer la cabeza hacia atrás. En ese instante, en la escuela de la cual era directora, Judd Wilson se debatía en una danza enfermiza sentado tras el escritorio que ella utilizaba cada día. En unos minutos, un grito arrancaría al cuidador de su fantasía húmeda y una serie de acontecimientos lo arrastrarían al aula 19, donde la aparición de un niño con el cabello violeta le helaría los huesos. Unos minutos después Kathleen recibiría una de las llamadas telefónicas más extrañas de su vida.

La pieza musical terminó y el único sonido audible fue el crepitar de millones de burbujas floreciendo para luego estallar en pequeñas detonaciones jabonosas. Kathleen juntó sus manos y tomó una buena cantidad de espuma, frotó una parte por su rostro y sopló el resto.

La Rapsodia número dos dio paso a la diez.

Tomar un baño había sido una buena idea. Probablemente más tarde pudiera leer un rato y dormirse. Había sido un día difícil. Llevaba diez años como directora de la escuela Woodward y no era de las personas que creen haberlo visto todo, pero ciertamente había visto muchas cosas respecto a su trabajo. Difícilmente se presentaba alguna situación nueva y por lo general llevaba adelante sus actividades escolares con alegría. Dirigir una escuela de tamaña jerarquía resultaba un reto diario, un desafío que más de una vez la había puesto a prueba en situaciones límites. Pero, en definitiva, era algo por lo que había luchado y hecho grandes sacrificios por conseguir.

El pensamiento la llevó *otra vez* al aula 19. A la *tragedia* del aula 19. Gale Strickland, —su predecesora y mentora—, era por entonces una mujer joven, pero su puesto en la dirección de la escuela se vio seriamente cuestionado a raíz del incidente. No importó que lo ocurrido aquél fatídico 5 de noviembre no fuera directamente su culpa, como responsable de la escuela todas las miradas cayeron sobre ella. En pocas semanas se vio forzada a renunciar, y la joven e inexperta directora de admisiones

resultó la primera opción para un cargo caliente. Kathleen había soñado con convertirse en directora desde el momento en que pisó por primera vez la escuela, paradójicamente, de la mano de Gale. Y fue precisamente ella, la directora saliente Strickland, la que la alentó a que aceptara el desafío que se le presentaba.

La junta directiva, responsable de las políticas de la escuela así como de la administración de fondos, era a la vez responsable de la elección de la máxima autoridad. Kathleen contaba con adeptos y detractores entre sus casi veinte miembros, pero su registro al frente de la dirección de admisiones era impecable. Además, su colegiatura en Northeastern y un doctorado en educación de la universidad de Boston jugaron definitivamente a su favor. Estaba perfectamente capacitada para el cargo.

Un rostro nuevo le trajo oxígeno a la escuela, pero haría falta *mucho* oxígeno para superar la tragedia. Algunos padres decidieron cambiar a sus hijos de escuela y otros, los menos, pusieron el grito en el cielo ante el nombramiento de Kathleen. Durante un tiempo desfilaron los matrimonios de exitosos profesionales con sus carteras llenas de dinero y las bocas llenas de palabras. Se presentaron en la escuela o ante la junta directiva para manifestar su indignación frente a la designación de una mujer que apenas superaba la edad de sus secretarias, o ni siquiera eso. Lo hicieron sin conocer absolutamente nada de ella. Y aunque ninguno lo dijo directamente, a muchos no les incomodaba sólo la falta de experiencia de Kathleen, sino el hecho de que fuera una mujer.

Otra mujer.

Kathleen debía probarles que se equivocaban. Sabía que para eso sería necesario trabajar con un margen nulo de error y así fue al principio. Gradualmente las protestas cesaron; la escuela recuperó su caudal normal de alumnos y, dentro de lo que cabe, las cosas volvieron a ser como antes.

Kathleen ganó confianza en sí misma y advirtió cómo la seriedad con que afrontaba sus tareas comenzó a ser tenida en cuenta por los demás, especialmente por la junta. El trabajo pasó a ser su máxima prioridad, mientras su matrimonio, que al principio había sido radiante y promisorio, se desmoronaba como un castillo de naipes. Quizás ella fue en parte responsable, enfocándose excesivamente en desempeñar su cargo con excelencia. Aunque eso no debería haberle dado a Sean el derecho de tomarse unas vacaciones en la entrepierna de Elisabeth Wells, la vecina.

Más de una vez se había preguntado si perdonaría una infidelidad. Se trataba de una pregunta retórica a veces, o de un juego entre amigas, o el test de una revista femenina en la consulta del médico. Casi siempre había pensado que en determinadas circunstancias lo haría. En una infidelidad no se trata del acto en sí, había pensado,

sino de la pérdida de confianza. Pero aun así, Kathleen había creído que si Sean cometía una estupidez podría, eventualmente, perdonarlo. No en *cualquier* caso, pero sí en ciertas circunstancias especiales. Para empezar, él debería ser sincero con ella, estar realmente arrepentido y aceptar que había cometido un error que no volvería a repetirse. En ese caso, Kathleen creía que lo perdonaría.

Creía.

Más tarde entendió que cuando respondes este tipo de cuestiones de manera retórica, o ante una revista femenina mientras miras de soslayo el reloj para que llegue la hora de la consulta, la realidad es que no sabes lo que dices. Así de sencillo. Kathleen lo supo el día que regresó a su casa pasado el mediodía en plena jornada laboral. Jamás lo hacía antes de las seis, sin embargo ese día había sentido una palpitación constante en la sien y decidió irse a casa a descansar. No esperaba encontrar a nadie, sin embargo el *Saab* de Sean estaba en el camino privado. Entró y se dirigió a la habitación sin gritar «*¡Cariño, estoy en casa!*» ni nada por el estilo. Se lanzó a la planta alta en silencio, sin saber que en cuestión de segundos su vida se quebraría, y rápidamente comprendió que los cuestionarios acerca de perdonar o no una hipotética infidelidad son pura mierda retórica.

Cuando abrió la puerta de la habitación vio a Sean tendido boca arriba. Elisabeth estaba sentada sobre él, saltando como el pistón de un Fórmula 1.

Al menos Kathleen no fue la única sorprendida, eso era un aliciente. Sin duda un aliciente insignificante, pero aliciente al fin. Sean movió la cabeza torciendo el cuello como una tortuga, con los ojos abiertos como platos. Elisabeth dejó de *pistonear*; su rostro se puso blanco al punto de mimetizarse con el empapelado.

¡En mi propia casa! ¿En qué estabas pensando, Sean?

Si es que estaba pensando, claro…, porque a veces los hombres parecían adoradores incondicionales del dios de las vaginas.

Kathleen no hizo un escándalo, simplemente permaneció de pie. Su mente se puso en blanco, diría más tarde, tendida en un diván. Demasiadas cosas para asimilar: el rostro de tortuga de Sean, sus manos ceñidas a los pechos de Elisabeth *(¡Suéltala ya, cabrón!)* como dos arañas de patas grandes. Cuando Kathleen finalmente dio media vuelta y se marchó, Sean la siguió, pero abandonó la persecución a medio camino.

A partir de allí, no importaba cuánto se esforzara en evitarlo, la imagen mental de Sean con Elisabeth la asaltaba sin distinción de tiempo o lugar. Bastaba el disparador más inesperado para que se presentara, implacable. A veces no hacía falta disparador. Ella nunca lo hubiera expresado en estos términos, pero el descubrimiento de las aventuras amorosas de su marido con la vecina hizo que algo dentro suyo se quebrara.

Un escritor mediocre diría que el corazón de Kathleen se partió aquel día.

Ella prefería pensar que su concepción de ciertas cosas había *cambiado* para siempre, o quizás el corazón de Kathleen se partió aquel día.

Cuando crees que la persona que tienes a tu lado nunca te hará daño y de buenas a primera te pulveriza como un terrón de azúcar sumergido en agua, una parte tuya muere. Durante los diez segundos que permaneció en su propia habitación de cara al fin de su vida de casada, Kathleen asistió a un curso rápido acerca de la diferencia entre una situación hipotética y la versión en vivo, o entre el test de una revista y el cuerpo sudoroso de la vecina sobre el hombre que te juró amor eterno.

Terminar con su matrimonio resultó una bofetada dolorosa y conllevó a un replanteo profundo de cómo quería que fuera su vida de allí en adelante. Era una mujer joven, de apenas treinta y cuatro años, tenía un hijo y un excelente trabajo. Sin embargo el segundo revés no tardó en llegar. Sean inició una batalla por la custodia de Peter que se tornó en pesadilla. Sus abogados le dijeron que la infidelidad de su marido era una gran carta a su favor y que además los jueces siempre favorecían a las madres. Sus posibilidades eran buenas, pero Sean estaba dispuesto a seguir las cosas hasta las últimas consecuencias y así lo hizo. Un año después del divorcio, un juez del estado de Nueva York entregó la custodia de Peter a Sean y pactó un calendario de visitas para Kathleen.

Y en ese contexto debió lidiar con la tragedia del aula 19. Ella no se llevó la peor parte, sino Gale, pero fueron tiempos difíciles para todos en la escuela. El periodismo los acosó sin pausa. La bestia amarilla que vagaba por las cloacas de la gran manzana clamaba por ellos. Una vez, un sujeto persiguió a Kathleen durante una semana completa, dijo que era de una cadena importante y que sus jefes estaban dispuestos a pagar cincuenta mil dólares por una exclusiva de lo sucedido. El sujeto le entregó una tarjeta personal y le dijo, guiño de ojo de por medio, que él estaba convencido de que la suma podría duplicarse. Kathleen nunca volvió a ver al sujeto, ni a saber si en efecto aquella cifra podría duplicarse.

Cuando veía todo aquello retrospectivamente se preguntaba cómo lo había hecho…, cómo lo había resistido. Y las respuestas que acudían a su mente no le gustaban en absoluto. Había atravesado aquella tempestad en su vida sin ser demasiado consciente de que lo hacía, meciéndose semiinconsciente a merced de los embistes que la realidad tenía guardados para ella cada día.

Abrió los ojos.

Su propio baño le resultó desconocido. La humedad condensada en la cerámica multiplicaba las diminutas llamas de las velas. La espuma prácticamente había

desaparecido. Kathleen sintió un escalofrío al advertir que la temperatura del agua era apenas más alta que la de su cuerpo. ¿Cuánto tiempo había permanecido allí tendida? Había bebido una única medida de ron, por lo que se permitió otra. Se puso de pie y se duchó con agua caliente. La temperatura y el vapor la reconfortaron.

Valiéndose de la toalla de mano retiró la humedad condensada en el espejo y se concentró en la imagen reflejada. Peinó su cabello con los dedos. Su aspecto era mucho mejor que hacía un rato.

Mientras Kathleen salía del baño, Judd hacía lo propio del aula 19 y daba vueltas en círculos blandiendo el Ruger sin saber qué hacer. ¡Acababa de disparar el arma dentro de la escuela!

Kathleen sabía que los recuerdos del aula 19 la seguirían visitando sin tregua, como había ocurrido durante todo el día, desfilando por las calles de su mente, miles de recuerdos pequeños marchando con paso acelerado, batiendo sus brazos acompasadamente, torciendo el cuello como… *una tortuga*. Una gran carroza con forma de Tortuga (¿de qué si no?) cerrando la procesión, con su correspondiente cinta enlazada en torno al caparazón anunciando: Aula 19-Décimo aniversario.

Escogió una novela que no recordaba haber comprado. Ni siquiera el autor, un tal Patterson, le resultó familiar. Se arrellanó en uno de los sillones de dos cuerpos de la sala y abrió el libro. Leyó. Al cabo de unos minutos alzó la vista con la sensación de ser observada. El chillido del teléfono quebró la quietud de la noche. El corazón de Kathleen dio un vuelco. Por un momento no comprendió qué ocurría, el tiempo se estiró mientras aguardaba con la cabeza en alto a que el sonido se repitiera. Cuando esto ocurrió se puso en movimiento de inmediato. Una llamada a esas horas de la noche no podía significar otra cosa más que problemas.

Asió el auricular con fuerza.

Era Judd Wilson.

6

Nueva York, Noviembre 12 de 1993

Artículo publicado en el Twin Pines Telegraph

REVELADORES AVANCES EN LA INVESTIGACIÓN SOBRE LA TRAGEDIA DEL AULA 19

Al cierre de esta edición se han conocido detalles que podrían ser claves para desentrañar el misterio en torno a la muerte de los catorce niños. Fuentes acreditadas han filtrado que se habrían producido disparos de bala en el interior del aula 19. Si bien la policía todavía no ha confirmado la versión oficialmente, se espera que lo haga de un momento a otro. Este giro de los acontecimientos hace suponer que es posible que algún niño pudo haber llevado consigo un arma, aunque el estado de los cuerpos…

7

Kathleen subió por la escalinata de la escuela. Al llegar a la parte alta se detuvo y observó la inmensa figura de Judd tras la puerta de cristal de dos hojas. Unos metros detrás de él yacía Michael, envuelto en una manta con la cabeza entre las piernas.

Empujó la puerta y entró. El vestíbulo que había visto durante años le resultó desconocido aquella noche. El mármol adquiría un aspecto lóbrego, las columnas parecían más altas, el techo más oscuro. Kathleen echó un vistazo rápido a Michael, pero el rostro preocupado de Judd captó inmediatamente su atención.

—He venido tan rápido como he podido. ¿Has llamado a alguien más?

—Lamento haberla importunado, directora Blake. —La voz de Judd sonó firme, pero su rostro transmitía cierta intranquilidad. El grandote no había respondido a la pregunta.

Kathleen se acercó a Michael. El muchacho alzó su rostro ni bien sintió la presencia de la mujer. Tenía veintisiete años, pero conservaba la piel tan tersa como la de un niño. Su cabello rojo caía en mechones humedecidos sobre dos ojos asustados.

Kathleen le había dado su primer empleo como ayudante en la biblioteca más de una década atrás.

—Michael, ¿estás bien?

En otras circunstancias Judd probablemente hubiera retrocedido para brindarles algo de intimidad, pero no lo hizo esta vez. Por alguna razón la directora sentía una predilección especial por el retrasado y Judd no estaba dispuesto a meterse en problemas por culpa de alguien que apenas podía recordar la tabla del cuatro. De ninguna manera. No es que las tablas de multiplicar tuvieran alguna importancia para Judd —él mismo tenía dificultades con la del seis en adelante—, el asunto es que si Michael abría la boca acerca del arma, él tendría que dar más explicaciones de las que le apetecía. Esperaba que el retrasado hubiera entendido sus advertencias. No había tenido mucho tiempo de recalcárselas hasta la llegada de Kathleen, pero creía haber sido lo suficientemente disuasivo.

—Hi-hice lo q-q-que no debía. Perdón —musitó Michael con los ojos humedecidos.

Kathleen aferró el rostro de Michael con ambas manos e hizo que la observara.

—Dios mío, Michael, tienes temperatura. ¿Qué es lo que has hecho? —Kathleen se volvió en dirección a Judd. El cuidador, de pie, no se inmutó.

—No me ha dicho qué hacía a estas horas en la escuela —dijo Judd a la defensiva.

—¿Qué te ha dicho entonces?

—Muy poco. Lo encontré en el aula 19. Seguramente se escondió allí durante el día.

El rostro de la directora se transformó.

Michael alzó la vista en dirección a la silueta recortada de Judd, luego hacia Kathleen. La luz del vestíbulo lo encegueció y apenas pudo distinguir las facciones de la directora.

—Te llevaré a tu casa —dijo Kathleen.

No era un buen día para recibir malas noticias.

—No es tan sencillo, directora Blake —sentenció Judd—. Hay algo más…

—¿A qué te refieres?

Otra vez, Michael introdujo la cabeza entre las rodillas.

—Yo lo hubiera llevado a su casa —dijo Judd—. Tengo mi furgoneta allí afuera.

—¿Qué ha ocurrido entonces?

Michael abrió la boca para decir algo y Judd contuvo la respiración. Era evidente que el retrasado buscaba alguna palabra en su cerebro precario. Judd esperaba al menos que el jodido bibliotecario pudiera recordar lo que le había dicho antes de la

llegada de Kathleen. Nada de mencionar el revólver, y nada de hablar de lo que había visto.

¿Puedes recordarlo? Tengo dos buenos motivos para que lo hagas. El primero es que la directora Blake, que parece ser complaciente con los retrasados como tú, pensará que estas chiflado si le dices lo que has visto; y el segundo, es que si lo haces te moleré a golpes, ¿entiendes eso? Si lo entiendes asiente… Muy bien.

—Michael, ¿sucedió algo en el aula 19? —insistió Kathleen— ¿Has hecho algo?

—N-n-no.

—Sin duda debió asustarse al despertar en un sitio desconocido —puntualizó Judd, complacido con la respuesta.

Kathleen asintió. Se puso de pie.

—Te llevaré a casa, Michael.

—Directora Blake…

Kathleen se volvió. Judd exhibía una tenue sonrisita triunfal.

—¿Qué ocurre?

—Esperamos a alguien más de un momento a otro…

—No entiendo.

—Poco después de encontrar a Michael en el aula 19 fui a mi habitación, en busca de la manta…, por la fiebre —Judd hizo una pausa—. Cuando regresé lo encontré hablando por teléfono.

Kathleen estaba empezando a perder la paciencia.

—Judd, sin rodeos: ¿A quién esperamos exactamente?

—Lo escuché hablar con un tal Farris. Michael me ha dicho que viene en camino.

—No conozco a ning… ¿el periodista?

Judd se encogió de hombros.

Kathleen se sintió conmocionada. Sus planes de un baño nocturno estaban tomando el giro más descabellado que cabría esperar. *¿Para qué hablaría Michael con Paul Farris?*

—¿Michael, es cierto lo que dice Judd?

Michael alzó la cabeza. Sus ojos resplandecieron desde la oscuridad debajo de la manta. Con un ligero movimiento de cabeza indicó que la afirmación era correcta.

Judd dejó que sus labios esbozaran una sonrisa franca. Quizás hasta era posible que pudiera resultar algo bueno de todo esto. Un aumento, ¿por qué no? Aunque debía reconocer que la situación se le había ido de control por un momento, con la visión del niño del cabello violeta, los gritos y todo lo demás. Pero Judd había recobrado el control a tiempo, había escondido el arma y traído la manta, y eso le

permitió explicar por qué dejó a Michael solo en el vestíbulo.

—¿Por qué has llamado a Paul Farris, Michael?

El muchacho miró alternativamente a Judd y a Kathleen.

—Vi a-algo.

El corazón de Judd se detuvo.

—¿Qué es lo que has visto? —La ansiedad se coló en el tono de voz de la directora.

8

Julio 12 de 1994
Fragmento del libro «Vidas efímeras. El misterio del Aula 19»
Por Marsha J. Fox
Pág. 4

Nunca me he considerado una mujer débil. Quizás lo descubrí a los catorce años, cuando enfrenté con un cuchillo a mi tío, el hermano de mi madre, en medio de un intento de violación, o diez años más tarde, cuando hice lo propio con mi ex-marido, quien ebrio como una cuba golpeó a mi pequeña Betty, por entonces de apenas dos años. No lo sé. La vida nos pone en situaciones difíciles de tanto en tanto. En ocasiones nos guarda en una caja forrada de algodón y nos saca a relucir con delicadeza, siempre con nuestra dosis de polvo anti-humedad, nos mantiene rozagantes e impolutos. Otras…, sencillamente nos aporrea hasta que los ojos se nos salen de las órbitas, nos refriega la nariz en la tierra reseca de excremento de perro, o cosas peores.

Para una mujer negra y soltera, con una hija que demanda dinero y amor, y que sólo dispone de una de esas cosas, el mundo no es sencillo.

Me he enfrentado a situaciones difíciles e inexplicables muchas veces. Cuando se es apenas una niña no es posible comprender las intenciones de un tío depravado, por ejemplo. Simplemente tratas de sobrellevarlo. Y aunque muchas personas no logran convivir con experiencias de este tipo, no ha sido mi caso. Como he dicho, me considero una mujer fuerte. Sin embargo, después del incidente en la escuela Woodward renuncié a mi cargo de maestra del tercer grado, y eso debe decir mucho de cuánto me afectó. El paso siguiente fue abandonar la docencia. Me resultó imposible permanecer de pie frente a una clase de niños con rostros expectantes. Las piernas no me respondían y la garganta se me secaba en cuestión de segundos. Creí superarlo con el tiempo, pero no funcionó. Lo cierto es que dejé de intentarlo. Las imágenes de lo vivido aquel día, muchas de las cuales los periódicos se han encargado de distorsionar, han sido uno de los fantasmas con los que no he podido luchar.

Yo fui quien vio a esos niños muertos por primera vez. Abrí la puerta del aula 19 sin tener idea de lo que me esperaba detrás y lo que debí afrontar me marcó de por vida. He escuchado y leído muchas cosas que no son ciertas, tonterías acerca de un niño que robó el arma de su padre y decidió usarla en la escuela, por ejemplo. Ha sido una locura. Es hora de mi verdad.

9

Cuando era pequeño, Paul Farris pasaba todo el tiempo posible lejos de su familia. Su padre no estaba mucho en casa, lo cual era una bendición, pero su madre permanecía todo el día allí, normalmente quejándose de Leonard y de cómo sus constantes ausencias la sacaban de quicio, de lo obvio que resultaba que tenía una amante o

cosas por el estilo. Cuando estaban juntos, las discusiones eran constantes y de diversa índole, pero los parámetros generales eran siempre los mismos. Se iniciaban con una primera fase de provocación, en que Leonard se paseaba por la casa con aire de autosuficiencia, como si prefiriera estar en cualquier otro sitio antes que allí (cosa que probablemente era cierta), mientras Lea lo perseguía a los gritos, espetándole que su casa no era un hotel en el que podía asomar las narices cuando se le diera la gana, y que si aquello iba a seguir así un día ella se largaría. Leonard optaba al principio por ignorar los planteos de su esposa, sin dejar de hacer lo que estuviera haciendo en ese momento. Si era leer el periódico o mirar la televisión el proceso se aceleraba. Sentirse ignorada alimentaba la indignación de Lea más que nada. Su ira aumentaba exponencialmente, se acercaba a su marido y le arrancaba de las manos el documento de trabajo, el periódico, o apagaba el televisor. Entonces la pelea pasaba a la segunda fase, la de reacción, en donde Leonard explotaba y lanzaba a su vez su artillería hiriente, lo cual al principio no tenía ningún efecto en Lea, pues su objetivo de hacerlo reaccionar estaba cumplido. Tampoco había muchas variaciones en la fase de reacción. Leonard le decía que si él no trabajaba entonces los duendes tendrían que traerles dinero para seguir pagando los gastos de la casa, los coches, el salón de belleza, las compras semanales de ropa que ella jamás utilizaba, etcétera. Le decía también que si ella se dignara a buscar un empleo entonces tendría algo mejor que hacer que importunarlo todo el tiempo. Normalmente a estas alturas Lea contraatacaba. Sabía perfectamente que Leonard no necesitaba seguir trabajando para vivir bien, sino que lo hacía porque era un jodido enfermo adicto al trabajo que prefería seguir acumulando billetes y presumiendo en el club antes que disfrutar de un poco de tiempo libre con su familia. Claro que sí. Leonard Farris no tenía ninguna necesidad de llevar la vida que llevaba, y si lo hacía era sencillamente porque había perdido el interés en su familia y prefería encamarse con alguna jovencita cabeza hueca. La pregunta final era siempre la misma: *¡por qué no tienes el valor de reconocerlo, maldito hijo de puta!*

La tercera fase, a la que Paul había bautizado como «Sálvese quien pueda», tenía lugar cuando Lea volvía a atacar, pero ahora con Leonard en actitud agresiva. En esta fase casi todo era posible; los argumentos se tornaban más ofensivos, la manera de exponerlos más grosera, pero sobre todo se lanzaban lo que tenían a mano: adornos, platos, lámparas, nada se salvaba. Todavía no había habido violencia física, o al menos Paul no la había presenciado, pero intuía que la única razón para que tal cosa no hubiese ocurrido era porque su padre sabía perfectamente que si le ponía una mano encima a Lea, ella lo aniquilaría en la corte. Era triste ponerlo en estos términos,

pero Paul sospechaba que si su padre no hubiese sido abogado y conociera al dedillo los riesgos de propinarle una paliza a su mujer, entonces ella hubiera terminado en el hospital alguna vez.

Al principio habían tenido cuidado de que el pequeño Paul no presenciara las discusiones —aunque eran perfectamente audibles desde su habitación, e incluso un abogado podía darse cuenta de eso—, pero con el tiempo dejaron de preocuparse. No importaba que Paul estuviera en la habitación contigua, o en la cocina tomando su desayuno y ellos en la sala, a veces incluso gritaban a su lado como si él no existiera. Esa era otra de las características de las contiendas: se trasladaban, como los tornados.

Cuando Paul fue aceptado en la Universidad de periodismo de Florida (todo lo lejos de Nueva York que le fue posible), su vida despegó. Fue un alumno regular, pero con madera para convertirse en un reportero incisivo. Al poco tiempo de graduarse inició una pasantía en el *New York Times* (gracias a los contactos de Leonard, es justo decirlo) que en poco tiempo se convirtió en un puesto permanente en policiales. Era dedicado, y cuando se convenció de que podía lograr cosas por su cuenta, sus perspectivas cambiaron.

Su primera oportunidad importante llegaría de la mano de la tragedia del aula 19. Cuando la policía detuvo al único sospechoso de la muerte de los catorce niños, Paul apenas pudo creerlo. ¡Lo conocía! Tras enterarse de la noticia le hizo saber a Phill Thomas, su jefe directo en el *Times*, que creía poder conseguir una exclusiva con él, y de esa manera sus posibilidades para escribir una serie de artículos sobre el caso aumentaron por sobre las de otros colegas con mayor trayectoria.

La serie de artículos lo catapultó. Era joven y tenía un futuro promisorio. En esa época conoció a Eva —la mujer republicana más fantástica del mundo, como solía bromear él—, con quien se casó en tiempo record, algo que no dejó de sorprenderlo teniendo en cuenta que no había crecido con un buen concepto respecto al matrimonio. Todo fue grandioso…

Hasta el asesinato de Eva.

Otra vez, su vida dio un vuelco repentino. Dejó su posición de redactor estrella en policiales y aceptó un puesto de jubilado en necrológicas; algo no tan demandante, le había dicho su jefe, que lo observaba con la expresión lastimosa que las personas reservan para los enfermos terminales. Las ayudas de su padre fueron fundamentales para solventar su nueva vida, que incluía un trabajo mediocre y algunas comodidades que en realidad no necesitaba, ni quería. Se alejó de sus amigos y se convirtió en… su madre, o algo parecido. Después del luto de rigor, Leonard lo hizo blanco de sus ataques. Siguió dándole dinero, eso sí, como lo hizo siempre con Lea. Así era el

mundo de Leonard Farris.

Paul pensó seriamente en suicidarse. Bueno, había llegado bastante más lejos que sólo pensarlo, pero después lo dejó de lado. Quizás el tiempo sí lo cura todo, se decía a veces, aunque el vacío que le provocaba la ausencia de Eva no parecía llenarse sino hacerse más hondo. Lo cierto es que no sabía por qué nunca llegó a utilizar la escopeta que había comprado especialmente, sentarse frente a ella y volarse los sesos presionando el gatillo con el dedo gordo del pie. Suponía que no estaba en su esencia.

Tres años después ya no pensaba en quitarse la vida, pero su vida seguía siendo igual de aburrida que cuando apenas podía conciliar el sueño pensando en la escopeta. Acodado en la barra de Tannen´s, un lujoso y exclusivo bar que frecuentaba con culposa asiduidad, se decía entre un whisky y otro que volver al pasado no tenía sentido, pero que el suyo lo tenía atrapado con garras de oso y nunca lo dejaría ir.

—Lou, sírveme otro.

Lou era lo más cercano a un amigo que Paul tenía en su nueva vida de viudez y pensamientos de escopetas. El barman se acercó y lo estudió.

—¿Seguro?

—Sí.

El escrutinio de Lou (que también consideraba a Paul un amigo) siguió durante unos segundos y finalmente le sirvió otro trago. El quinto. Nunca llegaba al quinto.

Paul se llevó el vaso a la boca y se humedeció los labios. Detrás de él, congregados en torno a lujosas mesas de madera lustrada y sillones con tapizados de cuero, una media decena de sexagenarios con la papada de *Jabba the Hutt* bebían animadamente y disparaban risotadas oxidadas. Paul los odiaba, y lamentó no haber trazado otros planes para esa noche. Cenar con Patricia Mercer, por ejemplo; Dios sabía que sólo tenía que pedírselo. Si el mundo se hiciera más pequeño por cada insinuación de Patricia, Paul podría metérselo en el culo y llevarlo consigo a todas partes.

No había una explicación aceptable de por qué un joven como él pasaba una noche en un sitio exclusivo para hombres con el estado atlético de ajedrecistas postrados y sonrisas de puercos en celo…, pero la época de las preguntas había terminado. Sin volverse, repasó en el espejo la atmósfera de Tannen´s: las lámparas colgantes, las paredes revestidas en madera, la nube de humo de los cigarros. Media docena de muchachas de cuerpos esculpidos surtían de bebidas a los hombres o esperaban a prudente distancia, en silencio o intercambiando algún comentario entre ellas. Se mantenían con la mirada expectante, al aguardo de un gesto o una nalgada por parte de alguno de los dinosaurios. Paul conocía a muchas de ellas. Las había

visto recurrentemente durante el último año, vistiendo sus faldas cortas, maquillaje de muñecas japonesas y provocativos escotes. Tannen´s era un sitio discreto, una filial de caballeros con buenos modales para los cuales estaba bien sentarse a una de aquellas jovencitas en las rodillas, darle algún consejo o un regalo o invitarla a un hotel.

Así de triste eran las cosas para Paul Farris. Podía estar cenando con Patricia Mercer, quien lo había intentado todo salvo colocarse un letrero en la frente con la palabra *¡Fóllame!*, y sin embargo prefería pasar la noche en Tannen´s, que podía ser emocionante para los miembros del *club de la papada*, pero que para él era francamente deprimente. Paul comenzó a sopesar seriamente la posibilidad de marcharse y fue entonces cuando la muchacha se sentó a su lado, en uno de los taburetes elevados de la barra. Durante unos minutos fue apenas una silueta borrosa a su derecha. Paul sintió la opresiva sensación de ser observado y al volverse descubrió que en efecto así era; una muchacha pelirroja de tez muy blanca lo observaba con fijeza; probablemente tenía implantes en los pechos y definitivamente colágeno en los labios. Creía haberla visto antes, pero no recordaba su nombre, si es que alguna vez lo supo.

—Hola —dijo ella.

Paul volvió la vista a su vaso. Su primer impulso fue ignorarla.

La muchacha extendió su mano.

—Mi nombre es Ally.

—Paul —dijo él estrechando la mano.

—Ashley no vendrá hoy.

Paul se sorprendió ante la mención de Ashley, pero no quiso aceptar que había estado esperándola.

—¿No? —dijo con desinterés.

—Ha tenido una dificultad con su hijita.

—Oh. —Paul se sintió sumamente incómodo ante la mención de la hija de Ashley. Sabía que tenía una, ella se la había dicho alguna vez—. Gracias por el aviso.

—De nada.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció Paul.

—Estaba por irme, lo dejaremos para la próxima. Por lo general no suelo quedarme hasta estas horas. —Ally encendió un cigarrillo, dio una calada larga y lanzó el humo con fuerza hacia un costado. Apoyó el codo sobre la barra y sostuvo su Marlboro a pocos centímetros del rostro. Paul reparó en el vestido negro y el escote que dejaba al descubierto buena parte del busto. Aun con aquel vestido y una buena cantidad de maquillaje resultaba difícil no advertir sus facciones juveniles.

—Hoy parecen más entretenidos que de costumbre —comentó Ally.

Paul no comprendió al principio que ella se refería al grupo de hombres. La observó con incredulidad.

—Normalmente alguno hubiera decidido dar un paseo conmigo —explicó ella—. Paso por hoy. La semana ha sido más larga que de costumbre.

Ally envolvió con sus labios el filtro del cigarrillo y entrecerró los ojos mientras aspiraba el humo. Durante un par de minutos guardaron silencio. Ella dio cuenta de su cigarrillo y retorció el filtro en un cenicero de vidrio. Parecía dispuesta a marcharse. Paul ahora no podía quitarle los ojos del cuello esbelto, los hombros descubiertos y el nacimiento de sus pechos. Le resultó embarazoso no poder evitarlo y que ella lo advirtiera abiertamente.

—Tú me gustas, novio de Ashley —dijo Ally de repente. Trazó dos comillas con sus dedos al pronunciar las palabras *novio de Ashley*—. Larguémonos de aquí.

Paul se puso de pie casi sin pensarlo. Quizás era la bebida.

—Ashley lo entenderá —dijo Ally—. Es mi amiga. Además… nos gusta intercambiar.

10

Julio 12 de 1994
Fragmento del libro «Vidas efímeras. El misterio del Aula 19»
Por Marsha J. Fox
Pág. 15

… apenas había dormido la noche anterior. Betty no tocó la comida durante la cena y más tarde se quejó de un dolor fuerte en el estómago. Le dije que eso le serviría de lección en el futuro y que no debía atiborrarse de dulces como lo había hecho esa tarde en casa de su abuela. Le aseguré que se sentiría mejor por la mañana y Betty se convenció, o se dio cuenta de que protestar no le serviría de nada. Esa noche me

pidió compartir la cama y accedí. Trajo consigo a su muñeca preferida, Lola.

Una hora más tarde me despertó con un grito. Me incorporé y encendí la luz de un manotazo. Encontré a mi hija sentada, aferrando a Lola contra el pecho y respirando agitadamente. Sus ojos eran lo peor, grandes y vidriosos. Viendo cómo sucedieron las cosas al día siguiente, el recuerdo de aquella mirada estampada en su rostro parece un presagio.

Trasladaron a Betty al hospital. El médico me dijo que no debía preocuparme y yo desde luego lo hice. Una enfermera joven y bonita me explicó que Betty había sufrido una intoxicación y que había hecho muy bien en llevarla al hospital de inmediato. Me dijo también que la tendrían esa noche en observación y que podría llevarla a casa al día siguiente. Afortunadamente el incidente no pasó a mayores.

Pasé la noche en el hospital Lincoln, en una sala común junto a una docena de niños. Es difícil explicar cómo una habitación como aquella logró transmitirme cierta paz, pero lo hizo. La poca iluminación y el pitido electrónico de dos o tres artefactos, el zumbido lejano de tubos fluorescentes, el olor a desinfectante… lentamente las cosas volvían a la normalidad.

La enfermera bonita tuvo la gentileza de conseguirme una silla para que pudiera pasar la noche junto a mi hija. Permanecí con los pies estirados y las manos en el regazo, contemplando el rostro sereno de mi pequeña junto a la mejilla de felpa de Lola.

Me dormí una media hora después que ella.

Nunca hablé con nadie acerca de lo que ocurrió esa noche. Durante un buen tiempo creo incluso haberlo olvidado, y es comprensible frente a lo que viviría al día siguiente en el aula 19. Fue el sueño más extraño que recuerdo. Primero escuché un grito, breve pero estridente, que hizo que alzara la cabeza de golpe. Fue idéntico al que dos horas antes me había despertado en mi propia casa, sólo que esta vez no desperté en la familiaridad de mi cama, sino en la habitación del hospital, rodeada de niños y artefactos que emitían destellos verdosos. Me incorporé. Betty yacía frente a mí, en

su cama, aferrando a su muñeca con fuerza. Me embargó una sensación de déjà vu. El cabello largo le cubría el rostro. Me puse de pie de inmediato, me acerqué a ella y le aparté el cabello de la frente.

Y su rostro me espantó.

Betty estaba mucho más delgada. La visión de su rostro anguloso forrado en piel hizo que me llevara una mano a la boca. Sus ojos habían adquirido un aspecto saltón y vacío. Creo que grité. Las piernas apenas me respondían pero conseguí llegar hasta la cama de mi hija. Estiré los brazos para asirla y ella intentó sonreír. Le dije que todo estaba bien, que la llevaría a casa… Ella asintió y abrió la boca para decir algo. Recuerdo sus palabras con toda claridad: «El mago mueve la bola de hielo, mami. Es muy grande».

Al día siguiente había olvidado el sueño —si es que eso había sido— y la frase. Mi hermana se ofreció a cuidar de Betty y me animó a ir a la escuela. Dijo que me ayudaría a despejarme y estuve de acuerdo. Como ya he dicho varias veces, la escuela Woodward ha sido un sitio importante para mí. Alejarme de allí fue una de las decisiones más difíciles que debí tomar en toda mi vida.

El día de la tragedia caminaba hacia la sala de maestros en busca de tizas. Normalmente le hubiera pedido a uno de mis alumnos que fuera a por ellas, pero decidí que aprovecharía y telefonearía a mi hermana para saber cómo seguía Betty. Fue entonces cuando un ruido atrajo mi atención en el aula 19. Algo pesado golpeó el suelo, pensé, y eso hizo que desanduviera mis pasos —mi clase era en el aula 17—. Me detuve frente a la puerta, donde el rectángulo de cristal glaseado no me reveló ningún movimiento en el interior, a la espera de que el ruido se repitiera, y entonces advertí que los únicos sonidos provenían de las otras aulas, pero que en la 19 reinaba un silencio inusitado. Supuse que los niños estarían en clase de música o de ciencia, lo cual no explicaba el ruido que acababa de oír, y eso me decidió a abrir la puerta. Cuando aferré el picaporte un resplandor azulado proveniente del interior hizo que lo soltara. Permanecí de pie y verifiqué a mi alrededor si alguien había

visto aquello, cosa que sabía no había ocurrido. Estaba sola. Sin pensar nada, giré el picaporte.

Todo había terminado para ese entonces. Me he preguntado muchas veces si no es posible que el sueño en el hospital haya tenido lugar después de la tragedia, que mi memoria me haya jugado una mala pasada. Prefiero pensar que la imagen consumida de Betty aferrando a su muñeca Lola fue una consecuencia de lo que vi aquel día en el aula 19 y no a la inversa. Es más sencillo de ese modo. La visión de los niños aquel día…

11

Ally y Paul se quitaron la ropa en un ritual silencioso y frenético, de pie junto a la cama de dos plazas de la habitación 109 del Motel Bluebird.

Media hora después Paul yacía boca arriba, con las manos detrás de la cabeza y la vista fija en un techo poco interesante. Ally cruzó la habitación hasta un silloncito donde había dejado su bolsa y en el que guardaba una muda de ropa: vaqueros, un jersey de cuello alto y un conjunto de ropa interior. Se vistió con presteza. Después dobló el vestido negro y lo guardó en la bolsa. Se aproximó al espejo redondo junto a la puerta y se acomodó el cabello con las manos.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—Ally… será mejor que te lleve a tu casa.

Paul recorría con la mirada una fisura en el techo. Hizo el intento de incorporarse pero Ally se tendió a su lado y lo detuvo con una mano en el pecho.

—Puedo quedarme.

Paul era incapaz de comprender cómo había llegado a un motel del que ni siquiera podía recordar el nombre. Se vio a sí mismo sentado en la barra de Tannen´s, humedeciendo su cerebro dormido para que el pequeño musculito blanduzco saque a relucir su circo de atracciones del pasado. Y entonces Ally se había presentado, y

minutos después compartían una cama destartalada que parecía apoyarse sobre balones de futbol en lugar de patas.

Al principio las cosas habían ido relativamente bien. Recordó la última media hora como un viaje en montaña rusa donde los acontecimientos se sucedían a toda prisa. Inmediatamente después de desnudarse, Paul había contemplado a Ally con perpleja fascinación. Su cuerpo era de una belleza magnética, su rostro terso y una sonrisa de medialuna parecían capaces de hacerte hacer cualquier cosa. Aquella chica era la dueña del mundo, pensó Paul. Y esa sonrisa, un contorneado labio superior y una dentadura pareja, era más que franca y sensual, era… *perfecta*. Quizás era demasiado simplista, como calificar al universo de *grande*. Pero tenía *algo*, porque cada vez que Paul se detenía en ella se sentía desarmado e incapaz de pensar con claridad. La prueba estaba en cómo había aceptado casi de inmediato la invitación al Motel Bluebird (*¡Bluebird! ¡Ese es el nombre!* No poder recordarlo probaba su punto).

Ally besó el cuello de Paul y con una lengua húmeda y delicada jugueteó con el lóbulo de su oreja izquierda. Cuanto más empeño ponía Paul en dejar de pensar en la sonrisa de la muchacha, menos lo conseguía.

—¿Te sientes bien?

—Sí —mintió Paul.

—¿Quieres que cambiemos?

—Sí, por favor.

Ally se tendió boca abajo y Paul rodó sobre ella. Ahora fue él quien besó su cuello, aunque en realidad fue un ardid para no observarla a los ojos. Dio ligeros mordiscos y ella suspiró, su cabeza describiendo círculos imaginarios. Otra vez sus lenguas se fundieron y se contorsionaron como un único organismo vivo.

Paul acarició con una mano el rostro de Ally y con la otra recorrió primero su cadera, después su pierna, de arriba hacia abajo un par de veces. La pierna derecha de ella se elevó y se separó de su cuerpo con la precisión de un paso de baile clásico.

Paul irguió la cabeza, y allí estaba de nuevo aquella sonrisa. La realidad misma burlándose de él. Detuvo la exploración corporal de inmediato. Se alejó de Ally lentamente, se sentó al borde de la cama y guardó silencio. Unos segundos después sintió las manos de ella alrededor del cuerpo. No se sintió avergonzado ni forzado a dar explicaciones. No había mucho para explicar, además. El mundo está lleno de mierda. Permaneció con las manos entrelazadas y la vista fija en el techo del Motel Bluebird.

12

Noviembre 15 de 1993
Fragmento televisivo

… un giro inesperado se ha producido en el caso de la muerte de los niños en la escuela Woodward el pasado 5 de noviembre. El maestro George Hannigan, quien al momento de la tragedia se hallaba al frente de la clase, ha admitido ser el responsable de la muerte de sus alumnos del cuarto grado.

En un escueto comunicado dado a conocer en el día de hoy, el abogado de Hannigan se ha limitado a asegurar que su cliente se declara responsable de lo acontecido en la escuela y que está dispuesto a hacer una declaración formal frente a un tribunal.

Seguiremos de cerca los detalles y las repercusiones de la que para muchos es considerada la tragedia escolar más lamentable en la historia del estado de Nueva York. La investigación se sigue desarrollando en un completo hermetismo y se desconocen los pormenores de la masacre, aunque sí se ha descartado la existencia de heridas de bala en los cuerpos como se especuló días pasados…

13

Ally se tendió boca arriba.

—Debo regresar a casa en una hora —dijo—. Se supone que estoy sirviendo a los invitados de un diplomático. Últimamente han sido más fiestas que de costumbre.

—¿Novio?

—No. Vivo con mi padre. Además, dudo que un novio se trague semejante cosa. —Comprendiendo las implicancias de lo que acababa de decir, agregó—: Mi padre es

un buen hombre.

—No hace falta que me des explicaciones.

—Lo sé.

—Aquí tienes —dijo él y dejó tres billetes sobre la mesa de noche.

Ella rodeó la cama y los cogió. Los guardó en el bolsillo trasero de sus vaqueros.

—No hace falta que me lleves a ninguna parte, puedo pedir un taxi en la recepción. —Ally asió la correa de la bolsa.

—Espera… Perdón si dije algo inapropiado, o me comporté como un imbécil. No ha sido un buen día para mí. Déjame llevarte a tu casa. Por favor.

Paul se abotonó la camisa y se arregló el cabello en el mismo espejo donde Ally lo había hecho minutos antes. Regresó a la cama y colocó la almohada en posición vertical. Se sentó con la cabeza apoyada en ella y las piernas extendidas. Ally lo imitó. Ambos permanecieron en silencio, simplemente observando la pared frente a ellos, donde había un sillón, una mesita con un televisor y un cuadro poco llamativo colgado en la pared.

—No me juzgues por lo que he dicho acerca de mi padre —pidió ella.

—¿A qué te refieres?

—A qué nadie se tragaría que estoy sirviendo a los invitados de un diplomático. A veces llego a casa a las siete de la mañana, o no regreso en absoluto. No es sencillo mentirle.

—No te preocupes.

—Él me ha criado. Es un hombre transparente. Trabaja todo el día haciendo reparaciones y apenas le alcanza para pagar las cuentas y la hipoteca. Si supiera lo que hago se le partiría el alma.

—¿Tienes hermanos?

Ally no respondió de inmediato. La mentira era parte de su vida, afloraba casi por instinto, como los colores en el camaleón. Las personas normalmente deben prepararse para mentir, pero en su caso sucedía a la inversa.

—Tenía uno.

Paul guardo silencio.

—Sé lo que estás pensando —soltó Ally.

—¿Qué?

Ahora ambos yacían vueltos de costado, observándose mientras mantenían una conversación nocturna como una pareja convencional después de hacer el amor. La ironía era que ellos no eran lo primero ni habían hecho lo segundo.

—Estás pensando en cómo puedo dedicarme a *esto*…

Él sonrió.

—No pensaba en eso.

—Tu sonrisa dice otra cosa.

—Entonces mi sonrisa no sabe lo que dice.

—¿En qué pensabas entonces?

—En nada, de verdad.

Ally encendió un cigarrillo y le dio una calada profunda.

—No estoy orgullosa de lo que hago —dijo apartando la nube de humo con la mano—. Voy a dejarlo pronto.

—¿Alguien de tu familia lo sabe?

—Algunos… parcialmente. Le envío dinero a mi tía de tanto en tanto. Para comprar medicinas y esas cosas. También procuro mantener nuestra casa en condiciones. No gasto el dinero en drogas. —Ally hizo una pausa—. Estoy ahorrando para ir a la universidad.

—¿Hace cuánto que…?

—¿…soy una puta? Cuatro años.

Paul no pudo sostenerle la mirada.

—No quise ser grosera —se disculpó ella, y con la mano libre cogió el mentón de Paul e hizo que se volviera para mirarla—. Pero conviene llamar a las cosas por su nombre, créeme.

—A veces no es necesario.

—Puede ser. Con mi carácter eso es algo difícil. Así era mi madre, me han dicho.

—¿Cómo murió?

—En un accidente.

—Lo siento.

—Gracias. Era una mujer muy bonita y alegre. Mi padre apenas habla de ella. Una vez me dijo que le recuerdo a ella… y es quizás la razón más poderosa para alejarme de esto. Aunque suene pedante, creo tener la fortaleza para resistir unos años más. Quiero decir, no tengo la necesidad de sacrificarme como otras chicas, no necesito pararme en la esquina de un vecindario peligroso y pasar horas de frío antes de que un coche con un desconocido se digne a detenerse. Tengo un par de lugares como Tannen´s en donde puedo ser selectiva y trabajar horarios flexibles. He hecho una clientela estable de gente agradable. Algunos de ellos no son para condecorarlos con la medalla al mérito, pero son inofensivos.

Paul se preguntó si aquella historia formaría parte del repertorio habitual de Ally para esos clientes selectos, una forma de capturarlos en su tela, inyectarles el veneno

de la dependencia. Si no hubiese sido así, la muchacha estaría en ese momento camino de su casa para no preocupar a su padre, si acaso todo eso era cierto.

—¿Tienes pensado hacerlo pronto?

—¿Dejarlo?

Paul asintió.

—Lo intenté una vez, no fue sencillo. Conseguí empleo en una tienda de renta de películas. Es difícil sobrevivir a la idea de ganar en un mes lo que de este modo gano en una noche, en especial si el dueño de la tienda está empeñado en llevarte a la cama.

—Menuda paradoja.

—Debí dejar ese empleo y buscar otro, lo sé. De todas maneras, viéndolo a la distancia, no creo que el cerdo del dueño fuera la verdadera razón para renunciar. Hice todo lo que pude por permanecer en la mugrosa tienda.

—¿Cuál fue la verdadera razón?

—Sé nota que eres periodista.

—Últimamente no se nota casi nada.

—También te aquejan tus propios fantasmas, ¿verdad?

Ally dejó su cigarrillo en un cenicero de plástico pegado al vidrio de la mesa de noche.

—¿Sabes una cosa? —dijo ella.

—¿Qué?

—Nunca he hablado con nadie de las razones por las que dejé ese empleo. Tengo un puñado de amigas, sin embargo no lo he compartido con ellas —entrecerró los ojos y observó hacia arriba como si soñara despierta—. Maldito Spencer, ese tipo sí que era un depravado.

Escucharon voces en el exterior. Un hombre murmuraba algo y una muchacha que parecía muy joven reía como si le hicieran cosquillas. El Motel Bluebird tenía una callejuela interna que conducía a las habitaciones y una pasarela peatonal por donde la risueña pareja caminaba en ese momento. Las voces se hicieron más potentes cuando el hombre y la mujer se detuvieron un momento frente a la ventana de la habitación 109 y finalmente avanzaron hasta la habitación siguiente.

Paul y Ally siguieron con atención lo que ocurría afuera, hasta que los extraños se marcharon.

—Ashley me ha contado algunas cosas de ti —dijo Ally—. No lo tomes a mal…, es algo bueno. Significa que no eres uno de los *olvidables*. Los *olvidables*, como yo los llamo, o los *previsibles*, como prefiere llamarlos Ashley, son todos iguales; créeme, no podrías recordar su nombre ni aunque lo repitieras todo el santo día. La principal

característica de los *olvidables* es que se creen únicos, con sus numeritos de fantasías y frases de película triple equis. Resultan tan aburridos y vacíos que es fácil colocarlos a todos en una gran bolsa. Cuando estoy con un *olvidable* puedo hacer que mi cabeza se abstraiga y se ocupe de cosas que debo hacer en casa, diligencias pendientes o cosas por el estilo. Me transporto y respondo en piloto automático. Cuando el tipo se marcha ni siquiera recuerdo cómo ha ido todo. Cuando me despido de él, desaparece de mi mente. Tú no eres así. He desarrollado un sexto sentido al respecto. Pero no sé qué tiene que ver esto con las razones por las que dejé el empleo en la tienda de Spencer.

La pareja vecina no perdía el tiempo e inició una serie de feroces arremetidas. Un ruido seco se producía cada vez que el respaldo de la cama golpeteaba el panel divisorio. *Risitas* gritaba de placer.

—Cada vez se pone más interesante… —comentó Paul.

Ally no supo si el comentario iba dirigido a lo que ocurría en la habitación contigua o a lo que ella iba a revelarle referente a su trabajo. Supuso que a ambas cosas.

—Sé que lo que hago es temporal. También sé que si lo hago más de la cuenta puede que no pueda dejarlo… He visto muchas cosas, quizás demasiadas para alguien de mi edad. A veces me pregunto si esta vida no deja marcas de las que una no se recupera nunca. Quiero pensar que no, que algún día podré tener una vida normal y ver todo esto como un recuerdo lejano con sabor amargo. Durante mucho tiempo estaba convencida de que así sería.

—¿Ya no lo crees?

—Ni un minuto de acostarse por dinero puede olvidarse. El paso adelante consiste en aceptarlo, creo. Muchas mujeres no lo hacen, incluso mayores que yo.

Los quejidos de *Risitas* eran cada vez menos espaciados.

—Cuando pasé aquellos dos meses en la tienda de películas me sentí verdaderamente miserable. El hecho iba más allá de tener que tolerar que el dueño me tocara el culo cuando le apetecía, y fue difícil asimilarlo. Me refiero a que… ¡debía sentirme feliz! Había dado el paso decisivo. Me rehusaba a aceptar que echaba de menos esta vida. No era eso. Salvo que había una cosa que sí echaba de menos realmente, y descubrirlo fue una revelación absoluta. ¿Prometes creerme?

—Claro.

—En la tienda de películas no tenía el *control*. Lo había perdido. Ahora ahorro dinero para ir a la universidad o poner un negocio propio, y aunque nada de esto me espere a la vuelta de la esquina, la verdad es que no tiene mayor importancia, ¿me

sigues?

—Creo que sí.

—Cada día, con el puto Spencer, comprendí que vivir sin perspectivas no es para mí. Necesito saber que me dirijo a algún sitio.

—Tengo que decir que no estoy de acuerdo contigo. Tú misma lo has dicho hace un instante: ni un minuto de acostarse por dinero puede olvidarse. Si es así para ti, entonces quizás el precio sea demasiado alto.

—Eso me gusta de ti, eres sincero. Puede que en el fondo yo misma piense como tú. Pero ¿sabes una cosa? Por irónico que resulte, cada noche siento que soy yo quien realmente tiene el *control* y no el tipo de turno. Spencer ha sido el último que me ha manoseado el culo.

En la habitación contigua las embestidas se habían vuelto frenéticas.

—Perdón por todo este rollo —dijo Ally—. Ya te he aburrido bastante.

—En absoluto.

—Puedo contarte cosas más interesantes.

Ally sonrió con malicia.

—¿Sí?

—Desde luego.

Por primera vez en toda la noche Paul percibió la vulnerabilidad de Ally, y creía que el hecho iba más allá de lo que ella le había dicho, de que confiara en él. Creyó ver detrás del disfraz de muchacha resoluta y planificadora que ahorraba para ir a la universidad; sentir la proximidad de la veinteañera que vivía sola con su padre y que intentaba a su manera subsistir, justificarse con teorías dudosas para hacerse más resistente a los embates del mundo. Y Paul decidió que quería escucharla, que hacía tiempo que no sentía la cercanía de otra mujer y que la necesitaba.

—Me imagino que conoces a Dan Martins —dijo ella de repente.

—No lo creo.

—Es un concejal —explicó Ally—. Era uno de los hombres que estaba en Tannen ´s, justo detrás de ti.

—No lo conozco. No he sido un periodista muy activo últimamente.

—Martins era uno de los viejos que manejaba la conversación. Siempre hay uno o dos que lo hacen, los más poderosos. Cuando ellos hablan el resto calla o asiente y le festeja las gracias. Con el tiempo una aprende a detectarlos.

—Vale.

—Jura conmigo —Ally alzó el dedo índice y el anular.

Paul la imitó.

—Prometo no utilizar nada de esto en mis historias periodísticas —recitó Ally.

Paul repitió la frase.

—Perfecto. El sujeto tiene familia, después de todo.

—Parece una historia prometedora.

—Lo es. Conozco a Martins desde hace un año y medio y créeme que al principio el sujeto fue un verdadero enigma. Se presenta todos los viernes, indefectiblemente, y cada tanto hace una visita adicional, como hoy. Sus amigos suelen concertar citas con alguna de las muchachas, sin embargo Martins se marcha solo.

Paul seguía las palabras de Ally con atención. No su significado, sino el modo en que las pronunciaba. Reparó en la cadencia musical que impartía a cada una de ellas, como una niña dispuesta a contarle intimidades a una amiga.

—Con el tiempo supimos que el hombre tenía familia —dijo Ally—. Cuatro hijas hasta donde sé. Llegamos a la conclusión de que buscaba simplemente hablar de política y mujeres con sus amigos y eso era todo. No lo he visto siquiera una vez con una muchacha en las rodillas. Nada. Un día Martins se me acercó. No habló demasiado. Me extendió una tarjeta y me pidió que lo llamara al día siguiente.

—Imposible resistirse.

—Desde luego. Sentía curiosidad; aunque de ninguna manera podía imaginarme lo que me esperaba. Supuse que se trataba de un sujeto tímido, discreto o las dos cosas, que se había tomado su tiempo para seleccionar a una muchacha digna de su confianza, o de su preferencia. Y por alguna razón me escogió a mí. Lo llamé a las ocho en punto según sus indicaciones. Me respondió con voz alegre, ebrio, pensé en ese momento. Me dio su dirección y me dijo que me esperaría en su casa en media hora. Y… escucha lo siguiente: que debía llevar un pavo conmigo.

—¿Un pavo?

—¡Eso mismo pregunté yo! Martins se limitó a decir que la visita no me demandaría más que una hora y que la paga sería generosa. Resultaron ser quinientos dólares, pero eso lo supe después.

—Menuda paga.

—Camino a la casa de Martins me sentí molesta. Digo, si el viejo tenía ganas de comerse un pavo podría haber llamado a cualquier servicio de comida. He estado con hombres que me han pedido que los observe mientras desfilan con la ropa interior de la mujer, ser golpeados o amordazados, no sé, lo usual. Una vez uno me pidió que lo depilara con cera, algo que disfruté enormemente. Esto del pavo era una novedad. Aunque lo conocía, antes de entrar a su casa hice una llamada a un amigo que sabe dónde estoy a cada momento. De alguien que contrata a una puta y le pide que le lleve

un pavo puede esperarse cualquier cosa, ¿no crees?

—Decididamente.

—Cuando llegué, Martins se mostró amable. Me invitó a pasar e hizo que lo siguiera hasta su habitación, en la segunda planta. Me sentí incómoda cargando una bolsa con un pavo de casi diez kilos. La habitación era una de esas alcobas de película, con una cama en el centro del tamaño del Central Park, cortinas bordadas, un jacuzzi y esas cosas. Martins me explicó que su familia estaba en un crucero. En la habitación había una mesa que supuse no había estado allí antes. En el centro había una bandeja de plata.

Ally encendió otro cigarrillo.

—Me dijo que colocara el pavo en la bandeja y me pusiera cómoda. Usualmente esto significa que me quite la ropa, pero Martins señaló un sillón de cuero entre la cama y la mesa, así que me senté y el viejo sonrió complacido. Se quitó la ropa en silencio. Fue a la mesa y agarró el pavo con ambas manos. Ten en cuenta que estaba caliente. Se arrodilló en el centro de la cama e introdujo la polla en el pavo.

Paul frunció el entrecejo.

—No puede ser.

—Créelo. Se ven cosas extrañas en este mundo. Martins comenzó a follar el pavo hirviente entre jadeos histéricos. No hice más que observarlo; el sujeto no me tocó un pelo en toda la noche. Cada vez que su mirada se encontraba con la mía, sonreía como un niño.

—Dios mío.

—Folló con el pavo durante casi media hora. Los últimos diez minutos me pidió que se lo sostuviera y eso hice; estaba enfriándose para ese entonces. Pero no te he dicho lo peor.

—¿Hay algo peor?

—Todo el tiempo se comportó como una gallina, batiendo sus brazos y cacareando. —Ally dejó su cigarrillo en el cenicero para hacer ella misma la representación de Martins—. Parecía poseído, y lo peor es que no me quitaba la vista de encima, y que parecía no darse cuenta de que aquella era la cosa más descabellada del mundo. Tenía los ojos grandes y movía la cabeza hacia uno y otro lado bruscamente, ¡como una puta gallina!

Paul no podía creerlo. Era por historias de este tipo que la realidad siempre superaba a la ficción. ¿A quién se le ocurriría inventar algo así?

—El hombre es un caso serio —Ally se dejó caer en la cama—. No sabes lo que debí concentrarme para no partirme de la risa. Pero sé que burlarme es lo peor que

puedo hacer en mi trabajo. Cuando estoy con un tipo raro me concentro para ser la más profesional del mundo.

—¿Hubo más pavos a domicilio?

—Sí, tres veces más. Pero tuve la precaución de tardar un poco más y llegar con el pavo tibio. Supongo que en el fondo me lo agradeció.

Paul, sentado en la cama, le acarició el cabello. No supo que lo haría hasta que su mano lo sorprendió. Ally recibió el gesto de buena manera y sonrió.

—En la tienda de películas nunca hubiese tenido la oportunidad de presenciar algo así.

En la habitación de al lado daba comienzo la segunda función.

14

Julio 12 de 1994
Fragmento del libro «Vidas efímeras. El misterio del Aula 19»
Por Marsha J. Fox
Pág. 22

… los días posteriores a la tragedia fueron terribles y debí recluirme en casa de mi hermana. Los medios asediaron a cada persona que pudiera estar remotamente ligada con la escuela Woodward. Kathleen fue la única que hizo apariciones esporádicas. Era una muchacha muy joven por aquel entonces y no puedo siquiera imaginar lo difícil que debió resultar todo aquello para ella, siendo la directora entrante. En lo personal no me sentí con la fuerza suficiente para afrontar la situación. Al principio seguí las noticias por televisión, pero más tarde ni siquiera me sentí con ánimos para eso.

Es increíble lo que las personas son capaces de inventar cuando no se tiene información sólida. La noticia acerca de un arma dentro de la escuela fue probablemente la que más me

enfureció. Porque, suponiendo que uno de aquellos niños hubiese logrado entrar con un arma a la escuela, ¿cómo hubiese sido posible que disparara catorce veces sin que alguien interviniera? Es la idea más absurda que he escuchado. Y lo más triste es que muchas personas lo creyeron. Quizás porque era la explicación más sencilla.

Cuando Hannigan se declaró culpable todo fue más simple. La pieza encajó en el sitio correcto y todos parecieron felices. Finalmente cada uno de nosotros podía volver a ocuparse de su vida y dejar atrás ese horror, archivarlo. El tema dejaría de ser obligado en las filas del supermercado o en la peluquería. Teníamos un culpable y podíamos encausar nuestra ira hacia él. Las madres podían mostrar a sus hijos una fotografía poco favorable de Hannigan en la primera plana del periódico y decir que era un monstruo, un envenenador de niños. Claro que sí. El hombre había tenido una infancia difícil después de todo, un padre que lo había golpeado desde pequeño y una madre que creía que aquello era necesario para enderezarlo. El círculo se cerraba de un modo perfecto.

Sólo había un pequeño fallo: quienes conocimos a George Hannigan sabíamos que era incapaz de hacerle daño a una mosca.

Cuando supe de las declaraciones de George me rehusé a creerlas. Era evidente que el señor Torrance, abogado de Hannigan por aquel entonces, tenía el alma más negra que la noche y que se traía algo entre manos. Bastaba observar su sonrisa detenidamente para advertir la falsedad de aquellos dientes resplandecientes. No sabía qué rédito podía obtener Hannigan de todo aquello ni la razón que lo había empujado a declararse culpable, pero era evidente que a Torrance le importaba tan poco como el agujero de ozono.

15

El pitido del móvil hizo que dejaran de besarse, como dos adolescentes sorprendidos en el living de casa. Paul se puso de pie y observó la pantalla del aparato con incredulidad. No reconocía el número.

—Paul Farris.

Ally se sentó en la cama, a su lado.

—¿Quién? —dijo Paul.

La respuesta no debió satisfacerlo porque hizo una mueca de desconcierto.

—Claro que te recuerdo, Michael… ¿Por qué no me explicas lo que ha ocurrido? —Una pausa prolongada—. No creo que eso sea posible.

Paul permaneció en silencio por veinte segundos. Interrumpió la comunicación y se dejó caer en la cama, lentamente.

—¿Quién era? —preguntó Ally—. Parece que has hablado con alguien del más allá.

—En cierto sentido así es. Alguien de otra vida, por lo menos.

—¿Puedo preguntar de qué se trata?

Paul sonrió.

—Era Michael…

Ally esperó el final de aquella frase con rostro expectante. Nunca llegó.

—¿Quién es Michael? Paul, si no quieres hablarme de la llamada, lo entiendo perfectamente.

—No, no es eso. Es que no he hablado con este muchacho desde hace tiempo. Lo conocí en medio de una investigación.

—¿Qué te ha dicho?

Paul se masajeó la barbilla, un gesto inconsciente que solía acompañar sus cavilaciones.

—¿Paul?

—Hace unos años redacté una serie de artículos con cierta trascendencia. Seguramente recuerdes el caso, aunque tú eras muy pequeña.

—Has despertado mi curiosidad.

—Catorce niños murieron hace unos diez años en la escuela Woodward. Un maestro los mató a todos, pero los detalles del suceso son aún hoy un mist… ¿Ally? ¿Qué te ocurre? Estás pálida…

—Dime que es una broma… —pidió ella con voz trémula.

Paul se puso de pie y rodeó la cama.

—No es ninguna broma. —La tomó por los hombros— ¿Qué te ocurre?

—Conozco ese caso perfectamente.

Él enarcó las cejas. Ally habló despacio, visiblemente afectada.

—Mi hermano fue uno de los niños del aula 19 —sentenció.

Paul contuvo la respiración. Reflexionó en círculos sin llegar a ninguna parte.

—No es una broma —dijo, incapaz de encontrar otra explicación—. Siéntate, por favor.

Ella no quiso hacerlo.

—¿Qué sabes, Paul? ¿Qué te ha dicho el tal Michael? —Ally habló con severidad.

Paul rememoró las palabras inconexas que Michael le había dicho apenas un momento atrás.

—Está en la escuela. Dijo que debía ir hacía allí, que debía ver algo… algo relacionado con lo que ocurrió aquel día. Pero escucha, lo más seguro es que…

—Vamos —lo interrumpió ella.

Paul no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—Ally, por favor, entiendo tu situación, pero es plena noche. Mañana quizás…

—No, Paul. No entiendo cómo esto puede ser una broma de mal gusto. Quiero decir, yo me acerqué a ti en Tannen´s, tú no tenías manera de saber que lo haría. Y si estabas esperando allí para que eso sucediera y has planeado esa llamada… no sé, eres un reverendo hijo de puta. Pero si no lo eres, y creo que no lo eres… —Ally hablaba con vehemencia, casi gritaba—. Nunca nadie me explicó lo que ocurrió aquel día. Voy a ir, Paul.

Cogió su bolsa y caminó hasta la puerta. Paul mentiría si dijera que no empezaba a sentir cierta curiosidad. No creía en las casualidades, pero la que tenía entre manos podría cubrir la cuota de casualidades que un hombre puede esperar en toda su vida. Si es que era una casualidad, claro.

16

Aparcaron detrás del Honda de Kathleen. Ally abrió la portezuela cuando el coche

todavía no se había detenido por completo y unos segundos después se lanzaba en pos de la escalinata de la escuela. Mientras intentaba darle alcance Paul tuvo el fuerte presentimiento de que algo no estaba bien. Echó un vistazo por sobre el hombro y vio los jardines silenciosos, un reloj de pie que marcaba las once y veinte de la noche, el coche de Kathleen —aunque Paul no sabía a quién pertenecía— y no logró determinar cuál era esa pieza fuera de su sitio. Cuando alzó la cabeza y vio la silueta de Ally recortada contra el portal lo comprendió. Era la propia escuela dormida la que lo inquietó; la oscuridad en el vestíbulo, densa, esponjosa e impenetrable. Paul no recordaba que aquellos cristales fueran tintados, pero debía ser el caso, porque las farolas exteriores debían ser capaces de iluminar el vestíbulo, y sin embargo no se veía absolutamente nada. Ally llegó primero a la puerta de cristal y tiró de ella con determinación, pero no consiguió moverla. Paul ya estaba a su lado y le decía que era lógico que estuviera cerrada, que eran más de las diez de la noche y que debían marcharse, que la llamada sí había sido una broma después de todo. Pero ella no lo escuchaba, pateó la puerta dos o tres veces e intentaba ver hacia el interior acercándose al cristal y formando anteojeras con las manos. Cuando se cansó, se sentó en uno de los escalones para recuperar el aliento. Paul la acompañó y le pasó un brazo por la espalda. Quería marcharse de allí cuanto antes.

—Ese coche tiene que pertenecer a alguien —dijo Ally.

Paul abrió la boca para decir algo cuando un torrente de luz les cayó encima. Sus sombras se proyectaron sobre la escalinata, largas y dentadas. Se volvieron al mismo tiempo. El vestíbulo estaba ahora completamente iluminado. Ally fue la primera en ponerse de pie, correr hacia la puerta y abrirla, esta vez sin esfuerzo. Paul no tardó en seguirla.

Paul reconoció a la directora, aunque hacía tiempo que no la veía, y a Michael, que yacía en el suelo. El hombretón que estaba con ellos le resultaba vagamente familiar, y gracias al uniforme logró situarlo mentalmente. Era el cuidador.

—¿Qué haces aquí, Farris? —Kathleen habló con voz firme.

—Michael me ha llamado —se limitó a responder el periodista.

La figura tendida contra la pared se movió.

Ally cruzó el vestíbulo en dirección a Michael. Kathleen le lanzó a Paul una mirada gélida.

¿Quién rayos es tu amiga y qué hace en mi escuela?

—¿Michael? —Ally se arrodilló junto al muchacho.

—Sí —respondió él. El cabello de Ally caía sobre el de Michael. Ambos rojos se fusionaban.

—¿Qué ha ocurrido?

Michel empezó a decir algo, pero parecía muy débil.

—No se siente bien —dijo Kathleen—. Es necesario llevarlo a su casa ahora mismo. Tal vez deba verlo un médico. Está desorientado y probablemente ha dicho alguna incoherencia. Lamento que hayáis venido hasta aquí en vano.

—¿Qué le ha ocurrido? —preguntó Paul.

—No lo sabemos —explicó la directora sin ocultar su fastidio—. Posiblemente un virus. Acabo de llegar. Si me disculpan…

—Por teléfono dijo que tenía algo para decirme —la interrumpió Paul.

Kathleen avanzó dos pasos. Hacía tiempo que no veía al periodista pero recordaba perfectamente sus modales.

—Lamento que hayas tenido que venir hasta aquí en medio de la noche. Está claro que Michael no está bien, se ha desorientado y te ha llamado a ti. Todo ha sido una confusión. Además, es evidente que has debido dejar de lado tus planes personales…

Kathleen lanzó una mirada rápida a Ally.

—Directora Blake… —empezó Paul.

—Ya oyó a la directora —lo interrumpió Judd. Su voz se alzó con la potencia de un trueno—. Será mejor que se marche. Usted y su amiga.

Paul repasó los rostros de cada uno y se preguntó qué verían ellos en el suyo, porque lo cierto es que ni él mismo sabía lo que sentía en ese momento. No tenía la más remota idea de la razón por la que Michael lo había llamado por teléfono, ni mucho menos por qué se había dejado arrastrar a la escuela. El cuidador tenía razón en una cosa. Sería mejor marcharse.

—Ally, será mejor que nos vayamos. —Paul dio media vuelta.

La muchacha no se movió.

—No me iré hasta que él nos diga lo que tenga para decir.

Michael alzó la cabeza. Sus ojos habían adquirido un aspecto vidrioso que espantó a todos.

—No es necesario que digas nada. —Kathleen se acercó a Michael y acarició su rostro—. Definitivamente debemos llevarte a un médico.

La directora apoyó la mano en la frente de Michael. Aguardó unos segundos.

—Han de ser más de cuarenta grados —dijo al cabo de un instante.

—Dios mío —musitó Ally.

—Hablaremos por la mañana —dijo Kathleen—. Tenéis mi palabra.

Paul asintió. Ally no parecía convencida.

Fue entonces cuando Michael empezó a sufrir espasmos. Se sacudía víctima de

una sucesión de descargas eléctricas, su rostro morado, sus manos emergiendo debajo de la manta como ramas secas y temblorosas. Por un momento ninguno supo qué hacer.

Kathleen se arrodilló.

—¡Judd! Necesitamos más mantas.

Lo más parecido que Paul había presenciado en su vida había sido el ataque de epilepsia de su tío Ron, salvo que el muchacho aún no había despedido espuma por la boca. Recordó un ataque particularmente serio que había tenido lugar durante una reunión familiar, cuando los hombres de la familia miraban un juego de los Yankees por televisión. Ron primero lanzó por el aire el recipiente con palomitas y su lata de cerveza, para luego deslizarse por su sillón favorito como una tabla tiesa, con los dientes apretados y dos erupciones de saliva en las comisuras de los labios. Paul ya no se consideraba un niño por ese entonces —había besado a Pamela Henry la semana anterior— y su padre le había hablado del *problema* de tío Ron; estaba completamente familiarizado…, sin embargo, cuando sucedió, no pudo moverse. Y cuando finalmente pudo hacerlo, fue para llamar a gritos a su tía Dorothy.

—Farris le ha hecho algo a la puerta —dijo Judd de repente.

—¿Qué? —Kathleen ni siquiera había advertido que el cuidador se había acercado a la puerta de entrada.

—No puedo abrir la puerta —dijo Judd—. No está cerrada con llave, pero no puedo abrirla.

Michael empezaba a calmarse.

—¡Cómo que no es posible abrirla! —Kathleen dirigió una mirada inquisitiva a Paul, quien se encogió de hombros.

—Es como si alguien la empujara desde afuera —dijo Judd en su mejor intento por explicar lo que ocurría.

Paul suspiró. La noche estaba tomando ribetes surrealistas. Su vista se topó con el reloj de pie, junto al camino de acceso, y advirtió que eran las once y veinte. Frunció el entrecejo. Había visto aquel reloj al trepar las escalinatas de la escuela y estaba seguro de que había sido exactamente a las once y veinte. Supuso que el maldito reloj podría estar descompuesto, pero algo en su interior le dijo que la explicación sería algo más complicada.

Parte II - En el vestíbulo

1

La escuela Woodward empezó a funcionar en 1845 como centro de educación para mujeres, y debió esperar casi cincuenta años para convertirse en un establecimiento mixto. Fue el fruto del esfuerzo de una joven de espíritu emprendedor llamada Maggie Victoria Lillard, una mujer de descendencia holandesa que a la edad de diecinueve años contrajo matrimonio con Seamus Woodward, un importante empresario agrícola de la región. Juntos tuvieron cinco hijos, tres varones y dos mujeres.

Si bien William, el segundo de los hermanos Woodward, fue determinante a la hora del desarrollo de lo que más tarde se convertiría en una de las escuelas más prestigiosas del estado de Nueva York, se desconocen las razones por las cuales la escuela llevó su nombre y no el de Maggie, como había sido previsto inicialmente por los hermanos.

Maggie Woodward evidenció de pequeña una notable facilidad y predisposición para el estudio. A los cuatro años podía leer y a los cinco hablaba fluidamente el inglés y el holandés. Sus padres no alentaron el inusitado intelecto de la niña, considerándolo obsoleto para su futuro, por lo que la pequeña no pudo desarrollar tempranamente su potencial. Los libros de su padre, un ingeniero químico formado en Europa, constituyeron no obstante una puerta que le permitió a la venturosa Maggie entrar en contacto con la matemática y la física, disciplinas para las cuales exhibía aptitudes fuera de serie. Tras su matrimonio con Seamus Woodward las cosas

cambiaron un poco. Seamus no era un hombre enteramente liberal, y su pensamiento estaba ciertamente teñido de los prejuicios hacia el desarrollo intelectual de la mujer que regían a la sociedad en ese momento. Aun así recibió con beneplácito, y posiblemente con cierta curiosidad, el inusitado interés científico de su esposa. Los negocios de Seamus marchaban viento en popa y la familia creció rápidamente. En 1808 nació el último de los niños: Marty.

Sin embargo, apenas un año después una desgracia azotó a la familia. Seamus murió de una enfermedad desconocida a la edad de treinta y nueve años. Maggie tenía tan sólo veintiséis, cinco hijos y un negocio que atender.

Los siguientes años no fueron sencillos. Maggie era joven y no estaba suficientemente involucrada en los menesteres de su esposo, aunque aprendió rápido y logró mantener la empresa a flote y en constante crecimiento. Alternó sus nuevas ocupaciones con la crianza de sus hijos y su infatigable avidez de conocimiento. Hacia 1822 los Woodward estaban instalados en la casa de Twin Pines, que más tarde se convertiría en el edificio Clayton, donde funcionaría la guardería y el parvulario. Para ese entonces David, el mayor de los hermanos, se desempeñaba como estudiante de medicina en Middlebury y todos sus hermanos estudiaban en colegios reconocidos de la costa Este. La educación de las niñas Woodward, Marlene y Linda, corrió por cuenta de la propia Maggie, que se encargó de transmitirles los conocimientos y valores según las creencias de igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres a las que se adhería fervientemente. La iniciativa fue bien recibida por otras familias de la región y en poco tiempo otras muchachas se incorporaron a las clases. Dos habitaciones de la casa se convirtieron en aulas y Maggie, que para esta altura había delegado buena parte de los negocios en su hermano, se dedicó de lleno a la docencia.

En 1835 Maggie cumplió cincuenta años y decidió marcharse de Twin Pines para instalarse en la ciudad, donde se involucró rápidamente en el ámbito académico, desempeñándose como maestra y colaborando con otros autores en la redacción de libros de enseñanza. También se relacionó con mujeres prominentes, algunas de ellas extranjeras, con quienes compartió el sueño de una educación igualitaria y de excelencia al alcance de las mujeres.

Tres años después, William, devenido en arquitecto, inició la construcción del futuro edificio principal de la escuela. El emprendimiento, que todos los hermanos celebraron y fomentaron, se llevó adelante sin el conocimiento de Maggie, con intenciones de convertirse en el regalo de su cumpleaños número cincuenta y cinco. El proceso fue más lento de lo previsto, pero el imponente edificio victoriano de dos plantas fue poco a poco haciéndose realidad. La familia invirtió buena parte de su

fortuna en la magnífica construcción. El sueño de Maggie estaba a punto de hacerse realidad.

Pero un mes antes del anuncio formal a Maggie, ella murió como consecuencia de un accidente doméstico. Su muerte la privó de conocer el esfuerzo que sus hijos habían puesto en la escuela, así como de ver el imponente edificio en Twin Pines. El proyecto de la escuela se detuvo abruptamente. El edificio pasó los siguientes cinco años erguido en silencio como un gran perro blanco que le rinde el luto correspondiente a su amo, sin entender las razones por las cuales ha sido abandonado. Los Woodward lo visitaron algunas veces durante ese periodo, pero transitar por los grandes corredores, subir las escaleras de mármol o permanecer de pie en alguna de las aulas vacías resultaba una experiencia desoladora. Aquel edificio quedaría vacío como sus corazones y sólo el tiempo diría cuándo podrían empezar a llenarlo.

Finalmente fue Marlene, posiblemente la más parecida a su madre de todos los hermanos, la que insistió para que el proyecto se pusiera en marcha otra vez. En poco tiempo se reanudaron las obras y se llevaron adelante las gestiones necesarias para la apertura.

La escuela inició actividades formalmente en 1845. Casi cien años después se construyó el edificio Parker, el tercero dentro de la propiedad.

2

El corredor central, embaldosado en blanco y negro como el resto de las áreas transitables de la escuela, servía de acceso a la cafetería, al laboratorio y, más allá de los casilleros azules que le eran asignados a cada niño al inicio del año, a la biblioteca. En el final había una puerta de cristal de dos hojas —como la del frente, aunque más pequeña—, que ofrecía una vista magnífica de los jardines traseros. Desde allí podían verse los dos edificios satélites, el patio de juegos y una calle interna que utilizaban los transportes escolares para recoger a los niños.

El edificio Clayton había sido la casa de la familia Woodward y era utilizado en la actualidad como guardería y parvulario. Era colorido y contaba con columpios y

toboganes para los más pequeños. El edificio Parker, bautizado en honor a Jennifer Parker, directora de la escuela entre 1936 y 1956, era mucho más grande que la guardería y más moderno que los otros dos. Estaba a la derecha y albergaba a la escuela intermedia, del sexto al octavo grado. También disponía de un laboratorio, un moderno anfiteatro y una sala de computación bien equipada. Era el orgullo de la escuela.

Esa noche, junto a la calle interna que conectaba los dos edificios, había una línea de farolas que hacía que las islas de nieve sin derretir resplandecieran como escamas. Más allá de los edificios la iluminación artificial era escasa, pero esa noche la luna se encargaba de recortar las copas desnudas de los árboles y de cubrir el césped con una película de celofán.

—Usted le ha hecho algo a las puertas —sentenció Judd Wilson.

Paul Farris y el cuidador llevaban más de cinco minutos frente al cristal de la parte trasera, observando en silencio.

—¿Me ha escuchado? —Repitió Judd—. Usted le ha hecho algo a las puertas. Estoy seguro.

—¿Ah sí?

—Claro. Usted se aparece de repente y las puertas no se abren.

Judd volvió a acercarse a la puerta. Asió con ambas manos las agarraderas (dos grandes «C» de bronce) y afirmó sus pies en la parte baja. Dejó que su cuerpo gigantesco se inclinara hacia atrás y que sus más de cien kilos tensaran sus brazos.

No sucedió nada.

El cuidador se alejó de la puerta un metro y la observó, como si fuera presa de una maldición o algo por el estilo. Todas las puertas permitían ciertos movimientos mínimos y ésta no había sido la excepción en el pasado, sin embargo ahora… no se movía ni un ápice, era como si se hubiera *fundido* con el marco. A Judd la idea le resultó estúpida, pero fue lo mejor que se le ocurrió. Antes le había dicho a la directora que era como si alguien tirara desde el exterior, pero incluso en ese caso, pensaba, él sería capaz de moverla. La expresión en su rostro era la de alguien que se enfrenta cara a cara con un problema cuya resolución no está dentro de sus posibilidades. Lo curioso es que se reducía a la *apertura de una puerta*.

Judd paseó la vista por los árboles distantes, luego por el césped que asomaba entre la nieve y por último se concentró en el conglomerado de juegos: un conjunto de toboganes alineados, hamacas y esos modernos especímenes de acero, madera y plástico, que combinan varios entretenimientos en uno. De éstos había tres, y en ellos los conductos plásticos, por los que normalmente los niños más pequeños se

deslizaban, tenían el aspecto de bocas abiertas y oscuras, gritando en silencio.

—Usted tiene algo que ver con esto —insistió Judd sin volverse.

—No veo cómo puedo yo haber hecho una cosa así. —Paul apenas podía poner el problema en perspectiva, mucho menos discutir con el cuidador.

—Es como si…

—Como si alguien hubiera soldado las puertas a los marcos —completó Paul.

Judd se volvió. Aquellas palabras sí que tenían sentido, pensó. *Demasiado* sentido.

—¡Vamos Judd, no creerás que he soldado las puertas!

Su mirada evidenciaba que sí.

—Tú me has visto entrar. ¿En qué momento pude soldar las puertas? Es ridículo.

—Alguien más pudo haberlo hecho por usted.

Judd se volvió y observó el marco con detenimiento, esta vez con la nueva idea en mente. Los cristales estaban rodeados por un bastidor metálico que bien podría haber sido soldado al marco. No vio ningún indicio que lo confirmara, pero no se sorprendió: la soldadura tenía que haber sido llevada a cabo desde el exterior.

—¿Por qué habría de hacer soldar las puertas de la escuela conmigo dentro?

Judd lo pensó unos segundos.

—No lo sé.

—Y una cosa más: ¿Cómo es posible que no hemos visto cuando soldaban la puerta principal? Quiero decir, tú y yo estuvimos allí todo el tiempo.

Paul apenas podía creer que unas horas antes había estado en la barra de Tannen´s, y que los acontecimientos lo habían arrastrado primero a un motel con una mujer que no conocía y finalmente a la escuela Woodward, dónde el cuidador, quien probablemente no había terminado los estudios primarios, lo acusaba de haberlos encerrado del modo más ridículo del mundo.

Imposible pensar en un desenlace más delirante para este día

—Para mantenerlas cerradas no harían falta más que dos o tres puntos de soldadura —explicó Judd—. Mi tío Buford era soldador.

—Entonces sabes más de soldadura que yo.

—Cada puerta no demandaría más que un par de minutos. Sobre un total de tres puertas exteriores, la tarea requeriría apenas diez minutos en total, considerando el desplazamiento de una a otra.

Quizás el cuidador sí había terminado la escuela primaria después de todo, pensó Paul.

—Judd, tú y yo estuvimos en el vestíbulo. No hemos visto a nadie afuera.

—No es cierto. Fui en busca de una manta para Michael.

—¿No crees que existe una explicación más sencilla para esto?

—Espero que usted disponga de una.

Paul lanzó una carcajada.

—Esta conversación carece de…

Judd detuvo a Paul con un brusco ademán.

—¿Lo escucha? —la voz de Judd fue apenas un susurro.

—¿Qué?

—Shhh.

Paul aguzó el oído.

En la quietud dominante, un murmullo lejano se hizo audible. Paul no pudo determinar qué era, pero sí advirtió su cualidad constante. Como una voz repitiéndose.

—¿Qué es eso? —preguntó Paul.

—Creo saber de qué se trata.

—¿De qué…?

Pero antes de que Paul pudiera terminar la frase, Judd se olvidó de él y salió disparado hacia la cafetería.

Paul quedó solo.

3

Del techo de la cafetería pendían unas doce lámparas, todas encendidas en ese momento.

Judd fue hacia la derecha, pasó frente a las máquinas expendedoras y advirtió, como había temido, que las luces interiores parpadeaban con insistencia; sabía que esas lucecillas eran susceptibles a los cambios de tensión. Del soporte del cinturón extrajo el manojo de llaves y con presteza las pasó una a una hasta dar con la que buscaba. Se acercó a la puerta metálica en una de las esquinas del recinto y por un momento pensó que también estaría bloqueada, pero no fue así. Además, no era la

primera vez que la franqueaba esa noche, recordó. La puerta cedió y tras ella se extendió una sucesión de peldaños de madera que descendían hasta perderse en el sótano. Judd dio unos pasos y se detuvo. El peso de su cuerpo hizo que la madera se quejara. A su izquierda, un interruptor le sirvió para encender las tres bombillas que colgaban del techo.

El sótano estaba especialmente a su cargo. Los niños, como todo territorio prohibido, lo encontraban atractivo y no era extraño ver a algunos merodeando el acceso con intenciones de atisbar lo que había más allá de la escalera, o incluso escabullirse. Había un sinnúmero de historias circulando, que ellos mismos se encargaban de diseminar y de aderezar con detalles de su propia cosecha. La más popular de todas era la de una niña fantasma que habitaba el sótano; nada demasiado novedoso, la verdad, aunque muy pocos sabían que esa historia tenía su base en un episodio real sucedido poco antes de la tragedia del aula 19.

Judd conocía los detalles, por supuesto. Cuando el incidente de Tamara Sommers tuvo lugar, sus padres atravesaban una crisis matrimonial. Judd no tenía idea si esto era completamente cierto, ni mucho menos cuál era el motivo de la crisis, pero el asunto es que los padres de la niña habían decidido vivir un tiempo separados, y el día en cuestión simplemente olvidaron acordar quién la recogería de la escuela. La confusión recién quedó en evidencia al día siguiente, cuando el padre de la niña fue a buscarla a casa de su madre. La policía inició de inmediato los protocolos de búsqueda, dio aviso a las emisoras de radio locales y comenzó a interrogar a los padres y amigos de Tamara. Nadie había sabido de ella desde el día anterior.

A media mañana, cuando una mujer del personal de limpieza de la escuela Woodward bajó al sótano, descubrió el cuerpo sin vida de Tamara en un rincón. La historia oficial, meticulosamente orquestada por los abogados de la escuela, fue que la niña, ante la ausencia de sus padres, se asustó y se escondió burlando a las autoridades de la escuela. No hubo cargos contra la escuela y los padres mantuvieron un bajo perfil.

Judd había hecho correr el rumor de que Tamara había muerto electrocutada por uno de los tableros eléctricos. Esto generaba un impacto fenomenal en sus rotativos contingentes de niñas curiosas…, su audiencia predilecta.

Pero ahora Judd tenía cosas más importantes de que ocuparse.

El responsable del sonido que había llamado su atención y la de Paul unos minutos antes era el generador Caterpillar, o su motor diésel de 121 kilovatios que en ese momento funcionaba a media potencia. Judd se rascó la cabeza, desorientado. El generador era una unidad para interiores con aislamiento acústico, estaba colocado en

una jaula de malla de alambre que ocupaba buena parte de aquella parte del sótano. Judd rodeó la jaula y se detuvo frente a la puerta de acceso. Un letrero indicaba que aquella era una zona peligrosa y un candado Master Lock servía de garantía en caso de que alguien decidiera desobedecerlo. Judd abrió el candado de combinación y entró a la jaula.

El aislamiento acústico del artefacto consistía en una carcasa metálica con dos portezuelas a los lados que se abrían hacia arriba. Judd abrió una de ellas y el estruendo se amplificó aún más. El escape del motor emergía por la parte frontal y era conducido fuera del edificio, pero por alguna razón no del todo eficazmente, porque Judd pudo percibir algo de los vapores del combustible quemado.

Tomó la varilla que servía para medir el nivel del combustible en el tanque alojado en la parte inferior, abrió la tapa y contuvo la respiración unos segundos. No recordaba la última vez que se había interrumpido el suministro eléctrico; en aquella zona los cortes eran ciertamente poco frecuentes y por lo general no se extendían por más de unos minutos. Incluso en estos casos, el generador se activaba automáticamente, de modo que muchas veces ni siquiera advertían el problema. No obstante Judd sí recordaba una cosa. Recordaba que durante el último mes se había dicho que debía verificar el nivel del combustible…, y no lo había hecho. Ahora, en plena noche y con la directora en la escuela, podía tener problemas. Introdujo la varilla dentro del tanque y la extrajo, expectante.

La lectura arrojó menos de un cuarto de tanque. Con suerte podrían generar energía durante apenas unas horas, y eso si limitaban el consumo al mínimo.

Arrojó la varilla al suelo y se masajeó la nuca. Necesitaba pensar. Mantener el generador con combustible era una de sus obligaciones, sin embargo se creía capaz de manejar la situación con la directora Blake; a fin de cuentas ella confiaba en él y no tenía por qué sospechar de lo que le dijera. En menos de una hora podrían solucionar el tema de las puertas y salir. Nadie se enteraría de nada.

Salió de la jaula sin cerrar la puerta. En la pared opuesta, una serie de tableros eléctricos eran los responsables de controlar el suministro de las distintas áreas de la escuela. Repasó las etiquetas que identificaban cada sector y fue entonces cuando se dio cuenta de una cosa. Algo no estaba bien.

Recordó lo que había visto unos minutos atrás, a través de la puerta trasera. Las farolas estaban encendidas. Esto no podía ser posible pues el generador no controlaba las luces exteriores. Cuando se interrumpía el suministro eléctrico, el equipo alimentaba las fases del interior de la escuela, pero no las del exterior. Si un corte de energía tenía lugar, las luces exteriores debían apagarse. No tenía sentido.

La única explicación era que el generador se hubiera activado por error y en tal caso sólo había un modo de confirmarlo. Judd regresó a la jaula y abrió una compuerta más pequeña donde un panel de control permitía la operación manual de la unidad. Colocó el generador en modo manual y lo desactivó.

El motor enmudeció con un gemido ahogado y con él se extinguieron las bombillas del sótano.

Judd permaneció a oscuras y en silencio.

Se había equivocado. El suministro eléctrico sí se había interrumpido. Más tarde debería hallar una explicación acerca de las luces en el exterior, pero por el momento había dejado a toda la escuela a oscuras. La directora querría saber qué estaba ocurriendo. Se apresuró a encender nuevamente el generador.

De pie frente a los tableros de control, operó las llaves con presteza para interrumpir el suministro en todas las áreas de la escuela en las que lo consideró innecesario. Desactivó la planta alta completa y parte de la planta baja. Retrocedió un paso, satisfecho. Si racionaban la energía, probablemente la directora no advirtiera su falta. A la mañana siguiente, a primera hora, se encargaría de reponer el combustible y asunto resuelto.

¿Por qué piensas que no podremos salir de la escuela hasta mañana? ¡No tiene sentido!

Estaba siendo demasiado alarmista con todo el asunto, se retó. Debía relajarse. La directora estaba en la escuela, pero en menos de media hora estaría camino a su casa; y lo propio harían el periodista, la muchacha y el retrasado. No había de qué preocuparse.

Observó la habitación contigua. Quizás por primera vez en la noche pudo establecer sus prioridades con toda claridad. Al diablo con el generador. Avanzó hacia la puerta dando zancadas, la abrió y se adentró en la otra sala, la de la caldera: un mastodonte negro alimentado por tuberías con válvulas anticuadas y aparatosas. A la derecha, una puerta pequeña servía de acceso a su propio apartamento. Avanzó a la carrera hasta su habitación.

Una cama y un armario antiguo dominaban la estancia. La única ventilación era una diminuta ventana rectangular ubicada en lo alto de la pared, a través de la cual se podían ver los jardines traseros desde el nivel del césped. Desde allí, Judd confirmó lo que ya sabía. Las farolas exteriores estaban encendidas. Quizás una de las fases de la escuela había sufrido un desperfecto, pensó. Judd no lo sabía con certeza, pero supuso que era una explicación razonable. Hizo una nota mental para averiguarlo más tarde. Por el momento debía ocuparse de encontrar un modo de salir de la escuela, y

algo dentro de él le decía que lo que iba a hacer en unos minutos le proporcionaría un modo de conseguirlo. Mantuvo la vista fija en aquella ventana elevada. Teniendo en cuenta lo que había significado para él en el pasado, pensó, no era de extrañar que encerrara la solución al problema que se traía entre manos.

Al principio la ventana había sido una complicación. Los niños podían observar a través de ella, de modo que debía ser muy cuidadoso en cuánto al orden o lo que hacía allí abajo. La solución llegó un par de años después de su contratación, cuando un amigo le habló de esas películas oscuras autoadhesivas que se le colocan a las ventanillas de los coches. Por aquel entonces no se habían divulgado lo suficiente como para que Judd supiera de ellas, pero su amigo le aseguró que había algunas que impedían el paso de la luz *por completo*. Judd de inmediato le pidió a su amigo el contacto, un tal Wallace.

Colocó la película él mismo. Cuando el trabajo estuvo listo se maravilló con el resultado. Wallace se lo había anticipado: con aquella película sería *imposible* ver desde el patio hacia el interior. Judd llevó a cabo varias pruebas, a distintas horas y con la luz de la habitación encendida o apagada, y en ningún caso pudo ver nada. Fue en ese momento cuando se permitió decorar la habitación a su gusto. Su primera adquisición fue un póster de Yasmine Bleeth. Más tarde uno de Silvia Saint.

Los pósteres le dieron su toque personal…, sin embargo el golpe maestro vino más tarde, casi un año después de la colocación de la película oscura de Wallace.

Judd se paseaba por los jardines de la escuela rodeado por decenas de niños que corrían de un lado para otro y vociferaban. A Judd le gustaba mezclarse entre ellos con el andar lento de un carcelero, observando de vez en cuando a algún niño sin razón aparente, sólo para hacerle saber que él estaba allí, vigilando. Hacía calor y el sol se reflejaba en todas partes. Judd llevaba puestas sus gafas oscuras. Mientras caminaba cerca de la ventana alargada del sótano vio a dos niños que le llamaron la atención. Eran probablemente de segundo y estaban arrodillados intentando observar hacia el interior. Cuando Judd eclipsó el sol, se volvieron de golpe.

—¿Qué hacen ahí?

—N..nada —dijo uno de los niños.

—Estábamos a punto de irnos a otro lado —completó el otro.

Judd supo de inmediato que el primero había sido el de la idea de echar un vistazo por la ventana, por eso había hablado primero. Los niños eran tan predecibles.

—Está bien, no han hecho nada malo —Judd se acuclilló junto a los niños y se quitó las gafas. De inmediato logró un clima de confianza con ellos. Lo advirtió en sus miradas.

—¿Qué hay en el sótano de la escuela, señor Wilson?

—Ah… no gran cosa. Un generador de energía, la caldera. Les voy a ser sincero, no me agrada mucho ese lugar.

—¿No? —dijo niño Uno.

—No.

—Hemos oído historias —aventuró niño Dos; algo que inquietó notoriamente a niño Uno.

—¿Qué historias? —preguntó Judd.

—No hemos oído ninguna historia.

—Claro que sí. Toda la escuela las conoce. ¿Son ciertas, señor Wilson?

—¿Acerca de la niña muerta? —dijo Judd.

Los dos niños abrieron la boca en un grito silencioso.

—¿La ha visto? ¿Por eso la puerta está siempre cerrada con llave?

Judd fingió reflexionar un segundo.

—No sé lo que he visto allí abajo. Como les he dicho, trato de ir al sótano lo menos posible. Lo que sí puedo decirles, es que algunas veces he oído… cosas. Llantos, lamentos, cosas así. Si se trata de una niña, quién sabe.

Atónitos, los dos niños apenas podían dar crédito a las palabras del cuidador. Lentamente se pusieron de pie y se fueron.

La historia no tardó en desparramarse. No es que antes no circulara, pero los comentarios de Judd la iban manteniendo viva como una hoguera. Al principio temió que llegara a oídos de la directora, pero tal cosa no ocurrió, o él nunca se enteró, lo cual para el caso era lo mismo. Además, no le preocupaba mucho —a fin de cuentas la historia tenía sus raíces en un episodio real—. A nadie le sorprendería, con semejante antecedente, que los niños se encargaran de alimentar la fantasía de una niña que habitaba el sótano.

A partir de aquella conversación con niño Uno y Dos, la ventana del sótano se convirtió en un punto de reunión obligado para los niños. Que no pudieran ver lo que había al otro lado —gracias a la película oscura de Wallace— hizo que el mito creciera exponencialmente. Muchos asegurarían haber visto sombras sospechosas, siluetas escurridizas u ojos atemorizados.

Conforme los años transcurrieron, los rostros de la escuela Woodward cambiaron, pero la historia persistió. Y Judd había obtenido su rédito, como un pescador que espera pacientemente a que un pez decida comerse su carnada, pasando horas enteras en su habitación de cara a la ventana. Su predilección estaba dada por las niñas de segundo o tercero. En ocasiones se reunían frente a la ventana y observaban,

probablemente con la esperanza de ver a la niña fantasma, y simplemente permanecían allí, arrodilladas o sentadas, conversando unas con otras. Judd solía desnudarse despacio, observando sus piernitas delgadas, sus muslos blancos y las braguitas multicolor. Masturbarse frente a los rostros de niñas expectantes y risueñas constituía su pasatiempo predilecto, incluso mejor que las visitas nocturnas al despacho de la directora.

Ahora, con la vista puesta en la ventana, se deleitó con el recuerdo. El sonido monótono del generador lo devolvió a la realidad. Debía poner manos a la obra. Dio media vuelta y se encaminó al armario, donde había otro uniforme completo idéntico al que llevaba puesto. Apartó la chaqueta con la palabra SEGURIDAD en la parte de atrás y vio lo que buscaba, su bate de beisbol.

Llevar el bate a la escuela había sido una medida preventiva. Siempre lo consideró una excelente arma de defensa, ciertamente menos llamativa que su revólver, que por norma general no sacaba de su habitación.

Se acercó a la ventana. Sostuvo el bate detrás de la nuca y abrió y cerró sus dedos en torno a la empuñadura. Flexionó las rodillas y entrecerró los ojos. Sintió un dejo de resignación por lo que estaba a punto de hacer, pero se dijo que podría reparar el cristal de la ventana más tarde e incluso colocar una nueva película oscura. Por el momento la prioridad era salir de allí. Quienquiera que estuviera detrás de todo seguramente no había tomado en cuenta aquella ventana diminuta. En unos segundos más, Judd se encargaría de incrustar su bate en el cristal y despedirse del pequeño problemita que tenían entre manos.

Golpeó con fuerza.

El cristal no se rompió. El bate rebotó como si se tratara de un muro de concreto. El dolor que Judd experimentó en los antebrazos trepó por sus bíceps para explotar en los hombros e hizo que dejara caer el bate al suelo y profiriera un grito ahogado. Observó el cristal con incredulidad. Aquello no era posible. Sabía que el cristal de la puerta principal era de alta resistencia, pero no éste. Éste era común y corriente, y un golpe con la fuerza del que acababa de aplicarle debía ser suficiente para partirlo en mil pedazos. Judd recogió el bate del suelo y arremetió otra vez contra el cristal. Esta vez no fue un golpe, sino dos, tres… media docena.

El cristal seguía intacto.

4

La muerte de un ser querido trae consigo un dolor distinto. *Irreversible*.

Ally lo descubrió cuando tenía seis años, una calurosa tarde de junio.

Su madre había ido al mercado en busca de los ingredientes para un pastel. Ally bebía té helado y dibujaba. Desde temprana edad había demostrado habilidades formidables para el dibujo y el canto, y en ese momento representaba a la familia completa en un día de playa, todo ante la mirada asombrada de Joe, su padre. La pequeña no había visto el mar salvo en las películas, sin embargo esto no había sido un problema a la hora de dibujarlo. Mientras arrastraba el crayón con precisión, explicó que las zonas sin color eran la espuma que dejaban las olas al romper. Joe sonrió con la explicación y celebró que muy probablemente podrían llevar a los niños a la playa el verano siguiente. Las cosas estaban mejorando y podrían permitirse el gasto. Joe no sospechaba que en unos minutos un oficial de policía se presentaría en la casa para informarle que su esposa había muerto. Ally conocería el mar recién a los dieciséis.

A la izquierda del dibujo había una palmera torcida, con tres cocos. La familia estaba junto a la palmera, todos con su traje de baño y su sonrisa amplia. Joe y Beth estaban tomados de la mano bajo un círculo amarillo perfecto. Cuando Ally terminó de dibujar a sus padres, contempló la obra durante un largo rato. Joe guardó silencio y observó cómo la pequeña dejaba el crayón celeste que acababa de utilizar y tomaba uno azul oscuro. Con concienzuda concentración se ocupó del detalle faltante: la caja de herramientas que Joe utilizaba a diario en sus trabajos de plomería.

Cuando estuvo satisfecha con el retrato familiar, Ally se valió de sus crayones grises para lo más importante de su dibujo; algo que, según sus propias palabras, *había dejado para lo último*. Del lado opuesto a la palmera dibujó la furgoneta nueva de la familia. Y esta vez Joe literalmente se quedó boquiabierto. La destreza de la pequeña a la hora de reproducir la furgoneta fue asombrosa. La perspectiva, para empezar, era perfecta, y si bien Joe no era un experto en el tema ni mucho menos, creía que los niños no desarrollaban el sentido de la perspectiva a los seis años.

Fue en ese momento cuando el oficial Foley se presentó en la casa. Ally había empezado a retocar la copa cuando el timbre los interrumpió.

Joe abrió la puerta de la calle pensando que aquella sería Beth que habría olvidado sus llaves.

Pero no era Beth, sino el oficial Foley, con el rostro seco como la lengua de un gato.

Sabe qué cosa, señor… veo que está dibujando con su hija, bonita imagen, de verdad. Apuesto a que espera a su esposa y que ella estaba a punto de prepararles un pastel. Lo sé porque la acaban de encontrar en la puerta del mercado y he visto los ingredientes que llevaba en la bolsa. Le recomiendo que empiece por olvidarse del pastel.

Al ver al policía Joe pensó que habrían robado la furgoneta, pero mediante un vistazo rápido a la derecha comprobó que no era así. Resulta gracioso lo limitado que puede resultar a veces nuestro cerebro a la hora de imaginar *lo peor*.

Desde que había comprado la furgoneta temía que algo pudiera sucederle, un choque o que se incendiara o cosas así, un castigo divino por ser impulsivo, poco previsor y hacer gastos que apenas podía permitirse. Sabía que esas ideas provenían de su yo-dubitativo, que se negaba a la posibilidad de crecer y prosperar en su trabajo, pero eran fantasmas que todavía lo perseguían, ideas que tenían su origen en su infancia temprana que parecían dictar su infelicidad. Sin embargo había logrado dar el paso con relativa determinación y esperanza. Joe le había mencionado la idea a Beth apenas unas semanas atrás. Su negocio de plomero prosperaba lentamente y había logrado hacerse de un puñado de clientes regulares, quienes a su vez se encargaron de echar a correr la voz. La furgoneta sería el paso lógico para crecer, llevar su equipo completo y adquirir aún más; podría incluso pintar su nombre en los laterales y así atraer más clientela. Reconocía que su viejo Chevrolet no era una buena carta de presentación, en especial cuando apagaba el motor frente a la casa de algún cliente y emitía un quejido largo que parecía decir: *necesito-ir-al-cielo-de-los-coches-ya-mismo*.

Durante una semana Beth y él no volvieron a tocar el tema. La siguiente conversación fue en la cama, el lugar por excelencia para la toma de decisiones importantes. Fue Beth la que volvió a la carga. Dijo que había hablado del asunto con su jefe, un abogado de renombre, y que éste le había dicho que podría hacer algunas llamadas y obtener las garantías necesarias para un crédito más que conveniente. Joe dijo que lo consideraba prematuro y que en realidad debían pensar en la educación de los niños, que él podría comprar la furgoneta en un tiempo si las cosas seguían bien, y todas las excusas que su yo-dubitativo pudo imaginar. Beth lo escuchó y selló su boca con un beso tibio. Le acarició el rostro y le dijo que dejara la lógica de lado, que ella tenía un buen presentimiento acerca de la furgoneta. Agregó, sin faltar a la verdad, que ellos eran buena gente y que merecían la oportunidad que se les presentaba. Debían aprovecharla.

Resultó que Beth tenía razón. Rosemberg (el abogado de renombre) obtuvo las

garantías necesarias y en menos de una semana la furgoneta se hizo realidad. Joe la retiró de la agencia y la condujo hacia su casa con el orgullo de Koji Kabuto al mando de Mazinger Z. La aparcó frente a la casa y llamó a la puerta como lo haría un extraño (el oficial Foley más tarde, por ejemplo). Beth ya había alertado a los niños de que papá llegaría a casa con una sorpresa, de modo que salieron disparados para ver de qué se trataba. *¿Es nuestra, papá?* Joe les explicaba que sí, que la furgoneta les pertenecía y que podrían dar una vuelta en cualquier momento. Beth observaba de pie, sosteniendo una botella de líquido limpiador y un trapo, vistiendo su delantal y esbozando una sonrisa. Joe pensó que era la mujer más hermosa del universo, y esa imagen se grabó en su mente, como a veces sucede con algunas. En los días y meses sucesivos al anuncio del oficial Foley, solía quedarse en medio de la acera, observando embobado el portal de su propia casa, imaginándola allí de pie con el delantal, el líquido limpiador y el trapo.

Esa tarde los cuatro dieron una vuelta en la flamante furgoneta. Tan entusiasmados estaban que Beth llevó consigo el líquido limpiador; algo de lo que se reirían durante el trayecto y más tarde también. Ally dijo que la furgoneta olía a nuevo y no como el Chevrolet, que olía como la casa de la señora Babs con todos esos gatos dando vueltas.

La llegada de Foley lo cambió todo.

Me temo que su esposa ha muerto. Y después el clásico: *lo siento mucho*.

Ally había estado arrodillada sobre una silla, dando los últimos retoques a su dibujo playero. Desde donde estaba no pudo escuchar las palabras que intercambiaron el oficial y su padre, sin embargo supo por sus rostros que algo no iba bien. Con dificultad bajó de la silla y permaneció de pie junto a la mesa. Con el dedo índice y el pulgar de la mano derecha sostenía el crayón color verde, un detalle insignificante que recordaría incluso muchos años después. A pesar de no haber siquiera imaginado la noticia que el policía les traía esa tarde —porque convengamos que a los seis años la idea de perder a nuestros padres ni siquiera está en el horizonte—, aquel momento se le grabó a fuego. Con ciertas distorsiones lógicas —porque el oficial Foley no podía ser alto como un árbol ni tener el rostro plano como una plancha—, pero lo recordaría siempre. Ally vio retroceder a su padre hasta desplomarse en uno de los sillones, tomarse la cabeza y clavar la vista en el suelo. Al cabo de un rato, Joe la observó de soslayo, como si por un momento hubiese olvidado que ella estaba allí.

Ally conocería los pormenores de la historia algunos años después. La versión original de su madre transportada en una nube directo al cielo, donde se lo pasaría en grande por toda la eternidad junto a unos cuantos ángeles con arpas, se desdibujó a

medida que Joe fue cobrando el valor necesario para contarles a sus hijos *la realidad*. Recién a los quince años Ally terminó de conocer todos los detalles del accidente.

Beth salió del mercado de la calle Barckley aproximadamente a las tres de la tarde. Cargaba una bolsa de papel en la que llevaba huevos, harina, mantequilla y galletas. Dos testigos estarían de acuerdo en que también llevaba su bolso, un modelo con correas largas de esos para utilizar en bandolera. Cruzó la calle en dirección al Chevrolet, aparcado en la mano opuesta al mercado y a no más de veinte metros. Lo hizo en diagonal, no sin antes mirar en ambas direcciones y comprobar que ningún vehículo se aproximaba. La señora Babs, uno de los testigos del hecho, había intercambiado unas palabras con Beth instantes antes de que ésta cruzara la calle. La anciana iba a hacer sus propias compras. Con lágrimas en los ojos contó que un rugido fenomenal cortó la quietud de la tarde y la hizo dar un respingo. Cuando se volvió, le explicaría al oficial Foley, vio cómo una motocicleta gigantesca emergía de la nada y avanzaba a toda velocidad.

Dos jóvenes viajaban en la motocicleta. Ni la señora Babs ni el otro testigo —una muchacha desgarbada que apenas había podido relatar lo que presenció—, pudieron aportar mayores datos acerca de ellos. Corpulentos y de tez blanca. Nada más. Eso sí, la señora Babs no tuvo reparos a la hora de dar su opinión acerca de ellos. El oficial Foley la escuchó con su libreta de notas en la mano (corpulentos y tez blanca, decía la única línea escrita) sabiendo que el testimonio de la mujer no serviría de nada. Ni un solo detalle distintivo de la motocicleta, ni que decir los números de placas. Pero la señora Babs conocía el tipo, claro que sí.

Esos muchachos viven para las drogas, no saben hacer otra cosa más que molestar al prójimo para meterse un poco de ese polvo endemoniado. El mundo se ha dado vuelta, sabe… cuando yo era joven no sabíamos de drogas; ¿y nos divertíamos? Claro que sí, oficial. Como locos. Sin embargo ahora, la juventud, no sé qué le sucede… Ahí están, con sus ordenadores y sus teléfonos miniatura. Que Dios me perdone por lo que voy a decirle, pero espero con toda el alma que atrapen a esos asesinos… y si lo hacen, por mí pueden colgarlos desnudos de un árbol, untarlos con mantequilla y esperar a que las hormigas se los coman. Si logran atraparlos, oficial, testificaré con todo gusto. Claro que sí.

Pero nunca los atraparon.

El delgado expediente por asesinato contó con un puñado de declaraciones y una descripción sucinta de lo que ocurrió aquella tarde. Ésta última, elaborada en función de los dichos de la señora Babs y de la muchacha desgarbada, comenzaba diciendo que los dos hombres de la motocicleta evidentemente habían estado esperando a Beth

o a cualquier otra persona con intención de robarle su bolso. Cuando la motocicleta estuvo a pocos metros de la mujer, ella instintivamente dejó caer la bolsa de la compra y asió la correa de su bolso con ambas manos. El hombre que ocupaba la parte trasera de la motocicleta se estiró y asió las correas del bolso desde atrás. Cuando el conductor aceleró, Beth giró sobre sí misma y fue arrastrada por el segundo hombre, quien al comprender que sería imposible quitarle el bolso, lo soltó. Beth cayó al pavimento, aún con la correa atravesada en el torso, y fue precisamente ésta la que enlazó una de las luces traseras de la motocicleta. El hombre de atrás gritó algo a su compañero, pero bien pudo haber sido que se detuviera o que acelerara al máximo.

El rostro de Beth dio de lleno en los rayos cromados de la llanta trasera y literalmente se deshizo. En la descripción del cadáver el forense incluyó: *facciones irreconocibles*.

5

Ally caminaba por el corredor del ala Este cuando las luces se apagaron. Pensó que si esto no constituía una señal de que lo que estaba a punto de hacer era una tontería, entonces nada sería capaz de disuadirla. Las paredes reflejaron un resplandor proveniente del vestíbulo y ella no se movió hasta que sus ojos se acostumbraron a él. Pensaba en el aula 19 y en la necesidad imperiosa de visitarla. Tarde o temprano los acontecimientos los arrastrarían hacía allí, lo sabía. Ally prefería primero echar un vistazo, sólo para hacerse una idea de qué les esperaba. Alejarse de la directora no había sido un problema; no había despertado la simpatía de la mujer, eso estaba claro.

Junto a la puerta del aula estaba la placa conmemorativa. Debió acercarse para poder leer el texto formado por los bajorrelieves en la superficie de bronce.

A LA MEMORIA DE NUESTROS HIJOS
5 de noviembre de 1993

Más abajo estaba la sucesión de nombres. Ally los repasó uno a uno, hasta el final.

Más tarde, como si hacerlo requiriera un esfuerzo extra, los recorrió de atrás hacia adelante, para esta vez detenerse más o menos a la mitad.

MICHAEL L. BROWN

Contempló el nombre con un dejo de resignación. Aún no había hablado con Paul de su hermano, pero pronto él querría hacerlo.

Ally abrió la puerta y debió esperar casi un minuto para que los contornos se dibujaran delante de ella. Se valió de uno de los pupitres más cercanos para arrastrarlo y mantener la puerta abierta, pues de otro modo el dispositivo hidráulico la hubiese regresado a su sitio. Si había algo que no quería era quedarse encerrada en el aula 19.

Avanzó unos pasos y se detuvo en el centro del aula, como lo haría un maestro temeroso por primera vez frente a una clase de niños expectantes. Sólo que ahora los pupitres estaban vacíos. Ally se preguntó si el aula sería utilizada en la actualidad —supuso que no—, pero lo cierto es que ciertos detalles le resultaron desconcertantes. En las paredes, por ejemplo, había una serie de pósteres del sistema solar, el cuerpo humano, otro acerca de la fotosíntesis; pero todos ellos lucían avejentados, amarillentos y deteriorados en las esquinas. La idea de que dataran de la época de la tragedia era sin lugar a dudas de lo más estúpida; no obstante le dedicó un tiempo de análisis antes de descartarla. Estaba prácticamente a oscuras, encerrada en una escuela casi solitaria… era lógico que algunas ideas, aunque normalmente encabezarían el desfile anual de ideas estúpidas, se hicieran merecedoras de cierto margen de duda. A fin de cuentas los pósteres estaban allí, ¿no?

Otro detalle que atrajo inmediatamente su atención fue los dos pizarrones en el frente. Eran de tiza. Verdes. No recordaba haber visto de esos pizarrones en años, y habría apostado a que una escuela moderna como lo era la Woodward habría renovado los pizarrones hacía tiempo. Otra vez la idea de que el aula había quedado en desuso cobró fuerzas en su cabeza.

Ally respiró profundamente. Percibió un dejo de olor a encierro, pero bien pudo haber sido fruto de su imaginación. De todos modos, olvidaría el detalle rápidamente frente a lo que ocurriría a continuación.

La experiencia duró menos de dos minutos. Primero fue un sonido chirriante proveniente de la entrada que hizo que Ally se volviera con el corazón en la boca. No había dicho a nadie que daría un paseo por el aula 19, sin embargo alguien debía haberlo adivinado, probablemente Paul, porque la puerta se cerró por sí sola. Se volvió, sólo que no vio a Paul: vio apenas una franja de luz que se hacía delgada hasta

desaparecer. La puerta se cerraba.

Inútil fue que Ally repasara los instantes posteriores a su ingreso al aula. Sabía que había colocado uno de los pupitres frente a la puerta. Recordaba haber pensado incluso que aquellos pupitres eran más pesados de lo que cabría esperar, y suponer que el mecanismo de retorno de la puerta había vencido su peso no tenía sentido. Estaba a oscuras. La única fuente de luz en ese momento era la ventana que daba al frente, que debía ser capaz de permitir que la luz de las farolas se filtrara en forma generosa, pero que sin embargo apenas se había convertido en un rectángulo gris, dejando el aula prácticamente a oscuras. Los intentos de Ally por adivinar el contorno del pupitre junto a la puerta fueron en vano. Instintivamente, estiró los brazos.

—Hola —dijo en un tono lo suficiente alto para que el sonido de su propia voz la espantara.

Nadie respondió. Si bien era posible que alguien hubiera cerrado la puerta desde afuera, la realidad es que no se atrevió a gritar más fuerte. Avanzó dos o tres pasos a ciegas, con los brazos extendidos como un zombie salido de una película de Romero.

Fue entonces cuando la primera voz se alzó en el aula 19. Surgió detrás de Ally, a menos de dos metros. La voz de un niño. Casi ininteligible…, un murmullo.

Ally gritó. Giró, preguntándose si la voz había sido real o el fruto de su imaginación, pero sabiendo la respuesta. Había sido tan real como el sudor frío que le surcaba la frente, o como la parálisis que la hizo presa. No recordaba haber experimentado un miedo tan básico desde que era apenas una niña y tenía pesadillas con su madre muerta. Ally hizo dos cosas: la primera fue repetirse que la voz no había sido real, cosa que no sirvió de nada; y la segunda, que tampoco sirvió de nada, fue girar en la oscuridad mientras sus ojos se topaban alternativamente con el rectángulo de la ventana y el del cristal de la puerta. Había sido muy estúpida al ir al aula sin una linterna. Se recordó que había sabido del corte de energía cuando ya estaba en camino, pero no era excusa suficiente. Debió haber dado media vuelta y regresar más tarde.

El rectángulo de luz de la puerta era su única referencia para salir, su único nexo con la realidad. Si aquel rectángulo se apagaba quedaría aislada y a merced de lo que fuera que se alojaba en aquella oscuridad. Debía salir cuanto antes. Más tarde, quizás con una poderosa linterna, cambiaría de parecer en cuanto a acercarse al aula. La voz del niño podía haber sido la creación de su mente cansada, podía aceptarlo. Pero la puerta cerrándose sola era otra cosa. Dio dos zancadas en dirección a la salida, cuando la voz se repitió, esta vez con mayor potencia y justo delante suyo. Ally se detuvo como si hubiera chocado contra una pared invisible y retrocedió, pero trastabilló y

cayó de costado. Algo la golpeó en el estómago, probablemente uno de los pupitres de la primera fila. El dolor fue intenso, pero pensar en qué lo había causado no resultó una prioridad. La voz delante de ella sí lo era. Pertenecía a un niño, no tenía dudas, aunque Ally apenas pudo distinguir un puñado de palabras perdidas que carecían de sentido.

A la voz del primer niño se sumó la de otro y luego una media docena más. Ally pudo diferenciar también algunas niñas. Se volvió en todas direcciones al mismo tiempo. No vio nada, desde luego, pero las voces estaban allí, rodeándola, ciñéndose sobre ella. Procuró ponerse de pie, pero no pudo; y no fue a causa del dolor en el estómago, lo cual hubiera simplificado las cosas. No podía moverse porque ningún músculo del cuerpo le respondía. Cuando intentó apoyar las manos en el suelo descubrió que temblaban de un modo desconcertante.

Mucho más tarde, Ally recapacitaría en lo curioso e imprevisible que pueden ser las reacciones humanas. No se consideraba una muchacha temerosa; cada noche se atrevía a visitar a personas desconocidas, algunas de las cuales pagaban considerables sumas de dinero para sacar a relucir sus costados oscuros. Hacían falta agallas para enfrentarse a eso cada noche. Una amiga de Ally decía que un hombre en el clímax sexual es lo más parecido a alguien que ha perdido la razón, que puede esperarse que diga o haga cualquier cosa. Ally nunca había tenido reparos en vérselas a solas con hombres que la triplicaban en peso o en edad. Muy pocas veces había sentido temor por el curso que tomaban los acontecimientos mientras estaba con un cliente, pero había aprendido que cuanto más firme era en sus acciones, mejor era. Axioma número uno: si eres una puta, hazte respetar. A Ally nunca le había molestado que la llamaran puta. Le molestaba no tener el control. Y el control fue precisamente lo que perdió en el aula 19.

Lo perdió por completo.

Cuando finalmente logró ponerse de pie, había perdido el sentido de la orientación. No fue capaz siquiera de buscar el rectángulo de luz para guiarse. Las voces siguieron multiplicándose a su alrededor. Corrió hacia dónde creyó estaba la puerta, ésta vez tropezando violentamente con un pupitre y experimentando un dolor atroz en la rodilla. Fue un golpe seco que hizo que se doblara en dos y gritara. Las voces hicieron caso omiso a sus lamentos.

La puerta.

Pensaba con un hálito de cordura. Quería ponerse de pie nuevamente, ordenarle a las voces que guardaran silencio; resultaba imposible hilvanar una idea coherente inmersa en aquella maraña de murmullos sin sentido. Pero entonces vio el rectángulo

de luz, aunque justo sería decir que en realidad este simplemente *apareció* frente a sus ojos. Las voces perdieron intensidad hasta extinguirse, como si alguien controlara el volumen de una emisión radial y hubiera decidido que la función estaba a punto de terminar.

Se puso de pie. El dolor en su estómago se sumó ahora a las millones de agujas que se clavaban en su rodilla derecha. A duras penas avanzó un par de pasos, recuperando la movilidad lentamente y agradecida por el silencio reinante. Logró avanzar en la dirección correcta, esta vez con los brazos delante para evitar colisionar con otro pupitre. Cuando abrió la puerta no pudo evitar echar un vistazo por sobre el hombro. En el pizarrón más cercano, escrito en inmensas letras de tiza podía leerse una palabra: ARMA[1].

Era una obviedad que aquello no había estado escrito un instante atrás, cuando ella entró. Había otra cosa escrita en el pizarrón más alejado, pero la escasa luz no era suficiente para que Ally pudiera leerla. No le importó gran cosa. Con resignación soltó la puerta y el mecanismo hidráulico se ocupó de regresarla a su sitio.

El corredor seguía en penumbra. Aceleró el paso a medida que la rodilla se lo permitió. Avanzó con la vista puesta en el suelo, luchando contra el recuerdo latente de lo que acababa de presenciar, cuando una figura surgió del aula 16 y la interceptó.

Ally gritó. Paul forcejeaba con ella procurando tranquilizarla.

6

Ally no le habló a Paul de lo ocurrido en el aula 19, sólo se quejó del golpe en la rodilla que la hacía desplazarse con dificultad. Cuando llegaron al vestíbulo encontraron a Michael recostado contra la pared y a la directora de rodillas, a su lado. Kathleen alzó la cabeza y los observó. La mirada severa era la que reservaba para los niños que estaban a punto de recibir una reprimenda.

—Veo que has tenido suerte en la búsqueda —dijo Kathleen.

Paul iba a responder en el instante en que Judd llegó hecho una tromba, bate en mano, sus ojos convertidos en dos bolas de fuego. En su manaza izquierda había tres

linternas apagadas. Resultaba increíble la facilidad con que sus dedos las sostenían, como si se tratara de un niño aferrando sus lápices de colores. Por primera vez Paul fue realmente consiente del tamaño de aquel hombre.

—¿Judd, qué ocurre? —Kathleen habló con firmeza, pero fue evidente que incluso ella se había sentido incómoda con el modo en que el cuidador había irrumpido en el vestíbulo.

Judd se agachó para dejar las linternas en el suelo y clavó la vista en la puerta de entrada. Todos hicieron lo mismo, pensando que quizás el cuidador había visto algo. Afuera todo seguía cubierto por aquel perturbador manto de quietud.

—Esto… es lo que ocurre, directora Blake —masculló Judd sin quitar los ojos de la puerta de entrada.

Sostuvo el bate con la mano derecha, avanzando hacia la puerta en actitud desafiante. Cuando estuvo apenas a un metro del cristal, arremetió contra él con la fuerza de un animal enfurecido. El cristal se astilló, pero no se rompió. Una telaraña helada resistió los golpes descontrolados de Judd que insistía una y otra vez.

Fue Kathleen quien finalmente lo detuvo.

—¡Basta! —le ordenó.

—Ellos tienen la culpa —dijo Judd.

—¿Ellos quienes? —preguntó Kathleen.

—Ellos —Judd dio medio vuelta y apuntó su índice rechoncho en dirección a Paul y a Ally, que retrocedieron como si los hubieran empujado.

Kathleen se puso de pie y pidió a Judd que se calmara y le explicara qué había ocurrido exactamente. Él le habló acerca de la ventana de su habitación y del resto de las puertas exteriores; incluso había verificado la mayoría de las ventanas de la segunda planta, aclaró, y en todas sus intentos por abrirlas habían sido inútiles. Y estaba el asunto de la electricidad, agregó Judd —como si aquello zanjara las dudas en cuanto a la participación de Paul y Ally—, que se había interrumpido en toda la escuela, dejándolos a merced del equipo generador.

—Apuesto a que *ellos* no sabían que contábamos con uno —terminó.

Paul suspiró. Sería necesario tomar algunas decisiones. Todos estaban cansados y por descabellados que pudieran resultar los sucesos de esa noche, la realidad era que no podían salir de la escuela ni comunicarse con el exterior. Los teléfonos fijos no funcionaban y los móviles no recibían señal. Esto último resultaba de lo más desconcertante, puesto que podía esperarse que las líneas fijas se averiaran, pero ¿por qué no funcionaban los móviles?

—He interrumpido el suministro de corriente eléctrica en buena parte de la escuela

—anunció Judd echando un vistazo a las linternas que había dejado en el suelo. Eran modelos sencillos que en comparación con la que pendía de su cinturón parecían de juguete.

En silencio, cada uno se acercó y cogió una. Michael fue el único que permaneció donde estaba, ajeno a las conversaciones que tenían lugar en el vestíbulo.

Kathleen pidió a Judd que fuera en busca de algunas colchonetas de las que utilizaban los niños para hacer gimnasia y que las llevara a la biblioteca. Michael no estaba cómodo allí tendido, explicó.

De común acuerdo todos parecían haber aceptado que no tenían más remedio que pasar la noche en la escuela.

7

En los folletos que promocionaban la escuela Woodward siempre se incluía una buena fotografía de la biblioteca. Cualquier padre estaría de acuerdo en que su hijo se formara en aquel recinto amplio, de techo elevado y la vistosa cúpula de cristales coloridos que durante el día permitía que un torrente de luz natural se filtrara hacia el interior. Una serie de ventanas ofrecía una agradable vista hacia el patio, donde un jardín florido brindaba el marco de tranquilidad adecuado para pasar el rato estudiando, leyendo un buen libro o durante las horas de detención, siempre bajo la mirada atenta de la señora Thatcher, la anciana bibliotecaria a quienes los alumnos se referían como *Caradeculo*.

Otro de los atractivos de la biblioteca era un altillo en forma de medialuna que abarcaba la mitad del recinto. Dos barandales de madera delimitaban tanto el espacio elevado como el de la planta baja. Frente al acceso había una docena de mesas redondas, y más allá de la baranda estaban las estanterías de madera que alojaban los libros de libre consulta. Los niños podían echar un vistazo a éstos o incluso tomarlos para leerlos sin que fuera necesario solicitar un permiso especial a la señora Thatcher o a Michael, su ayudante. Para los libros *especiales*, que *Caradeculo* guardaba celosamente en el altillo, el proceso no era tan sencillo. Había colecciones completas

de clásicos, obras ilustradas por artistas de renombre, incluso libros que databan de mediados del siglo pasado. La señora Thatcher se refería a ellos como *tesoros* y muy rara vez permitía que alguno de estos ejemplares abandonara la biblioteca. Si lo hacía, tenía que tener plena confianza en el niño o niña que se lo pedía y eso limitaba el círculo de afortunados a unos pocos.

A la derecha había un mostrador de madera largo y robusto. Tras él podía verse normalmente a *Caradeculo*, paseándose de un lado a otro como esos patos metálicos de las ferias que al dispararles dan media vuelta y se mueven en sentido contrario. La edad de la señora Thatcher era un misterio para muchos, y no sólo alumnos. Tenía el aspecto de una mujer de unos setenta años, pero esto era así desde hacía diez, o veinte, dependiendo de quién hablara. Bastaba echar un vistazo a algunas de las fotografías que decoraban la propia biblioteca para observar en todas ellas a la inalterable señora Thatcher, con sus gafas redondas y su cabello encanecido siempre recogido en un moño. En algunas, su rostro sonriente podía resultar incluso un poco espeluznante, como si se tratara de una aparición. De una a otra, los maestros envejecían, desaparecían, pero Gertrude Thatcher seguía allí, como si su rostro hubiera sido recortado de una única fotografía y pegado en el resto. Además, el hecho de que la anciana eligiera ubicarse siempre detrás de todos, asomando apenas como una intrusa, acentuaba su carácter espectral.

De cualquier forma, la señora Thatcher había logrado hacerse respetar. Su círculo de acción se limitaba a la biblioteca, pero allí era incluso más temida que la propia directora Blake. Bastaba una mirada de *Caradeculo* para que cualquier niño permaneciera congelado como una cucaracha al encender la luz de la cocina. No era en vano su apodo. Ver sonreír a la señora Thatcher era un acontecimiento extraordinario, como un eclipse total o un trébol de cuatro hojas. Si alguien pretendía ver una sonrisa en su rostro, podía olvidarse de ello, o dirigirse a una de las fotografías anuales colgadas en la pared.

Probablemente había sido el temperamento de la señora Thatcher lo que había convertido a la biblioteca en blanco de uno de los desafíos más populares de la escuela: el de inmiscuirse en el altillo y esconderse allí lo máximo posible. Si además el osado infiltrado quería colgarse una medalla adicional, traer consigo uno de los libros *especiales* podía ser una buena idea. La complicación más importante era que la señora Thatcher rara vez abandonaba la biblioteca. A diferencia del resto de los maestros, que elegían la sala de maestros o la propia cafetería para almorzar, ella prefería hacerlo tras el mostrador de atención. Las únicas ocasiones en que dejaba su puesto de trabajo eran para calentar su almuerzo, lo cual le demandaba no más de diez

minutos, y las tres o cuatro incursiones al baño. Durante estos breves períodos era Michael quien quedaba a cargo de la biblioteca y resultaba el momento propicio para proceder con la maniobra de evasión. Normalmente un cómplice debía distraer al joven, lo que creaba las condiciones propicias para pasar por debajo de la cadena con que la señora Thatcher protegía la escalera.

El record actual de permanencia estaba en poder de Tommy Lomax. Casi ocho horas. Tommy gozaba de una reputación de lujo entre sus compañeros por méritos tales como lanzarle un vaso de Pepsi a la directora, trepar hasta la cima de una de las palmeras de la escuela y, lógicamente, la proeza en la biblioteca. Para lograr semejante hazaña había sido necesario inmiscuirse a primera hora, cuando la señora Thatcher hacía su primera incursión del día al baño. La ausencia de Tommy no pasó desapercibida, y tras una búsqueda minuciosa por toda la escuela se informó de lo ocurrido a los padres del niño y luego a la policía. El revuelo fue grande. Algunos niños sabían lo que Tommy había hecho y estuvieron a punto de delatarlo, pero por suerte para él no lo hicieron. El niño apareció a última hora, explicando que se había sentido mal y que no recordaba dónde había estado. Nadie le creyó, pero no pudieron contradecir su historia.

En la biblioteca reinaba un silencio más pesado que en el resto de la escuela, algo extraño dadas las circunstancias. Kathleen, que consideraba a la escuela como una extensión de su hogar, se sintió incómoda con esta nueva visión nocturna. Estiró el brazo con impaciencia y accionó el interruptor de la luz.

Judd y Paul cargaban a Michael, todavía envuelto en la manta.

—¿Dónde quiere que lo dejemos? —preguntó Judd.

—Allí estará bien —respondió Kathleen señalando la parte de atrás, dónde la señora Thatcher almacenaba los libros de libre consulta.

La directora llevaba consigo dos colchonetas. Avanzó con ellas entre las estanterías y las colocó contra la pared.

—¿Aquí? —preguntó Judd, contrariado—. Apenas hay espacio.

—Michael estará más tranquilo. —El tono de la directora traía implícito el hecho de que no pensaba someter el asunto a un debate general.

—Está bien, lo que usted diga.

Judd depositó a Michael sobre las colchonetas. El muchacho dormía. Paul se mantuvo en silencio todo el tiempo.

—Yo dormiré arriba —anunció Kathleen—. En caso de que algo le suceda, estaré

cerca.

—¿Quiere que traiga algunas colchonetas adicionales para usted? —preguntó Judd, e inmediatamente imaginó a la directora durmiendo en la biblioteca y su cerebro ordenó el despegue del transbordador *Fantasy 1* en su universo mental. Quizás más tarde podría espiarla mientras dormía… O tocarla. Si ella se daba cuenta podría aducir que quería despertarla.

—No es necesario.

—¿Qué?

—Que traigas más colchonetas. Eso me has preguntado, ¿no? Yo iré a por ellas. Gracias, Judd.

Salieron de la biblioteca. Al cruzar el umbral a ninguno de los tres se le ocurrió volverse (¿por qué lo harían?), pero de haberlo hecho hubieran advertido la presencia de una niña en el altillo, aferrada con ambas manos al barandal de madera. La niña los observó en silencio mientras se marchaban. Un fulgor celeste la envolvía.

8

Ally y Paul estaban solos en el vestíbulo, sentados en un escalón, de cara a la puerta principal.

—Está todo muy quieto —dijo Ally al cabo de un rato.

Paul, que había estado a punto de hacer la misma observación, se limitó a asentir.

El camino privado de la escuela Woodward era un amplio acceso de asfalto. Partía de la carretera 26 y atravesaba más de doscientos metros de jardines hasta una rotonda justo frente al edificio. Desde allí era posible regresar o tomar los otros caminos hasta los edificios Parker y Clayton. El reloj de pie, junto a la rotonda, definitivamente estaba descompuesto. Paul había comprobado que seguía marcando la misma hora desde su llegada. En los jardines había varias mesas de madera diseminadas, y Paul examinó una cuantas sin motivo alguno, hasta que su atención se fijó en su Ford, aparcado en silencio.

—No me has hablado de tu hermano —ensayó Paul. Supuso que hablar del

hermano de Ally los llevaría al aula 19, donde sabía que ella había estado un rato antes y no la había pasado nada bien.

—Su nombre era Michael —dijo Ally—. Michael Brown.

Él asintió.

—¿Lo recuerdas de tu investigación?

A Paul el nombre le resultó familiar. Había hecho averiguaciones de cada uno de los niños muertos en la tragedia para incluir una breve reseña en sus artículos. Sin embargo no pudo recordar detalles específicos.

—Recuerdo su nombre —se limitó a decir.

—Tras la muerte de mi madre, mi hermano mayor fue muy importante para mí. Tú sabes, cuando tienes seis años no puedes entender la muerte de un ser querido, y menos la de tu madre. Los hermanos mayores son una especie de Dios todopoderoso.

—No tengo hermanos. Siempre lo he lamentado.

—Me aferré a él como no puedes imaginarte. Cuando mi madre murió arrollada por una motocicleta, un oficial de policía se presentó en mi casa y nos dio la noticia. Yo estaba presente. Habíamos comprado una furgoneta nueva y todo parecía perfecto. Es increíble que pueda recordar un día con tanto detalle, pero así es.

Ally mantenía la vista fija en algún punto de los jardines. Afuera todo estaba envuelto por un frío manto lunar. Tres o cuatro farolas proyectaban sus conos blancos aquí y allá. Siguió hablando con cadencia hipnótica, como si soñara despierta.

9

A los seis años, Ally había desarrollado una fascinación por los personajes de Disney. Pasaba horas dibujándolos de memoria. Su abuela y su tía le habían regalado algunos muñecos, que ella guardaba celosamente en su habitación como si se tratara de valiosos tesoros. Apodó a su hermano Mickey desde que tenía uso de razón y en poco tiempo incluso su familia lo adoptó.

Mickey fue fundamental a la hora de enfrentar la muerte de Beth. No es que su padre no lo hubiese sido, pero para Joe la muerte de su esposa constituyó una

experiencia devastadora de la que nunca pudo reponerse enteramente. Nunca volvió a ser el mismo. Si cada día despertaba con la fuerza suficiente para llevar adelante su trabajo y a duras penas proveer a su hogar del sostén necesario, era sólo porque tenía dos hijos que lo necesitaban. Nunca fue un hombre de quejarse o exteriorizar su dolor; Joe prefería batallar diariamente con sus propios fantasmas.

Ally en cambio necesitó siempre preguntar las cosas en voz alta, gritarlas si hacía falta. *¿Por qué el hombre de la televisión no me responde? ¿Por qué la señora Babs tiene tantos gatos? ¿Por qué mamá se ha ido al cielo?* Y Mickey siempre estuvo allí para escucharla. Decir que la familia se desintegró después de la partida de Beth resultaba una obviedad. Joe tenía una hermana en New Hampshire a la que apenas habían visitado hasta entonces, y de buenas a primeras Ally y Mickey empezaron a visitarla con frecuencia.

La tía Lorraine había enviudado a la insólita edad de treinta y cinco años y su primera determinación a la hora de encausar su nueva vida había sido vender la casa en la ciudad y comprar un terreno en el sitio más inhóspito que le fuera posible. Fue así como adquirió diez hectáreas y una casa destartalada en Merrimack. Lorraine disponía de un pequeño motor a kerosén que le servía para generar energía y debía recorrer más de veinte kilómetros en busca de un garrafón de gas. El agua la extraía de un pozo y la filtraba ella misma. Se alimentaba de su propio huerto y de los animales que criaba. ¡Ah!, y estaban las orquídeas, su pasión. Tenía una variedad increíble y dedicaba buena parte de su tiempo a ellas. Si le era posible, las intercambiaba en el pueblo o viajaba a la ciudad para venderlas. El dinero que obtenía de sus flores lo invertía íntegramente en ellas, o en sus sobrinos.

A los niños les encantaba visitarla. Contrariamente a lo que cabría suponer, la falta de televisión o alimentos frescos no parecía incomodar a los pequeños. Lorraine contaba con diez hectáreas de terrenos salvajes que constituían un desafío para ambos. Allí correteaban a su antojo, construían casas en los árboles o inventaban juegos con los que pasaban horas ensimismados. Lorraine les preparaba el desayuno, consistente en pan horneado por ella y mermeladas de elaboración propia, les servía un buen vaso de leche a cada uno y por lo general conversaban un rato antes de ir a jugar.

Uno de los paseos preferidos de los niños consistía en visitar el camión abandonado. La única condición para ir allí era que Lorraine debía saberlo. El camión abandonado, un modelo prehistórico que había permanecido oculto en la maleza por quién sabe cuánto tiempo, estaba casi en el límite de la propiedad. Para llegar a él era necesario recorrer más de medio kilómetro y atravesar un arroyuelo. Además debían llevar repelente para los mosquitos y calzado apropiado. Lorraine había visto

serpientes en sólo dos oportunidades merodeando su propiedad, pero había alertado a los niños de todas maneras. Si veían una… debían regresar inmediatamente.

El desafío a la hora de la travesía consistía en buscar rutas alternativas. Normalmente Mickey iba adelante, con una rama que utilizaba para apartar la maleza. Ally avanzaba detrás, también armada con una rama y un recipiente con provisiones. Uno de los momentos predilectos de Ally era cuando se detenían para alimentarse. A veces lo hacían incluso tan cerca de la casa que hubiera hecho reír a cualquiera. Mickey tomaba la expedición con suma seriedad y Ally, que buscaba imitar a su hermano en cuanto podía, no se quedaba atrás.

El sitio para dar cuenta de las provisiones debía ser un lugar plano, sin maleza, de ser posible con algunas rocas o troncos caídos para poder sentarse. Normalmente comían los panecillos con queso que Lorraine les había preparado y Mickey exponía sus teorías acerca de dónde debía estar el camión abandonado. Sabían que debían encontrarlo antes de que el sol estuviera a media altura, lo cual les daba el tiempo suficiente para regresar antes del anochecer.

Lorraine sabía que los niños no corrían peligro en su propiedad. Estaba delimitada, y confiaba en que ellos no intentarían ir más allá. Por otro lado, la casa estaba emplazada junto a un álamo gigantesco que era visible desde cualquier punto de sus diez hectáreas. Los niños no tenían más que seguir el álamo para regresar a la casa. Era un secreto que Lorraine le había confiado a Mickey *por ser el mayor*. Para Ally, que no estaba al tanto y que además a sus seis años no era del todo consiente de la extensión de las tierras de su tía, el modo en que su hermano se las arreglaba para hacerlos regresar a casa sanos y salvos no dejaba de resultarle mágico.

Una vez que encontraban al camión abandonado no había mucho para hacer más que contemplarlo y regresar. La antigua carrocería estaba vuelta hacia un costado y era un amasijo de hierros oxidados. Normalmente no permanecían allí más que media hora y regresaban con los rayos oblicuos de la tarde marcando el camino hacia la casa.

Ally solía ponerse nerviosa al final. Era pequeña y su valentía tenía un límite. Cuando esto ocurría Mickey no se burlaba de ella; eso le gustaba de su hermano. Él le decía que llegarían a la casa muy pronto y que la tía los estaría esperando con algún bocadillo, les leería un cuento o les contaría uno de memoria y todo estaría bien.

Mickey siempre tenía razón. Ally confiaba en él ciegamente.

10

—En ese momento era apenas una niña —dijo Ally—, y amaba a mi hermano, pero fue con el tiempo, conociendo a otras personas, que comprendí cuan especial era.

Paul se sentía sorprendido por la capacidad narrativa de su interlocutora. Pensó en su escueta reseña acerca del niño muerto en el aula 19 y comprendió lo vacía que podía resultar frente a un relato de la riqueza del que acababa de escuchar.

Ally hizo una pausa para encender un cigarrillo. Le quedaban apenas dos. Registró mentalmente el dato con un dejo de resignación. Aspiró el humo y lo lanzó hacia arriba. Una nube se arremolinó sobre sus cabezas.

—¿Te molesta que te hable de esto?

—Claro que no —dijo Paul, y soltó una pequeña mentira—. No tengo sueño.

—Me hace bien hablar de Mickey. Las visitas al camión abandonado no eran nuestra principal atracción…

11

La atracción principal consistía en capturar insectos. Mickey los coleccionaba.

La ventaja de coleccionar insectos muertos era que se conservaban perfectamente sin necesidad de ningún tratamiento especial. El único enemigo eran las bacterias, contra las cuales Mickey había aprendido que un par de bolillas de naftalina eran suficientes. Una vez que los insectos se secaban, el interior se deshidrataba y endurecían solos. Mickey utilizaba un alfiler para fijarlos a unas maderas forradas con tela blanca y las rotulaba: orugas, arañas, langostas y escarabajos. Había abandonado la colección de mariposas por petición expresa de Ally, quien le había anunciado con total solemnidad que si él seguía empecinado en matar mariposas ella no participaría más de las búsquedas.

Las expediciones tenían dos propósitos específicos. El primero, revisar las trampas que habían colocado en días anteriores y abastecerlas si era necesario, y el segundo, el estar atentos a nuevos lugares donde pudieran esconderse los insectos. Los preferidos

eran debajo de rocas o troncos podridos, también en la corteza de los árboles. Las trampas estaban constituidas por frascos de vidrio enterrados al ras del suelo. En el interior colocaban fruta, que al pudrirse se convertía en un manjar irresistible para los insectos.

Normalmente avanzaban despacio, en silencio, surcando senderos formados naturalmente y valiéndose de ramas para remover la hierba y las piedras pequeñas. Usaban viejos guantes de goma cuando era necesario levantar alguna piedra más pesada o remover las cortezas. Ally se sentía incómoda con los desproporcionados guantes de su tía Lorraine, pero esa había sido una de las condiciones para poder acompañar a su hermano en primer lugar. Había insectos peligrosos que podrían picarla. Ninguno le haría un daño serio, pero sí le causarían mucho dolor.

Con el tiempo cada uno había desarrollado sus habilidades especiales, y sus preferencias. Para Ally, encontrar una oruga representaba toda una fiesta; aunque sentía un poco de pena por ellas cuando su hermano las mataba. Las orugas estaban indefensas, tenían un veneno poco poderoso y eran ciegas. Resultaba muy sencillo capturarlas. Además las orugas eran las más adeptas a las trampas enterradas.

Con el tiempo Mickey fue perdiendo el interés por las orugas y los caracoles y en general por todos los insectos a los que denominaba *tontos*. Si aún los seguía incluyendo en su colección era porque a Ally le gustaban y eran los únicos que él le permitía atrapar. Cuando encontraban una oruga, era Ally la encargada de agarrarla con el guante de goma y colocarla en el *frasco de captura*. Para ella constituía todo un logro y Mickey solía felicitarla y revolverle el cabello. Pero el verdadero desafío eran las arañas. Mickey se había convertido en un experto. Sabía distinguir una araña común de una especial. A las primeras apenas les prestaba atención, no importaba su tamaño. Había arañas grandes que casi podían incluirse dentro de la categoría de los insectos *tontos*; eran las de cuerpos diminutos y patas largas y delgadas como cabellos. De vez en cuando, sin embargo, se topaban con alguna araña verdaderamente temible. Cuando esto ocurría, Ally por lo general corría a esconderse detrás de su hermano, y si además ella había sido la descubridora, lanzaba un grito que alertaba inmediatamente a Mickey. Las arañas no eran estúpidas, eso era lo primero que había que tener en mente a la hora de enfrentarse a una. Para empezar, eran insectos que estaban perfectamente capacitados para atacar y huir. Lo hacían todo el tiempo. La manera correcta de actuar frente a ellas era permanecer muy quieto y estudiarlas. Generalmente ellas hacían lo mismo, con sus decenas de ojos, prestas a mover sus ocho patas a la velocidad de la luz para marcharse o saltarnos encima. A Mickey lo habían picado dos veces. El comportamiento de las arañas en un

enfrentamiento era básicamente impredecible. Podían huir o dar batalla, independientemente del tipo de araña, su tamaño o el de su oponente. Este era uno de los atractivos a la hora de vérselas con ellas. Mickey sostenía que el mayor valor de su colección de insectos estaba en el hecho de conocerlos, catalogarlos y aprender, pero también en capturarlos. Si la araña decidía huir, lo mejor era bloquear su avance con una rama, o con el propio guante de goma. Cuando el propósito era capturarla para clavarle un alfiler y exhibirla en una colección, aplastarla con la suela del zapato no era la solución. Interrumpir su avance con algún objeto podía obligarla a que se detuviera, y entonces bastaba con colocarle encima el *frasco atrapador*. Si la araña decidía atacarnos en vez de huir, encerrarla era más sencillo, si conseguíamos salir airosos del ataque, claro.

Una vez que el insecto había sido detectado y, de ser necesario, encerrado en el *frasco atrapador*, había dos maneras de matarlo. La más sencilla era traspasarlo al *frasco de captura*, donde —además de los otros insectos— había dos o tres copos de algodón impregnados en alcohol o algún solvente. En cuestión de segundos, los insectos que tenían la desdicha de terminar en el *frasco de captura* experimentaban un estado de atontamiento primero y por último morían. Mickey le había asegurado a Ally que no sufrían en absoluto.

Había ocasiones, sin embargo, en que el *frasco de captura* no era efectivo, especialmente en el caso de las arañas, que solían enloquecer bastante y trasladarlas a otro recipiente para que agonicen podía no ser una buena idea. Detestaban las superficies de cristal. Cuanto menos se manipulara una araña enfurecida, mejor.

Para estos casos existía otra solución. Ally la había bautizado simplemente *la otra forma*. Cada vez que algún insecto la atemorizaba, Ally solía pedirle a Mickey que no lo liberase, que no lo dejase escapar…; le decía que lo matara de *la otra forma*. Y entonces Mickey aferraba el frasco con ambas manos mientras éste aún estaba en el suelo con el insecto dentro. Podía ser una araña pero también alguna langosta de buen tamaño. Hacía girar el frasco hasta lograr enterrarlo parcialmente en la tierra. De esta manera, le había explicado Mickey a Ally, el oxígeno no tenía manera de entrar al frasco. Después Mickey le pedía a su hermana que apoyara las manos sobre las suyas y que se concentrara. Él cerraba los ojos y hacía la cabeza a un lado. Ally, por lo general, no podía apartar la vista del frasco. Al principio el insecto permanecía inmóvil, probablemente advirtiendo que algo no andaba bien. Luego comenzaba a desplazarse con vehemencia de un lado a otro acuciado por la falta de oxígeno. Los movimientos eran tan rápidos y desesperados que Ally apenas podía seguirlos con la vista. Mickey le había dicho que de aquel modo los insectos sufrían un poco…, sin

embargo la lucha desesperada por mantenerse con vida despertaba en Ally una fascinación especial. Incluso años después le sería difícil explicar el porqué.

Cuando el insecto moría, lo hacía con un último aliento retorcido. Mickey solía abrir los ojos instantes después, como si hubiera intuido el final de la criatura. Muchas veces lo hacía con los ojos húmedos. Ally observaba el frasco como hipnotizada. El animal había muerto.

12

—Echo de menos las visitas a casa de tía Lorraine —dijo Ally—. Hace años que no la visito. Mi padre habla con ella de vez en cuando; sé que sigue en Merrimack, cultivando sus orquídeas.

—¿Tú podrías vivir como ella?

—¿Aislada?

Paul asintió.

—No lo creo. ¿Tú?

—Lo he pensado seriamente, después de lo de mi esposa.

Ally apagó su segundo cigarrillo en el suelo. Se sentía cansada. Había aprendido a combatir el sueño hacía tiempo, podía resistir un par de días sin dormir, sin embargo ahora se sentía extenuada física y mentalmente. Probablemente el incidente en el aula 19 tuviera gran parte de la culpa.

—La batería no resistirá mucho tiempo —dijo de pronto Ally.

Paul no supo a qué se refería la muchacha hasta que vio que tenía la vista puesta en el Ford, aparcado frente a la escuela. La luz interior seguía encendida. Se suponía que aquella luz debía apagarse algunos segundos después de que la portezuela se cerrara.

—Puede que alguna de las portezuelas no esté bien cerrada.

—Es posible.

Todo era posible.

—Es una noche asombrosamente tranquila —dijo Ally.

—Demasiado tranquila para mi gusto. De haber tráfico en la carretera a alguien podría llamarle la atención que la escuela esté iluminada. Quizás podrían dar aviso a la policía.

—Será extraño pasar la noche aquí.

Guardaron silencio un momento.

—¿Ally? ¿Qué te ocurrió en el aula 19?

—Paul, por favor.

—Si no quieres hablar, sólo dímelo.

—No sé si quiero hablar de eso, *ahora*.

—Ally…, todas las puertas de la escuela están bloqueadas. No se me ocurre algo tan descabellado como eso, y sin embargo, allí, tú temblabas de miedo.

—Basta. Se cortó la luz y me asusté.

—El aula 19 es la razón por la que estamos aquí —dijo Paul más para sí que para Ally.

—¿Puedo preguntarte algo, Paul?

—Adelante.

—¿Qué les ocurrió a los niños del aula 19?

—Supongo que no crees en la versión oficial.

—Por supuesto que no. Nadie la cree. Tú has investigado esto a fondo, has escuchado todas las campanas. Incluso has estado con Hannigan en la cárcel.

—Sí, he estado con él. Lo que no recuerdo es haberte hablado de ello…

Ally calló.

—Todo el mundo leyó tus artículos —dijo por fin.

—Si tú lo dices.

—Piensa lo que quieras —Ally comenzó a ponerse de pie. Paul la detuvo asiéndola por el antebrazo.

—Perdón. No debí decir eso. Por favor, siéntate.

Ella lo hizo.

—No tengo una teoría *paralela* de lo que ocurrió. Cuanto más me adentraba en la investigación, más incierto era todo.

Paul dejó de hablar y bostezó.

—En el aula 19 escuché voces —dijo Ally de repente, casi sin pensarlo.

—¿De niños?

—Sí.

—¿Qué hacías en el aula 19?

—Aunque te resulte ridículo, no lo sé. Supongo que he sentido curiosidad por ver

el lugar. Fue muy extraño. Las voces provenían de todas partes.

Ally hablaba despacio, como si confesara un crimen.

—Eran las voces de los niños muertos, Paul. No me preguntes cómo puedo saberlo… No escuché la de Mickey específicamente.

—¿Has visto a alguien?

—No. Estaba oscuro. Pero cuando entré, coloqué un pupitre para mantener la puerta abierta, y en determinado momento se movió y la puerta se cerró.

Paul la observaba con el entrecejo fruncido.

—Sí, lo sé —agregó Ally—, parece salido de un episodio de la Dimensión desconocida. Es descabellado.

—No más que las puertas bloqueadas.

—¿Qué está ocurriendo, Paul?

Él se puso de pie y caminó por el vestíbulo. Se detuvo frente al cristal.

—No sé qué está ocurriendo —reflexionó en voz alta—. En cuánto Michael despierte podremos hablar con él. Algo lo ha impulsado a llamarme y quizás ha visto u oído lo mismo que tú.

Ally se abrazó las rodillas y se balanceó. Sentía deseos de fumar un cigarrillo, pero sabía que en el envoltorio quedaba sólo uno. Lo reservaría para cuando salieran. Lo fumaría bajo el rayo del sol, descendiendo las escalinatas de la escuela.

Paul reflexionaba acerca del hecho de que ese día se cumpliera el décimo aniversario de la tragedia del aula 19. Ally había dicho una gran verdad hacía un momento: quizás era él quién más a fondo había estudiado el caso. ¿Podía aquello tener una explicación racional? ¿Las puertas bloqueadas?, ¿las voces?

Difícilmente.

—¿Qué es eso? —preguntó Ally.

La muchacha estaba muy cerca de la parte del cristal donde Judd había estrellado su bate.

—¿Qué? —Paul se acercó.

—Sobre aquel banco de madera. Lo he estado observando desde hace un rato. ¿Lo ves?

Ella señaló con el dedo índice hacia el costado derecho, sin embargo el cono de luz proyectado por una de las farolas no alcanzaba a cubrir esa zona con claridad. Paul, que había perdido algo de visión en los últimos años, tuvo que hacer un esfuerzo para reconocer los contornos de la mesa de madera y los dos bancos colocados a los lados.

—Déjame probar algo —dijo Ally mientras cruzaba el vestíbulo a la carrera y

apagaba las luces.

Quedaron a oscuras.

A medida que la vista de ambos se fue acostumbrando, los contornos en el exterior se dibujaron con mayor claridad.

—Fíjate sobre el banco de madera, en el extremo.

Paul lo hizo. Esta vez sí vio lo que ella le mostraba.

—¿Cuánto tiempo lleva allí? —preguntó Paul.

—Desde que tú te has puesto de pie. Pero antes no había mirado en esa dirección; quizás lleve allí mucho más tiempo.

—No puede ser posible.

Siguieron con la vista clavada en el extremo del banco durante dos minutos más. Lo que veían era un pájaro de pecho blanco, con alas y cabeza negra. Probablemente una golondrina. Estaba erguida e inmóvil.

—Es como si estuviera embalsamado —dijo Paul en voz baja.

—Paul, no hemos escuchado un solo vehículo lejano, las luces de tu coche siguen encendidas, ahora ese pájaro estático. Todo parece… *congelado*.

Parte III - En la biblioteca

1

Paul había dormido varias horas sobre una colchoneta delgadísima. Ahora estaba de pie frente a la puerta principal, masajeándose la espalda dolorida.

Afuera seguía siendo de noche. Las luces del Ford estaban encendidas y el pájaro que habían divisado con Ally seguía inmóvil en el extremo del banco. El reloj de pie insistía en que eran las once y veinte. Se acercó a la puerta de cristal e intentó abrirla, en vano.

—¿Sorprendido?

Se sobresaltó. La voz masculina a sus espaldas hizo que diera un respingo.

—No hay de qué asustarse —dijo Judd— ¿O sí?

El cuidador estaba de pie en el nacimiento del corredor central. Llevaba el cabello peinado hacia atrás. Paul supuso que el hombre se había dado un baño y sintió la necesidad de darse uno él mismo. Echó de menos la sensación del agua caliente golpeándole el rostro.

—Han transcurrido unas… seis horas —dijo Paul consultando su reloj de pulsera.

—Así parece.

La expresión de Judd era la de alguien que estudia a un adversario. El cuidador no necesitaba más que cuatro horas de sueño, por lo que hacía tres que estaba de guardia. Había verificado todas las puertas de la escuela y la situación no había cambiado.

—¿Cómo es posible que aún no haya amanecido? —preguntó Paul.

—No es posible. Debió haber amanecido hace dos horas.

—¿Dónde están los demás?

—En la biblioteca. Aún duermen.

Judd lo había verificado tan solo media hora antes. La imagen de Kathleen durmiendo era un objeto valioso para su museo mental. Hacerse de ella había sido peligroso, pero se trataba de una oportunidad posiblemente irrepetible y no había estado dispuesto a dejarla pasar.

—¿Aún crees que tengo algo que ver en esto, Judd?

—Usted no me cae bien. Ni usted, ni su puta. No crea que me han engañado.

2

Ally había dormido en el altillo de la biblioteca. Cuando despertó experimentó una sensación extraña, como si fuera parte de un sueño. El sitio le resultó absolutamente desconocido, y armar en su cabeza la secuencia de acontecimientos que la habían arrojado allí le resultó imposible. Un ojo negro la observó desde el techo. El barandal a su derecha era como una boca larga de dientes rectangulares. No había dormido bien. El vaquero que llevaba puesto no había resultado una prenda cómoda, aunque no se arrepintió de habérselo dejado puesto. Antes de acostarse había considerado seriamente la posibilidad de quitárselo, pero había desistido. El cuidador no le gustaba nada; cuanto más lejos estuviera de él, mejor. Si se quitaba la ropa, lo atraería como la fruta que con su hermano colocaban de niños en las trampas para insectos.

Giró hacia un costado. La única manta que había encontrado junto a la colchoneta dejó al descubierto sus pies. Se frotó los ojos y procuró descubrir el resto de las formas escondidas en aquella oscuridad. Las estanterías que la rodeaban eran prismas altísimos de ángulos desiguales, como edificios a punto de caerle encima.

¿Cuánto tiempo había dormido?

A juzgar por el cansancio que la aquejaba, no demasiado. La conversación con Paul fue tomando forma dentro de su cabeza y con ella el extraordinario desenlace de los sucesos de la noche anterior. Se concentró en la cúpula de vidrio y no vio nada

más que oscuridad. Ally nunca había visitado la biblioteca, pero supuso que durante el día un torrente de luz debía ingresar por aquella cúpula transparente.

¿Podía ser posible que no hubiera amanecido? Mientras se incorporaba en su improvisada cama, con la preocupación de alguien que tiene la certeza de que las cosas no andan bien, supo que si se dirigía al vestíbulo, vería la luz encendida del Ford de Paul y el pájaro inmóvil en el extremo del banco de madera.

Se peinó el cabello con los dedos, apartó la manta y se puso de pie. Fue hacia la escalera. Descendió los peldaños con cuidado y asiéndose al barandal con fuerza, pero se detuvo a medio camino. Una voz distante la sorprendió y el recuerdo de las voces en el aula 19 fue inmediato. Sintió un escalofrío. La temperatura en la escuela había descendido, aunque seguía siendo tolerable. Aguzó el oído y la voz fue adquiriendo más claridad. Si bien no comprendió lo que decía, sí supo que no eran las voces del aula 19. La voz pertenecía a la directora Blake.

Ally llegó a la planta baja. Avanzó entre dos estanterías y se detuvo justo antes de llegar al extremo de éstas. Desde allí podía oír sin ser vista. En efecto era Kathleen la que hablaba y ahora sí pudo comprender lo que decía. ¿Le hablaba a Michael?

La directora le preguntaba al muchacho si se sentía bien y si podía abrir los ojos. Ally sintió la tentación de interrumpirla, pero decidió permanecer un instante más donde estaba e intentar averiguar qué se traía entre manos.

—¡Maldita sea Michael, ¿puedes oírme?!

La directora había alzado el tono de voz.

—¿Puedes oírme? Michael, necesito que despiertes ahora mismo.

Ally avanzó hasta que las estanterías dejaron de ocultarla.

—¿Puedo preguntarle qué hace? —dijo Ally con voz firme.

Kathleen se volvió. Instintivamente se apartó de Michael, como si se sintiera culpable.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la directora.

—Dormí arriba —respondió Ally— ¿Por qué necesita que Michael despierte *ahora mismo*?

La directora observó al muchacho, cubierto hasta la barbilla con su manta.

—Ally… ¿sabes qué ocurre?

—¿A qué se refiere exactamente?

Sin decir nada, la directora le pidió que la siguiera. Juntas se dirigieron hasta las mesas diseminadas en el centro de la biblioteca.

—La cúpula es transparente —explicó Kathleen señalando hacia arriba—. Lo que estás viendo es el cielo en este momento.

La directora cruzó la biblioteca y encendió la luz artificial. El generador seguía abasteciendo esa parte de la escuela porque la totalidad de las lámparas colgantes se encendieron obedientemente. Señaló el reloj redondo detrás del mostrador. Eran las nueve y treinta.

—Debió haber amanecido —dijo Kathleen—. Algo no va bien.

—Claro que no —Ally se sentó en una de las mesas redondas—. Lo que no entiendo es por qué le ha gritado a Michael.

Kathleen la estudió durante unos segundos. La muchacha no le gustaba. No le había gustado desde el momento en que había atravesado la puerta de *su* escuela. Hacía años que parte de su trabajo consistía en detectar la impertinencia, y en Ally la vio al instante. Su generación era parcialmente culpable de que las nuevas camadas hubieran perdido el respeto por los mayores; era triste pero cierto. Kathleen no lo toleraría. Además Ally ocultaba algo; no estaba dispuesta a soportar sus cuestionamientos. La muchacha tendría que entender que aquella era *su* escuela. Lo que ocurriera allí, fuera en el horario de clases o no, era su responsabilidad.

De todas maneras, no era el momento para enfrentamientos. Ally había visto algo en el aula 19 y Kathleen quería saber qué.

—No quiero discutir contigo —se limitó a decir.

—Yo tampoco.

Paul y Judd entraron en ese momento.

—Supongo que estáis al tanto de lo que ocurre —dijo Paul con solemnidad.

—¿Cómo es posible que aún no haya amanecido? —preguntó Kathleen visiblemente desconcertada.

—Me temo directora Blake que es más complicado que eso —dijo Judd.

Kathleen lo observó con incredulidad.

—Al parecer… —ensayó Judd—, afuera *nada* ha cambiado.

No obstante lo absurdo de la idea, Judd era quien la había asimilado con mayor rapidez. Era una persona de hechos y como tal podía creer cualquier cosa si la veía con sus propios ojos.

—Sugiero lo siguiente —dijo Paul—. Démonos un baño y comamos algo en la cafetería. Después podremos ocuparnos de buscarle una explicación a… esto.

3

Judd se marchó a su habitación y el resto se dirigió al gimnasio. Allí podrían ducharse, aunque habían sido alertados por el cuidador de la falta de gas, y en consecuencia el agua caliente estaba limitada a la alojada en los depósitos.

Estaban llegando a la puerta del gimnasio, a punto de pisar el campo de baloncesto, cuando Ally los detuvo con un ademán.

—¿Es seguro dejar a Michael solo?

—Serán apenas unos minutos —reflexionó Kathleen.

Ally negaba con la cabeza.

—Yo puedo quedarme con él. Iré a ducharme cuando vosotros regreséis.

Kathleen y Paul estuvieron de acuerdo. Ally los abandonó y ellos se adentraron en el gimnasio. Decidieron que encender las luces sería un desperdicio de energía, de modo que se dispusieron a cruzar el inmenso recinto en penumbras. En el techo había una serie de tragaluces que lanzaban conos grises y que hacían posible desplazarse sin problemas. Las gradas vacías fueron testigo de su avance.

—¿De dónde has sacado a esta muchacha, Paul?

—¿Perdón?

—Vamos…, iba a formularte la pregunta tarde o temprano.

Ella se detuvo y él estuvo a punto de llevársela por delante. La directora se volvió y lo observó a los ojos. Alzó las dos manos exhibiendo las palmas.

—Escucha, sé que no es asunto mío —se defendió Kathleen—. No lo preguntaría de ser otras las circunstancias.

Paul resopló.

—Es una amiga.

Kathleen bajó las manos y torció la boca. Entrecerró los ojos y escrutó el rostro de Paul.

—¿Una amiga?

—Ajá.

—¿La conoces hace mucho tiempo?

Paul tomó a la mujer con suavidad por los hombros.

—No voy a responder a esa pregunta —dijo en tono amable—. Vamos.

La rodeó y avanzó sin volverse. Ella lo siguió unos segundos después.

—Perdón. No quise parece entrometida —se disculpó Kathleen.

—Está bien. Entiendo la preocupación.

En ese momento cruzaban el círculo central del campo de juego. Paul se sintió

aliviado de no tener que dar mayores explicaciones acerca de la presencia de Ally en la escuela, pero sabía que debería hacerlo tarde o temprano. Resultaba difícil de aceptar que el hecho de conocerla el mismo día en que recibía una llamada desde la escuela en la que su hermano había perdido la vida fuera una coincidencia. Imposible. Paul atravesó el resto del campo de baloncesto albergando la esperanza de que tras de una ducha caliente (o tibia al menos) pudiera ver las cosas con un poco más de perspectiva.

En el extremo había una puerta de dos hojas que los llevaría a un pasillo ancho que discurría en dos direcciones opuestas. Empujaron conjuntamente las hojas y un mecanismo hidráulico se encargó de devolverlas a su sitio. Entonces la oscuridad fue casi completa.

—Hubiera sido una buena idea traer las linternas —se lamentó Paul.

La perspectiva de separarse en plena oscuridad no resultaba del todo alentadora.

—Supongo que no será problema encender las luces un momento —dijo Kathleen.

Paul estuvo de acuerdo. Pero cuando accionó el interruptor no sucedió nada.

—Mierda…, Judd debe haber desconectado el circuito que alimenta este sector.

—Podemos ir en busca de las linternas —sugirió Paul.

—Ya estamos aquí. Además, en los vestuarios hay tragaluces como los del gimnasio. Supongo que no estaremos completamente a oscuras.

—En ese caso, nos veremos aquí en… ¿diez minutos?

Ella asintió y ambos avanzaron a tientas en direcciones opuestas.

Una vez en el vestuario, donde efectivamente la oscuridad no era total, Paul se quitó la ropa con presteza y la dobló sobre un banco que había en el centro. Después caminó hacia uno de los cubículos de madera y abrió el grifo. No ocurrió nada por un par de segundos, hasta que una lluvia espesa se lanzó sobre él e hizo que retrocediera. Estiró la mano para probar la temperatura y advirtió que lentamente iba en aumento.

Ally regresó de ducharse agradeciendo la recomendación de Paul de llevar consigo una linterna. En el vestíbulo encontró a Kathleen, que le tendió un jersey grueso de los que conservaba en su despacho para emergencias. El gesto significó un acuerdo tácito de tregua, y juntas se dirigieron a la cafetería donde los hombres las esperaban con cereal Sophie Mae y fruta.

Apenas intercambiaron palabra durante la siguiente media hora. Ally preguntó por el estado de Michael, y Kathleen le explicó que la fiebre le había bajado pero que seguía dormido. Ella y Paul habían convenido no despertarlo y esperar a que lo hiciera por sí solo, explicó. El comentario otra vez generó incomodidad en Ally, a quien sin ninguna necesidad la directora había dejado fuera de la toma de decisiones. La actitud le molestó más que el hecho en sí, puesto que Ally entendía perfectamente que ella no tendría peso frente a la directora, incluso en una situación extraordinaria como la que tenía lugar.

Regresaron a la biblioteca en silencio.

Si lo que se proponían era desentrañar lo que estaba sucediendo, entonces la biblioteca resultaba por alguna razón el sitio indicado para hacerlo. Eligieron una de las mesas redondas y se sentaron en torno a ella. Judd fue el último en hacerlo. La expresión en el rostro del cuidador era la de alguien cauto e incómodo. Cuando finalmente ocupó su silla, resopló y observó al resto con mirada evaluadora: les daría su oportunidad de resolver aquello del *modo racional*.

Paul vio en uno de los rincones una pizarra de pie y decidió que sería una buena idea tenerla cerca. Cuando trabajaba en casa, disponer de una pizarra de marcador y bosquejar allí sus ideas siempre había resultado ser provechoso. Sus épocas de periodista que se llevaba tarea al hogar habían quedado ciertamente atrás, pero seguía confiando en el método.

—¿Para qué es eso? —preguntó Ally. Llevaba el cabello todavía húmedo sobre uno de sus hombros.

—Nunca se sabe cuándo puede ser importante recordar una frase —repuso Paul mientras abría la tercera pata de la pizarra para mantenerla erguida.

Aquella pizarra era utilizada a diario por la señora Thatcher para escribir con pulcra caligrafía sus *frases del día*. Éstas eran del tipo: «Un día como hoy, hace 160 años, nacía en Nantes, Francia, el grandioso Julio Verne. Entre sus obras más aclamadas se encuentran De la tierra a la luna y 20 000 leguas de viaje submarino». Claro que de acuerdo al estado de ánimo de la señora Thatcher, las frases podían ser menos informativas y más amenazantes, como por ejemplo: «Alzar el tono de voz la primera vez es una distracción; la segunda, un pase directo al despacho de la

directora».

No era conveniente declararle la guerra a la señora Thatcher. No jugaba limpio.

—Esto es lo que haremos —dijo Paul mientras se sentaba en una silla con el respaldo hacia adelante—. Es evidente que algo está sucediendo y que de alguna manera se relaciona con lo que ha ocurrido en el aula 19.

Hizo una pausa para estudiar al resto, en especial a Judd, que parecía el más reacio a permanecer en la biblioteca. Nadie dijo nada, por lo que siguió hablando:

—Todos hemos estado de una u otra manera relacionados con esa aula. Kathleen era por ese entonces la directora de admisiones. Yo he investigado el caso. Ally perdió a su hermano allí. Y Judd ha tenido una experiencia que…

—¡Yo no he tenido ninguna *experiencia!* —bramó el cuidador poniéndose de pie como un resorte.

—Está bien —concedió Paul de inmediato—. Mi error. Ya llegaremos a lo que te ha ocurrido ayer en el aula 19. Quizás el propio Michael despierte y nos lo pueda decir.

Lentamente, Judd tomó asiento otra vez. La perspectiva de que el retrasado despertara no le resultaba alentadora, en absoluto.

—Kathleen, ¿por qué no repasamos lo que ocurrió aquel día?

—¿Realmente crees que tal cosa sea necesaria, Paul? —Kathleen negaba con la cabeza—. Todos sabemos lo que ocurrió en el aula 19. ¿Acaso no sería más provechoso ocuparse de lo que está ocurriendo *ahora*?

Paul reconocía que la directora tenía razón. ¿Qué sentido tenía escarbar en el pasado? Máxime cuando el país entero se había ocupado del tema hasta el hartazgo. ¡Se habían escrito libros enteros acerca del tema! Es cierto, muchas preguntas habían quedado sin respuestas, ¿pero acaso existían? Paul tenía razones para suponer que sí. Él sabía que algunas cosas no habían salido a la luz; en especial una. Y algo le decía que podía ser muy importante esa noche.

Además, Paul sabía que Kathleen estaba al tanto de ese secreto y quería que ella lo desvelara por iniciativa propia.

—No veo en qué podemos ocupar mejor nuestro tiempo —dijo Paul con una sonrisa.

Kathleen lanzó una mirada a Ally. Ésta asintió.

—A mí me gustaría escucharos —reconoció Ally—. No sé casi nada de ese día. He leído algunos artículos en internet, pero la mitad de las cosas sé que no son ciertas, o eso creo.

Paul se sintió agradecido de no tener que dar una explicación más convincente

para que la directora hablara.

—Gail era la directora en aquel entonces —dijo Kathleen—. Teníamos mucha confianza. Su familia y la mía vivían a dos casas de distancia y prácticamente me crie junto a su hija. Ella me trajo a la escuela y al poco tiempo me pidió que fuera la directora de admisiones. Me alegro de haber estado junto a ella en esos momentos. La prensa no se comportó bien.

Lanzó una mirada a Paul cuando se refirió a la prensa, aunque él no era precisamente el mejor ejemplo del trato dispensado a Gail Strickland. Por aquellos días decenas de fotógrafos se apostaron en la escuela e incluso en su domicilio particular, y durante días la acosaron sin descanso como si se tratara de una estrella de rock en la cresta de la ola.

—Aquél viernes era el Día del cabello loco… —siguió Kathleen.

—¿Qué es eso? —intervino Ally.

—El Día del cabello loco. Gail había tomado la idea de una escuela en Los Angeles. No lo hemos vuelto a hacer desde entonces —Kathleen rió al recordar—. Una vez al año, el cinco de noviembre, se les permitía a los niños hacer con su cabello lo que quisieran. Algunos elegían un corte alocado, otros teñirse de colores, otros recogérselo de formas disparatadas.

Paul, que seguía el relato de la directora con atención pero que también estaba pendiente de las reacciones de los demás, advirtió el modo en que Judd se movía en su silla, evidentemente incómodo.

—¿Tu conocías esto, Judd? —disparó Paul.

El gigantón se sobresaltó ante la pregunta del periodista. Sintió el deseo irrefrenable de romperle la cara de un golpe.

—¿Si conocía qué cosa?

—Lo que Kathleen ha dicho del Día del cabello loco.

—¡Claro que sí! —graznó Judd—. Trabajaba en la escuela en ese momento y usted lo sabe perfectamente.

Sin embargo Judd se reprochó no haber recordado el detalle antes, porque sin duda echaba algo de luz sobre lo que había visto en el aula 19, previo a la llegada de la directora. La visión del niño del cabello violeta se había convertido en una filigrana que acompañaba todos sus pensamientos.

—Kathleen, continúa por favor —pidió Paul.

—Me encontraba en la cafetería revisando un proyecto de expansión del escenario del salón de actos, que finalmente nunca se hizo, cuando escuché gritos provenientes del vestíbulo. Salí corriendo y encontré a Marsha Fox gritando con desesperación.

Marsha era una de las maestras de tercer grado.

Todos la conocían. Después de la tragedia, la mujer había enloquecido y publicado un libro delirante acerca de la tragedia del aula 19.

5

Julio 12 de 1994
Fragmento del libro «Vidas efímeras. El misterio del Aula 19»
Por Marsha J. Fox
Pág. 25

El hallazgo de los cuerpos ha sido la experiencia más dura que he debido enfrentar.

Si mis cálculos son correctos, abrí la puerta del aula 19 alrededor de las once. En ese entonces era la maestra del tercer grado y decidí ausentarme unos minutos de la clase, bajo el pretexto de ir en busca de tizas de colores, para hablar por teléfono con mi hermana. Betty seguía en el hospital y no había podido pensar en otra cosa ese día más que en mi pequeña hija.

Cuando recorría el corredor del ala Este, algo atrajo mi atención en la puerta del aula 19. Por ese entonces todas las puertas de las aulas de la escuela Woodward tenían un rectángulo de cristal glaseado en la parte superior. Ignoro si aún sigue siendo así. Siempre me he preguntado el porqué de aquel cristal glaseado. Si bien permitía ver si las luces dentro del aula estaban encendidas o no, también es cierto que impedía echar un vistazo al interior y ver si todo estaba en orden; algo muy útil cuando un maestro de otro curso pasa casualmente por el aula, como era mi caso en ese momento. Supongo que la razón tenía que ver con evitar que otros niños se asomaran y distrajeran al resto. Quién sabe. En lo

personal nunca me gustaron aquellos cristales opacos. Recuerdo haber hablado con Gail alguna vez al respecto, pero ignoro si me dio alguna razón más que justificara su existencia.

Es difícil estar segura de lo que atrajo mi atención, pero mi memoria insiste en que fue una luz poderosa en el interior, como si alguien hubiera tomado una fotografía con flash. Creo haberle mencionado este detalle al sheriff Thomas, pero no creo que él lo haya tomado en consideración. Honestamente, ni siquiera estoy segura de haber visto la luz; y si lo hice, no veo qué explicación lógica pueda tener. Lo más sensato que me han dicho al respecto es que el reflejo del sol contra el cristal pudo haber sido el responsable de aquel destello, y personalmente creo que puede ser la explicación al asunto.

También es cierto que no escuché el más mínimo sonido proveniente del aula 19. Aunque los alumnos guardan silencio en infinidad de situaciones —un examen, por ejemplo—, éste era un silencio espeso, peculiar. Incluso en un examen es posible advertir sonidos mínimos que un maestro reconoce a la perfección: un pupitre que se desplaza ligeramente, un alumno que se mueve en su silla procurando echar un vistazo a la hoja de otro niño, alguien tosiendo, el andar controlador del maestro. Sin embargo esta vez no escuché nada. Golpeé la puerta un par de veces sin obtener respuesta. Fue entonces cuando percibí por primera vez el olor a putrefacción. Era apenas perceptible a través de la puerta, pero estaba allí, y fue la primera señal de que algo no iba bien. Abrí la puerta.

El impacto fue inmediato, no sólo por el hedor fétido que flotaba en el aula, sino por el espectáculo de cuerpos descompuestos diseminados por todas partes. No grité, contrariamente a lo que cabría suponer. Durante al menos diez segundos permanecí muy quieta, con el brazo extendido sosteniendo la puerta para que el mecanismo no la cerrara. Pude ver unos diez niños muertos, todos ellos tendidos entre los pupitres, como si hubieran sufrido un desmayo. Sus rostros estaban ocultos, salvo en un caso. A dos metros de donde yo estaba, mis ojos se cruzaron con los de Toby

Shepard, un niño encantador que hacía las delicias de todos en la escuela, yo incluida. A pesar del estado en que se encontraba su cuerpo, reconocí de inmediato su mentón afilado.

La primera idea que cruzó mi mente, por estúpida que ahora resulte, fue la de un escape de gas. Los cuerpos tendidos aquí y allá tenían sentido. No podía percibir olor a gas pero era lógico; el estado de putrefacción de los cuerpos era excesivo y hacía imposible distinguir cualquier otro olor por debajo de este. Sin embargo, las clases habían empezado apenas media hora antes… e incluso una simple maestra sabe que un cuerpo no puede alcanzar un grado de descomposición avanzado en ese tiempo. Sin embargo, ante la potencia del cuadro, no descarté al principio la idea del escape. Fue el rostro de Toby, y no la razón, el que me obligó a hacerlo. Lucía consumido. Sus cuencas estaban vacías. La piel, un pergamino quebradizo, cubría sólo parcialmente su rostro. Estaba tendido de costado, con la mejilla sobre el pupitre como si hubiera decidido echarse una siesta en plena clase un millón de años atrás. Su boca estaba estirada en una mueca dientuda que dejaba al descubierto sus frenos metálicos.

Recuerdo haber pensado en Betty y en la pesadilla en el hospital la noche anterior. Crucé el umbral conteniendo la respiración, sin quitar los ojos de Toby. El olor a putrefacción era insoportable. Más tarde le pregunté al sheriff Thomas cómo era posible que no hubiera percibido aquél olor desde el corredor, y su respuesta fue que «*no tenía la menor idea*». Sospecho que por ese entonces el sheriff tenía otros interrogantes más fuertes en la cabeza, como por ejemplo, cómo los cuerpos se habían descompuesto de esa manera en tan poco tiempo.

Cuando logré apartar la vista de Toby observé hacia la parte delantera del aula. La mayoría de los cuerpos estaban allí, amontonados en una pila informe. Una docena de manos y piernas sin dueño emergían de la pila y, otra vez, algunos rostros me observaron. Todos ellos mostraban el mismo aspecto consumido. Como ya he dicho, aquél día se celebraba en la escuela Woodward el Día del cabello loco, en el cual le

dábamos a los niños la libertad de adornar sus cabellos de algún modo simpático. La celebración se había vuelto popular entre los niños. En el Día del cabello loco, normalmente no se producían inasistencias. Había quienes elegían cambiar su peinado, o quienes pedían a sus padres que les aplicaran alguna tintura temporal. Desconozco a quién pertenecía la idea, ni cuántos años antes de mi ingreso a la escuela se había implementado; de lo que estoy segura es de que aquella debió ser la última vez que se llevó a cabo.

Recuerdo muchos detalles de aquel día, más de los que quisiera. Entre ellos está el rostro de Douglas Needles, que emergía de aquella pila grotesca formada en el frente del aula. Su cabello, al que habían teñido de violeta intenso, colgaba de un rostro casi desprovisto de piel.

Avancé unos pasos por entre medio de dos cuerpos; una niña tendida de espaldas y un niño cuyo rostro no me fue posible reconocer. El niño tenía el cabello peinado hacia arriba con fijador. Me incline y debí arrugar la nariz a causa del hedor. No fue una buena idea. Su ropa estaba rota y dejaba al descubierto la piel en algunos sectores. En el pecho, en un rectángulo amarillento, una herida redonda llamó mi atención. ¿Se movía? Desde luego que no. Estaba llena de gusanos. Gusanos gruesos y blancos que se sacudían en un hervidero de tentáculos diminutos. Esta vez no pude evitar proferir un grito. Un vómito caliente se originó en mi estómago y bulló como lava hirviente. Logré contenerlo, pero la sensación de repulsión siguió allí. Me aparté unos centímetros, pero aún me era posible ver en mi cabeza aquella herida poblada de gusanos. Tenía los bordes irregulares y la forma de un ocho aplastado: una mordida pequeña.

Se ha dicho mucho acerca de lo ocurrido en el aula 19. Es una obviedad hablar del sufrimiento de los niños. La suya no debió haber sido una muerte tranquila, si es que tal cosa tiene algún sentido. De cualquier modo, el pensar que parte del daño fue causado por ellos mismos, es algo con lo que resulta imposible convivir. El solo hecho de volcarlo en estas páginas me resulta traumático, pero la herida en el pecho de aquel niño estaba allí; y antes de salir del aula vi

al menos unas tres más.

Una de las preguntas que me han hecho y que incluso yo misma me he formulado durante este tiempo, es por qué permanecí tanto tiempo en el aula 19 frente a este horror. Lamentablemente, la respuesta no resulta satisfactoria en absoluto. La razón es que no creo haber sido demasiado consciente de ninguno de mis actos frente al descubrimiento de los cuerpos. Supongo, y es un ensayo para acercarme a la respuesta, que no es posible creer que algo así pueda suceder, sin un tiempo para asimilarlo. De haber dado media vuelta e informar sobre lo acontecido, por ejemplo luego de ver el rostro de Toby Shepard, probablemente no hubiera sabido qué decir.

Recuerdo que salí y corrí con desesperación, hasta que literalmente me deshice en gritos en el vestíbulo. Alguien se me acercó y me tomó en brazos. Creo que fue Kathleen Blake, quien por ese entonces era la directora de admisiones.

6

—Muchas cosas que ha dicho Marsha en su libro no son ciertas —agregó Kathleen con voz lóbrega—. No la culpo. Vivió momentos de mucha tensión y no soportó seguir en la escuela. Supongo que algún vivillo la habrá tentado con la idea de escribir un libro, que más adelante un editor se encargó de maquillar. Hace años que no sé nada de ella.

Ally se abrazaba las rodillas. La temperatura dentro de la escuela había bajado un poco, era cierto, pero el efecto de las palabras de Kathleen había sido la verdadera razón para hacerlo. Mantenía la mirada desenfocada fija en la directora. Esta vez, más que nunca, había deseado un cigarrillo, pero más temprano ya había dado cuenta del último.

El relato de la directora se había centrado en los momentos posteriores al hallazgo

de Marsha Fox, que no había sido en el vestíbulo sino en el ala Este, frente al aula 19. Era una de las tantas imprecisiones de su relato. Kathleen se acercó al ver a Marsha y a otro maestro en estado de desesperación. Lo cierto es que ninguno de ellos supo bien qué hacer, salvo encargarse de que ningún niño se acercara al aula 19. Eso fue algo bueno, puntualizó; algo de lo que podían sentirse orgullosos: ningún niño había presenciado aquel horror.

Paul estuvo a punto de preguntarle a la directora quién había sido el otro maestro que encontró al llegar al aula 19, pero no lo hizo. Y la razón fue simple: probablemente ella le hubiese respondido con una mentira. Paul sabía perfectamente quiénes habían estado allí con Kathleen, y no habían sido precisamente dos maestros como ella les había asegurado.

—La policía se presentó en menos de veinte minutos —dijo Kathleen—. Se encargó de evitar que alguien se acercara al aula y nos dieron la instrucción de evacuar la escuela… ¿qué ocurre?

—Nada —respondió Paul— ¿Por qué?

—No sé. Me observas de un modo extraño.

Paul negó con la cabeza.

Kathleen retomó el relato.

—Un grupo de médicos forenses se presentó más tarde. Resultó que conocía a uno de ellos, un compañero de la escuela primaria al que no veía desde hacía años. Su nombre era Terry Connor.

7

En la morgue el silencio era total. Terry Connor examinaba un hígado en una bandeja de acero inoxidable cuando su asistente habló desde el umbral de la puerta.

—¿No crees que deberías dejarlo por hoy?

Era pasada la medianoche. Terry desplazó su silla hacia atrás y al mismo tiempo hizo que girara. Enfrentó la mirada preocupada de Dorothy e hizo un gesto de resignación con la cabeza y los hombros para indicarle que tenía razón, que en efecto

estaba cansado, pero que no había mucho que pudiera hacerse al respecto. Iba a seguir trabajando un poco más.

—Será mejor que vayas a casa, Dorothy.

—Mañana vendré antes de las seis —dijo ella, como si abandonar a su jefe a esas horas fuese una falta grave a su trabajo—. Lo prometo.

La mujer echó un vistazo antes de irse. Había tres cuerpos de niños en sus respectivas camillas. Los restantes esperaban en las cámaras refrigeradoras.

—Yo me quedaré una hora más —dijo Terry—. Después iré a casa.

—¿Puedo contar con eso, doctor Connor?

Terry movió la cabeza de un lado a otro hasta hacer que su cuello crujiera. Le prometió a Dorothy que efectivamente se quedaría tan solo una hora más, aunque sabía que no iba a poder cumplir con su palabra. En realidad había estado esperando que la mujer se marchara, lanzándole indirectas para que lo hiciera lo antes posible. *Necesitaba* que se fuera.

Dorothy, que evidentemente lo conocía al dedillo, no parecía del todo convencida. La mujer tenía unos sesenta años (veinticinco más que Terry) y había adoptado naturalmente una postura protectora, casi maternal, que normalmente no molestaba a Terry. Salvo ahora. Por lo general ella se limitaba a traerle algo de comer, recortar algún artículo del periódico que podía ser de su interés, cosas por el estilo. Dorothy Connelly no tenía hijos y a Terry se le hacía perfectamente razonable que lo tratara como a uno. Además era muy eficiente en su trabajo.

Él se puso de pie y le dio un beso en la mejilla.

—Adiós —le dijo—. Y no es necesario que vengas a las seis. Procura dormir un poco más.

La mujer sonrió y salió.

Cuando Terry se quedó solo, volvió a ocupar la silla giratoria y la desplazó hacia el hígado diminuto que había estado analizando. El órgano curvo se asemejaba a una sonrisa gruesa. La observó un buen rato y cuando alzó la mirada al espejo que tenía delante, advirtió que él mismo esbozaba una sonrisa curva. Sus dientes blancos resplandecían en su rostro moreno. Aunque se trataba apenas de una mueca de cansancio, estaba allí, estampada en su rostro: la marca registrada de Terry Connor. Con el tiempo había aprendido a controlar sus facciones, pero cuando se abstraía, indefectiblemente moldeaban una sonrisa. Era más fuerte que él. No en vano se había ganado el apodo que lo acompañaba desde su infancia, y que lo había seguido hasta Boston, donde se había especializado en medicina forense. Para todos siempre había sido *Cara de patinador*.

Colocó el hígado en una bolsa plástica rotulada y cruzó la sala. Abrió una puerta de cierre hermético e ingresó a una estancia refrigerada que lo recibió a oscuras. Al encender la luz, observó la sucesión de camas embutidas en la pared, en las que descansaban los restantes once niños muertos en el aula 19. Hasta ahora la tarea había sido ardua pero sin resultados alentadores. Todos los cuerpos presentaban más o menos el mismo aspecto y ni Terry ni sus colegas habían podido determinar exactamente qué les había sucedido. La frustración se había apoderado de él de un modo desesperante.

Introdujo la bolsa plástica con el hígado dentro en una cámara de frío. Apagó la luz y regresó a la estancia principal. Observó los tres cuerpos alineados.

El zumbido del teléfono lo sobresaltó. Se acercó a la mesa de trabajo y una luz roja parpadeante le indicó que la llamada era interna. Descolgó.

—Adelante Tony —dijo Terry sabiendo que a esas horas no había nadie en el edificio más que el personal de seguridad.

—Una mujer ha venido a verlo. Kathleen Blake.

—Sí, sí. Hazla pasar por favor.

Terry interrumpió la comunicación y volvió a ocupar la silla giratoria. Se quitó los guantes de látex mientras se observaba otra vez en el espejo.

—¿Por qué sonríes? —dijo en tono burlón.

Sabía que recibir a Kathleen no era una buena idea. Lo había sabido desde el momento en que ella lo llamó el día anterior y él no había tenido el coraje de decirle que no podría verla. La realidad era que no hablaba con Kathleen desde hacía años, desde que ambos eran dos chiquillos que compartían el pupitre en el doceavo grado. ¿Por qué había aceptado verla a sabiendas de que era una pésima idea? La respuesta era simple: porque al verla en la escuela el día anterior y luego recibir su llamada telefónica, una parte de él había fantaseado con la idea de que más tarde, quizás unas semanas después, podría invitarla a cenar.

Estúpido.

—¿Terry?

—¡Hola, Kathleen!

La mujer colgó su bolso y el abrigo en un perchero junto a la puerta. Se volvió y le obsequió a Terry una amplia sonrisa. Él la correspondió, algo que en su caso resultó bastante sencillo.

Se besaron en la mejilla.

El perfume de Kathleen era floral. No llevaba maquillaje y a pesar de su sonrisa podía advertirse el cansancio que la aquejaba. El perfume era un detalle singular tras

la tragedia del día anterior, y por un segundo Terry se permitió pensar que quizás ella se lo había puesto especialmente para él. No obstante, se obligó a no imaginar cosas raras y a dejar la idea de lado. Además de su sonrisa permanente, el poco tacto con las mujeres era otra de sus cualidades distintivas. Sacar conclusiones erróneas a partir de detalles insignificantes era su especialidad.

—¿Quieres café? —ofreció Terry.

Kathleen no contestó. Observaba los tres cuerpos sobre las camillas. Tenía las manos enredadas en el regazo y había dejado de sonreír.

—Vamos a tomar un café —insistió Terry. Se acercó y la cogió suavemente de un brazo—. Perdona, soy un torpe. Debí guardar los cuerpos en la cámara cuando me avisaron que estabas aquí.

Salieron y caminaron por un pasillo estrecho hasta una diminuta sala de recreo. Había una mesa con cuatro sillas y un mueblecito con una cafetera en funcionamiento. Una pared vidriada les ofrecía una vista parcial de la morgue.

Terry sirvió dos pocillos del café que estaba preparado.

—¿Cómo están las cosas por la escuela?

—Las últimas veinticuatro horas han resultado un infierno —dijo Kathleen—. La directora es una amiga personal y está verdaderamente deshecha. Se han suspendido las clases, pero las llamadas a la escuela son constantes. Todos quieren saber qué ha sucedido exactamente.

—La policía tiene al maestro, ¿verdad?

—Sí. Hannigan.

Terry sorbió un poco de café. Era horrible, pero se había acostumbrado a ingerir casi un litro por día, en especial cuando trabajaba horas extras.

—Terry —dijo Kathleen con desgana—, te agradezco que me hayas recibido. Sé que es un favor personal. La directora me lo ha pedido especialmente. La policía no nos ha dicho mucho y realmente necesitamos saber qué ha sucedido.

—Entiendo perfectamente la situación Kathleen, de verdad.

¿Pero realmente la entendía? Si revelaba información a las autoridades de la escuela antes que a la policía, y por alguna razón se terminaba filtrando a la prensa, podía despedirse de su trabajo y probablemente de su matrícula profesional. La sola presencia de la directora de admisiones podía comprometerlo. Si tal cosa trascendía podía prepararse para tener que echar mano a sus ahorros del banco y dedicarse a atender su propio negocio… *Hamburguesas Connor, donde siempre será recibido con una sonrisa*.

—¿Qué es eso? —preguntó Kathleen refiriéndose a una serie de apuntes sobre la

mesa.

Él los observó con recelo, debatiéndose internamente entre hablar o permanecer callado. Finalmente la parte que quería impresionar a Kathleen ganó la contienda y se decidió por hablarle de lo que había ocupado buena parte de su día.

—He estado investigando un poco —dijo Terry—. Eso que ves allí me lo ha enviado un colega; un especialista.

Se trataba de una carpeta de cuero. Terry la cogió y la abrió, exhibiendo su contenido. Había apuntes a mano alzada, recortes de periódico y fotocopias.

—Es el caso de la muerte de una mujer hace siete años. Había leído algo al respecto y ni bien ocurrió la tragedia en la escuela busqué más información. Finalmente di con el Doctor Frank Carlson, quien tuvo la gentileza de enviarme sus propias notas y ponerme al corriente de lo que sabía.

Kathleen estaba sorprendida. Hasta ese momento no había sabido de otro antecedente similar a lo ocurrido en el aula 19.

—Audrey Phillips tenía treinta y seis años cuando murió en su apartamento —relató Terry—. Un vecino, preocupado por olores extraños provenientes de su casa, decidió dar aviso a la policía. Fueron ellos quienes la encontraron muerta en la bañera.

—¿Un suicidio?

—Eso fue lo que los investigadores creyeron al principio. El cuerpo estaba en un estado de descomposición avanzado, por lo que supieron de inmediato que la mujer llevaba muerta al menos tres semanas. Los análisis posteriores establecerían exactamente la cantidad de horas, pero tres semanas parecía una suposición razonable, según me aseguró el Doctor Carlson.

Kathleen advirtió la conexión de inmediato.

—La policía inició su investigación con un hombre de apellido Tucson —siguió diciendo Terry—. Tucson mantenía una relación amorosa con Phillips desde hacía unos meses. El sujeto se mostró sorprendido, e hizo una declaración que debió resultar disparatada en ese momento…

Terry buscó entre las notas que Carlson le había enviado y le mostró a Kathleen una copia de lo que parecía ser la propia declaración del hombre. Le señaló un párrafo subrayado y ella lo leyó en voz alta:

«… la última vez que vi a Audrey fue ayer por la tarde; fuimos al río. Comimos unos bocadillos y regresamos. El clima no nos acompañó, así que decidimos volver a casa. Además Audrey no se sentía bien. Comenzó a quejarse de unos dolores intensos en el estómago, así que la llevé a su casa. Eso fue a las cinco de la tarde».

—La policía había encontrado en la cocina los restos de los bocadillos a los que Tucson había hecho referencia en su declaración.

—¿Nadie pudo comprobar sus dichos? ¿Alguien en el río quizás?

—No al principio. El hombre había dicho la verdad acerca del clima. No era difícil de creer que nadie los hubiera visto. Además, el hecho de que Phillips llevaba muerta semanas era evidente. Lo que no tenía sentido, era por qué Tucson había inventado una salida el día anterior, cuando esto claramente lo colocaba primero en la lista de sospechosos.

—Si tenía algo que ocultar, no parece una manera muy inteligente.

—Exactamente. Ahora lee esto.

Ella leyó otra vez en voz alta. Esta vez se trataba de un artículo en el periódico de un caso diferente. Terry sentía una especie de excitación al compartir sus hallazgos con Kathleen. Como si saldara una vieja deuda con su pasado adolescente.

«Niño muerto por mordedura de serpiente. James Dreyfus, de siete años, falleció tras horas de hospitalización debido a la fatal mordedura de una peligrosa serpiente con la cual había estado jugando en el fondo de su casa. Se desconoce la procedencia de la serpiente, pero personal del zoológico local logró capturarla y se encuentra…»

Kathleen interrumpió la lectura.

—¿Una serpiente?

—El incidente del niño ocurrió muy cerca de donde Tucson aseguraba haber pasado el día con Audrey Phillips.

Kathleen sintió un alivio repentino, como si alguien hubiera liberado un torniquete que no le permitía que la circulación de la sangre fuera normal. Era la primera vez que un asomo de explicación se cernía sobre lo ocurrido en el aula 19. Es cierto que era la explicación más descabellada del mundo, pero era una explicación a fin de cuentas.

—El niño presentaba el mismo estado de descomposición que Phillips. En apenas unas horas su cuerpo había experimentado un deterioro tal que cualquiera hubiera asegurado que llevaba muerto semanas enteras.

—Increíble… —Kathleen depositó el recorte junto al resto de las notas.

Niño muerto por mordedura de serpiente.

Terry buscó algo más. Era una revista de divulgación científica. La abrió y pasó las hojas con presteza. Esta vez no se la entregó a Kathleen para que leyera en voz alta, sino que la dejó sobre la mesa, abierta.

Mamba Cristal
La serpiente más peligrosa del mundo

La cuarta parte de la página era ocupada por la fotografía de una temible serpiente, que exhibía los colmillos a la cámara como si estuviera preparando un ataque. Sus ojos eran negros, el paladar también, pero con una cualidad metalizada que podía ser el origen de su nombre.

—Dios mío —exclamó Kathleen.

—La serpiente es oriunda de África. Quién sabe cómo llegó a Denver. Probablemente como parte del contrabando de animales.

—¿Quién querría tener un animal así? —Kathleen no podía quitar los ojos de la fotografía.

—Una serpiente de este tipo es capaz de inyectar veneno suficiente para matar a cuarenta personas. Sin embargo tiene una peculiaridad; normalmente regula el veneno inyectado de acuerdo a su atacante. Esto le permite hacer ataques reiterados a un mismo oponente, o a múltiples. Ante una dosis baja de veneno, una persona experimenta problemas de visión, convulsiones y finalmente cae en coma. La muerte normalmente se produce en cuestión de horas debido a la parálisis de los músculos que componen el sistema respiratorio.

Kathleen seguía con atención el relato de Terry. Todavía no se había dado cuenta de lo sencillo que sería relacionar a Hannigan con África.

—¿Dónde entra en juego la descomposición acelerada, Terry?

—Eso es precisamente lo llamativo. Ante determinadas circunstancias, la Mamba Cristal no raciona su veneno, sino que lo administra a su víctima completamente. En este caso la dosis es tan alta que los efectos son bien diferentes. La víctima sufre un deterioro acelerado a nivel celular y la muerte puede producirse por cualquier razón. Literalmente, cualquier parte del cuerpo puede fallar.

Kathleen cogió la revista y estudió la fotografía de la serpiente, como si ello le ayudara a echar luz sobre el asunto.

—¿De qué depende el hecho de que administre todo su veneno? —preguntó.

Terry lo pensó un segundo.

—Bueno, no he leído nada al respecto. Es una serpiente agresiva, que ataca sin motivos. Probablemente lo haga cuando esté más molesta que de costumbre.

Kathleen se dejó caer contra el respaldo de la silla.

—¿Es esto lo que crees que le ocurrió a los niños? ¿Una serpiente?

—No lo sé, Kathleen —dijo Terry con solemnidad—. Es la única explicación para el estado de los cuerpos. No sabemos de otra sustancia que pueda causar una descomposición acelerada semejante. Aún así, y teniendo en cuenta que se ha tratado de catorce niños, la cantidad de veneno debió ser sumamente elevada.

—¿Has encontrado marcas de mordeduras o de algún tipo? —preguntó Kathleen.

—No, pero aún no las he buscado. A simple vista, no. Pero lo haré mañana mismo.

Terry se puso de pie. Rodeó la mesa y se masajeó la sien derecha.

—Lo sé —dijo con resignación—. Resulta difícil de aceptar que el maestro lograra administrarle en el torrente sanguíneo un veneno mortífero a *todos* los niños.

Kathleen asintió.

—Del mismo modo —siguió reflexionando Terry—, existe constancia de que esos niños estaban vivos apenas unas horas antes. Es desconcertante.

—Terry, tengo que pedirte un gran favor —dijo Kathleen, también ella poniéndose de pie.

Rodeó la mesa. Se acercó a Terry y le habló a escasos treinta centímetros de su rostro. Él tenía la vista baja, donde la mantuvo unos segundos más de lo necesario admirando el escote de su interlocutora. Cuando levantó la vista se encontró con los ojos penetrantes de Kathleen puestos en los suyos.

—¿De qué se trata? —preguntó Terry.

No había una manera simple de decir lo que tenía en mente, ni mucho menos dar una explicación satisfactoria de las razones que tenía para semejante petición. Lo dijo con sequedad.

—Necesito ver uno de los cuerpos.

Terry la observó en silencio. Sabía que si le pedía a Kathleen una explicación, ella no podría proporcionarle una aceptable. Sin embargo, también sabía que si ella insistía él terminaría cediendo. La condujo a la sala refrigerada.

8

Rememorando la visita a la morgue del departamento forense de Manhattan, Kathleen dijo finalmente:

—El estado de los cuerpos era el descripto por Marsha en su libro. En eso no mintió.

No creía que sirviera de nada ser más descriptiva, y además Ally estaba presente y no era lógico entrar en demasiados detalles.

—Nunca me tragué lo del veneno —dijo Ally con sequedad—. Debió haber habido algo más.

A regañadientes, Kathleen agregó:

—Cuando el doctor Connor le habló a la policía de la posibilidad de la Mamba Cristal, también ellos se mostraron reacios a creer la historia.

Y eso era todo lo que diría al respecto. No iba a decir, por ejemplo, que la primera noche en que visitó la morgue, poco después de que Terry le mostrara los cuerpos, ambos regresaron a la mesa rectangular en la sala de recreo y procuraron cambiar de tema. Unos diez minutos después, Kathleen se puso de pie y Terry estuvo a punto de hacer lo mismo porque creyó que la mujer se marcharía, pero en su lugar ella le indicó que no se moviera. Lo rodeó y le masajeó el cuello. Dijo que lo veía agotado y que un masaje le sentaría bien. Unos minutos después las manos se detuvieron y le soltaron el cuello. Vinieron unos segundos de expectativa extrema, en los que Terry no supo si debía volverse o decir algo, y en consecuencia no hizo ni lo uno ni lo otro. Kathleen le besó el cuello con suavidad. Una y otra vez.

La oficina de Terry estaba en el mismo piso. No había cámaras de seguridad, por lo que fueron hacia allí sin temor a que alguien los viera. No era gran cosa: había un escritorio viejo y unos archivadores, pero estaba alfombrada. Se tendieron en el suelo y se desvistieron con rapidez. Terry trató de decir algo pero Kathleen le cubrió los labios con el dedo índice. Más tarde ella reflexionaría acerca del porqué estaba revolcándose con *Cara de patinador*; algo que, de haberlo pensado cuando había cruzado el umbral de la puerta de la morgue, hubiera dicho que tenía las mismas posibilidades de suceder que ganar una competencia de natación cargando una calabaza. Pero allí estaba, quitándose la blusa a velocidades supersónicas, quizás para terminar con ello lo antes posible.

Follaron una vez y se durmieron. Despertaron a las cuatro de la mañana con sendos dolores en la espalda ocasionados por un sofá incómodo. Desde esa noche, bastó un simple llamado telefónico para que él le revelase todo lo que acontecía en la investigación forense como si hubiera bebido el tónico de la verdad.

O el de la estupidez.

—Supongo que habrán encontrado rastros del veneno, ¿no es así? —dijo Ally.

Kathleen había caído en la trampa de sus recuerdos y seguía pensando en los encuentros de mecánico desenfreno con *Cara de patinador*.

—Este veneno en particular no deja ningún rastro.

Paul no se inmutó. Era un dato que conocía.

—Dos días después Connor se puso en contacto conmigo —dijo Kathleen—. Había descubierto algo. Uno de los problemas respecto a la teoría del envenenamiento era la inyección del veneno, pues necesariamente debe ser sanguínea. En las inspecciones preliminares no detectaron marcas de agujas, pero en uno de los cuerpos, Connor descubrió un pinchazo en la axila, lo que lo llevó a inspeccionar todos los cuerpos centímetro a centímetro.

Hizo una pausa. Kathleen recordaba la excitación de Terry cuando le confiaba el hallazgo incluso antes de compartirlo con la policía.

—Todos los pinchazos habían sido realizados en zonas difíciles de detectar: el pliegue del brazo, los dedos de las manos, detrás de las orejas. Sólo en algunos cuerpos no fue posible hallarlos, pero el estado de descomposición hizo suponer que las marcas podían haber desaparecido.

—Es increíble que el maestro pudiera inyectar a todos los niños —reflexionó Ally —. Debió haberlos engañado de algún modo. Decirles que se trataba de una vacuna o algo por el estilo.

Paul se puso de pie. Había seguido el relato de Kathleen con atención, aunque conocía aquella parte de los hechos de memoria. El único detalle que había esperado en el relato, la directora lo había pasado por alto con deliberación. Más tarde debería mantener una conversación con ella al respecto.

—Creo que será mejor que retome la narración en este punto —dijo—. Pero antes, permitidme apuntar un par de preguntas.

Judd, que había hecho retroceder su silla en dos o tres ocasiones durante la última media hora, probablemente como una forma inconsciente de diferenciarse del resto, los observaba con incredulidad. El periodista y sus palabras refinadas le provocaban dolor de cabeza. A la directora le había prestado atención, aunque no a sus palabras, sino a su boca, sus pechos, siempre con una agradable erección. Farris se acercó a la pizarra como si se dispusiera a darles una clase.

Escribió una línea:

¿ES CASUAL QUE ESTEMOS AQUÍ?

9

John Hannigan había sido declarado culpable en tiempo record por un jurado enfurecido, lo cual era entendible teniendo en cuenta que el maestro confesó de forma taxativa ser el responsable de las muertes en el aula 19. Su abogado, asignado por el estado de Nueva York, llevó adelante una tibia defensa ante un fiscal enérgico y con evidentes aspiraciones a algún cargo político. Hannigan compró su boleto sin escalas a la pena de muerte por inyección letal y se convirtió así en el único condenado a la pena máxima en el estado de Nueva York desde el año mil novecientos setenta y seis. Su destino fue Elmira, o *Hellmira*[2], como muchos aún seguían llamando a la prisión desde las atrocidades que habían tenido lugar allí durante la guerra civil. No fue un entorno sencillo para Hannigan, cuyos compañeros de prisión apodaron *Hiedra venenosa* y se aseguraron de hacerle pasar una estadía miserable.

Hannigan aceptó su destino con temple. Sabía que tenía una larga espera por delante con final anunciado. Cuando la pena de muerte había sido instaurada, un centenar de años atrás, el tiempo hasta que se hacía efectiva podía ser concebido en días, o semanas. Ahora, el derecho la había convertido en un Minotauro que vagaba por un intrincado laberinto de argucias y el tiempo promedio había aumentado a diez años. Y las estadísticas eran claras: iba en aumento. Hannigan supo que tendría por delante más de una década hasta que el estado le pusiera fin a su vida. Lo que en un principio se concibió como un castigo fulminante se había convertido en una agonía prolongada y onerosa. Los condenados a muerte, además, no recibían el mismo trato que sus compañeros con condenas comunes, claro está, y normalmente pasaban en sus celdas buena parte del tiempo, casi siempre más de veinte horas. También se les prohibía participar de actividades formativas o colectivas.

Hannigan se hallaba en su celda cuando un golpe en la puerta lo sobresaltó. Alzó la vista.

Una voz recitó su nombre con cadencia musical. Era Guip, ¿quién otro?

—¡Guip, no han pasado ni diez minutos!

Hannigan se quitó las gafas y las dejó sobre el libro cuya lectura acababa de interrumpir: *El ruido de un trueno*, de Bradbury. Echó un vistazo a su diminuta celda y debió esperar unos segundos a que sus ojos se acostumbraran a la falta de luz. El cono luminoso que proyectaba la lámpara sobre su cabeza era apenas suficiente para permitirle una lectura aceptable.

Cuando el golpe en la puerta se repitió, Hannigan se puso de pie.

—¡Ya voy!

La celda constaba de una litera adosada al muro de piedra, un retrete y un lavabo de acero inoxidable. También estaba la lámpara adosada al muro, un privilegio que había requerido de casi un año de buena conducta.

Avanzó los tres pasos que lo separaban de la puerta, donde un rectángulo a la altura de sus ojos se iluminó. Tras él hizo su aparición el ceño fruncido de Guip.

—Las manos —dijo el guardia.

—Guip, ¿qué sucede?

—Tienes visitas.

—Muy gracioso.

George Hannigan no había recibido una sola visita en los últimos ocho meses. Su hermana Alice lo había visitado al principio, pero después de tres incómodos encuentros dejó de hacerlo. George no la culpaba. Alice era una mujer de gran corazón y nunca había podido aceptar lo que él había hecho.

—¿Es una mujer? —preguntó Hannigan mientras introducía las dos manos en una apertura en la parte baja de la puerta, la misma que utilizaban para darle su ración de comida dos veces al día.

—¡Cómo diablos voy a saberlo! —masculló Guip.

El guardia esposó a Hannigan y dio la orden para que activaran la apertura automática de la puerta maciza. Inmediatamente el mecanismo electrónico inició su zumbido característico. Hannigan enfrentó al descomunal Guip, quien le dedicó una sonrisa desdeñosa: una mueca que dejaba al descubierto parte de sus dientes laterales, como si tuviese clavado un anzuelo en el labio superior y alguien tirase de él.

—Vamos, Guip. ¿Es una mujer? —insistió Hannigan.

—No lo creo. Quizás sea tu novio. —Guip coronó su frase con una risa entrecortada—. Vamos Hannigan, no tengo todo el día.

Si el hombre sabía de quién se trataba, estaba claro que no tenía intenciones de decírselo. Joe Guip se había encargado desde el primer día de aclararle que las cosas entre ellos nunca serían sencillas. Tenía una hija de siete años, le había explicado, y si de él dependiera no esperaría ni un segundo para inyectarle lo que fuera que le inyectaban a los desgraciados como él para hacerlos cruzar al otro lado.

Al salir de la celda Hannigan observó hacia la izquierda, donde estaba la sala de ejecuciones, siguiendo un penoso ritual que se repetía día tras día. A veces pensaba que lo mejor sería que lo llevaran finalmente en aquella dirección y que todo terminara de una vez.

Caminó por el estrecho pasillo bajo la estricta vigilancia del guardia. Tres puertas de cada lado servían de acceso a celdas similares a la suya, todas ellas vacías en ese

momento.

—Alto —indicó Guip. Habían pasado por aquel proceso tantas veces que resultaba gracioso recibir las mismas instrucciones una y otra vez.

Hannigan se detuvo y juntó las piernas. Guip colocó un nuevo juego de esposas en sus tobillos mientras otro guardia de apellido Lesterman supervisaba la operación desde una ventana de cristal blindado. Él y Guip intercambiaron un saludo ladeando la cabeza.

Guip abrió la puerta y empujó a Hannigan, quien avanzó dando pasos cortos hasta el centro de la habitación, donde otra vez se detuvo.

En la esquina opuesta había dos puertas. Una de ellas era la que Hannigan usaba cuatro veces al día para disfrutar de su media hora al aire libre, el aseo y sus visitas regulares a la enfermería. La otra, conducía a un pasillo que comunicaba aquel sector con la sala de visitas. Hannigan no pudo evitar sentirse extraño cuando Guip lo condujo en esta dirección.

La sala de visitas de *Elmira* era un amplio recinto de ciento cincuenta metros cuadrados vigilado por cámaras de video y diez ojos atentos. Estaba dividido a su vez en tres sectores perfectamente diferenciados uno de otro.

En el frente, doce mesas redondas eran utilizadas por los presos con condenas menores. A estos les era permitido un trato directo con sus familiares, pudiendo incluso tomarse de la mano o abrazarse.

A la derecha había una serie de cabinas con ventanillas e intercomunicadores. La mayoría de los reclusos debían contentarse con ver a sus seres queridos a través de un cristal y a que sus conversaciones fueran escuchadas.

El último sector era el destinado a los presos de máxima peligrosidad, con condenas extensas o perpetuas. Se lo conocía como *La jaula*; un apodo que ciertamente no tenía nada de original, porque el lugar era literalmente una jaula. La primera vez que Hannigan había estado allí, se había sentido como esos buzos profesionales que se sumergen dentro de estructuras con barrotes para fotografiar tiburones. Esta estaba dividida por una placa metálica maciza con un rectángulo de vidrio blindado.

La apertura y cierre de la jaula era mediante un dispositivo electrónico. Hannigan, al igual que otros antes, se había preguntado por qué alojar a los presos en un sitio con barrotes de acero y no hermético, y la razón era evidente e inquietante al mismo tiempo: de esta manera podían dispararle si las cosas se iban de control.

Hannigan tomó asiento en el incómodo banco metálico. Siguiendo las reglas, no había nadie al otro lado. Guip dio la orden de activar el mecanismo de cierre y el

chasquido del pestillo en la cerradura lo confirmó. Hannigan aguardó pacientemente, observando a su alrededor pero sin lucir demasiado preocupado. Pensó que quizás nadie había ido a visitarlo a fin de cuentas y que se trataba de uno de los jueguitos de Guip. Si este era el caso, no estaba dispuesto a evidenciar su enojo. De hecho, ni siquiera estaba enojado en realidad. Salir de su celda era lo más parecido a un paseo que podía pretender, aunque el propósito fuera ser el blanco de las bromas incomprensibles de Guip.

Pero resultó que sí tenía una visita. Y no era su hermana Alice.

Un joven de unos treinta años fue conducido a la otra mitad de la jaula bajo la mirada atenta de Hannigan. Ambos se miraron un largo rato a través del cristal en el panel divisorio.

—Hola Paul —dijo el maestro.

Paul se movió en su asiento.

—No sabía si me reconocería.

—Eres el vivo retrato de tu padre. ¿Cómo está Leonard?

Buena pregunta, pensó Paul. De haber tenido con su padre más de dos o tres contactos telefónicos en los últimos cinco años quizás hubiese podido dar una respuesta, pero como no era el caso se limitó a mentir:

—Está bien. Sigue adelante con sus negocios.

George Hannigan y Leonard Farris habían sido vecinos en la infancia. No los unía una afinidad profunda, porque Farris era un hombre de traje y corbata que disfrutaba de un ritmo de trabajo alocado y de pasarse horas frente a sus resúmenes bancarios, mientras Hannigan había elegido vaqueros, abrigos de pana y dar clases a niños pequeños. Pertenecían a mundos diferentes pero se habían tenido cierto aprecio. Esto fue, por supuesto, hasta que a George se le ocurrió de buenas a primeras envenenar y matar a una clase completa. Hasta ese momento se habían reunido ocasionalmente para disfrutar de una pasión común: la pesca. Durante las sesiones de pesca no hablaban de negocios, ni de clases de ciencia, ni de nada en realidad. Se limitaban a entablar conversaciones breves e intrascendentes y a guardar silencio.

—Paul, podría dar media vuelta y regresar a mi celda. No tengo por qué recibir a nadie. —Hannigan hizo una pausa para volverse en dirección a Guip, que podía verlos pero no escucharlos—. Se supone que aquél desgraciado debería informarme quién ha venido a verme…, pero parece que mis derechos no están al tope de sus prioridades ahora mismo.

—No lo culpo.

—¿Para qué has venido?

Desde que Paul le había hablado a Phill de su relación con el maestro, su jefe no había podido ocultar su entusiasmo y lo había designado para que escribiera una serie de artículos referentes al caso. Había pasado casi un año desde la tragedia pero el misterio seguía siendo una fuente inagotable para vender ejemplares. Phill lo sabía, y también sabía que si Paul hacía una investigación concienzuda y podía arrancarle alguna declaración a Hannigan, las repercusiones serían a nivel nacional. Paul estaba frente a su gran oportunidad profesional y durante los últimos meses no había hecho más que absorber todo lo relacionado con el aula 19. Era probablemente quien más había leído al respecto y el único que tenía una posibilidad potencial de hablar con el asesino. No podía echarla a perder. Claro que también sabía que si le dejaba entrever a Hannigan su urgencia, poco sería lo que conseguiría. Era vital encontrar algo que el maestro *necesitara* decir, o al menos desmentir. Debía haber algo.

—Mis jefes en el *Times* me han asignado una serie de artículos para recapitular lo ocurrido en el aula 19.

Dijo lo anterior como si se tratara de un encargo que no le interesaba especialmente.

—Ya veo. Y creen que nuestra *relación* puede ayudar, ¿verdad?

—Ellos sí.

Hannigan se masajeó la barbilla. Tenía el rostro consumido respecto a las fotografías de archivo o al hombre que él mismo había visto un puñado de veces durante su infancia.

Paul extrajo una libreta de su bolsillo trasero. Dos o tres guardias se inquietaron con el movimiento y apuntaron sus armas en dirección a la jaula.

—Está bien, es sólo una libreta —dijo sacudiéndola en alto—. Los de la entrada la examinaron y dijeron que no habría problemas.

—Tuviste suerte de no traer una de las de espiral —advirtió Hannigan.

—Tengo aquí apuntada una cronología de los sucesos del cinco de noviembre. Será la base para los primeros artículos. Me gustaría leérsela y saber si tiene algún comentario.

Hannigan asintió. Parecía dispuesto a escucharlo.

—La mañana del cinco de noviembre solicitó permiso a la directora de admisiones, Kathleen Blake, para marcharse de la escuela. Dijo que tenía una emergencia pero no le especificó cuál. Sin embargo, más tarde su hermano corroboró que en efecto él lo había llamado por teléfono para ponerlo sobre aviso del delicado estado de salud de su madre, que estaba internada y en estado crítico.

—Exactamente. Afortunadamente pude verla ese día.

—Según consta en los registros del hospital, su madre falleció el día quince de mayo; es decir, seis meses después.

—Sí.

—Una estimación muy poco precisa la del médico… —Paul consultó su libreta—. Donald Fischer.

—En efecto. A veces ocurre. Igualmente me alegro de haberla visto esa mañana y despedirme de ella. Fue la última vez que la vi.

—Lo que resulta extraño es que no mencionara las razones a Kathleen Blake.

—Quizás sí se lo mencioné y ella no lo recuerda.

—¿Entonces es probable que…?

—Todo es probable Paul —lo interrumpió Hannigan—, tanto que yo olvidara decírselo como que ella no lo recuerde. Todos en la escuela sabían que mi madre estaba delicada, quizás di por sobreentendido que si debía atender una urgencia personal debía tener que ver con ella.

Paul decidió seguir adelante. Las razones por las que Hannigan había abandonado la escuela siempre le habían despertado un interés especial, pero no creía poder dilucidar mucho más al respecto. De hecho, la duda planteada por el maestro constituía un ligero avance.

—De cualquier modo —completó Hannigan—, es irrelevante si aduje el motivo correcto para marcharme o me inventé uno. El problema de fondo es que maté a esos niños… no si le mentí a mi superior.

Paul garabateó unas notas ficticias y se llevó el bolígrafo la boca. No tenía dudas de la culpabilidad de Hannigan, pero por momentos olvidaba que tenía delante a un asesino de niños.

Siguieron repasando el resto de los detalles, muchos de los cuales habían sido citados por los periódicos infinidad de veces. Paul recapituló las autopsias practicadas a los cuerpos por el doctor Connor y el hallazgo de los pinchazos que habían servido para administrar el veneno mortal, que además había permitido la descomposición acelerada. Respecto a este punto había hecho algunas averiguaciones de interés, pero antes le pareció oportuno mencionar el viaje de Hannigan a África, que en definitiva había sido decisivo a la hora de condenarlo.

—Usted viajó a África en el mes de julio —dijo Paul—. Como miembro de *Amnesty International*, participó de un grupo de ayuda enviado a Etiopia donde convivió con gente del lugar y sirvió de apoyo para la coordinación local de un programa de implementación de empleos primarios… El programa, que aún hoy se encuentra en proceso, lo cuenta a usted como una de las personas que apoyó la

iniciativa desde el inicio. He verificado su participación en AI con media docena de personas y todos la han calificado como admirable.

Paul hizo una pausa en la que procuró entender qué ideas poblaban la cabeza del maestro. Al observarlo a través del cristal que los separaba se encontró con una sonrisa torcida y dos ojos calmos. Aquella expresión de inmutable cordialidad era capaz de enloquecer a cualquiera. Era como si dijera: *sí… he sido voluntario en África y además maté a mis alumnos, ¿no es grandioso qué complejo puede ser el mundo?*

—Según los investigadores, para matar a esos niños usted necesitó el veneno de catorce serpientes. Una por cada niño. He hecho mis averiguaciones y resulta que la adquisición de semejante cantidad de veneno, que por supuesto sólo es posible en el mercado ilegal, asciende a un precio de tres mil dólares por dosis. Esto totaliza unos cuarenta y cinco mil.

—Exacto. Yo pude negociarlo por un poco menos. ¿Te extraña que un maestro como yo pueda disponer de cuarenta y cinco mil dólares?

—Todo parece indicar que no los tenía…

—Nunca fui muy amigo de darle mi dinero a los bancos. Me molestan los billetes invisibles.

—Aun así resulta difícil de creer que usted tuviera esa liquidez en efectivo.

—Difícil, pero no imposible.

—Todo sería más fácil de aceptar si alguien lo hubiera… ayudado. —Paul clavó los ojos en Hannigan.

La templanza en el rostro del maestro se borró abruptamente.

—No hubo nadie —sentenció.

—Quién sabe.

—Paul, lo siento, pero la conversación se ha terminado.

Hannigan se puso de pie.

Paul no había previsto semejante reacción. Bajó la vista a la libreta y echó mano al único nombre que acudió en su ayuda.

—¿Qué tanto conoce usted a Michael Baines?

Hannigan se detuvo. Apenas se había puesto de espaldas. Pareció meditarlo un segundo y regresó a su silla. Observó a Paul con ojos de hielo; no quedaba ni rastro de la sonrisa psicópata.

—Lo conozco bien. Michael trabaja en la biblioteca de la escuela como asistente de la señora Thatcher. ¿Qué ocurre con él?

—Con motivo de estos artículos he vuelto a entrevistar a todo el personal de la escuela. Como sabe, algunos de ellos ni siquiera siguen trabajando allí, pero otros sí.

Michael Baines es uno de los que sigue. Cuando hablé con él se mostró sumamente perturbado por lo que había ocurrido con usted. Si me lo permite, diría que más de la cuenta. Me dijo que usted era una buena persona y que lo había ayudado mucho.

—Es cierto que lo ayudé mucho —dijo Hannigan—. El resto no es verdad: no soy una buena persona.

—¿De qué tipo de ayuda estamos hablando?

—Nada especial. No es fácil para un muchacho como él ser aceptado con facilidad. Créeme, sé de qué hablo… Simplemente lo ayudé escuchando sus problemas, haciéndole compañía y tratando de integrarlo con el resto del personal.

Paul guardo silencio. Sospechaba que la relación entre ambos había sido un poco más profunda.

—Contrariamente a lo que los eventos recientes demuestren, me he comportado decentemente algunas veces. He sido maestro por más de quince años y, como has dicho, he sido miembro de organizaciones de beneficencia… Resulta ser que sí, Paul, sí he ayudado a algunas personas. Y Michael ha sido una de ellas. ¿Cómo se encuentra?

—Supongo que bien. Tengo pensado verlo de nuevo, probablemente fuera de la escuela para poder hablar con más tranquilidad. —Esto último no era cierto, pero Paul intuyó que Hannigan le ocultaba algo respecto a Michael y que de esta manera podría inducirlo a que se lo dijera.

El recurso dio resultado.

—Paul, creo que he sido bastante generoso contigo repasando todos esos datos.

—Claro que sí.

—Sin embargo puede que haya algo más que quiera decirte. Pero necesito pensármelo un poco. Un par de días.

El corazón de Paul palpitaba con fuerza.

—Me parece justo.

—Pero debes prometerme que no hablarás con nadie de la escuela, al menos no hasta que nos veamos la próxima vez.

—Un par de días no le harán mal a nadie.

—Exactamente.

Hannigan se despidió y salió de la jaula. Paul permaneció sentado preguntándose qué sería lo que el hombre tenía para decirle. Su instinto le decía que había algo más que la muerte de los niños. Si tuviera que apostar, diría que las muertes se habían utilizado para tapar algo más grave…

¿Pero qué?

10

La siguiente visita a Elmira se produjo dos días después.

—¿Lo ha pensado? —dijo Paul.

Procuró ocultar su ansiedad, aunque lo cierto era que la espera no había hecho más que avivar su curiosidad. La noche anterior apenas había podido conciliar el sueño pensando en lo que el maestro tenía para decirle.

—Sí. Lo he pensado —dijo Hannigan—. Esto es lo que haremos: te diré algunas cosas que quizás no sepas, detalles que harán que tus artículos ganen en consistencia y riqueza. Más adelante, probablemente la próxima vez que nos veamos, te revelaré el secreto del que te he hablado…, pero te pediré algo a cambio. ¿Estás de acuerdo?

Paul lo pensó un segundo. Sabía que no tenía margen para negociar y se sintió sumamente turbado por tener que esperar todavía más para escuchar la revelación de Hannigan.

—De acuerdo.

—Muy bien. Lo primero que debes saber, es que nunca tuve intenciones de marcharme —dijo Hannigan—. Quiero decir, que si lo hubiese querido, la policía no me hubiera encontrado en el hospital visitando a mi madre. ¿No te resulta un poco ridículo?

—Usted recibió la llamada de su hermano en la que le habló del delicado estado de salud de su madre y decidió ir a verla. Eso debió alterar sus planes.

—Paul, mi madre no estaba bien desde hacía tiempo. Si mis planes hubieran sido fugarme de la escuela, la hubiera visitado un día antes y asunto resuelto. Créeme, de haberlo querido, hubiera resuelto todos mis asuntos *antes*, para marcharme de la escuela esa mañana y desaparecer lo antes posible. La policía no encontró mi coche cargado de pertenencias, ¿o sí?

—No.

—Allí tienes entonces tu primera revelación. Jamás tuve intenciones de abandonar el aula 19 ese día.

—No entiendo exactamente qué quiere decir con eso, o qué prueba. ¿Buscaba ser atrapado?

Hannigan rió.

—Puede ser, quién sabe. La doctora Harper se ha encargado de llevar adelante mis evaluaciones psiquiátricas. Quizás ella tenga la respuesta. Aunque dudo que la quiera compartir contigo.

Paul apuntó el nombre de la mujer. No sería mala idea intentar hablar con ella, después de todo.

—La idea central es que nunca quise abandonar el aula 19. Eso es algo que ha sido publicado y no es cierto en absoluto.

—¿Entonces por qué lo hizo? ¿Por qué, como dice, no visitó a su madre antes…?

Hannigan sonrió. Era la sonrisa que probablemente utilizaba en sus épocas de maestro cuando lograba arrancarle un razonamiento acertado a un alumno. Evidentemente, aquella era la siguiente pregunta que esperaba que Paul formulara.

—Por la razón más egoísta de todas. Lo hice por mí. Cuando me telefoneó mi hermano analicé la posibilidad de quedarme en la escuela tal y como era mi deseo. Mi madre, Paul, ha sido un vegetal el último año antes de su muerte. La había visitado infinidad de veces en ese estado. En todas ellas apoyé su mano consumida sobre la mía y le hablé de un montón de cosas: recuerdos, el clima, mi trabajo. Era como hablar con las paredes. No tenía el más mínimo sentido salir corriendo ante un pronóstico del médico que, como has señalado la última vez que nos vimos, resultó tan errado como los problemas tecnológicos ante el cambio de milenio. ¿Tú has visto colapsar algún sistema financiero, chocar dos trenes frontalmente o un repartidor se presentó en tu casa con cincuentas pizzas de *pepperoni*? Los doctores también se equivocan.

Paul se preguntaba si la cárcel era después de todo el sitio correcto para encerrar a un tipo como Hannigan. ¿Qué le había sucedido al tranquilo maestro de escuela, al compañero de pesca de Leonard Farris? La mitad de las cosas que decía no tenían demasiado sentido.

—Me fui porque vi la oportunidad de librarme por un momento de aquellos niños. El cuarto grado era cosa seria. Todos los maestros lo sabíamos. Tú has ido a la escuela y sabes, al igual que todo el mundo, que en todos los cursos hay un líder, y que en algunos casos se trata de niños problemáticos que arrastran al resto, ¿verdad?

—Claro que sí.

—Pues bien, en el cuarto grado no había uno, sino tres. ¿Puedes creerlo? ¡Tres demonios! Eran Douglas Needles, Ceegar Whitey y Buck Spike. Uno peor que el otro.

Probablemente los tres niños más malvados que me he topado en toda mi carrera, y todos ellos en el mismo grado.

Paul apuntó los nombres.

—He investigado un poco acerca de ellos.

—La llamada de mi hermano con la noticia de mi madre me puso de mal humor y no quise pasar aquellos últimos momentos con los niños. Por eso me fui de la escuela.

Aquellos últimos momentos con los niños…

—Deja que te cuente una anécdota que ilustra lo que quiero que entiendas —continuó Hannigan—. Un año antes, cuando estos niños estaban en tercero, me encontraba comiendo un bocadillo en la cafetería cuando se me acercó Toby Shepard, un niño introvertido y educado. Me dijo que algo malo estaba ocurriendo en el vestuario en ese preciso momento. Cuando le pregunté de qué se trataba se negó a decirme pero me pidió que fuera allí de inmediato. Dejé mi bocadillo a medio comer y me puse de pie, y entonces Toby me detuvo asiéndome de la manga de la camisa y me pidió que no les dijera que él me había avisado… Le dije que no se preocupara por eso y salí de la cafetería.

Paul siguió tomando notas aceleradas. Todo hubiese sido más sencillo si le hubieran permitido ingresar con su grabadora de bolsillo, pero las normas internas eran estrictas en cuanto a la jaula: nada de objetos metálicos. La historia del maestro era de una importancia asombrosa para sus artículos. No por la anécdota en sí, sino porque por primera vez estaban aflorando los verdaderos sentimientos hacia algunos de los niños. *¡Tres demonios!* Podía ser el punto de partida para un nuevo enfoque de los artículos, pensó ilusionado.

—Encontré a Ceegar Whitey en la puerta del gimnasio. Primero se mostró cordial, y se inventó que la directora le había pedido que no dejara pasar a nadie, pero cuando advirtió que yo tenía intenciones de pasar de todas formas comenzó a alzar el tono de voz. Comprendí que les estaba enviando a los otros dos algún tipo de señal de alerta. Para ese entonces no tenía dudas de que los tres niños endemoniados estaban involucrados en algo malo. Aparté a Whitey aferrándolo del brazo y lo arrastré hasta el campo de baloncesto. Allí encontré a uno de los maestros al que le pedí que lo escoltara hasta la dirección y que no se fuera de allí hasta que yo regresara. Era uno de los nuevos, así que no opuso resistencia. ¿Conoces a John Whitey?

—No. No lo conozco. ¿Debería?

—Es…, o mejor dicho, era el padre de Ceegar. Un patán gubernamental que le traspasó toda su falta de ética a su hijo. A Dios gracias que su hijo está…

Hannigan dejó la frase en suspenso un segundo.

—Cuando regresé al vestuario, las ideas más aberrantes respecto a qué estaban haciendo los otros se cruzaron por mi cabeza.

En vistas de que aquél hombre había matado a catorce niños con veneno de serpiente, Paul no tenía intenciones de preguntar cuáles eran esas ideas aberrantes que se le habían cruzado por la cabeza.

—Al entrar al vestuario no vi a nadie. Procuré no hacer ruido. Una de las puertas de los cubículos estaba cerrada y por debajo advertí que había niños dentro, por lo menos tres. Entré en el siguiente cubículo y escuché a Spike decir: «Cómelo todo, gordo». Alguien a quién no reconocí dijo en tono implorante que ya le había dado un mordisco, que lo dejaran en paz.

—Dios mío.

—Exacto. Aquellos niños eran pura maldad. Me subí al retrete y me asomé por sobre el muro divisorio. El niño al que tenían atrapado era Crispin Smith, un alumno de segundo que debía pesar unos cincuenta kilos. Estaba sentado en el retrete y Spike y Needles se interponían entre él y la puerta de salida. Needles sostenía un emparedado a escasos centímetros del rostro lloroso del niño dos años menor que ellos. Ya te imaginas de qué estaba hecho el emparedado.

Paul arrugó el rostro.

—Crispín efectivamente ya le había dado un mordisco. Tenía la boca marrón. Spike y Needles reían sin control. En ese momento intervine.

—¿Qué ocurrió con los niños en ese momento?

—No los expulsaron, que es lo que sugerí. Los padres fueron influyentes y cuestionaron mi pasividad antes de intervenir. Adujeron que si hubiera actuado a tiempo en vez de espiar por sobre el muro divisorio, las cosas hubiesen sido diferentes. Una tontería, porque los observé por menos de diez segundos, pero se aferraron a eso.

Paul se sintió mareado. ¿Habría sido Hannigan capaz de matar a toda la clase sólo para deshacerse de tres niños malcriados? Mentalmente Paul ensayaba posibles maneras de abordar este punto en sus artículos. No sería sencillo, pero el hecho de que el hombre odiara a esos tres niños en particular y que creyera que su muerte era algo bueno, sin duda tenía un peso significativo en la historia. Por otro lado, los cambios de personalidad de Hannigan eran notorios y debían jugar un papel importante a la hora de tomar sus determinaciones en el pasado. Sin duda Harper, la psiquiatra, podría echar un poco de luz. Desde la visita anterior a la de este día, Hannigan parecía haberse convertido en otra persona.

La conversación entre ellos se extendió por unos veinte minutos más en los que el

maestro reveló algunos hechos interesantes e inéditos aunque no demasiado significativos. Antes de marcharse convinieron volver a encontrarse la siguiente semana. Paul se preguntó si realmente había una revelación importante o si el maestro estaría jugando con él.

11

Resultó que sí había una revelación y Hannigan cumplió su palabra de darla a conocer en la siguiente visita. Además le hizo prometer que no la mencionaría en sus artículos, aduciendo que no serviría de nada y terminaría complicando las cosas. Paul estaba de acuerdo en esto y aceptó. El resto de la información que el maestro le había proporcionado era mucho más jugosa y era libre de utilizarla cuando quisiera.

Ahora, transcurridos diez años, y en vista de la situación particular en la que se encontraban, Paul creía que las condiciones eran diferentes. Era el momento de hablar con Kathleen acerca del pequeño secreto que Hannigan le había confiado en Elmira… Pero antes había algo de lo que debían ocuparse. Paul observó a Judd, que seguía alejado del grupo y apenas había abierto la boca; a su derecha, Kathleen rizaba con el dedo un mechón de cabello como una adolescente; Ally había cambiado de posición en su silla a la que había colocado con el respaldo por delante, como Paul.

En la pizarra había otra frase:

¿HANNIGAN OCULTÓ ALGO?

—Ally —dijo Paul de repente—. Háblanos de lo que has visto en el aula 19 por favor.

La muchacha se sonrojó. No se esforzó por ocultar su enfado.

—Ya te he hablado de ello —dijo con sequedad.

—¿Has estado en el aula 19? —preguntó Kathleen.

—Sólo fui a echar un vistazo. Nada más.

Judd se puso de pie como un resorte. Al lado de su silla conservaba su bate. Lo

asió con una mano.

—Me largo —dijo el cuidador—. Esto es una pérdida de tiempo. Directora Blake, sugiero ocuparme de encontrar una manera de salir de aquí. No tenemos combustible ilimitado.

Paul abrió la boca para decir algo pero Kathleen lo detuvo con un ademán. Ella habló en su lugar.

—Por favor Judd, siéntate. Escuchemos lo que Ally tiene para decirnos de su visita al aula 19. Quizás esté relacionado con lo que está ocurriendo con las puertas.

A regañadientes, Judd volvió a sentarse, pero su rostro indicó a las claras que su paciencia se estaba agotando.

—¿El aula 19 es utilizada en la actualidad? —preguntó Ally sorpresivamente.

—Claro que no.

—Me llamó la atención que aún conservaran los pósteres en las paredes.

Kathleen frunció el entrecejo.

—No hay pósteres en las paredes.

—También supuse que diría eso —dijo Ally con resignación.

Ally tenía intenciones de relatar la experiencia lo más sucintamente posible. Les habló rápidamente de las razones por las que se había dirigido allí, aduciendo únicamente que se había sentido atraída por conocer el sitio donde la muerte de su hermano había tenido lugar. Explicó que en ese momento se había producido el corte de luz y que estuvo a punto de cambiar de idea, pero que entró al aula de todos modos. Les habló del pupitre que colocó para mantener la puerta abierta y de cómo se había movido para permitir que la puerta se cerrase. Por último, les relató cómo las voces de los niños se habían alzado alrededor suyo como un coro fantasmagórico.

—¿No pudiste imaginar las voces? —preguntó Kathleen.

—Al principio sí, es posible. Después se sumaron otras y las escuché con claridad. Sólo pude distinguir un puñado de palabras aisladas. Nada con sentido.

Paul se puso de pie y escribió una tercera frase en la pizarra.

¿ES PELIGROSO ENTRAR AL AULA 19?

—Hubo algo más —reflexionó Ally—. Lo había olvidado. Antes de salir, eché un vistazo a uno de los pizarrones y vi algo escrito allí. Algo que no estaba antes, al entrar. En letras muy grandes pude leer la palabra ARMA.

Todos hicieron silencio, aunque para ninguno de ellos aquel comentario revestía una importancia especial, salvo para Judd. El cuidador sintió como si una serpiente

fría y resbaladiza le trepara por la espina dorsal y se estremeció. ¿Sabía la muchacha de la existencia del arma? ¿Estaba inventando la inscripción en el pizarrón? Si no era el caso, entonces alguien más lo sabía y quería refregárselo en la cara.

—Arma… —dijo Paul reflexionando en voz alta— ¿Tú qué dices Judd?

El cuidador abrió los ojos como platos.

—¿Qué digo de qué? —casi gritó.

—Tú estuviste en el aula 19 cuando encontraste a Michael. ¿Viste alguna inscripción en el pizarrón?

—No —dijo Judd—, sólo el muchacho en el suelo. El resto estaba normal. Quizás no presté atención. Y no había ningún póster, de modo que…

Paul escribió una última frase en la pizarra:

¿EL AULA 19 LE HIZO ALGO A MICHAEL?

Se sacudió el polvo de la tiza como un maestro que acaba de terminar una clase. Contempló las cuatro preguntas.

—Iré a revisar el nivel de combustible —graznó Judd poniéndose de pie y asiendo nuevamente el bate. Era una excusa, desde luego, pero no se le ocurrió otra cosa para marcharse sin que la directora lo evitara.

—Yo me estoy muriendo de sed —dijo Ally.

Los dos se dispusieron a salir de la biblioteca en turnos. Cuando Kathleen se proponía a hacer lo mismo, Paul le pidió que se quedara un momento.

—¿Qué ocurre? —preguntó la mujer.

Había llegado el momento de hacer uso de la revelación de Hannigan. Estaban solos.

—Kathleen, cuando ese día llegaste al aula 19 atraída por los gritos de auxilio de Marsha Fox, dijiste que había dos maestros. Ella y alguien más.

—Sí.

—¿Quién era el otro maestro?

—No lo recuerdo realmente. Pudo haber sido Schmidts o Stonestreet.

—Cuando estuve en la cárcel, Hannigan me dijo otra cosa —dijo Paul y advirtió cómo el rostro de la directora se transformaba.

—¿Qué?

—Tú lo sabes. —Paul volteó su rostro hacia las estanterías. Detrás de ellas Michael seguía inconsciente—. La pregunta es, ¿por qué se empeñaron en ocultarlo?

Kathleen había contenido el aire en los pulmones y ahora lo lanzaba sonoramente.

Volvió a ocupar una de las sillas. Con desgano le indicó a Paul que ocupara otra. Eligió cuidadosamente las palabras.

—Lo ocultamos, porque no tenía ningún sentido hablar de ello.

Era curioso que la directora utilizara las mismas palabras que el maestro en la cárcel. Ambos no habían tenido oportunidad de hablar después del episodio del 5 de noviembre, o eso creía Paul, y sin embargo parecían estar perfectamente de acuerdo en eso.

—Vamos Paul, tú también lo sabías y no has dicho nada.

—Prometí a Hannigan no hacerlo. Pero de haberlo creído importante en la investigación lo hubiera dicho. La pregunta es ¿por qué lo ocultaron en ese momento?

—Marsha Fox no descubrió los cuerpos —dijo Kathleen—. El relato de su libro, con todos esos detalles espeluznantes, no es cierto. Ella llegó después. Es real que por casualidad pasó por allí esa mañana, pero en la puerta del aula encontró a Michael. Él fue el primero en ver los cuerpos. Cuando Marsha lo encontró estaba en un estado de shock profundo. En ese entonces tenía diecisiete años y hacía dos que colaboraba en la escuela.

—¿Entonces tú encontraste en el lugar a Marsha Fox y a Michael?

—Exacto. Llevé a Michael a mi despacho y le pedí que no se moviera. Quise entrar al aula 19, pero Marsha no me lo permitió. Me gritó que llamara a la policía.

Paul meditó el asunto. Mantuvo fija la vista en el rostro de Kathleen primero y en la pizarra después. Se concentró en la tercera de las preguntas…

¿ES PELIGROSO ENTRAR AL AULA 19?

—¿Conforme?

—¿Hannigan mantenía una buena relación con Michael?

—Muy buena. Hannigan lo quería mucho antes de… tú sabes, de que enloqueciera.

—Kathleen —dijo Paul poniéndose de pie y rodeando la mesa redonda para permanecer a su lado. Se arrodilló y alzó la cabeza para observarla, como si fuera a proponerle matrimonio. Ella lo observó contrariada.

—¿Crees que Michael pudo ver algo aquel cinco de noviembre? Me refiero a algo diferente que los cuerpos de los niños…

Kathleen alzó las cejas y frunció la boca.

—No lo creo —dijo— ¿Qué te hace pensar eso?

Paul se irguió y retrocedió dos pasos.

—Si ese fuera el caso —dijo él—, podría ser fundamental para conocer la naturaleza de lo que está ocurriendo. Puertas que no pueden abrirse, la noche más

larga de la historia… voces fantasmagóricas. Apuesto además que el matón que cuida tu escuela sabe algo más de lo que ha revelado.

—¿Qué pudo haber visto Michael?

—Por lo pronto, las mismas cosas que nosotros; lo cual nos indicaría que todo esto no se inició en la escuela de la noche a la mañana…, sino que lleva años.

Ambos se volvieron en dirección a la puerta. Habían oído un carraspeo. Ally estaba allí de pie, dos pasos dentro de la biblioteca. Era difícil saber cuánto había escuchado de la conversación.

12

El corredor central estaba iluminado por sólo cinco de los más de veinte tubos fluorescentes que había en el cielorraso. Paul y las dos mujeres acababan de salir de la biblioteca y el primer indicio de que algo iba a ocurrir fue percibido por los tres, aunque ninguno podría haber explicado exactamente qué les hizo advertirlo. Quizás algo en el aire, una ráfaga fría. Primero escucharon un murmullo en el otro extremo del corredor, un tamborileo de golpes secos. Kathleen fue la primera en reconocer aquel repiqueteo apagado; lo había escuchado antes…, eran pisadas en las escaleras.

El murmullo fue creciendo hasta convertirse en un conglomerado de voces.

Cuando la naturaleza de las voces se hizo inconfundible, dos grupos de niños surgieron en el extremo del corredor, allí donde los tubos fluorescentes hacían que el linóleo resplandeciera y las paredes de un blanco impoluto brillaran. Los dos grupos, cada uno proveniente de una de las escaleras, se juntaron en el vestíbulo mezclándose entre sí. En total serían unos diez niños, aunque el alboroto parecía provocado por muchísimos más. Las voces alegres rebotaron en todas partes y el eco se propagó por el corredor como una explosión.

Los rostros se volvieron hacia la puerta trasera. En pocos segundos los primeros niños recorrieron la mitad del trayecto hasta la salida, para ser cubiertos por el manto de oscuridad que allí reinaba. Sin embargo siguieron siendo visibles gracias al brillo celeste que los envolvía.

El griterío iba en aumento.

Ally, Paul y Kathleen retrocedieron un par de pasos. Cuando los niños se encontraron a pocos metros de ellos pudieron distinguir perfectamente sus rostros a pesar de la falta de luz. No se sorprendieron demasiado al ver que sus cabellos lucían cortes disparatados, tinturas o peinados estrafalarios. Tampoco les sorprendió que al llegar a ellos, los niños se convirtieran en cuerpos translúcidos y literalmente los atravesaran.

Todo el episodio duró menos de un minuto. El griterío, que había alcanzado niveles ensordecedores, fue disminuyendo paulatinamente hasta desaparecer. Los tres se miraban sin saber qué decir.

Entonces se abrió la puerta de la cafetería.

—¿Qué demonios ha sido eso? —preguntó Judd.

Parte IV - En el salón de actos

1

La estampida de niños translúcidos en el corredor central marcó un quiebre. No es que alguno dudara de los acontecimientos sorprendentes que estaban teniendo lugar en la escuela; bastaba observar hacia el exterior o intentar abrir una puerta para convencerse. Sin embargo, lo que vieron al salir de la biblioteca tuvo el efecto de una bofetada mental.

Paul permaneció en el vestíbulo, y fue entonces cuando descubrió otros cambios en los que no se había fijado antes. Cambios sutiles que incluso él, que llevaba apenas algunas horas encerrado en la escuela, pudo advertir con facilidad. El primero de ellos fue una serie de cortinas en los ventanales del frente del edificio. Estaba seguro de no haberlas visto antes, y cuando se acercó para tocarlas creyó que se desintegrarían como había ocurrido con los niños del corredor. Al sentir la textura de la tela entre el pulgar y el índice la soltó con un gesto de repugnancia. En cierto sentido hubiese sido mejor que se desintegraran.

Recordó el relato de Ally acerca de su experiencia en el aula 19 y la mención de los pósteres en las paredes, cuya existencia Kathleen había negado con determinación. Paul estaba seguro de que si echaba un vistazo al aula descubriría que los pósteres en efecto estaban allí.

Las implicaciones de los acontecimientos recientes eran inquietantes. No creía que algo pudiera arrojar un poco de lógica, salvo quizás despertar de un sueño, junto a

Ally, en la habitación 109 del Motel Bluebird, y descubrir que la llamada telefónica de Michael no había tenido lugar. Él sería nuevamente un periodista venido a menos sin mayores ambiciones en la vida, llevaría a Ally a su casa y se iría a la suya para pasar la noche hacia otro día sin perspectivas. Eso estaría más que bien.

Sin haber sido del todo consciente regresó a la biblioteca. Quizás en el fondo sabía que Michael era fundamental para entender algunas cosas y que debía hablar con él. Encontró a Ally de pie junto a la mesa redonda en la que habían estado sentados apenas un rato antes. La muchacha no pareció advertir su presencia y él se sintió culpable mientras le observaba el trasero enfundado en sus vaqueros. Recordó el momento en que, minutos antes de producirse la llamada que los llevaría a la escuela, se habían besado.

—Hola Ally.

Ella no se volvió.

—Paul, será mejor que vengas a ver esto.

Recién en ese momento advirtió que ella observaba la pizarra que habían utilizado en la conversación. Se acercó y allí vio las cuatro preguntas que él mismo había escrito.

Alguien había agregado algo al final de cada una.

¿ES CASUAL QUE ESTEMOS AQUÍ? *NO*
¿HANNIGAN OCULTÓ ALGO? *SÍ*
¿ES PELIGROSO ENTRAR AL AULA 19? *NO*
¿EL AULA 19 LE HIZO ALGO A MICHAEL? *NO*

—Estaba escrito cuando entré… —dijo Ally.

Una vez superó la sorpresa inicial, Paul estudió las respuestas con un poco de detenimiento. Había esperado las dos primeras, pero las dos últimas lo desconcertaron.

¿Quién las ha respondido?

—¿Michael sigue inconsciente? —preguntó Paul.

Cruzó la biblioteca hasta la zona de los libros de libre consulta de la señora Thatcher. Recorrió uno de los pasillos entre dos estanterías hasta la parte trasera. Ally lo siguió.

Michael no estaba allí.

Una requisa rápida en la biblioteca reveló que el muchacho había desaparecido. Inesperadamente, Ally perdió el control.

—¡Dónde está!

—Cálmate, por favor.

Era evidente que Ally descargaba toda la ansiedad acumulada. Paul le sostuvo los hombros con firmeza.

—Vamos a encontrar a Michael —anunció—. Fíjate la hora en tu reloj.

—Las seis —dijo Ally—. Como si sirviera para algo.

—Sirve para coordinarnos aquí dentro. Nos encontraremos en una hora en el salón de actos. Tú búscalo en la planta alta, yo lo haré en la planta baja.

—¿Y el resto? ¿Y si Michael está con Kathleen?

—No está con ella. Acabo de verla en el vestíbulo y me dijo que iría a la cafetería a prepararse un bocadillo.

—¿No le avisaremos que Michael no está?

—Por el momento no.

—¿Por qué?

Paul pensaba en cómo la directora le había confiado a regañadientes que Michael había estado cerca del aula 19 luego de la tragedia. Creía que sería mejor encontrar al muchacho y poder hablar con él a solas antes de enfrentarlo a Kathleen. No le reveló esto a Ally, pero le dijo que tenía sus razones y ella lo aceptó. No sabía por qué, pero intuía que Judd y Kathleen estaban tramando algo. En cuanto a Ally, bueno, era cierto que había estado con él en el momento de recibir la llamada telefónica que los arrastró a la escuela, y que eso la exoneraba a primera vista, pero la realidad era que el tamaño del edificio hacía que emprender la búsqueda solo no fuera una buena idea.

Entonces Paul hizo algo inesperado; la espontaneidad no era su fuerte. Se acercó a Ally y la besó en los labios.

—Ve con cuidado —le dijo—. Nos vemos en una hora.

Ally se marchó. Paul permaneció solo en la biblioteca con la mirada fija en las cuatro preguntas y en sus respectivas respuestas.

¿Quién las ha respondido?

Michael era la opción número uno, pero él no estaba dispuesto a descartar a nadie, ni siquiera a Ally. Claro que existía una posibilidad adicional. ¿Podía haber alguien más en la escuela? ¿Un sexto visitante?

Paul empezaría la búsqueda en el gimnasio y los vestuarios. De toda la planta baja, excluyendo claro está el aula 19, aquella zona era la que más le inquietaba. Llevaba su linterna, pero se había impuesto utilizarla lo mínimo posible.

Se detuvo en el campo de baloncesto. En los lados largos había tres soportes para aros de menores dimensiones que los de los extremos. Estaba claro que los niños utilizaban aquellos aros dispuestos transversalmente para practicar. Lo que se preguntaba era si habían estado allí antes, cuando había atravesado el gimnasio con Kathleen. Estaba casi seguro de que no. Y otra vez, como parecía ser el procedimiento frente a cada nuevo *agregado* de la escuela, se acercó a uno de ellos y estiró la mano para tocarlo. Era tan real como las cortinas que había descubierto anteriormente.

Allí no había muchos lugares para ocultarse, salvo debajo de las gradas de madera. Decidió verificar primero las de la derecha simplemente porque estaban más cerca. Trepó hasta la mitad y caminó de un extremo a otro, iluminando con la linterna hacia abajo entre los tablones. No había nadie allí. Cuando llegó al final y se disponía a bajar, advirtió la existencia de una puerta. La abrió y vio un pequeño espacio desocupado y una escalera ascendente. Decidió que no subiría; Ally cubriría la planta superior. No obstante tomó nota mental de la existencia de aquella escalera. Hasta ese momento había creído que la única manera de acceder a la planta alta era desde el vestíbulo.

Revisó las gradas del lado izquierdo con el mismo resultado. Esta vez no encontró ninguna puerta *secreta*.

Se sentó en las gradas, no porque necesitara un descanso sino para tomarse un segundo para reflexionar. La situación resultaba de un surrealismo extremo. El gimnasio en penumbras, con la luna que se filtraba por los tragaluces, y un único espectador contrariado. Paul inspeccionó todos los rincones y en su mente ensayó una nueva aparición de niños, esta vez en plena práctica de baloncesto. Al menos no se sorprendería si se producía realmente, como en el corredor central.

Meditó acerca de la primera de las frases en la pizarra, la que aseveraba que no era casualidad que ellos estuvieran esa noche en la escuela. El hecho de que fuera el décimo aniversario de la tragedia del aula 19 parecía decirlo todo, pero él había escrito aquella pregunta orientada a *ellos*. ¿Debían ser necesariamente *ellos* los elegidos? Según el informante secreto parecía que sí. Y si lo anterior era así, entonces la razón tenía que estar forzosamente relacionada con algo que sabían, o algo que sólo serían capaces de entender juntos. Paul sabía que Kathleen le había ocultado

deliberadamente información. Debía haber más.

En cuanto a la segunda frase (la única cuya respuesta había sido afirmativa), que decía si Hannigan había ocultado información importante, parecía ser Paul la persona indicada para responderla. Había sido él, hasta donde sabía, el único que había hablado con el maestro en la cárcel. Sin embargo no tenía la más mínima idea de qué podía ser. Había reproducido la entrevista lo mejor posible durante su relato en la biblioteca y no se había topado con ningún dato sospechoso. Pero más importante que eso era el hecho de no tener ningún recuerdo de haber sospechado algo en su momento.

El panorama no parecía ser muy alentador. Mientras pensaba, recorría con la vista el lateral de uno de los tablones en las gradas del frente. Cuando llegaba al extremo, trepaba con la vista al tablón siguiente y regresaba. Había llegado hasta la mitad y seguía sin encontrar el rumbo correcto para sus pensamientos.

El problema residía en lo disparatados de los acontecimientos: el tiempo estático, las apariciones, los cambios… ¿cómo dotar a un razonamiento de lógica cuando el entorno la ha perdido por completo?

Trepó con la vista al siguiente tablón y comenzó el recorrido horizontal, pero avanzó más despacio. Luego más. Finalmente se detuvo, con la vista clavada en las gradas pero ahora sin mirarlas realmente.

Tuvo un pensamiento revelador.

Era cierto, no recordaba ningún pasaje de su conversación en la cárcel con Hannigan que le pudiera dar un indicio de que ocultara algo. Pero ¿y si no tenía que ver con eso? Y aquí venía el razonamiento que Paul recibió con una sonrisa… ¿Qué tal si su presencia no tenía que ver con ninguna verdad por revelar, sino con un rol que debía desempeñar? Él era periodista…, y además conocía los pormenores de la investigación mejor que nadie. Tenía mucho sentido. Más aún, le gustaba. Era reconfortante pensar que había un propósito detrás de lo que estaba ocurriendo, y no el resultado de un Dios ebrio a quien de buenas a primeras se le ocurría echar por tierra las reglas básicas del mundo para reemplazarlas por unas nuevas, carentes totalmente de lógica.

Se puso de pie y descendió por las gradas hasta el suelo. Creía haber avanzado. En adelante, se propuso, cambiaría la estrategia para proceder, si es que podía decirse que hasta el momento había tenido una. Hablaría con todos a solas, empezando por Michael…, cuando lo encontrara.

Arribó a las duchas, donde se permitió encender la linterna. Sin ella sería necesario permanecer allí más tiempo del que le apetecía. Primero registró el vestuario

de los niños, especialmente los reservados, los cuales recorrió uno a uno estirando el brazo para abrir las puertas e iluminando con la linterna en todas direcciones, esperando que una figura oscura se lanzara sobre él de un momento a otro. Nada de eso ocurrió y tampoco descubrió a Michael acurrucado en uno de los rincones. La requisa de las duchas fue sencilla; allí los paneles divisorios no llegaban hasta el suelo por lo que Paul pudo echar un vistazo rápido por sobre ellos.

Hizo lo propio en el vestuario de las niñas con el mismo resultado.

Cuando regresó al gimnasio se dijo algo que había sabido intuitivamente desde el inicio. Si bien llamar a Michael a viva voz podía ser de utilidad (suele serlo cuando se busca a una persona, ¿no?), no lo haría esta vez. Michael podía no ser capaz de responder, o no querer hacerlo. A fin de cuentas se había marchado sin que ellos lo advirtieran. Debía tener un motivo para ello.

3

La siguiente etapa de búsqueda en la planta baja correspondía al corredor central. Allí Judd había activado los circuitos eléctricos, por lo que Paul disponía de luz en caso de necesitarla. Supuso que eso le daría la posibilidad de terminar con aquella parte en poco tiempo; y lamentó que Ally no tuviera la misma suerte en la planta alta.

Entró a la biblioteca para volver a revisar y salió en menos de cinco minutos. Cruzó el corredor y llevó a cabo una búsqueda rápida en los baños que tampoco le demandó mucho tiempo.

Siguió con el laboratorio. Supuso que podría estar cerrado con llave, pero no fue así. Las dos puertas de madera cedieron cuando él las empujó y el mecanismo hidráulico se encargó de devolverlas suavemente a su sitio. Encendió la luz y una serie de tubos circulares zumbó en el techo.

El laboratorio era significativamente más amplio que las aulas. La mitad del recinto estaba ocupada por pupitres y en el frente había un gran mostrador macizo repleto de elementos para experimentación. Había matraces, tubos de ensayo, mecheros, pipetas y otros que Paul no identificó de sus épocas de alumno. Detrás

había una gran pizarra blanca. A la izquierda había cinco grandes mesas de trabajo, todas ellas con compartimentos debajo para almacenamiento. Sobre cada una había un ordenador e instrumentos de trabajo. Por sus dimensiones, cada mesa permitía que ocho o diez niños trabajaran de pie cómodamente.

La pared lateral derecha disponía de un panel de corcho colmado de láminas coloridas, textos educativos y algunas notas tomadas por los alumnos. El resto de las paredes también estaban decoradas con láminas; era difícil encontrar en todo el laboratorio una porción de pared libre. Paul supo de inmediato que los únicos lugares donde alguien podría esconderse eran los compartimentos debajo de las mesas o el mostrador del frente. Michel podía estar detrás de alguno de ellos, pero en este caso sería incluso más fácil descubrirlo. Realmente el laboratorio no resultaba un buen lugar para esconderse, menos considerando que allí había luz.

Paul se acercó a la pared con el panel de corcho y echó un vistazo a las notas colgadas con chinchetas. Descartó todas aquellas que claramente pertenecían a revistas o habían sido impresas con ordenador y se concentró en las manuscritas. La caligrafía de niño era inconfundible en la mayoría de ellas. Las estudió detenidamente, descartando aquellas en que veía formulas, descripción de experimentos o textos que claramente estaban relacionados con el laboratorio. No supo bien por qué, pero se sintió decepcionado cuando no encontró ninguna nota que se relacionara con ellos. En su rol de periodista había supuesto que aquella podría ser una manera razonable de entablar contacto con él. Nadie prestaría atención a ese panel de corcho como él acababa de hacerlo. Sin embargo allí no había nada. Su primer pensamiento como periodista y no arrojaba ningún resultado.

En la esquina junto a la pizarra había una mesa cuadrada de un metro y medio de lado. Sobre ella había un laberinto con divisiones de madera al que se acercó con curiosidad. En uno de los extremos había una jaula metálica, en cuyo interior descansaba una cobaya de aspecto tranquilo. Paul acercó su rostro a la jaula y sonrió mientras el animal lo observaba con aparente interés. Una puertita levadiza impedía que saliera y recorriera el laberinto. Sobre la puertita había un letrero pequeño con el nombre de la cobaya: *Copérnico*.

—Hola, Copérnico —saludó Paul antes de encaminarse al mostrador del maestro.

Allí vio algunos átomos hechos con bolas de plástico unidas con varillas de madera. Recordó su propia época de alumno de primaria, en la que también había construido algunos de esos clásicos modelos atómicos… Su conocimiento en la materia no había evolucionado mucho desde entonces.

Se dispuso a revisar los compartimentos debajo del mostrador, seis en total. En

todos encontró más equipamiento o documentos. Además había estantes que dividían cada compartimiento en dos. No había manera de que una persona pudiera esconderse allí.

Se disponía a salir cuando una idea cruzó su mente. Se detuvo en seco a dos metros de la puerta. Se volvió y clavó la vista en uno de los ordenadores. Habían verificado las líneas telefónicas y ninguna de ellas funcionaba. Pero ¿habría Kathleen o Judd verificado la conexión a internet? Encendió el ordenador y se sentó en uno de los taburetes que rodeaban la mesa de trabajo. La máquina emitió una serie de pitidos electrónicos y el monitor se encendió con un sonido magnético. Al cabo de unos segundos el sistema operativo estaba listo para ser operado. Paul se sintió un tonto por no haber verificado aquella posibilidad con anterioridad. Si la conexión a la red era mediante la línea telefónica no tendrían posibilidades, pero si se trataba de otro sistema, quizás funcionara.

Ejecutó el navegador y contuvo la respiración. La página de la escuela apareció en un abrir y cerrar de ojos. Paul se ilusionó, pero sólo un segundo; probablemente aquella página estaba alojada en algún servidor dentro de la escuela. Aquello no significaba necesariamente que estuvieran conectados a la red. Escribió la dirección de Google en la barra exploradora y ésta vez el corazón se le paralizó cuando la página se desplegó ante sus ojos.

¡Eureka!

No obstante un letrero saltó en medio de la pantalla e hizo que su entusiasmo se desintegrara como un montículo de arena arrasado por una ola.

> La página no puede ser accedida.
> El contenido mostrado es el último alojado en el cache de su ordenador.

Paul aceptó el cuadro de diálogo con resignación. Habría sido demasiado sencillo simplemente enviar un mensaje pidiendo ayuda.

Pero quizás había algo útil que pudiera hacer, pensó. Abrió el cliente de correo electrónico y configuró su cuenta personal. Redactó un mensaje dirigido a la cuenta colectiva del *Times* y lo dejó en la bandeja de salida. El mensaje decía:

> Esto es una emergencia. Me encuentro encerrado en la escuela Woodward, en Twin Pines, junto con cuatro rehenes. ¡¡Por favor dar aviso a la policía de inmediato!!

Sonrió. Si el ordenador permanecía encendido, en cuando la conexión a internet se restableciera, aquel mensaje iría a parar automáticamente a todos los empleados del *Times*. Alguien lo vería en cuestión de segundos y daría aviso a la policía. Paul fue cuidadoso en que el mensaje fuera un típico caso de toma de rehenes. Sabía que si hacía referencia a alguno de los detalles inverosímiles que tenían lugar, corría el riesgo de ser tomado como un bromista, aun tratándose de su propia cuenta de correo.

Se sintió satisfecho. Apagó el monitor, luego las luces del laboratorio y se marchó.

—¡Adiós, Copérnico!

Atravesó el corredor central hacia la cafetería. Allí tampoco había muchos lugares para esconderse. En la inmensa estancia principal las mesas de formica habían sido reemplazadas por otras de madera, también redondas. Paul no se sintió del todo sorprendido pero incluyó el cambio en su lista mental junto a las cortinas y los aros de baloncesto. También se acercó y posó la palma sobre la madera, experimentando las irregularidades de la textura. Era difícil saber qué tan realistas serían los detalles en un sueño, pero si se trataba de uno, entonces Paul debía aceptar que eran de una minuciosidad asombrosa. Aquellas mesas redondas le recordaron a las de la zona de recreo del *Times*.

Detrás del mostrador había una puerta que conducía a la cocina. Paul se asomó y encendió la luz, pero no vio a nadie. Estaba a punto de olvidarse de la cocina cuando decidió entrar y echar un vistazo en los dos refrigeradores de tamaño industrial. Ninguno de los dos funcionaba, por lo que supuso que, o bien Judd había tenido la precaución de desconectarlos o los termostatos no habían alcanzado todavía la temperatura de arranque. Una rápida inspección le indicó que se trataba de la primera opción, pues ninguno de los dos estaba enchufado. Había que darle cierto crédito al cuidador; evidentemente había pensado acertadamente en que mantener aquellos refrigeradores en funcionamiento sería un consumo de energía innecesario.

Abrió una de las cámaras, en la que podía entrar una persona de pie, pero no vio más que latas de alimentos y recipientes plásticos congelados. El frío se había conservado y un aliento helado le acarició el rostro. Recordó algunas escenas de *El resplandor*, en que esconderse en una cámara similar había resultado un tormento, y fue suficiente para querer marcharse de la cocina cuanto antes. Revisó la otra cámara rápidamente y se fue.

Se disponía a apagar las luces de la cafetería y salir, cuando vio la puerta metálica junto a la máquina expendedora de dulces. Suponía que conducía al sótano y no supo

bien por qué había descartado en su cabeza dirigirse allí. Aquel era un lugar como cualquier otro para esconderse, o quizás mejor que cualquier otro. Sabía que podría encontrar a Judd allí abajo, pero tendría que enfrentarse a él tarde o temprano.

No tenía sentido dejar aquél sitio sin visitar.

El sonido del generador de energía era un traqueteo constante y lejano al que se había acostumbrado, pero cuando abrió la puerta la potencia de la máquina lo abrumó. Afortunadamente tres bombillas estaban encendidas y le mostraron la escalera que lo conduciría directamente al sótano. Bajó con cuidado, aferrándose al pasamano y acostumbrándose en la medida de lo posible al estruendo del motor diesel que le azotaba los oídos.

El generador estaba rodeado de una malla de alambre. A la izquierda, Paul vio una serie de tableros eléctricos que supuso controlarían los diferentes circuitos de la escuela. Estaban perfectamente rotulados y divididos en dos grupos. Los correspondientes a la segunda planta estaban todos en posición de apagado, lo cual le hizo pensar inmediatamente en Ally. Cuando llegó al extremo del recinto, de pie en el umbral que lo dividía de otro de aproximadamente las mismas dimensiones, creyó escuchar la voz Judd, e inmediatamente después otra, más aguda que la del cuidador.

Avanzó un par de pasos con cautela. En aquella segunda habitación estaba la caldera que templaba el agua que circulaba por los radiadores. Estaba apagada. El gas había corrido la misma suerte que la corriente eléctrica, el servicio telefónico e internet. A su izquierda había un pasillo que supuso conducía a las dependencias del cuidador. La otra voz volvió a repetirse y Paul hizo el esfuerzo de escucharla por sobre el generador. No estaba seguro, pero creía que podría tratarse de Kathleen.

Se disponía a cruzar la habitación cuando algo llamó su atención junto a la caldera. Lo captó apenas con el rabillo del ojo, pero creyó ver una niña justo antes de esconderse. Alcanzó a ver su silueta escurridiza; llevaba un vestido y el cabello rizado. Se quedó observando la caldera con perplejidad. Avanzó lentamente hasta que pudo mirar detrás y descubrir, como había esperado, que allí no había nada salvo unas botellas vacías. Ni rastros de una niña.

Las voces se repitieron y Paul se acercó lo más que pudo por detrás de la caldera poniendo cuidado de no patear ninguno de los envases. Se asomó por el lateral. Desde allí podía ver el pasillo estrecho y más allá una habitación que parecía ser una sala; había un sillón de dos cuerpos y una mesita con una lámpara. Paul imaginó que el resto de la estancia se completaría con una mesa y un televisor, pero eran meras suposiciones pues no podía verla. Lo que sí pudo ver, de pie en el umbral de la puerta y de espaldas a él, fue a Kathleen. En aquel momento la mujer no hablaba.

Aguzó el oído a la espera de que reanudaran el diálogo. Primero habló Judd y su voz grave fue perfectamente comprensible aún en presencia del generador.

—No me gustan esos dos. No me gustan en absoluto.

Paul no podía ver al cuidador, pero lo imaginó de pie a escasos pasos de la directora, con expresión de perro servicial.

—Lo sé. A mí tampoco me gustan —dijo ella—. Por eso debes…

Paul no pudo escuchar el resto. Buscó una posición que le permitiera estirar un poco la cabeza para oír mejor, cuando su pie izquierdo golpeó una de las botellas y ésta cayó de costado. Paul se apresuró a pisarla para impedir que rebotara pero fue demasiado tarde.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Judd con su voz de trueno.

Paul permaneció inmóvil, con la espalda apoyada en la caldera y el corazón galopando en el pecho. No le temía al cuidador (no todavía) pero si era descubierto perdería una gran oportunidad de escuchar un diálogo prometedor.

—Yo no he escuchado nada —dijo Kathleen alzando el tono de voz desde el extremo del pasillo.

Paul imaginó que Judd habría salido de la sala y estaría del otro lado de la caldera. Probablemente iría hasta el cuarto del generador y regresaría. Si miraba detrás de la caldera, lo vería, de eso no cabían dudas.

Pero no lo hizo.

El cuidador regresó a sus dependencias y reanudó la conversación con Kathleen. Sólo cuando estuvo seguro de que el peligro había pasado, Paul se asomó y se encontró con el mismo cuadro que el de unos instantes atrás. Esta vez tuvo mucho cuidado al mover los pies.

—¿Crees que podrás hacer lo que te he… ?—dijo Kathleen.

¿Pedido?

—Sí. No le encuentro el más mínimo sentido, pero puedo hacerlo.

—Muchas cosas no tienen sentido esta noche.

—¡Y que lo diga!

—Mantenlos alejados de mis manos frías. Es importante.

Paul arrugó la frente.

¿Qué significa eso?

—Como usted diga —dijo Judd.

—Sé que es una petición extraña, pero créeme, será mejor que no lo hagan o todo empeorará.

La directora se despidió. Paul esperó a estar seguro de que se había marchado y

mientras esperaba repasó sus palabras.

Mantenlos alejados de mis manos frías.

Le dio vueltas en su cabeza y no les encontró ningún sentido. Quiso convencerse de que había escuchado mal, pero estaba bastante seguro de que no había sido así. Claramente tenía que ver con algo que el cuidador y ella habían estado hablando antes, pero Paul no tenía idea qué podía ser. Se lamentó por haber revisado primero el laboratorio. De haber llegado al sótano quizás cinco minutos antes hubiera escuchado la conversación completa.

El otro asunto importante de la conversación era a quiénes se había referido Kathleen. Dos veces había hecho referencias indirectas a «ellos». ¿Quiénes eran ellos? ¿Ally y Paul? Era lo más razonable. Paul no tenía dudas de que el asunto revestía cierta importancia para Kathleen. En primer lugar, lo había mantenido deliberadamente oculto al resto, lo cual significaba que no confiaba en ellos (y esto no era una novedad en lo concerniente a Ally), y en segundo lugar, había elegido hablar con Judd en el sótano, donde nadie podía escucharlos.

Paul meditaría acerca de cómo proceder. Quizás enfrentar a Kathleen en este momento no era una buena idea. Seguiría adelante con la búsqueda de Michael y se encontraría con Ally como había previsto.

Consultó su reloj. Restaban treinta minutos para la reunión en el salón de actos.

Mantenlos alejados de mis manos frías.

4

Debía darse prisa si quería terminar en tiempo. Paul caminó hasta el vestíbulo donde estaba la colchoneta que había utilizado para dormir. Echó de menos su colchón de resortes y esperó no verse obligado a pasar otra noche en la escuela (resultaba confuso hablar de *noches*, pero en fin).

La búsqueda en el ala Este debía ser rápida. No había luz, pero eran apenas cuatro aulas, incluida la 19. Evocó las dos últimas frases escritas en la pizarra, en donde el informante anónimo aseveraba que no era peligroso dirigirse al aula 19, y que

tampoco ésta le había causado daño alguno a Michael. Teniendo en cuenta los antecedentes y la experiencia de Ally, había creído desde el principio que no podía esperarse nada bueno de ese lugar, sin embargo parecía no ser así. Si se fiaba de las respuestas de la pizarra (cosa que Paul no estaba dispuesto a hacer ciegamente, pero sí a darles cierta credibilidad) entonces quizás el aula 19 había protegido a Michael. Quizás al sentirse amenazado se había escondió allí, dónde Judd finalmente lo encontró.

¡Había tantas cosas que Michael podía aclarar! Resultaba vital encontrarlo. Su desaparición, en el momento preciso en que los interrogantes empezaban a tomar forma, no podía ser casual.

La primera de las aulas era la 16. Paul abrió la puerta y encendió la linterna. Avanzó unos pasos y dirigió el haz de luz en todas direcciones. Las sombras de los pupitres se unieron en una enmarañada pila de ramas secas que se estiró en una dirección y luego en la opuesta.

En la parte trasera había un mueble con compartimentos para que los alumnos guarden sus mochilas durante las clases. También había una mesa elevada con un moderno televisor y un equipo reproductor de DVD. El colorido del aula era llamativo incluso bajo la escasa luz de la linterna, y junto con el suelo de madera le confería una atmósfera acogedora. Había guirnaldas y láminas elaboradas por los niños. Entre estas últimas había un letrero que anunciaba que aquél era el segundo grado A. En una de las esquinas del frente había un imponente escritorio de roble.

Michael no estaba allí y tampoco en las dos aulas siguientes, que presentaban más o menos el mismo aspecto que la anterior. Antes de entrar a la última, la 19, Paul contempló la placa de bronce junto a la puerta de entrada. Era la primera vez en su vida que entraba a esa aula. Durante la investigación no había creído necesario hacerlo, ni mucho menos pensado que lo haría diez años después. Sin embargo allí estaba. Al traspasar el umbral recordó lo que le había sucedido a Ally con el pupitre que había colocado para detener la puerta y prefirió dejar que ésta se cerrara con un suave movimiento.

El contraste con las otras aulas era extremo. No costaba adivinar que los pupitres agrupados en el centro estaban allí sólo temporalmente para ser utilizados como recambios. Muchos de ellos estaban rotos o excesivamente gastados. Allí no había un escritorio para el maestro, mueble en la parte trasera ni mucho menos un televisor. Tampoco había ningún tipo de adorno. Las paredes estaban inmaculadas y las lámparas blancas en forma de bolas colgaban del techo como cabezas de ahorcados. Era evidente que ni siquiera se habían tomado la molestia de reemplazar los artefactos

eléctricos por las modernas unidades de bajo consumo que Paul había visto en el resto de las aulas.

Paul examinó con detenimiento la pared trasera barriéndola con el haz de la linterna, hasta que en una esquina vio los pósteres a los que Ally había hecho referencia. Lucían avejentados y completamente fuera de lugar. No era difícil imaginar que los pósteres no habían estado allí antes y que era un caso más en la lista de las cortinas, los aros de baloncesto y las mesas de la cafetería. El descubrimiento había dejado de ser novedad y ni siquiera se sintió con ánimos para acercarse y tocarlos como había hecho las otras veces.

Pero sí se sorprendió al iluminar hacia el frente. Había dos pizarrones verdes, y en uno de ellos vio en grandes letras imprenta la palabra ARMA, como había dicho Ally. En el otro, el más alejado a la puerta, había otra palabra que Ally no había revelado o no había advertido: MÁQUINA[3].

En las aulas anteriores había visto pizarras de marcador, no de tiza. La explicación parecía simple: durante los últimos diez años la escuela reemplazó los pizarrones de tiza, pero no lo hicieron allí, donde no tenía sentido pues no eran utilizados. Lo mismo habría sucedido con los artefactos eléctricos. Parecía que el aula 19 había quedado totalmente fuera de los planes de la escuela Woodward, lo cual era lógico. Lo que no guardaba lógica era que en tales condiciones el aula permaneciera abierta. Porque si no era así, entonces ¿quién la había abierto esa noche? ¿Michael? Paul había pensado apenas unos minutos antes que Michael pudo sentirse protegido en el aula 19 y ahora la razón lo llevaba a pensar de la misma manera.

Paul había mantenido la linterna encendida en todo momento. Se acercó a uno de los pupitres en la primera fila y lo ocupó.

Colocó la linterna encendida sobre el pupitre. Un círculo de luz se proyectó sobre la pared delante suyo, entre los dos pizarrones. No supo muy bien por qué permaneció allí o qué esperaba exactamente que sucediera. Michael no estaba en el aula y en poco tiempo tenía que reunirse con Ally en el salón de actos. Quizás esperaba escuchar las voces que ella había oído…

Hasta ese momento había pensado en las dos palabras por separado, pero también podían formar parte de una misma palabra. La leyó en voz alta.

METRALLETA[4]

Parecía que el informante anónimo tenía especial predilección por dejar mensajes en pizarrones de tiza; y también por los acertijos. Primero había sido en la biblioteca y ahora en el aula 19; los únicos dos sitios de toda la escuela donde aún había de esos

pizarrones, al menos que Paul supiera. No podía ser coincidencia. El informante debía tener algún tipo de problema con los rotuladores.

Leyó de nuevo las palabras. Prefería pensar que encontraría la explicación analizándolas por separado. Desde que Ally lo había mencionado en la biblioteca, pensó que la palabra ARMA podía tener relación con Judd. La expresión del cuidador se modificó al escucharla. A Paul no le resultaba difícil concebir que el hombre se sintiera más a gusto con algo de protección para sus noches de soledad. Tampoco era difícil deducir que tener un arma en la escuela iría en contra de toda regla y que la directora lo desaprobaría categóricamente. Era la explicación más plausible y lógica, e incluso Paul podía aventurar cuál era la importancia de que ellos lo supieran. Mientras permanecieran encerrados, un arma en poder de Judd era una invitación inminente a tener problemas (claro que si se trataba de una metralleta las cosas eran aún peores, así que mejor no pensar en eso). El cuidador parecía un volcán a punto de hacer erupción, cualquiera se podía dar cuenta de ello.

En cuanto a la palabra MÁQUINA por separado, no tenía ningún sentido. Era un vocablo amplio. Una máquina podía ser una licuadora, una retroexcavadora, un coche o incluso un ordenador. En lo que a Paul concernía, era el concepto tecnológico más amplio en que podía pensar. Cualquier dispositivo electrónico o mecánico podía ser considerado una máquina. Lo bueno era que en ese momento el campo de búsqueda estaba restringido a la escuela, y ciertamente no había muchos dispositivos electrónicos o mecánicos allí. Pensó en el generador de energía, pero no comprendió cuál podía ser el mensaje.

Paul mantenía la vista en el centro del círculo de luz cuando escuchó algo a sus espaldas: un chasquido, como un latigazo. Se volvió con violencia. Con la pierna golpeó el pupitre y la linterna, que descansaba encima, rodó aceleradamente hasta el borde de la mesa. El círculo en la pared acompañó el movimiento hasta iluminar de lleno la palabra ARMA. Paul reaccionó a tiempo y logró capturar la linterna antes de que se precipitara al suelo.

Con más cuidado, se puso de pie.

El sonido se había producido justo detrás de él.

Proyectó el haz de luz en esa dirección.

No vio a nadie y el sonido no se repitió. Avanzó hasta el final del aula. Algo llamó su atención en el respaldo de madera del último pupitre y se agachó para observarlo. Era diminuto, brillante e inconfundible: se trataba de una bala incrustada. Paul pensó en sacarla, pero finalmente no lo hizo.

La presencia del proyectil no podía significar nada bueno.

Misterio resuelto.

Había un arma en la escuela. Paul estaba dispuesto a apostar a que su instinto no se había equivocado respecto a su dueño. Judd tenía un arma y, más aún, la había disparado allí dentro. Posiblemente esa misma noche. Repasó los primeros minutos posteriores a su arribo a la escuela y el nerviosismo que Judd había evidenciado ante su presencia era innegable. También en las horas posteriores.

Negó con la cabeza. La confirmación de que aquel hombre del tamaño de una montaña tenía un arma era una pésima noticia.

Abandonó el aula 19 experimentando la sensación de haber avanzado, aunque no le gustaba en absoluto la dirección hacia dónde lo había hecho. Llegó al extremo del corredor donde estaba la enfermería, pero se encontró con que, como era de esperar, la puerta estaba cerrada con llave. No obstante la puerta tenía un gran rectángulo de cristal con una cruz estampada en el centro, que permitía ver hacia el interior. Paul acercó el rostro al cristal y colocó una palma a modo de pantalla para protegerse del reflejo de la linterna. Vio una habitación relativamente pequeña con un escritorio, una camilla y un armario que cubría la pared trasera. Allí no había nadie.

5

Sólo restaba buscar en el ala Oeste y Paul no tenía demasiadas esperanzas de encontrar a Michael allí, no sabía bien por qué. Esperaba que Ally hubiera tenido más suerte en la segunda planta.

Cruzó el vestíbulo. Revisó tres aulas similares a las anteriores, un cuarto de limpieza y los tres despachos de la punta. El primero pertenecía a la directora de la escuela elemental, el director de admisiones y el jefe de contabilidad respectivamente. Cada uno tenía su correspondiente escritorio pomposo, archivador y plantas. Como allí había luz no hizo falta más que echar un vistazo rápido desde el umbral.

El corredor se torcía noventa grados a la derecha. El letrero junto a la primera puerta indicaba que ésta conducía a la sala de maestros. Paul la abrió y accionó el interruptor de la luz. Media docena de tubos fluorescentes se encendió como

respuesta. El sonido producido por el generador de energía era más fuerte allí. Paul estimó que debía estar prácticamente debajo de él en ese momento. Cuando las luces se encendieron, el rugido del motor aumentó en potencia para dar respuesta al aumento de demanda.

Allí había algunas mesas redondas con sus respectivas sillas y una serie de muebles alineados contra la pared. También había un refrigerador y una encimera donde descansaba una máquina compacta de café. Michael no estaba allí. Paul apagó la luz y regresó al corredor.

Frente a la sala había dos baños de uso exclusivo para maestros y más allá estaba el despacho de la directora. Paul había creído que encontraría a Kathleen allí, pero la luz no estaba encendida. ¿Seguiría con Judd?

Mientras entraba al despacho recordó la frase pronunciada por la mujer.

Mantenlos alejados de mis manos frías.

No se había detenido demasiado a pensar en ella. Era incoherente, por supuesto, y supuso que eso lo había desalentado a encontrarle un sentido. Tenía que haber escuchado mal.

Estaba de pie frente al escritorio, cuando sus ojos se toparon con una fotografía enmarcada de Kathleen con su hijo adolescente. Paul no recordaba que la mujer tuviera un hijo, o que estuviera casada. Haciendo memoria no recordó haberle visto una alianza, por lo que supuso que quizás era divorciada, o viuda…

Por simple curiosidad se concentró efímeramente en el resto de las fotografías y advirtió que en todas ellas aparecía el hijo de Kathleen a distintas edades. En total eran unas cinco. En el último momento vio una que casi pasó por alto porque no estaba enmarcada sino apoyada en el escritorio. Sintió que el corazón le daba un vuelco. Él no tenía manera de saberlo, pero aquella era la fotografía que Judd había catalogado como *especial* y que había olvidado regresar al cajón antes de su salida apresurada ante los gritos en el aula 19.

En la fotografía, Kathleen aparecía junto a dos mujeres. La de la derecha era Eva Farris, la difunta esposa de Paul.

6

Paul conoció a Eva en la fiesta de cumpleaños de Phill Thomas, su jefe directo en el *Times*. Lo primero que pensó al verla fue que su aspecto y maneras eran las de una mujer sencilla. Eva vestía unos vaqueros bordados y una camisa a cuadros; llevaba el cabello castaño largo hasta los hombros con mechas más claras.

Esa noche apenas hablaron, pero la conexión entre ellos no pasó inadvertida. Él le hablo de su trabajo como periodista en el *Times* (una prestigiosa carta que Paul jugaba casi inconscientemente) y que, en vistas de cómo resultaron las cosas, fue como si un niño presumiera su vieja consola de juegos al hijo de Bill Gates. Ella le dijo que se encargaba de llevar adelante un negocio familiar pero no dio mayores precisiones. Los ojos de Eva eran de un verde intenso y apenas llevaba maquillaje, a diferencia de las otras mujeres de la fiesta que parecían anuncios andantes de productos cosméticos. Convinieron verse durante la semana y almorzar. Paul pasaría a recogerla por su *pequeña* empresa familiar a las doce en punto.

Cuando Paul aparcó su Honda frente al edificio de seis plantas con la inscripción *Topaz Technologies* en inmensas letras metálicas, pensó que se había equivocado de dirección. Había elaborado una imagen mental de lo que lo esperaba; quizás una tienda de antigüedades, a la cual entraría para buscar a Eva con la mirada, hasta encontrarla en la parte trasera, atendiendo a una pareja de recién casados que tenía intenciones de dejar su lista de regalos. En aquella imagen mental, ella vestía la misma camisa a cuadros que en la fiesta de Phill Thomas.

El edificio de seis plantas lo desconcertó. Eva le había dado la dirección y él la había memorizado, de modo que la única manera de confirmar su error sería entrando al edificio y preguntar por ella. Cruzó una puerta de accionamiento automático y avanzó por un recinto amplio en dirección a un mostrador curvo. Detrás de éste, una muchacha joven lo escoltó con la mirada, mientras Paul observaba hacia los lados para fortalecer su idea de que aquel no era el lugar correcto. La arquitectura del edificio había sido reciclada por completo: columnas revestidas en acero inoxidable, cristales glaseados, suelos de mármol. Aquello parecía una dependencia de una agencia ultra secreta del gobierno y no un emprendimiento familiar atendido por Shania Twain.

La muchacha del mostrador preguntó a Paul a quién buscaba y él se lo dijo, consciente de que la respuesta que recibiría sería algo así como: «No conozco a ninguna Eva Ambers, pero creo haber oído su nombre en la pastelería de la esquina». Pero la muchacha asintió y le pidió sus datos mientras le entregaba una credencial

plastificada y le recomendaba que se la colocara en un lugar visible. Entonces presionó una serie de teclas en su ordenador. Segundos después habló por el intercomunicador adosado a su rostro y anunció que Paul Farris estaba en la recepción y que buscaba a la señorita Ambers.

La muchacha pidió a Paul que aguardara un minuto y él lo hizo, sentado en uno de los asientos de cuero dignos de un prestigioso bufete de abogados. El techo tenía unos seis metros de altura.

Cinco minutos después la muchacha volvió a comunicarse por el intercomunicador y dedicó a Paul una sonrisa. La señorita Ambers debía terminar de resolver unos asuntos, le explicó, pero con gusto lo haría pasar a su oficina, en el sexto piso, para esperarla. Paul tomó el ascensor. Dos hombres se unieron a él en el primer piso y lo acompañaron hasta el tercero. Lo saludaron y hablaron entre ellos acerca del problema que presentaba el T-23, el cual, por lo que Paul pudo escuchar, tenía que ver con un inusitado campo magnético que hacía imposible la configuración de bla bla bla… ¿Qué sitio era ese? ¿La fábrica de los *Terminators*?

Paul estaba azorado. Cuando los dos hombres bajaron del ascensor pudo ver que aquella parte del edificio estaba ocupada por un gran laboratorio. Se preguntó por qué Phill no lo había puesto sobre aviso acerca de las verdaderas ocupaciones de Eva. Negó con la cabeza al recordar cómo había exagerado las complicaciones de su labor como periodista durante la fiesta.

En el sexto piso las cosas no cambiaron. Paul avanzó por un inmenso vestíbulo alfombrado dónde otra mujer, ésta más joven que la anterior, lo recibió con su sonrisa perfecta. Antes de que pudiera decir nada, un hombre emergió de un pasillo a la derecha; llevaba un impecable traje oscuro y el cabello peinado hacia atrás. Le dijo a Lizy que iría a ver al señor Taylor antes de lo previsto, que ya había hablado con él ayer pero que se lo recordara a su secretaria de todos modos. Lizy le dijo que no se preocupara, que ella se ocuparía.

Lizy se volvió hacia a Paul y dijo:

—La señorita Ambers lo está esperando…

Dejó la frase en suspenso, pero Paul se encargó de completarla dentro de su cabeza: *en su simulador privado de gravitación cero, donde podrán flotar juntos un rato*

Resignado, Paul siguió las instrucciones para llegar a la oficina de Eva. Recorrió el pasillo de la derecha y al llegar a una sala pequeña viró a la izquierda. Se encontró con una puerta de dos hojas de cristal oscuro y a su lado la leyenda:

Más tarde Paul bromearía con el hecho de que ella lo hiciera subir a su oficina aquella primera vez. «Querías que supiera cuán importante eras…» le diría al oído, y ella le respondería que estaba en lo cierto, que así había ocurrido exactamente.

Cuando Paul entró, encontró a Eva hablando por teléfono tras un escritorio enorme. Ella lo observó con expresión de fingido agotamiento y sacudiendo la cabeza; le indicó con un ademán que se pusiera cómodo y él lo hizo; ocupó uno de los sillones de cuero junto a una mesa baja de cristal. Sobre la mesa había al menos una docena de revistas técnicas que Paul no había leído ni oído mencionar en su vida.

En aquel momento se preguntó qué podía tener en común con Eva. Paul a duras penas podía utilizar su procesador de textos y los ordenadores lo ponían nervioso. Se dijo que almorzaría con ella por respeto, pero procuraría ser lo más breve posible. Diría que tenía poco tiempo, lo cual era cierto en realidad.

Cuando Eva interrumpió la comunicación y se acercó, Paul advirtió que allí estaba la sonrisa que lo había cautivado el fin de semana. Ahora vestía una falda que le cubría las rodillas y una camisa blanca. Llevaba el cabello recogido.

A pesar de los pronósticos de Paul, el almuerzo fue un éxito.

Fueron a un restaurante de comida italiana recomendación de Eva. El lugar distaba de ser un reducto selecto para jóvenes ejecutivos (como Paul había esperado), sino todo lo contrario. *La Tavola di Mateo* era un diminuto y chispeante lugar para pasar el rato, en el que el propio Mateo, un italiano que hacía más de veinte años que vivía en América pero que no había perdido la costumbre de condimentar sus conversaciones con palabras en italiano, los recibió personalmente. Saludó a Eva efusivamente y en pocos segundos Paul se convirtió en *Il giornalista*.

Durante aquel primer almuerzo hablaron muy poco de sus respectivos trabajos, cosa que se convertiría en una constante en el futuro. Paul se limitó a preguntarle a su futura esposa a qué se dedicaba exactamente y ella le dijo que la compañía, fundada hacía más de treinta años por su propio padre, se especializaba en la prueba de elementos electrónicos. Básicamente, explicó Eva, antes de que un componente de algún dispositivo electrónico sea lanzado al mercado, debía ser probado en diferentes circunstancias. Muchas marcas contaban con sus propios laboratorios, pero otras preferían que empresas externas llevaran a cabo los procesos de prueba. Eva era la directora de *Topaz* desde hacía dos años.

Paul siguió el relato con atención. Durante sus estudios Eva había trabajado en la

firma como encargada de uno de los laboratorios, pero al poco tiempo de su graduación su padre había decidido que era tiempo de dejar su puesto de director y pasárselo a su hija. Mientras sorbía un largo fideo, Eva le dijo que ser la hija del dueño tenía sus privilegios y ambos rieron. Hacía años que su padre le venía advirtiendo que sería ella, su única hija, quién tendría la responsabilidad de llevar adelante la compañía. El señor Ambers no veía la hora de largarse de la ciudad para dedicarse a la cría de caballos, su verdadera pasión.

Esa noche Paul apenas durmió. La sensación de haber conocido a una mujer especial era demasiado intensa. Volvió a ver a Eva a la semana siguiente, esta vez para cenar, y un año después se casaron. La ceremonia tuvo lugar al aire libre, en la finca de crianza de caballos de Ambers. Doscientos invitados fueron testigo de la unión de Eva y Paul. Aquel día soleado el Padre Edwards les preguntó si juraban amarse hasta que la muerte los separara y ellos dijeron que sí.

Y cumplieron. Porque cuando la muerte los separó seguían amándose tanto o más que en aquel momento.

Después del casamiento ella se deshizo de su apartamento y con el dinero que obtuvieron, más los ahorros de ambos y un aporte generoso del señor Ambers, lograron comprar el cincuenta por ciento de la hipoteca de un espacioso apartamento de dos plantas en el centro de la ciudad. La convivencia resultó gratamente placentera. No deterioró la relación sino que la fortaleció. Las carreras de ambos eran demandantes y no era extraño que debieran permanecer en sus respectivos puestos de trabajo después de horas; sin embargo hicieron el compromiso de no dejar de cenar juntos una sola noche.

Y también lo cumplieron.

Dos años de convivencia fueron suficientes para que la idea de tener un hijo comenzara a formar parte de las conversaciones de la pareja. Ambos habían estado de acuerdo desde el principio en no apresurar la relación, pero dos años parecía el momento adecuado para que la familia Farris creciera. Eva interrumpió la ingesta de píldoras y durante seis meses no ocurrió nada. Visitaron a un especialista, el doctor Trevisani, quién los sometió a una serie de estudios cuyos resultados tuvieron al cabo de una semana.

Fue una semana larga. Ninguno de los dos creía no poder superar la noticia si es que acaso no podían concebir un niño, pero sin dudas no sería sencillo. Siempre existía la posibilidad de adoptar, y si bien era un tema que no habían hablado todavía, cada uno lo había sopesado internamente. Cuando los resultados estuvieron listos, el doctor Trevisani los citó en su consultorio y sin preámbulos les dijo que las cosas

estaban bien. El esperma de Paul tenía una movilidad levemente más baja de lo normal, pero nada más… sería cuestión de tiempo hasta que Eva quedara embarazada.

Siguieron intentándolo.

Paul no podía quejarse. Su matrimonio marchaba sobre ruedas y su labor como periodista era más prometedora cada día. Se había convertido en la mano derecha de Phill y numerosos artículos de prestigio le fueron asignados. El caso del aula 19 fue el detonante para este ascenso. Había sido un caso que no había recibido la cobertura necesaria por parte del *Times* (al menos a criterio de Phill), y el primer aniversario fue una buena excusa para brindarle a los lectores una investigación profunda de lo ocurrido. El conocimiento que Paul tenía del acusado, George Hannigan, lo colocaba en una posición inmejorable para redactar la serie de artículos, que le requirió casi tres meses de trabajo.

Los artículos tuvieron una repercusión notable en todo el país y las cartas de lectores llovieron a la redacción del *Times* durante semanas. Paul se había convertido en una joven promesa.

En casa todo marchaba a pedir de boca. Eva era fantástica, con un endiablado sentido del humor que no dejaba de sorprender a Paul día a día. Tenía su vida de ejecutiva, cierto, pero al mismo tiempo mantenía los pies sobre la tierra. No sólo tenía una vida fuera de su trabajo, sino que la cultivaba a diario. Le encantaba pasar un rato agradable con amigos, ir al cine y tomaba clases de fotografía, disciplina en la que estaba progresando rápidamente. Paul admiraba su frescura a la hora de enfrentar la vida, sin inventar problemas donde no los había y dando a las cosas la importancia justa. Él decía, mitad en broma mitad en serio, que ella disponía de un lado masculino que le permitía actuar con despreocupación, o utilizar el humor como una cimitarra afilada y efectiva para distender una situación tensa. Eva podía ser impredecible y lanzada, y un segundo después comportarse con inteligencia y sensibilidad. Todo lo hacía sin verse forzada y sin aspiraciones subyacentes. Paul no se había equivocado en su juicio inicial al considerarla una mujer sencilla, y era algo de lo que se jactaba secretamente, pues había captado la esencia de su futura esposa en los primeros segundos luego de haberla conocido.

7

Seis años después de casarse, Paul y Eva seguían siendo felices. La euforia inicial, lo novedoso y el descubrimiento de un mundo nuevo que les pertenecía, adornaron aquellos primeros años en los que sus respectivas carreras se mantuvieron en la senda correcta y en ascenso. Lograron pagar la hipoteca y siguieron adelante con la búsqueda de un hijo, aunque al parecer los nadadores de Paul eran más lentos de lo que había estimado el doctor Trevisani. Pero no perdían las esperanzas. Lazos más profundos se forjaron entre ellos y nuevos desafíos se hicieron presentes. Discutían con poca frecuencia y cuando lo hacían nunca cruzaban la línea del respeto. Seguía en pie el pacto de no cenar fuera de casa y lo cumplían. También habían incorporado otros, como permitirse veinte días de vacaciones al año en algún lugar remoto o salir a cenar en el aniversario de casados, San Valentín, los cumpleaños, etc. Disfrutaban de la compañía mutua y ninguna de las salidas representaba un sacrificio en sí mismo, pero eran de la idea de que si un día dejaban pasar por alto alguno de sus *pactos*, sería el inicio del deterioro de la relación. Ambos sentían un profundo respeto por el amor que se tenían, pero no estaban dispuestos a apostar a él como único sustento de su vida conyugal. Estar casados era un trabajo; el más placentero del mundo para ellos, cierto, pero un trabajo al fin.

Ninguno de los dos sabía que la aventura conjunta tenía fecha de vencimiento. Y una muy cercana, por cierto: apenas seis años.

Una mañana, Phill pidió a Paul que lo viera en su oficina. Le dijo que tomara asiento y le habló sin rodeos, como era su costumbre. Quería que investigara una red de prostitución en Nueva York. La información que tenían hasta el momento indicaba que funcionarios del gobierno local podían estar implicados en el asunto, de manera que no hacía falta hacer hincapié en la delicadeza del tema. Phill le dijo a Paul que nadie podría escarbar con la velocidad y profundidad con la que él lo haría. Le dio su palabra, además, de que si las cosas se ponían más turbias de lo esperado, abandonarían todo y no publicarían una sola palabra.

Paul aceptó. Le debía a Phill su carrera y confiaba en él.

El hombre que había permitido vislumbrar la punta del iceberg era un tal William Zaine, quien con unas copas encima, había abierto la boca durante un cóctel de empresarios con el mal tino (para él) de que un íntimo amigo de Phill alcanzó a escucharlo. Paul sabía que debía empezar por ahí; no tenía otro camino. Una investigación inicial arrojó que Zaine se había marchado a Los Angeles y que literalmente había desaparecido de los lugares que frecuentaba. A través de su

hermana, Paul lo rastreó hasta un motel en Zakary View, pero cuando se presentó el hombre le dijo que no tenía nada que decir y que si volvía a visitarlo no lo encontraría. Lo cual ocurrió.

Zaine había dejado atrás un negocio rentable en Nueva York de organización de eventos sociales, principalmente bodas y recepciones de personalidades importantes; una verdadera mina de oro a la que había dejado abandonada para evaporarse en el extremo opuesto del país.

Paul consiguió los registros telefónicos de Zaine de los últimos tres meses e hizo un análisis de todos ellos. Descartó algunos pertenecientes a familiares y luego otros que rápidamente relacionó con su trabajo. Se encontró entonces con una lista extensísima de números telefónicos (más de cien) que valía la pena investigar un poco más. No había políticos locales o personalidades de renombre. Nada.

El siguiente paso consistió en inventar a un personaje relacionado con Zaine y hacer llamadas al azar. Era un método disparatado y a priori poco efectivo, pero fue lo único que se le ocurrió en ese momento. Se haría pasar por un empresario local que había trabado amistad gracias a la *fabulosa* fiesta de casamiento que Zaine había organizado para su hija. Diría que él le había proporcionado ese número para tratar algunos negocios confidenciales. Si se trataba de la persona equivocada, por ejemplo un cliente o un amigo, no tenía más que aducir que probablemente había habido una confusión con el número telefónico y que él se encargaría de arreglarlo con Zaine. Tenía la certeza de que si era convincente en el diálogo, lograría descartar a aquellos que no tuvieran relación con la investigación y lograr dar con alguien que fuera el contacto con la red que buscaban. Hasta ese momento era difícil saber el grado de participación de Zaine, por lo que había que moverse con sumo cuidado. Todo parecía indicar que el hombre no era un miembro activo dentro de la red, pero que sí hacía uso de ella para ciertos personajes que ocasionalmente contrataban sus servicios.

Dos semanas, y casi cincuenta llamadas telefónicas después, la suerte estuvo de su lado. Una mujer llamada Rita Fujitsu dijo que creía poder ayudarlo, pero que primero tendría que discutirlo con el señor Zaine. Paul, que había previsto una reacción semejante, dijo que él había intentado contactarlo últimamente pero sin éxito. Su hermana le había dicho que estaba en Los Angeles y le había proporcionado el nombre de un motel, pero el hombre no estaba allí. Fujitsu le dijo que de todas maneras trataría de localizarlo y que volverían a hablar al día siguiente. A Paul no le pareció buena idea insistir y creyó que sería mejor que la mujer comprobara que lo que él acababa de decirle era verdad.

Hablaron tres veces más. Paul, en el personaje de James Weissman, fue escueto

respecto a sus necesidades específicas, lo cual era consecuente con su desconocimiento, pero también con tratarse de los primeros contactos telefónicos. Al tercer llamado la mujer accedió a verlo. Lo harían en un Starbucks.

La señorita Rita lo puso nervioso en menos de cinco segundos. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, de mirada fría y calculadora. Hablaba un inglés correcto, pero era evidente que no era su lengua natal.

Paul debió fortalecer el perfil de su personaje y convirtió a James Weissman en el dueño de una fortuna familiar con inversiones en distintas empresas de tecnología. Mencionó un puñado de compañías medianas acerca de las que había investigado lo mínimo indispensable y cometió el fatídico error de incluir entre ellas a *Topaz Technologies*. En ese momento supuso que mencionar algunas compañías le aportaría mayor credibilidad a la historia y que, siendo apenas un accionista, nadie perdería tiempo en verificar esas conexiones. Cuando Rita se mostró interesada en su relación con Zaine, simplemente le dijo que lo había conocido a través de un allegado común cuando buscaba un organizador para la boda de su hija. Eventualmente entablaron una relación a la que sería exagerado calificar de amistosa, pero sí llegaron a comentar algunos intereses comunes, que trajeron a colación el nombre de Fujitsu.

Fue necesaria una segunda reunión para que Rita Fujitsu empezara a hablar con franqueza de lo que podía ofrecerle exactamente. Paul navegó por aguas poco seguras, dando a entender en todo momento que sabía de lo que la mujer le hablaba y al mismo tiempo procurando averiguar lo máximo posible. La verdad resultó escalofriante. Fujitsu podía proporcionarle acceso a una siniestra organización que se dedicaba a la trata de mujeres de origen oriental, mayormente japonesas. Se trataba de niñas de entre trece y quince años que trasladaban al país con fines de estudio, siempre bajo el consentimiento de los padres. Éstos recibían a cambio fuertes sumas de dinero; y en muchos casos nunca volvían a verlas.

Fujitsu lo contactó con un hombre de apellido Emerson, un individuo repulsivo de labios gruesos y malhablado, cuyos trajes siempre impecables no le sentaban en absoluto. Emerson era más adepto a la lengua que la señora Fujitsu y fue quién proporcionó a Paul los detalles más espeluznantes. Las niñas pasaban a ser propiedad de prostíbulos que formaban parte de la red, en los cuales se las utilizaba hasta que cruzaban la barrera de los diecisiete; más allá de la cual se volvían, según el propio Emerson, en inservibles. El hombre le dijo a Paul con total naturalidad que la mayoría de las muchachas terminaban mal, en drogas o cortándose las venas. Mientras tanto, Emerson podía proporcionarle acceso a cualquiera de estos sitios, los cuales estaban orientados según las preferencias de los clientes. Paul se sintió particularmente

miserable mientras recopiló información de las posibilidades que Emerson le ofrecía en bandeja de plata.

La red era intocable. Dos o tres peces gordos se encargaban de que todo funcionara como una máquina aceitada. Para acceder a ella había que cruzar una serie de filtros. Fujitsu y Emerson eran dos de esos filtros.

Paul mantuvo en todo momento a Phill al tanto de su investigación. Incluso redactó una serie de artículos que no se publicaron, a la espera de llegar al fondo de todo. Después decidirían qué saldría a la luz y cuándo. Contrariamente con lo que habían supuesto al principio, no había grandes conexiones entre la red y el poder político local. Seguramente existiría un conocimiento y utilización de sus servicios, con la consiguiente protección de la policía, pero nada más. Al menos no la habían detectado todavía.

Fue entonces cuando el secuestro de Eva tuvo lugar.

Ocurrió en algún punto entre la puerta de casa y *Topaz*. La vecina, la señora DeLorean, la había visto salir a las siete en punto, según diría más tarde. Le explicaría a la policía que había estado ocupándose de su jardín desde hacía una hora cuando la vio. Dijo que Eva la saludó por sobre el seto divisorio como hacía cada mañana y que parecía apresurada, pero que no advirtió nada anormal.

Nunca se pudo determinar dónde o cuándo tuvo lugar el secuestro exactamente.

Las casualidades hicieron que esa mañana Paul intentara hablar con Eva sin un motivo especial. Él había salido de casa temprano y no se habían visto, así que quizás sólo deseaba desearle buena suerte para ese día. No era extraño que se telefonearan sin motivo alguno; no lo hacían a diario, pero era frecuente. Cuando ella no contestó, Paul no se alarmó. Dejó un mensaje y le pidió que le devolviera la llamada.

Durante la tarde repitió la llamada, pero esta vez no quedó conforme con dejar un mensaje. Se comunicó con Lizy y ella le dijo que Eva no se había presentado en la oficina y que tampoco había respondido a sus mensajes. En ese momento supo que algo malo había ocurrido. Durante la tarde se ocupó de hablar con familiares, amigos y todo aquél que pudiera saber algo. No obstante sabía que si Eva se ausentaba de su trabajo y no se reportaba con Lizy o con él era porque algo malo le había sucedido.

La buscó por todas partes y dio aviso a la policía. Un par de oficiales recopilaron los datos necesarios, una descripción detallada de ella, de su coche y de la ruta que normalmente tomaba para dirigirse al trabajo. Le pidieron que se mantuviera localizable.

Pasó una noche horrible. Al día siguiente lo que menos tenía era intención de pasar la mañana en la redacción.

Hasta ese momento no había pensado en la ausencia de Eva como un secuestro, pero los artículos acerca de la red de prostitución (que no le había mencionado a la policía), podían ser un buen motivo para que alguien estuviera molesto con él. Repasó sus pasos en la investigación y era cierto que por momentos no había sido todo lo precavido que cabría esperar en un asunto tan delicado. Ésta no era una investigación como cualquiera; no era una tragedia escolar como la del aula 19… y bien podían haberlo reconocido, o seguido. ¡Dios, si hasta había mencionado a *Topaz Technologies* en una de las conversaciones! Cuantas más vueltas le daba al asunto, más se convencía de lo estúpido que había sido. ¿Quién lo habría reconocido? ¿Fujitsu? ¿Emerson? En cualquiera de aquellos encuentros alguien podría haberlo seguido para averiguar un poco más del misterioso hombre de negocios, cuyo nombre falso sería fácilmente detectable. Había jugado sus cartas como si buscara una primicia con el jardinero de Britney Spears, cuando en realidad trataba con gente a quien le importaba un rábano destrozar la vida de niñas de trece años.

Habló con Emerson y le dijo que debía verlo de inmediato. Milagrosamente, el hombre aceptó. Emerson lo citó en el aparcamiento de un centro comercial, y cuando Paul ya estaba allí lo llamó y le dio nuevas instrucciones. Le pidió que condujera por una ruta específica y que no interrumpiera la comunicación. En un cruce sin concurrencia le pidió que se detuviera y en pocos segundos un *Mercedes* hizo lo propio junto a su *Honda*. Cuando el cristal oscuro descendió, allí estaba el rostro grasiento de Emerson con el móvil pegado a la oreja. Paul bajó el vidrio del acompañante y ambos se miraron.

—Esta es la última vez que nos veremos —dijo Emerson con sequedad.

—No publicaré nada.

—Lo sé. En poco tiempo íbamos a sugerírtelo, pero te nos has adelantado. Farris, ni se te ocurra publicar una sola palabra.

El *Mercedes* se puso en marcha con un rugido y desapareció. Paul permaneció tras el volante sin poder controlarse. Las manos le temblaban. Las observó como si no le pertenecieran durante casi dos minutos, tras los cuales se obligó a aferrar el volante y acelerar. Sentía que debía mantenerse entero pero no pudo, las lágrimas brotaron de todos modos.

Regresó a la redacción con aspecto desaliñado y el rostro desencajado. Algunos amigos, entre ellos Tim Hilldale, de deportes, procuraron detenerlo para saber qué le ocurría, pero se las arregló para indicarles con un ademán que aquel no era el mejor momento. Encontró a Phill en su oficina. Cuando él le quiso preguntar algo lo interrumpió con otro ademán y le dijo que debían hablar. Lo hizo sin rodeos. Le habló

del encuentro con Emerson y de cómo éste había utilizado su apellido deliberadamente. Le reveló algunos pormenores de la investigación que no habían discutido en su momento y de inmediato Phill estuvo de acuerdo en no seguir adelante. La historia probablemente no iba a publicarse de todos modos. Lamentó enormemente lo ocurrido, pero confiaba en que Emerson le había creído y que pronto liberarían a Eva.

En ese momento Paul recibió la llamada de la policía. Ni siquiera recordaba el nombre del oficial que le dio la noticia. Sin embargo sí recordaría cada detalle a su alrededor, el telón de fondo de aquél fatídico instante quedaría grabado a fuego en su cabeza para siempre. El entrecejo de Phill, dónde decenas de arrugas minúsculas surgieron como un diminuto espectáculo de fuegos de artificio. Sobre el escritorio, normalmente desordenado, una serie de artículos yacían diseminados, había dos cuadernos de notas con nombres, eventos, todos ellos relacionados con la investigación que Paul estaba llevando adelante. En una milésima de segundo aquél mundo se alejó un millón de años luz ante la contundencia de la noticia. *¿Le han hecho daño a Eva?* Se oyó preguntar. Daño. En la oficina de Phill el sol entraba de manera oblicua y dibujaba líneas amarillas en una de las estanterías. Phill llevaba un pantalón azul y la camisa arremangada. El saco descansaba en la silla giratoria; Paul podía verlo *todo*. Del bolsillo delantero de la camisa de su jefe emergía una lapicera a tinta Sheaffer. Phill decía que estaban en vías de extinción pero que no había como el trazo de una de ellas. *¿Cuándo ha ocurrido?* Phill rodeó el escritorio y se acercó. *¿Alguien ha visto algo?* Las líneas amarillas ahora coloreaban a Phill. Una de las libretas tenía el nombre de Emerson y una flecha descuidada (que no había sido realizada con la sofisticada Sheaffer) lo vinculaba con un gran signo de interrogación.

El coche de Eva fue hallado aparcado en un vecindario tranquilo. Ella estaba en el maletero. Muerta.

¿Por qué la habían matado?

Paul había prometido no publicar una sola palabra.

¿Por qué la habían matado?

Era probable que lo hubieran hecho incluso antes de su encuentro con Emerson.

¿Por qué la habían matado?

Ni siquiera le habían hecho una advertencia.

Era imposible pensar como uno de ellos; porque hacerlo supondría creerse capaz de comprar niñas de trece años y arrojarlas al infierno. Lo que habían hecho carecía de lógica. No le habían enviado siquiera una señal, una advertencia, nada. El pensamiento eclipsaba su juicio. Había perdido a Eva.

No puede ser posible.

Los primeros días fueron como caminar a tientas en una habitación oscura. En el apartamento todo era Eva: su libro a medio leer seguía en la mesa de noche, sus recordatorios sostenidos con imanes en la heladera esperaban ser leídos, su despertador sonaría a las seis cada día, su mermelada favorita esperaba ser abierta. No podía siquiera plantearse seriamente tocar sus cosas; menos colocarlas en una caja con la leyenda: cosas de Eva. El rostro sin vida al que había debido reconocer a través de un vidrio flotaba superpuesto mientras vagaba por la casa como un fantasma. Aquello no podía estar sucediendo. No le habían dado una chance de probar su amor por ella. La habían matado, así sin más.

¿Por qué la habían matado?

Un detective de apellido italiano se hizo cargo de la investigación. Paul le brindó toda la información con que contaba. Le dio todas sus notas de los artículos del *Times* y le habló de los encuentros con Fujitsu y Emerson. No se sorprendió cuando más tarde el detective le dijo que no habían podido localizarlos en los números que les había proporcionado. Paul no tenía la más mínima esperanza de que la policía llegara al fondo de la investigación, y tampoco le interesó demasiado, por horrible que eso resulte. Colaboró porque era su deber, pero lo hizo con desgano y desesperanzado, con la preocupación creciente de alguien que conforme pasan los días no vislumbra una salida posible. Eventualmente debería rehacer su vida; olvidar a Eva; volver a enamorarse… Cuánto más lo pensaba, más desamparado se sentía. No quería olvidar a Eva. No quería dejar de pensar en ella ni un segundo.

La fase inicial fue de desolación. La siguiente de locura. Dos semanas después de la muerte de su esposa se presentó al Times. Se suponía que no debía regresar todavía. Phill le había dicho que se tomara un par de meses y que recién entonces verían qué harían. La realidad es que el propio Phill se sentía profundamente afectado por lo sucedido. Estimaba a Eva muchísimo; había sido el artífice de la unión con Paul, pero también lo había impulsado a escribir la estúpida historia. Cuando vio entrar a Paul en su oficina se preocupó primero y asustó después. Llevaba el cabello descuidado, no se había afeitado y un par de ojeras atestiguaban la falta de sueño. Cuando habló, lo hizo con furia.

—Quiero que publiquemos todo, Phill. Por favor.

Phill sintió un dolor físico en el corazón al escuchar el tono de impotencia en aquellas palabras. En el fondo había esperado una reacción de ese tipo, porque sabía que Paul era un hombre que no podía dejar las cosas por la mitad. No obstante sabía también que él tenía una esposa y dos hijas adolescentes y que aquella gente ya había

dado pruebas suficientes de lo que era capaz. Les habían dejado claro, incluso, que no les gustaba dar rodeos y perder tiempo con advertencias. La pregunta que Paul se había formulado un sinnúmero de veces respecto a por qué no le habían dado una oportunidad de salvar a su esposa se respondía muy fácilmente: de esta manera, a *nadie* se le ocurriría publicar la historia. Si amenazaban a Paul era probable que lo asustaran y no quisiera publicar nada, pero ¿qué tal si otro periodista valeroso tenía ganas de hacerlo? La muerte de Eva acabaría con cualquier intento de sacar la historia a la luz.

—No podemos publicar nada —dijo Phill con suavidad mientras se acercaba y lo abrazaba.

—Me arrebataron a Eva —dijo Paul en voz baja—. No tengo nada más que puedan quitarme.

Phill midió sus palabras. No quería que sonaran egoístas.

—Sabes que no servirá de nada hacerlo, Paul —le dijo—. La policía no ha investigado nada.

Él asintió, con el rostro surcado por lágrimas de impotencia y desolación.

8

Paul seguía de pie en el despacho de Kathleen. Sostenía la fotografía en la que ella aparecía junto a su esposa Eva y otra mujer a la que no reconoció.

Cuando había llevado a cabo la investigación en la escuela Woodward, casi un año después de la tragedia del aula 19, Eva lo acompañó un par de veces. Querían fotografías actualizadas para los artículos y Paul pensó que su esposa podría tomarlas. Buscaban dar un enfoque optimista mediante fotografías tomadas de día y con la escuela funcionando normalmente. Phill no tuvo ningún problema. Eva se transformó entonces en fotógrafa del *Times*, al menos por esta vez. Afrontó la faena con suma seriedad; se tomó unos días de vacaciones e hizo un buen trabajo. Logró fotografías en las que los niños no observaban directamente a la cámara, sino que parecían despreocupados y abocados a lo que fuera que hacían en ese momento. Ese era

exactamente el espíritu que Paul quería capturar en sus artículos. Sí, había catorce niños muertos y nunca deberían olvidarlo, pero también había otros niños en la escuela de los que había que ocuparse. Por ese entonces se cuestionaba la continuidad de la escuela y a Paul le pareció importante dejar asentada una postura al respecto.

Por esos días Paul se ocupó de entrevistar a todo el personal. Eva estuvo presente algunas veces, pero otras no. Fue en esas horas de ocio cuando ella conoció a la flamante directora, Kathleen Blake. La mujer se le acercó tímidamente para comentarle que siempre le había gustado la fotografía pero que nunca había encontrado el tiempo para estudiar. Le preguntó cómo era la vida de una fotógrafa profesional y Eva desde luego rió y le explicó que en su caso se trataba sólo de un pasatiempo. Estaba allí porque Paul había tenido la gentileza de permitirlo. Le dijo además que estaba tomando un curso que apenas había comenzado y que si le interesaba podía hacer que la aceptaran.

La directora dijo que lo pensaría.

Kathleen se incorporó al curso y ambas mujeres entablaron un vínculo que se prolongó durante un tiempo. No eran amigas íntimas, pero sí se mantenían en contacto. Paul no conocía demasiado a los amigos de fotografía de Eva; era un mundo en el que premeditadamente no se inmiscuía. Salvo a Kathleen, podría decirse que recordaba algunos rostros, pero ningún nombre. Después de la muerte de Eva perdió contacto con ellos por completo.

A Paul el hallazgo de la fotografía lo sorprendió. Sabía del vínculo entre su esposa y Kathleen, pero no tenía mucho sentido que la directora conservara un retrato de ambas en su despacho. Era cierto que había otra mujer en la fotografía, y podía ser la razón, pero aun así el hecho de que no estuviera enmarcada resultaba llamativo.

En lugar de devolverla donde la había encontrado, la escondió en la biblioteca, entre dos libros que eligió al azar.

Cuando salió del despacho se dirigió a la administración, al final del corredor. Se sorprendió al advertir luz en la rendija bajo la puerta. La abrió procurando hacer el menor ruido posible.

Aquél era un recinto amplio, con media docena de escritorios y divisiones bajas de madera. Una buena cantidad de plantas para interior decoraban la estancia.

En el momento en que él entró, Kathleen emergía tras una puerta a un costado. La sorpresa al verlo fue evidente. Se estudiaron un instante.

—Hola Paul —dijo Kathleen cerrando la puerta.

—Hola —respondió él— ¿Qué hay tras esa puerta?

—El archivo. La información más reciente la almacenamos en los archivadores; el

resto está aquí.

—¿Puedo verlo?

—¿Para qué quieres verlo?

La realidad era que aquél era el último sitio de la planta baja en el que Michael podía estar escondido, y era más que obvio que allí estaba precisamente. Faltaba un letrero en la frente de Kathleen con la leyenda «Estoy ocultando algo aquí adentro». Se sintió molesto y decidió que se ahorraría la parte en la que explicaba que Michael había desaparecido. Al fin de cuentas, ella ya lo sabía.

—No hay mucho para hacer —dijo Paul— ¿Tienen fotografías de todos los niños allí dentro?

—Sí.

—¡Me encanta ver fotografías!

Sin esperar una autorización expresa, avanzó con paso decidido hacia el archivo. Kathleen no se lo impidió. Cuando abrió la puerta y realizó una rápida inspección visual se sintió decepcionado y un poco avergonzado. Allí no había nadie. Era un espacio reducido con estanterías de suelo a techo colmadas de cajas de cartón rotuladas. En la parte trasera había unos archivadores metálicos y más cajas apiladas. Su instinto le había fallado por completo.

—Perdón —dijo al salir—, no sé qué esperaba encontrar.

—Te entiendo.

—Esos niños en el corredor me han hecho perder el juicio.

Kathleen dio media vuelta y caminó hacia uno de los escritorios; un letrero plástico indicaba que pertenecía a Wendy Coleman. Se sentó y entrelazó las manos sobre el escritorio. Lo hizo inconscientemente, pero era la postura que adquiría cuando debía tratar con algún padre un tema serio que involucraba a su hijo.

Paul trajo una silla que estaba contra la pared y la acercó al escritorio. Se sentó y movió la cabeza formando círculos hasta que los huesos del cuello crujieron.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo él.

—Claro.

¿Por qué acabo de ver una foto de Eva en tu escritorio?

—¿Crees que Hannigan lo hizo? —preguntó Paul.

—Claro que lo creo —aseveró Kathleen—. El estado de los cuerpos, su viaje a África, los pinchazos… ah, y el pequeño detalle, su confesión. Te lo dije en ese entonces Paul, Hannigan era un hombre que no parecía una mala persona, pero ciertamente era extraño.

—Todo lo que has dicho me resultaba convincente —reflexionó Paul—. Pero

ahora el tiempo afuera se ha detenido, no podemos abrir las puertas, hemos escuchado voces y visto niños que no existen… ¿Has visto las cortinas en los corredores del frente?

—Sí, las he visto.

—Me parece que es hora de agregar nuevas variables a la ecuación.

Kathleen lo pensó un segundo.

—En eso tienes razón.

—¿Recuerdas las frases que escribí en la pizarra de la biblioteca?

Kathleen asintió.

—Alguien ha completado las respuestas —dijo Paul.

—¿De veras? ¿Qué han escrito?

—Sólo si o no. La primera de ellas es la que me tiene pensando. Dice que no es casual que estemos aquí.

—Tampoco lo creo.

—Tengo la convicción de que la respuesta está en lo que ocurrió en el aula 19 y que no se limita a un maestro inyectando a catorce niños con un veneno que consiguió en otro continente. Tiene que haber más.

—¿Quién escribió esas respuestas?

—No lo sé. Quizás alguno de los niños del corredor que logró volverse real… como las cortinas.

Aquella frase tenía una lógica endemoniada, pensó Paul. Quizás sus pensamientos empezaban a estar a la altura de las circunstancias.

Kathleen en cambio rió. Tiró la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada corta. Al hacerlo, alzó las manos que tenía apoyadas sobre el escritorio, las cuales permanecieron abiertas y suspendidas a diez centímetros del cristal, para luego aterrizar nuevamente.

Mis Manos Frías…

En ese momento Paul supo que no se le presentaría otra oportunidad como esa y se inclinó hacia adelante. Estiró sus manos y las colocó sobre las de Kathleen.

Kathleen no pudo ocultar la sorpresa.

—¡¿Qué haces?! —dijo alzando la voz pero sin llegar a gritar. Retiró las dos manos de inmediato.

Paul no supo cómo justificar su acción. En el instante en que sus manos habían permanecido en contacto pudo advertir que no estaban frías en absoluto. Estaban de hecho más calientes que las suyas. Se sintió desconcertado. No solo la frase que Kathleen le había dicho a Judd no tenía sentido, sino que además no era verdad.

¿Sería algún tipo de código entre ellos? Parecía la única posibilidad. Alzó su rostro y se encontró con la mirada expectante de Kathleen. La mujer buscaba una respuesta y él no pudo pensar en una.

—¿Te has vuelto loco? —dijo Kathleen con la única intención de quebrar aquel silencio incómodo.

Paul se lamentó por no haber pensado un poco más sus acciones. Se reprendió por ser impulsivo en lugar de previsor.

—¿Te has dado cuenta de que la temperatura de la escuela no ha descendido? —dijo Paul entonces. No tenía completa relación con lo que había sucedido entre ellos, pero era algo.

—Ajá —asintió ella con desconfianza. No sabía qué acababa de ocurrir y no se fiaba del drástico cambio de rumbo en la conversación.

—La temperatura de nuestros cuerpos es normal…

—¿Por eso me has tomado de las manos?

—Sí. Cuando llegamos, la temperatura afuera debía ser de unos cinco grados. No disponemos de calefacción desde entonces y sin embargo ahora debe haber unos quince… Me preguntaba si era sólo yo, o si tú…

Kathleen observó a Paul como un médico precavido que duda de los dichos de su paciente.

—Yo siento la misma temperatura que tú, Paul —dijo Kathleen, perpleja—. Tienes razón, es curioso. Podemos agregarlo a la lista.

Paul se puso de pie.

—Será mejor que me vaya —anunció.

Kathleen observó mientras él se marchaba de la administración. En su cabeza se preguntaba qué demonios acababa de pasar entre ellos.

9

La disposición de la segunda planta era básicamente la misma. Los corredores del frente formaban una T con el corredor central; había más aulas y el salón de actos

ocupaba toda la parte trasera. Ally sabía que allí no había luz eléctrica, y aunque disponía de su linterna, la idea de vagar sola no le gustaba en absoluto.

Su intención era dirigirse directamente al salón de actos, pero algo la detuvo. Fue un olor apenas perceptible, como algo quemándose. Pensó en no darle importancia y seguir su camino, pero apenas la idea se presentó supo que si no averiguaba de qué se trataba no se quedaría tranquila. Encendió la linterna e iluminó el corredor del ala Oeste. El haz no era suficientemente poderoso para iluminarlo debidamente, pero creyó advertir humo flotando en el ambiente.

Avanzó con la linterna encendida. El olor se fue intensificando y la nube de humo se convirtió en una realidad inobjetable. Al cruzar la mitad del corredor el humo se volvió molesto y debió apartarlo con la mano.

Si había algo que podía complicar seriamente las cosas era un incendio. Con las salidas restringidas y sin ventilación sería cuestión de… ¿horas?

Al llegar al final del corredor el aire era irrespirable y costaba ver más allá de tres o cuatro metros. Lo extraño era que no escuchaba el crepitar de las llamas. Ally no había tenido experiencias directas con incendios; su conocimiento provenía básicamente de películas, pero aun así creía razonable que el ruido generado por las llamas debía ser audible desde donde estaba.

Sin embargo no lo era. El silencio era completo.

Para seguir con su avance debió agacharse al principio y luego caminar a cuatro patas. El corredor giraba allí a la derecha y se extendía todo lo ancho del edificio. Exactamente debajo estaba la sala de maestros, el despacho de la directora y la administración; arriba había sólo aulas. Ally se quitó el jersey y lo utilizó para cubrirse la boca y la nariz. La nube se espesaba conforme avanzaba, por lo que era lógico suponer que el incendio se había originado en el final del corredor.

Pasó junto a tres aulas y cuando estuvo a pocos metros del final se dio cuenta que allí no había ninguna puerta, sino una pared. Tosió repetidamente. Estaba claro que el humo se había originado en aquél extremo, pero ¿dónde?

Estuvo a punto de regresar. Respiraba con dificultad y sabía lo que podía ocurrir. Si perdía el conocimiento allí, Paul lo advertiría una hora después, lo que sería demasiado tarde para ella. No tenía sentido seguir adelante sola. Debía pedir ayuda.

A último momento advirtió que a la izquierda, del lado de las tres aulas, había una puerta más, casi al final. La densidad del humo era allí mayor, lo cual había hecho que no advirtiera la presencia de la puerta. Se dijo que iría hacia allí, pero que regresaría al más mínimo indicio de sentirse mareada. Por el momento tosía a intervalos regulares, pero sentía su cabeza despejada.

Para alcanzar la puerta debió avanzar con su rostro casi pegado al suelo. Un metro antes se elevó ligeramente, en primer lugar para alcanzar el picaporte, pero también porque el humo manaba con fuerza por la rendija debajo de la puerta. Era evidente que el incendio se había originado allí dentro. Sorprendentemente, seguía sin escuchar el crepitar de las llamas, aunque ahora un sonido similar al aliento de un gigante llegó a sus oídos.

Estiró el brazo y dio un golpe en el picaporte al tiempo que retrocedía. Prácticamente había contenido la respiración durante los últimos segundos. La puerta se abrió un poco y Ally le lanzó una patada para que lo hiciera completamente. No tenía mecanismo hidráulico, por lo que permaneció abierta. Mientras esto ocurría, una bocanada negra brotó del hueco y golpeó a Ally en el rostro, ocasionando que perdiera el equilibrio y que casi soltara la linterna. Retrocedió todo lo rápido que sus pies le permitieron mientras el humo que había estado contenido en aquella habitación se disipaba en el corredor.

Permaneció sentada contra la pared opuesta. También era peligroso permanecer allí, pero debía cambiar el aire antes de marcharse. No sabía cuánto humo se le había metido en los pulmones tras abrir aquella puerta, pero no era poco. Con la linterna procuró iluminar el interior de la habitación. Era poco lo que podía ver, pero por lo que pudo apreciar aquella parecía una sala de limpieza. Vio escobas, trapeadores y algunos productos de colores alineados en una estantería. Quedaba claro que el incendio no podía haberse originado allí, pues todo en esa habitación estaría deshecho; las llamas se habrían apoderado por completo del cuarto de limpieza, sin embargo allí solo había humo. Lo curioso, y Ally no sabía muy bien por qué tenía esta sensación, era que el humo parecía originarse allí, más precisamente en el cielo raso, donde un nudo renegrido flotaba en uno de los rincones.

Se puso de pie. Tosió con violencia cuando una bocanada de humo le entró por la boca. Avanzó unos pasos pero una palpitación intensa en el pecho la obligó a detenerse. Cayó de rodillas. Comprendió que había llegado demasiado lejos. Sus ojos escocían. Se dejó caer hacia adelante, amortiguando el golpe con la mano libre. La linterna seguía encendida y Ally comprendió con horror que era poco lo que podía ver. El humo contenido en la habitación se había diseminado en aquella parte del corredor y había disminuido la visibilidad notoriamente. El no poder ver el final del corredor acentuó la sensación de perdición. Ally giró sobre sí misma y apoyo la mejilla contra el suelo de piedra. La superficie estaba fría y aquello la reconfortó.

No supo si perdió el conocimiento, pero si lo hizo debió ocurrir sólo por unos segundos. Tosía mucho y era poco lo que podía ver; la linterna se había vuelto

obsoleta. Reptando avanzó un primer metro y luego otro más. A medida que se desplazaba su respiración iba mejorando levemente, pero sólo lo necesario para no perder el conocimiento. Su mente pendía de un único hilo de racionalidad que la mantenía en movimiento.

Cuando llegó a la mitad del corredor supo que el peligro había pasado. Podía respirar mejor y hasta caminar a cuatro patas si quería, pero por precaución no lo hizo hasta recorrer algunos metros más. Recién al ver el quiebre del corredor comenzó a sentirse realmente a salvo. Se permitió echar un vistazo hacia atrás y lo que vio la alarmó enormemente. La nube negra se había espesado al punto de hacerla impenetrable a la vista. Se reprochó por haber sido tan estúpida. Si hubiera permanecido allí unos segundos más habría muerto asfixiada, con toda seguridad.

10

Ally se aseó en el baño del corredor central. Se lavó la cara, las manos y el cabello, pero fue poco lo que pudo hacer con el jersey. El humo se había impregnado en el tejido y creyó que remojarlo no sería una buena idea. La temperatura no era baja, pero lo necesitaría para mantenerse abrigada.

Cuando salió del baño examinó la nube de humo. Demoraría unas horas en llenar aquellos espacios de techos altos. Quizás dos o tres. Durante ese tiempo el salón de actos no sería alcanzado por el humo, y aun cuando lo hiciera, el inmenso espacio tardaría mucho tiempo en saturarse.

La ausencia de llamas era lo que más preocupaba a Ally. El incendio debía haberse originado en algún sitio de la planta baja, y a juzgar por la cantidad de humo, no precisamente poco tiempo atrás. Sin embargo nadie había visto ninguna llama, al menos que ella supiera. Era un pensamiento descabellado, pero sospechaba que aquel humo tenía otra explicación más compleja que un incendio en la escuela.

Caminó hasta el salón de actos, al final del corredor central. Se encontró frente a dos puertas de madera de dos hojas cada una. Los goznes chirriaron en una sinfonía descendente mientras daba los primeros pasos dentro del inmenso recinto.

El salón de actos tenía capacidad para más de quinientas personas sentadas. Las butacas de madera fijadas al suelo estaban distribuidas en tres grupos: un gran núcleo central casi cuadrado y dos bloques más pequeños a cada lado, separados por un pasillo de un metro y medio de ancho. El escenario se encontraba en la parte trasera y ocupaba casi todo el ancho del salón. A la izquierda había tres grandes ventanales con cortinas azules que en ese momento no estaban corridas, con lo que permitían que un buen torrente de resplandor lunar irrumpiera en el lugar. El reflejo de la luna en los respaldos de las butacas las asemejaba a lápidas grises.

Ally se dirigió hacia el pasillo de la izquierda y caminó hasta la mitad. Allí se detuvo y se volvió. En la pared opuesta a los ventanales había dos palcos alargados que ocupaban casi toda la longitud de la pared, y que probablemente serían ocupados por las autoridades de la escuela y algunos padres con facultades *especiales*. Opuesto al escenario, justo sobre las puertas de doble hoja que Ally había utilizado para entrar, había un gran balcón que también servía para albergar espectadores. Una puerta ubicada en una esquina, debajo de los palcos, era probablemente la que permitía acceder a cualquiera de estas áreas elevadas.

En el techo había seis arañas de cristal. Debían estar al menos a ocho o diez metros de altura. Ally no estaba en condiciones de calcular el tiempo que aquel sitio tardaría en llenarse de humo, pero supuso que serían varias horas. Probablemente un día entero. Tomando en consideración también la planta baja, el tiempo sería muchísimo mayor. Se sentía como un insecto forzado a dejar su nido ante los gases lanzados por un exterminador.

Junto al escenario había una puerta pero en vez de utilizarla se trepó por el frente. Vio una trampilla ubicada en el centro. De niña siempre había formado parte en las obras teatrales; tenía dotes para la actuación y el canto. Hacía unos años había tenido su propia banda: *Redgirls*. Ally era la única que se las había arreglado para interpretar su papel vocal con cierto decoro, pero el resto, en especial Laurie Mouleen en la batería, había convertido a *Redgirls* (además de una banda con un nombre estúpido) en cuatro muchachas ruidosas y un poco escalofriantes. Cuando Ally advirtió que su «público» se había convertido en un grupo masculino de mirada libidinosa y de ojos hechizados para seguir con fascinación sus faldas y tops cortos, comprendió que aquello no tenía sentido. Pero mantenía la esperanza de retomar el efímero romance con el canto. Quizás formar parte de una banda consolidada, de músicos de verdad. Había pensado en ir a algunas audiciones, pero nunca se había decidido. Cantar en una banda era un sueño al que el paso de los años mataría lentamente si no hacía algo al respecto.

Cerró los ojos y posó los labios sobre la linterna. *Live to tell*, de *Madonna*, era la canción preferida de su hermano. Cantó:

I have a tale to tell
Sometimes it gets so hard to hide it well
I was not ready for the fall
Too blind to see the writing on the wall [5]

La acústica del salón era asombrosa. El sonido de su voz le resultó corpóreo. La oscuridad la abrumó y se vio forzada a abrir los ojos. Su miedo inicial de encontrar los asientos ocupados por niños fantasmas observándola absortos desapareció cuando comprobó que seguían vacíos.

Dos versos después llegó el estribillo, dónde cantó en un tono más grave:

A man can tell a thousand lies
I´ve learned my lesson well
Hope I live to tell
the secret I have learned, till then
it will burn inside of me[6]

La melodía la transportó. Cuando terminó tenía los ojos húmedos.

Se bajó del escenario, un poco avergonzada.

Se dirigió a la puerta que había visto antes. La abrió y se encontró en una zona completamente oscura. Cerró la puerta tras de sí y encendió la linterna. Debió agacharse para poder avanzar. Lo primero que comprendió es que aquella no era una zona completamente despejada, sino que había algunos muretes divisorios que asemejaban el lugar a un laberinto claustrofóbico.

—¿Michael? —llamó en voz baja.

Acababa de cantar una canción a viva voz en el salón de actos, sin embargo allí abajo le resultó perfectamente lógico susurrar.

Avanzó entre dos muretes hasta lo que supuso era el centro del escenario, donde podía escoger entre otras tres direcciones. Iba a girar a la izquierda, cuando un sonido se produjo precisamente en esa dirección. Un golpe seco. Iluminó con la linterna y esperó. Ally se apoyó en uno de los muretes para no perder el equilibrio, a la espera de que el sonido se repitiera, perlada de diminutas gotas de sudor.

—¿Michael? —llamó de nuevo.

El sonido se repitió.

11

Paul llegó al salón de actos diez minutos después de lo acordado. Encontró a Ally sentada al borde del escenario, balanceando las piernas y con una sonrisa en el rostro.

—Michael no está en la planta baja —dijo Paul— ¿Has tenido suerte?

Al menos que Ally hubiera empequeñecido a Michael y se lo hubiese puesto en el bolsillo, estaba claro que no lo había encontrado tampoco. El hecho le extrañó. Después de su minuciosa requisa había estado seguro de que el muchacho estaría allí arriba. Supuso que no había otra posibilidad más que concluir que se había ido desplazando mientras lo buscaban.

Ally negó con la cabeza ratificando lo evidente. Paul se acercó.

—¿Has visto el humo?

—Claro. Casi muero asfixiada.

—Dios mío… Debemos marcharnos de inmediato entonces.

Ally rió.

—¡Claro! ¿Por qué no vamos por unas hamburguesas a *Lou´s Caffee*?

—Muy graciosa. Por lo menos deberíamos bajar.

—Creo que restan unas horas para que el aire aquí se vuelva irrespirable como el del corredor.

Paul estaba de pie frente al escenario. Su cabeza estaba a la altura del estómago de Ally. Para verla debió alzar su rostro.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro. Ya lo has hecho dos veces desde que has llegado.

—¿Por qué sonríes? —preguntó con genuina curiosidad.

La sonrisa se ensanchó.

—Si hubieras llegado antes —dijo ella—. Me hubieras visto sobre este escenario, cantando.

—No lo creo.

—Amo el canto. Me pregunto si no nos estaremos volviendo locos aquí dentro.

La cuestión podía resultar graciosa en una primera aproximación, pero convenía no darle demasiadas vueltas.

—No me habías dicho que cantabas.

—Hago otras cosas además de… —Ally levantó las cejas. Seguía con aquella expresión de alegría iluminándole el rostro y Paul se encontró pensando en lo poco que la conocía realmente.

—¿Dónde se origina el humo? —preguntó.

—Es de lo más extraño —respondió ella—. Lo seguí hasta un cuarto de limpieza al final del corredor. Pensé que se trataba de un incendio. Esperaba encontrar llamas, pero no había ninguna. Sólo el humo. ¿No has visto nada abajo?

—No. Es extraño —y parafraseando a Kathleen agregó—. Algo más para incluir en la lista.

El recuerdo de la directora hizo que evocara la conversación entre ella y Judd en el sótano y el episodio surrealista en la administración. Primero Paul había estado seguro de que la mujer ocultaba algo en el archivo y después la había tomado de las manos esgrimiendo el más ridículo de los argumentos para justificarse.

—Accidentalmente escuché una conversación entre Kathleen y Judd, de lo más llamativa —dijo Paul.

—¿En serio? —Ally se mostró interesada—. ¿Qué dijeron?

—No pude escuchar exactamente. Hablaban de nosotros. Parecían tramar algo.

—¿Crees que saben algo que nosotros no?

—Estoy casi seguro de que sí.

Ally guardó silencio.

—Unos minutos después —agregó Paul—. Me topé con Kathleen en la administración y tuve la sensación de que ocultaba algo en un archivo que hay allí.

—¿Qué?

—No lo sé. Pensé que estaría Michael, pero cuando entré no encontré a nadie. En su despacho, sin embargo, encontré una fotografía de mi esposa… Estaba sobre el escritorio, como si alguien la hubiera dejado allí deliberadamente.

—¿Tu esposa?

—Eva murió hace cuatro años. Creí habértelo mencionado…

—¿Ellas se conocían?

—Compartieron algunos cursos de fotografía. Pero no eran amigas. Al menos que yo supiera.

Paul trepó al escenario y se sentó a su lado.

—Uuuh —dijo él mientras arrugaba la nariz.

—Sí, lo sé, no he podido quitar el olor a humo del jersey.

—Ally —dijo Paul con solemnidad—. Creo que tú y yo vamos a tener que andar con un poco de cuidado. Si es posible, no separarnos.

Ella bajó la vista hasta su regazo. Permaneció así unos segundos en los que se sumió en un debate interno; Paul era una buena persona… odiaba mentirle. Valiéndose de sus brazos se sostuvo del borde del escenario y se dejó caer. Invirtieron las posiciones respecto a unos segundos atrás. Ahora era ella la que estaba de pie frente a él.

—Paul, tengo que decirte algo —dijo mirándolo a los ojos.

—Claro, dime.

Ally hizo una pausa premeditada en la que llenó de aire sus pulmones. No sería fácil decirlo, pero lo hizo sin rodeos:

—Nuestro encuentro en Tannen´s… no ha sido casual.

Paul la observó con incredulidad. Había estado preocupado por una conspiración en la planta baja y el engaño estaba allí, justo frente a sus narices.

—No entiendo.

Paul repasó el encuentro con Ally en *Tannen´s*. Ella se le había acercado, y tras presentarse le había dicho que Ashley no acudiría esa noche. Probablemente la propia Ally le había pedido a Ashley que no fuera. Aun así…

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Paul sin esforzarse en ocultar su enfado—. ¿Quién te pidió que lo hicieras?

Pero Ally no llegaría a responder estas preguntas. Al menos no en ese momento. Las puertas se abrieron con un chirrido agudo y Kathleen entró con paso decidido. Judd la seguía, bate en mano. Algo en su rostro había cambiado y no precisamente para bien.

—¡Qué demonios estáis haciendo! —exclamó Kathleen.

Ally, que había estado de espaldas y cuya cabeza estaba a la altura de la entrepierna de Paul, se volvió de golpe, sorprendida ante la exclamación de la directora.

Paul dio un salto y aterrizó en el suelo de madera.

Cuando Kathleen llegó a donde ellos estaban, los tres se ubicaron sobre un círculo imaginario del que Judd no formó parte. El gigantesco cuidador permaneció a unos cuatro metros, bloqueando el camino hacia la salida. Tenía el bate apoyado sobre el hombro.

—¿Sabes que Michael no está en la biblioteca? —preguntó Kathleen dirigiéndose claramente a Paul.

—Sí, lo sé.

—¿Y por qué no me lo has dicho entonces?

—Supuse que lo encontraría pronto.

—¿Lo has encontrado?

A Paul no le gustaba que lo increparan como a un niño, y probablemente hubiera reaccionado antes de haber tenido la mente más despejada. Pensaba en lo que Ally le había dicho hacía un instante respecto a su participación en Tannen´s. Justo antes de ser interrumpidos ella iba a explicarle por qué lo había hecho, o quién le había pedido que lo hiciera.

—No lo hemos encontrado, Kathleen —dijo Paul. No estaba dispuesto a participar de aquella conversación en esos términos. Quería tomarse unos minutos para meditar. Esquivó a la directora e intentó hacer lo mismo con Judd, pero a último momento éste se colocó en su camino y lo detuvo con la punta del bate.

—Será mejor que permanezca aquí, señor Farris —dijo el grandote con voz gruesa —. Escuche lo que la directora Blake tiene para decirle.

—¡¿Qué es esto?! —Paul se volvió y abrió los brazos en dirección a Kathleen—. ¿Una amenaza?

—Paul, ven aquí, por favor.

A regañadientes, y a sabiendas de que no tenía otra opción, él se acercó.

—Sólo quiero saber dónde está Michael —dijo ella con voz pausada.

—Ya te he dicho que no lo sé. Ally y yo lo hemos buscado por todos lados.

—Ajá.

—Debió haberse desplazado mientras procurábamos dar con él.

—¿Tú no sabes dónde está Michael? —volvió a preguntar Kathleen, pero esta vez directamente a Ally.

Ella negó con la cabeza.

—Entiendo —Kathleen caminó de un lado para otro con la cabeza baja, como si pensara en cómo decir lo que tenía en mente. Cuando habló de nuevo, lo hizo mirando a Paul directamente a los ojos—. Sabes Paul, te considero un periodista listo; pero tu instinto no ha funcionado esta noche.

Mientras pronunciaba la frase, la directora observó de soslayo a Ally, quien permaneció inmóvil todo el tiempo.

Paul se sentía azorado. Si la mujer tenía algo que decir, ¿por qué no lo decía de una vez por todas? No se sentía para nada a gusto con las intimidaciones de aquel hombretón, ni mucho menos con los comentarios sarcásticos respecto a su capacidad para darse cuenta de las cosas. No le gustaba que le sacaran ventaja de esa forma.

—Ally ya me ha dicho por qué estaba conmigo esta noche —dijo con seguridad.

Kathleen frunció el entrecejo. Era evidente que no se esperaba aquello.

—¿Ah sí? ¿Por qué no lo compartes con nosotros entonces? Creí que el momento de la sinceridad había empezado en la biblioteca.

—¿Qué es lo que quieres Kathleen? ¿Por qué no lo dices de una vez?

—Por qué ya te lo he dicho, quiero saber dónde está Michael.

—¡Ya te hemos dicho que no sabemos dónde está! —gritó Ally.

La furia transformó el rostro de Kathleen. Dio dos zancadas y enfrentó a la muchacha. Se observaron a escasos diez centímetros.

—Suficiente. Terminemos con esto… —Kathleen hablaba con la boca fruncida, como un perro a punto de atacar— ¿Cuál era el nombre de tu hermano, querida?

—Michael Brown —dijo Ally con seguridad.

Kathleen sonrió.

—Supuse que era una de las posibilidades —dijo la directora mostrando los dientes. En su mano derecha sostenía un libro pequeño. Se lo entregó a Paul.

Paul lo agarró sin decir nada. Cuando lo abrió advirtió que se trataba de un álbum de fotografías. Eran las correspondientes al año 1993. Pasó las hojas una a una hasta que llegó a la correspondiente al cuarto grado. Inmediatamente recordó de sus investigaciones algunos de los rostros que vio, pero lógicamente no a todos. Debajo de la fotografía había una sucesión de nombres en tipografía blanca sobre un fondo negro. Los leyó en voz baja. Creyó por un momento que no encontraría el nombre que Ally acababa de proporcionarles y que esto era lo que Kathleen pretendía mostrarle, pero el nombre sí estaba; era el segundo niño empezando de la derecha en la fila del medio.

Paul lo localizó.

Alzó la vista.

—Michael Brown era negro —dijo con resignación mientras devolvía el libro de fotografías a Kathleen.

El rostro de Ally se ensombreció.

—Lo siento Paul —dijo la muchacha en un tono apenas audible. Retrocedió dos pasos.

Repentinamente dio media vuelta y echó a correr paralelamente al escenario. Aquello le dio unos instantes de ventaja, en los que Judd advirtió que la muchacha se dirigía al otro corredor entre las butacas para escapar. El camino más corto para apresarla era retroceder por el pasillo en que se encontraba y cruzar el salón de actos, para interceptarla antes de que franqueara la puerta de salida. Si ella lograba salir de

allí, sería poco lo que podría hacer. Ally era mucho más ágil que él.

Corrió con los ojos fijos en ella. Cuando llegó a la parte trasera, un ligero resbalón al dar la vuelta le hizo perder instantes valiosos. La muchacha lo advirtió y aceleró su carrera ahora en línea recta a la puerta de salida. El periodista decía algo a sus espaldas pero no le prestó atención. Supo que de todas maneras no podría alcanzarla. Ella era más veloz y su traspié al girar le costaría caro. Judd estaba a tres o cuatro metros de la puerta cuando ella la estaba prácticamente cruzando.

Entonces Judd asió el bate como si se tratara de una bola de *bowling* y lo lanzó. Ally no lo vio porque el bate se desplazó por debajo de la altura de las butacas traseras. El resultado fue que se encontró con él justo antes de franquear la puerta. Cayó de bruces contra las dos hojas de madera. El golpe fue fortísimo.

Judd, que se había detenido al realizar el lanzamiento, se acercó a la puerta caminando con displicencia y con una sonrisa en el rostro. Abrió la puerta esperando encontrarse con el cuerpo contorsionado y dolorido de Ally…

Pero el corredor central estaba vacío.

Parte V - En la administración

1

El episodio en el salón de actos, en dónde Judd derribaría a Ally mediante un certero lanzamiento de bate, se convertiría para él en un punto de inflexión. Ahora estaba en su habitación. Se dejó caer en la cama boca abajo, amortiguando la caída con las manos. La oscuridad lo engulló…

2

—Judd… ¡Sal de la cama!

Una mano diminuta le sacudió el hombro.

Se volvió.

De pie junto a la cama había una niñita de cuatro años, de ojos grandes y rostro circular enmarcado en una maraña de cabello electrizado color amarillo. Llevaba un vestido maltrecho y las mejillas tiznadas.

Él se sentó y la observó.

—Por favor, has que deje de gritar —dijo la niñita en tono quejumbroso.

Judd tenía seis hermanos. Aquella era Teresa, su hermana menor. La observó a los ojos y advirtió que tenía lágrimas en ellos. De todos sus hermanos, Teresa era por quién sentía debilidad.

Se puso de pie y miró la cama con desdén. Deseaba volver a acostarse y dejarse envolver por la oscuridad. La oscuridad era su aliado; contrariamente con lo que le ocurría a la mayoría de los niños, a él le gustaba. Ahora tenía siete años y hacía por lo menos dos que lo había descubierto. ¿Por qué el resto de los niños le temía? ¿Qué sitio podía ser más seguro que uno en el que no es posible ver absolutamente nada? Ninguno, claro. Cuando Judd se tendía boca abajo en su cama, cegado por la presión de la almohada sobre su rostro, normalmente sonreía, feliz de abandonar su habitación, su casa y sobre todo a sus padres.

—Por favor Judd, baja. Has que deje de gritar —volvió a pedir Teresa con el mismo tono que antes.

Y entonces el grito proveniente de la planta baja se repitió.

—¡Vamos marica, no me hagas subir!

Judd llevaba puestos unos pantalones cortos y una camiseta a rayas que no alcanzaba a llegarle a la cintura. Su padre le decía que si no creciera tan rápido como una condenada vaca quizás la ropa le duraría más tiempo. Caminó con pesadez hasta la puerta de la habitación. Antes de salir se volvió y le lanzó a Teresa una última mirada. Su hermana seguía de pie junto a la cama con lágrimas formando surcos en las mejillas sucias.

—No bajes, Tess —le dijo—. No bajes por nada del mundo, ¿me entiendes?

Ella asintió con vehemencia.

Judd bajó la escalera de madera. Vivían en una casa maltrecha en las afueras de Bridgeport. Las tres habitaciones no eran suficientes para los ocho integrantes de la familia Wilson.

Cuando llegó a la planta baja encontró la misma escena que había abandonado horrorizado unos minutos atrás, poco antes de que su padre empezara a increparlo para que regresara. En una de las sillas de la sala estaba su hermano mayor, Aaron; tenía doce años y Judd lo odiaba. Ahora estaba atado a la silla con un cinturón. Se sacudía de un lado para otro tratando de zafarse, pero papá lo había atado a la altura de los brazos, así que era imposible que lo lograra. Lanzaba algunas patadas, pero no había nadie dentro de su alcance.

Parker Wilson estaba de pie a dos metros, ebrio como una cuba pero con la

inteligencia de una víbora en la mirada. Era alto —casi un metro noventa—, extremadamente delgado y fibroso, como Iggy Pop. También tenía los ojos grandes como el cantante, pero llevaba el cabello casi al rape. Judd odiaba a Parker todavía más que a su hermano Aaron.

—¡Has regresado! —dijo Parker con una sonrisa—. Buen chico.

—¿Dónde está mamá? —preguntó Judd.

—Quién sabe… —Parker hablaba con fluidez; las palabras no se le enredaban, aunque su coordinación física no era buena—. En casa de su hermana, quizás… quién sabe.

A Judd no le importaba dónde estaba, pero le preocupaba que pudiera regresar de un momento a otro. De seguro estaría con el resto de sus hermanos, y sería mejor que ninguno de ellos tuviera que presenciar lo que estaba a punto de suceder. Si su madre llegaba en ese momento, aquello podía terminar en una batalla campal. Ella era especial para buscar razones para pelear, y allí no había que buscar demasiado para encontrar una.

—El niñito quiere a su mamá —graznó Aaron desde su silla.

—¡Tú cállate! —le espetó inmediatamente Parker.

La situación se había ido de control. Media hora antes, Parker había aparecido imprevistamente en la casa. Todos sabían que los sábados por la tarde los dedicaba a beber con sus amigos, para luego regresar por la noche, o quizás de madrugada, y culminar la jornada con un buen pleito familiar con su esposa. A veces Angela incluso lo esperaba despierta especialmente para confrontarlo. La mayoría de las veces ella terminaba con algunos golpes. Hasta el momento no había sido necesario hospitalizarla, pero tal cosa podía suceder de un momento a otro. Las peleas se estaban volviendo más frecuentes y violentas.

La cuestión era que no se suponía que Parker regresara a media tarde como lo había hecho. Sólo Aaron, Judd y Teresa estaban en la casa, y fueron testigos de cómo el hombre abrió la puerta de entrada con furia y dio un manotazo a una lámpara de pie incluso antes de abrir la boca. Cuando habló, lo hizo enfurecido. Sus tres hijos sabían perfectamente lo que eso significaba.

Estaba borracho. Incluso Teresa, que apenas empezaba a entender cómo funcionaba el mundo de sus padres, lo advirtió de inmediato. Parker les dijo que había regresado de lo de Tony porque se había quedado sin dinero. Dijo algo de una apuesta casi al pasar. Aparentemente había regresado para buscar cincuenta pavos que había dejado guardados en el garaje, fuera del alcance de Angela, y que habían desaparecido. Los observó con llamas en los ojos y les ordenó que le dijeran si sabían

algo. Él estaba convencido de que Angela los había tomado, que había descubierto su escondite y se los había robado, pero quería la confirmación. Y una vez que la tuviera, entonces esperaría a esa zorra y le daría unas buenas razones para no volver a hacerlo nunca.

Fue entonces cuando Teresa, con la inocencia de una niña de cuatro años, dijo que había visto a Aaron husmeando el día anterior entre las pertenencias de papá, en su caja de herramientas. Aaron lanzó a Teresa una mirada de reproche y aquello fue suficiente para que Parker perdiera el control. Se lanzó en dirección a su hijo mayor y lo agarró del cuello. El chico quiso aferrarse a la mesa, pero sólo logró capturar el mantel. Mientras Parker lo zarandeó por el cuello y lo arrastró lejos de la mesa, el mantel y todo lo que estaba encima cayó al suelo con un estruendo ensordecedor. Judd se apresuró a tapar los oídos de Teresa y le dijo que fueran arriba, ¡de inmediato!

Poco después empezaron los gritos desde la planta baja. A veces a papá se le daba por dar lecciones… y éste parecía ser el caso de esa tarde.

El abanico de castigos tradicional era bien conocido por los miembros de la familia. Los golpes estaban a la hora del día; a veces utilizaba su cinturón o lo que tuviera a la mano. Un día había cortado a Aaron con un vidrio y otro había azotado a Angela con la plancha, lo que le había dejado unas marcas horribles en la espalda. Lo de este día parecía ser algo nuevo en el repertorio. Judd escuchaba desde la planta alta, apretando a Teresa contra su cuerpo y cubriéndole los oídos con fuerza.

En algún momento Judd se tendió en la cama, boca abajo como hacía siempre, y Teresa permaneció a su lado en silencio. Minutos después su padre empezó a llamarlo y se vio obligado a bajar.

Lo que vio hizo que temblara de miedo.

Parker había arrancado los cables de la lámpara que había volcado de un manotazo al llegar a la casa. Los sostenía delante de su rostro como si se tratara de las antenas de un insecto.

—Vamos Judd, ven aquí.

—¡¿Por qué tengo que hacerlo yo?! —preguntó Judd al límite del llanto.

Aaron se burló de él mientras hablaba. Movió los labios imitando las palabras de su hermano pero superpuestas con una mueca de desagrado. Cuando Parker se volvió hacia él, inmediatamente dejó de hacerlo.

—¿Crees que esto no va en serio? —dijo Parker dirigiéndose al inmovilizado Aaron.

Él no contestó.

—¿Y bien Judd? Estoy esperando.

—No quiero hacerlo.

—¡No me importa si quieres hacerlo o no! —Parker estalló como un volcán. Se le formaron arrugas debajo de la nariz cuando mostró los dientes superiores. Todos sus músculos del cuerpo se tensaron—. Ven aquí ahora mismo. Cuando te digo que hagas algo, ¡tú lo haces!

Y Judd sabía que así eran las cosas. Tenía sólo siete años pero era una lección que había aprendido hacía tiempo. No servía de nada negarse a obedecer los pedidos de su padre; sólo complicaba las cosas.

Se acercó y tendió una mano temerosa hacia los dos cables. Judd observó los extremos sin el plástico protector y siguió el cordel hasta el extremo enchufado al tomacorriente. Parker lo sacudió para que lo agarrara.

—Esto es para los dos —dijo Parker en tono reflexivo—. Nunca. ¡NUNCA! Toméis algo que me pertenece, mucho menos MI DINERO. Si alguna vez uno de vosotros, o la madre inservible que tenéis, echa mano sobre MI DINERO… lo moleré a golpes y lo prenderé fuego ¿Queda entendido?

Los dos asintieron automáticamente. Ahora que Judd estaba a pocos centímetros de su padre podía oler el vaho concentrado del alcohol. Hacía tiempo que se había prometido que nunca probaría una gota de alcohol (promesa que rompería a los quince años con un grupo de amigos).

—¡Agarra los cables de una puta vez, Judd!

Judd se sobresaltó cuando Parker acercó peligrosamente los cables a su rostro. Los aferró con fuerza y los observó con horror; no como si se tratara de algo peligroso, porque aquello *era* algo peligroso. Lo más peligroso que podía existir. La electricidad podía matarte. Todos sabían eso.

Y sin embargo allí estaba Aaron, que lejos de facilitar las cosas las complicaba todavía más. Judd no tenía una buena relación con su hermano mayor; normalmente era éste quien lo golpeaba y maltrataba cuando sus padres no estaban cerca. Lo odiaba. Ahora él lo observaba con el rostro desafiante, con una mirada penetrante que decía: *atrévete… atrévete a hacerlo y después arreglaremos cuentas… tú y yo, hermano menor*.

En sus fantasías, normalmente Judd se vengaba de Aaron haciéndole cosas horribles. En ellas quería que sufriera y le pidiera perdón por todo lo que le había hecho. Pero una cosa era imaginar cosas y otra muy distinta llevarlas a cabo. Judd no se creía capaz de causar un daño grave a Aaron, pero tampoco se sentía capaz de desobedecer a su padre. Estaba en un serio dilema.

—En el brazo, Judd —dijo Parker con suavidad.

La mente de Judd se puso en blanco. Acercó las dos puntas de cobre al brazo de su hermano sintiéndose aletargado, como si su mano no le perteneciera y hubiese tomado las riendas de las decisiones de su cerebro. Cuando los cables entraron en contacto con la piel de Aaron, ocurrieron muchas cosas al mismo tiempo. Primero, un chispazo azul se formó en la zona de contacto junto con el consiguiente zumbido eléctrico. Inmediatamente una marca oscura apareció en el brazo de Aaron y éste se sacudió con violencia y gritó.

—Ahora repite —dijo Parker con tono de predicador—. No volveré a robar tu dinero.

Aaron respiraba con dificultar. Su rostro reflejaba un odio extremo, pero estaba reservado a Judd en casi su totalidad.

—Pensaba reponer el dinero —dijo Aaron sin mirar a su padre.

—Eso no es suficiente. Repite lo que te he dicho.

Vamos, hazlo, ¡repite la frase! Quizás si lo haces las cosas pueden terminar aquí.

Aaron guardó silencio.

—Otra vez Judd, en la pierna. ¡HAZLO!

Y Judd obedeció. Esta vez incluso hizo que los cables permanecieran más tiempo en contacto con la piel de su hermano. El grito fue escalofriante y junto con el chispazo apareció un olor a piel chamuscada. Aaron tembló durante unos segundos incluso después de la descarga. Si la casa hubiera tenido una instalación eléctrica apropiada los fusibles hubieran interrumpido el suministro de inmediato. Como no había fusibles, podrían seguir con el juego indefinidamente…

—¡Repítelo, hijo de puta! ¡No volveré a robar tu dinero!

Judd se las había arreglado hasta el momento para no quebrarse, pero los gritos de su padre y la furia en el rostro de su hermano hicieron que ocurriera lo inevitable. Las lágrimas brotaron de sus ojos en silencio y le nublaron la vista. Deseó más que nunca correr a su habitación y tenderse boca abajo para dar un paseo con su amiga la oscuridad. Lo deseó más que nada.

Ante la falta de respuesta, Parker levantó la camiseta de Aaron y la introdujo en el cinturón con que lo había amarrado. Como el chico no podía mover los brazos no pudo evitarlo por más que se sacudió todo lo que pudo. La siguiente descarga fue en su estómago y Judd otra vez se permitió extender un poco más su duración. Las piernas de Aaron se pusieron tiesas ante aquella descarga; pero tanto Judd como Parker estaban de costado, fuera de su alcance. Era increíble su resistencia. Seguía destilando furia, pero ahora en sus ojos se podía entrever cierto cansancio, o pérdida de foco en sus pensamientos. Si seguían aplicándole descargas era probable que

perdiera la consciencia, o que le diera un ataque, o quién sabe qué cosa. Judd sintió con la última descarga una liberación de adrenalina imposible de pasar inadvertida. Aaron era malo con él y finalmente le estaba devolviendo un poco de su veneno. Seguía llorando, y estaba aterrado, pero una parte de él también se sentía triunfal ante aquella victoria con su hermano.

—¡¿Vas a repetirlo o no?! —el tono de predicador había desaparecido y ahora Parker estaba exasperado. Cualquiera que lo conociese (y ellos lo conocían muy bien) sabía que su paciencia estaba a punto de acabarse— ¡REPÍTELO! No me detendré hasta que lo repitas y lo sabes. Hazlo, o la próxima va en el pito. Tú elijes.

Parker se acercó para quitarle los pantalones, pero entonces Aaron abrió la boca y pronunció las palabras lo mejor que su estado le permitió.

—No volveré a robar tu dinero —balbuceó.

Parker quedó conforme. Desenchufó el cable de la lámpara y lo llevó a la cocina. Cuando regresó, Judd seguía de pie junto a su hermano amarrado, con el rostro húmedo y la mirada perdida.

—¿Vas a desatarme o qué? —preguntó Aaron aunque no estaba claro a quién iba dirigida la pregunta.

Judd se volvió, dispuesto a marcharse a su habitación y tenderse en la cama de una vez por todas. Teresa lo observaba desde el rellano de la escalera, en la planta alta. Tenía el rostro cubierto de lágrimas. Él le había pedido a su hermana que no bajara y ella había cumplido, pero desde allí había observado todo.

3

Judd levantó la cabeza de la almohada. Sus ojos le dolieron al enfrentar la dureza de la luz artificial. Se sentó en la cama e hizo crujir las articulaciones de la espalda. Clavó la vista en la mesilla de noche, donde escondía el Ruger. Sabía que faltaba poco para sacarlo, pero todavía no era el momento.

Cuando salió del sótano se aseguró de cerrar la puerta tras de sí. El anillo con todas las llaves de la escuela estaba colgado de su cinturón. Le dio un golpecito que

acompañó con una sonrisa, como un oficial de policía lo haría con su pistola.

Por extraño que resulte, se sintió agradecido por el recuerdo que había tenido en su habitación acerca de la experiencia con Parker y Aaron, el día de la electrocución. Junto a la puerta había dos máquinas expendedoras de dulces y mediante un tirón fuerte les arrancó los cables. Los enrolló y se guardó uno en cada bolsillo del pantalón. Otra vez, recordó a Aaron apresado en la silla, y convino en que los cables serían incluso más útiles que un cinturón.

Salió de la cafetería y se dirigió a la biblioteca. No prestó atención a la pizarra, e incluso aunque lo hubiera hecho no se hubiese dado cuenta de las nuevas inscripciones junto a cada frase. Fue directo a la parte trasera, donde se suponía que debía estar Michael, pero como había supuesto, no estaba allí.

Regresó sobre sus pasos hasta el corredor central.

4

Estaba solo.

El silencio le resultó embriagador. Permaneció de pie durante un tiempo indefinido, y hubiera seguido así de no ser por un golpe en la pierna derecha. Cuando bajó la vista vio la bolsa de tela que había traído consigo. Se agachó y desanudó el cordel para poder abrirla. Los tres gatitos que estaban en el interior salieron y caminaron en direcciones diferentes. Uno de ellos se trepó a una de sus botas.

Judd sonrió.

Tenía trece años y últimamente se había permitido alimentar la idea de que las cosas podían salir adelante. Era una idea peligrosa, porque uno podía crearse falsas expectativas, pero había ciertos indicios alentadores. Su madre había abandonado a Parker y se habían mudado a Connecticut, a un pueblito sucio llamado Titus Pond ubicado entre Bridgeport y Hamden. Sus habitantes se dedicaban casi exclusivamente a la pesca, o trabajaban en la fábrica de plásticos Lusex c. o., pero era un sitio relativamente decente para vivir. Además Walt, su padrastro, era vendedor y viajaba casi todo el tiempo, así que tenían la casa para ellos solos. Incluso Judd, con sus

limitaciones naturales, comprendía que la aparición de un hombre como Walt, que se hizo cargo de cinco niños y se los llevó a vivir consigo, era un milagro del Señor.

Otra buena noticia era que Aaron ya no estaba con ellos. Acababa de cumplir los dieciocho y según sus propias palabras no iría a echar raíces de aburrimiento a un pueblo mugroso de pescadores, por lo que se fue a vivir con su novia a una pocilga de adictos a la heroína. Judd esperaba no volver a verlo. Si el Señor realmente se mostraba dadivoso con ellos, entonces podía fulminarlo con una sobredosis.

Su madre estaba mejor. Nunca le darían el premio a la madre del año, pero el alejamiento de Parker definitivamente la ayudó. Seguía con sus coqueteos con la bebida, y sus periodos de trabajo eran intermitentes, pero al menos se ponía bonita cuando venía Walt y el hombre no parecía arrepentido de haber llenado su casa de niños ajenos. Walt sentía por Teresa un aprecio especial. La niña rápidamente empezó a llamarle papá.

Judd no hablaba mucho con su padrastro. Se había convertido en un niño gigante para su edad y su carácter huraño comenzaba a hacerse presente. Normalmente prefería estar solo, cosa que Walt había aceptado y respectaba. Se había sellado entre ellos un pacto tácito que funcionaba para ambos.

La nueva escuela era mucho más pequeña, y Judd inmediatamente había sido rotulado como el niño extraño de Nueva York. No trabó amistades, pero nadie quería enfrentarse a una mole de ochenta kilos. Fue en la escuela donde empezó a escuchar las primeras historias de la casa de Larry McMannus, un viejo que había muerto unos años atrás y que todo el mundo conocía. Larry no había tenido hijos y ningún pariente apareció reclamando su propiedad. Al poco tiempo la casa fue saqueada y se convirtió en un sitio emblemático para los adolescentes del pueblo. Estaba ubicada en un camino de tierra que nacía detrás de la fábrica de plásticos. Los habitantes habían preferido trasladarse poco a poco de aquella zona y construir sus casas en el oeste. La que había pertenecido a Larry era una de las pocas que quedaban por esa región. Durante un tiempo resultó el sitio perfecto para organizar fiestas con la música a todo volumen, e incluso algunos niños la visitaban esporádicamente como parte de sus expediciones aventureras.

Pero el uso de la casa de Larry como punto de reunión tendría sus días contados. Un grupo de adolescentes se topó allí con el cadáver de una mujer en el año 1976. Se reveló más tarde que la mujer había sido víctima de mutilaciones en las piernas y uno de sus brazos, lo cual causó un gran revuelo en su momento. El hallazgo de un cuerpo en semejante estado no era común por aquellos años, especialmente en lo que, en palabras de Aaron Wilson, era un pueblo mugroso de pescadores.

El lugar se convirtió en zona prohibida desde entonces. Todos los padres de Titus Pond hacían hincapié a sus hijos en lo peligroso que era dirigirse allí, aunque la investigación que tuvo lugar oportunamente había arrojado que la mujer era de Nueva York y que su cuerpo había sido abandonado en la casa de Larry McMannus mucho después de haber sido asesinada.

El incidente tuvo lugar tres años antes de la invasión Wilson a casa del bueno de Walt, sin embargo a Judd el lugar lo fascinó de inmediato. Había empezado a entender la importancia de la soledad y la relación entre ella y la casa abandonada fue instantánea. Una noche decidió que la visitaría en su bicicleta, sólo para echar un vistazo y ver cómo se sentía.

Y se sintió de maravilla.

Durante las primeras visitas simplemente pasaba el rato allí. Tenía una linterna potente que utilizaba para desplazarse por la casa y ocasionalmente llevaba algunas velas. Igualmente prefería las noches de luna, donde no era necesario nada de eso. Se familiarizó con la casa. Estaba en un estado deplorable, pero los techos estaban en su sitio y no entraba la lluvia. Una de las habitaciones contaba con un armario empotrado en la pared cuyas puertas de madera habían perdurado milagrosamente. Judd había supuesto que eran de una calidad tan mala que nadie se había tomado la molestia de desprenderlas para llevárselas. Aquél armario se convirtió en su santuario.

Con el correr del tiempo fue adquiriendo confianza y las excursiones en bicicleta a la casa de Larry se hicieron más frecuentes. A veces dos o tres veces a la semana. Se marchaba de noche, cuando su hermano Lester, con quién compartía la habitación, estaba dormido. Nunca lo descubrieron. Eran casi tres kilómetros en bicicleta, y el trayecto podía insumirle una media hora, por lo que no era mucho el tiempo que podía permanecer en la casa. Normalmente se quedaba una hora. En ocasiones extraordinarias se permitía permanecer un poco más.

El día que llevó a los tres gatitos se convirtió en una jornada extraordinaria. No sólo pasó un rato agradable en soledad, sino que además incorporó las nuevas adquisiciones a su colección en el santuario. Se acercó con una sonrisa y arrastrando la bolsa vacía. Los animalitos maullaban mientras exploraban la habitación, pero no les serviría de nada. Allí no había nadie a quien pudieran llamarle la atención.

Para ocultar el santuario en el armario había dispuesto delante de éste una pila de maderas que había sustraído de distintas partes de la casa y troncos que había recogido de los terrenos periféricos. Cada vez que quería acceder a su santuario debía quitar todas las maderas y las ramas, lo cual le demandaba unos diez minutos de trabajo ininterrumpido. Era tedioso y consumía minutos valiosos, pero se había dicho

que si alguien concurría a la casa a pesar de las historias que pesaban sobre ella, difícilmente se tomaría el trabajo de quitar toda aquella basura sólo para curiosear detrás. Y el razonamiento debió haber sido correcto, porque hacía más de un año que Judd visitaba la casa y nadie había profanado su santuario desde entonces.

La noche en cuestión había luna llena. Judd se dirigió a la habitación y quitó las maderas y las ramas con presteza, colocándolas en el otro extremo para devolverlas a su sitio más tarde. Abrió las puertas de madera del armario y ahora sí encendió su linterna para explorar el interior. Desvió el haz de un lado a otro para apreciar su colección privada.

El olor a putrefacción hizo que arrugara la nariz. En la pared trasera del armario había tres filas de clavos largos. De la fila de más abajo pendían los cuerpos sin vida de dos ardillas y un mapache; sus primeras adquisiciones (aunque él no los había matado, sino encontrado al borde de la ruta). El gato que pendía de uno de los clavos superiores, en cambio, sí había sido elegido por él específicamente. Había pertenecido a los Marshall, que vivían justo frente a su casa.

Amanda Marshall iba a su curso en la escuela. Era una de las chicas populares y Judd nunca había sido detectado por su radar de chicos *cool*. A veces se cruzaban fuera de la escuela y ella fingía no verlo, y esa había sido la razón por la que había elegido a su gato (Chester, según creía) para que acompañara a las ardillas y al mapache en el santuario. No había razones más complejas que esa.

Pero matar a Chester no había sido sencillo. El jodido gato parecía tener un sexto sentido para el peligro y se lo había puesto difícil. Judd había tomado nota mental para la siguiente vez.

Los tres gatitos caminaban de un lado a otro maullando mientras investigaban el nuevo entorno, sondeando cada paso con sus patas temblorosas y balanceando sus cabezas desproporcionadas. Eran las crías de la gata de la señora Kennedy, la dueña del almacén una calle arriba. La señora Kennedy no perdía oportunidad de hacerle saber a quién quisiera escucharlo, que juntarse con *esa mujer* con todos esos niños había sido el peor error que Walt podía haber cometido. Decía que podría haber conocido a una mujer, haber tenido hijos propios, y no liarse con una forastera cuyos hijos se habían criado con un lunático. Judd estaba de acuerdo con lo del lunático, de hecho estaba de acuerdo también con las ventajas del resto de las opciones de Walt, pero con lo que no estaba de acuerdo era con la displicencia con que la señora Kennedy opinaba de la vida ajena, como si se tratara de un derecho adquirido. La gata de la señora Kennedy había tenido crías tres semanas atrás. Fue sencillo introducirse en su casa por una ventana y llevárselas. La mujer pasaba casi todo el día en el

almacén, hablando de lo bellos que eran los gatitos de Petunia, y de su otro pasatiempo favorito: la vida del prójimo.

Judd volvió a introducir a los gatitos en la bolsa, lo cual los molestó un poco, y cerró el lazo en el extremo con un doble nudo. Sabía que no podría matar a los gatitos con sus propias manos; no era una bestia.

Sostuvo la bolsa con una mano, de pie en el centro de la habitación, meciéndose como si flotara una música suave a su alrededor. Cerró los ojos y se dejó llevar por la inexistente melodía. Los gatos se enredaron dentro de la bolsa y protestaron, pero el quejido formó parte de la realidad lejana de la que Judd se aislaba cada vez más. Esbozó una sonrisa.

Sus días de sufrimiento habían quedado finalmente atrás. Sin Parker ni Aaron hostigándolo todo el tiempo había sido mucho más fácil encontrar su camino. Además su cuerpo estaba desarrollándose verdaderamente rápido; tenía el tamaño de alguien tres o cuatro años mayor y era algo que estaba aprendiendo a aprovechar a su favor. Los otros niños nunca lo molestaban; ni siquiera los más grandes. Sabía que lo consideraban…

Raro.

Entonces abrió los ojos. Alzó el brazo que sostenía la bolsa, de manera que ésta quedó separada de su cuerpo. Dio una vuelta rápida y avanzó a toda velocidad hacia la pared. Antes de alcanzarla se detuvo abruptamente pero soltó la bolsa, que se estrelló contra la pared con un chasquido seco de huesos rotos y lamentos felinos.

Corrió hacia la bolsa y volvió a agarrarla. Desde el interior un único maullido lastimero se hizo audible. Era presa de un frenesí primitivo e irrefrenable. Repitió el lanzamiento, esta vez con más fuerza. En su cabeza escuchaba la voz chillona de la señora Kennedy…

Esa mujer no es buena para Walt.

Golpe.

¡Y con todos esos niños!

Golpe.

Walt podría haber conocido a otra mujer, tener hijos propios.

Golpe. Golpe.

Estrelló la bolsa unas diez veces, hasta que no escuchó más que huesos quebrados en el interior.

Cuando terminó respiraba agitado. El aire calentado por su organismo manaba de su boca convertida en un rectángulo de dientes desparejos. Una nube blanca crecía y desaparecía intermitentemente mientras su respiración se regularizaba. Pensaba en la

señora Kennedy, y en si debería llevarle uno de los gatitos muertos y dejárselo en el buzón como muestra de agradecimiento por todos sus comentarios desatinados.

Depositó la bolsa en el suelo y se arrodilló junto a ella. Al abrirla y echar un vistazo con la linterna comprendió que los diez golpes habían sido excesivos. Se encontró con un estofado de gatos: una amalgama de sangre oscura con entrañas y trozos flotantes de cartílagos. No podría haber recuperado un cuerpo ni aunque se lo hubiese propuesto; ni siquiera uno fracturado.

Se tendría que conformar con los cráneos, así que se dispuso a buscarlos.

5

Judd permaneció unos minutos reverenciales frente a las puertas del armario, su santuario. Cuando las abrió, hizo lo propio con sus ojos, que habían permanecido cerrados todo el tiempo. Allí estaban las ardillas, el mapache, el gato de Amanda Marshall y los restos de los gatitos de la señora Kennedy. El estado de descomposición avanzado no hizo que dejara de contemplarlos durante un largo rato. En su mente soñaba con más.

6

Kathleen estaba en la administración, al final del corredor del ala Oeste. Paul acababa de marcharse. Ella seguía sentada con las manos entrelazadas sobre el escritorio de Wendy Coleman.

¿Por qué Paul me ha tocado?

No se tragaba ni por un segundo lo que le había dicho acerca de la temperatura; tenía que haber algo más. Fue evidente en su rostro que esperaba algo distinto y que se sorprendió cuando ella lo increpó.

Se puso de pie. Había sido una suerte que Paul entrara en ese preciso momento y no después. De haber sido así se hubiera visto en la necesidad de dar más explicaciones de las que hubiese querido. Había sido un descuido de su parte no cerrar la puerta desde adentro, cosa que era posible en la administración. No cometería dos veces el mismo error. Fue hasta la puerta e hizo girar el seguro hacia la izquierda. Probó el picaporte para verificar que en efecto la puerta estaba cerrada y se dirigió al archivo. Entró y caminó entre las estanterías como lo había hecho Paul un momento atrás. Se agachó frente a uno de los archivadores metálicos y del bolsillo del pantalón extrajo las llaves de su casa. Las observó con incredulidad, como si sirvieran para abrir las puertas de un castillo en un reino imaginario. Entre las llaves había una más pequeña que el resto. La utilizó para abrir el último cajón.

7

Dos años antes de la tragedia del aula 19 y uno antes de que tuviera la confirmación de que su esposo la engañaba con la vecina, Kathleen sabía que su matrimonio se estaba desmoronando como un castillo de naipes. Tenían un hijo que por entonces tenía tres años, pero ni eso parecía ser suficiente para recomponer el vínculo entre ellos. Quizás fue este cuadro el que desencadenó la adicción de Kathleen por la bebida, o quizás ya había empezado pero no se había dado cuenta. El modo en que el alcohol se apodera de nosotros es endiablado, lento y elegante como el andar de una gacela; mucho más sutil que el de otras drogas.

Las sospechas de Kathleen acerca de la infidelidad de Sean no provinieron del hallazgo de lápiz labial en el cuello de su camisa, perfume ajeno impregnado en su ropa o inconsistencias en su agenda laboral; provenían sencillamente de la temperatura en el trato diario. La calidez entre ellos había desaparecido para ser reemplazada por un tibio formalismo. Al principio quiso atribuirlo al esfuerzo laboral que él estaba

llevando a cabo para garantizarse un futuro; habían soñado juntos con la posibilidad de que el bufete lo asociara en el algún momento. Era un bufete mediano y era probable convertirse en asociado a una edad temprana si uno se esforzaba lo suficiente. Sin embargo cuando finalmente ocurrió no se convirtió en el gran acontecimiento que habían proyectado.

Durante esos largos días, su rutina se convirtió en una prueba constante. Regresaba de la escuela a las seis treinta, despedía a Molly y le preguntaba por las novedades de Peter, y se dirigía a la habitación de su hijo para besarlo y quizás jugar un poco con él. Entonces se servía el primer vaso de vodka. Fue ese el momento en que los tragos, que al principio estaban circunscriptos a las noches, se hicieron presentes también en la tarde. El primer movimiento grácil de la gacela.

Sabía que tenía que hablar con Sean. Tenía que sacar a relucir lo que sentía. Tenía que decirle que era evidente que algo les estaba ocurriendo. Era sencillo hacerlo en su cabeza.

¿Tú también lo notas? No quiero convertirme en mi madre, Sean, no quiero, por favor. No quiero criar un hijo yo sola y despertar la lástima de todo el mundo porque he sido abandonada. ¿Me ayudarás a que no sea así?

Resultaba sencillo ensayar las palabras mentalmente sentada en la sala de la casa. Era sencillo incluso darse valor para convencerse de que ese sería el día en que hablaría con él, le diría todo lo que pensaba y vencería esa barrera indestructible que siempre se había cernido sobre ella y que había impedido que los demás la *vieran* realmente.

¿Eso quieres?

Quería salvar su matrimonio.

Pero cada noche, cuando Sean regresaba, encontraba la comida fría y a su descoordinada mujer que apenas podía servirla. Comían en silencio, porque Kathleen no quería hablar frente a Peter cuando estaba ebria, y la charla pendiente nunca tenía lugar. A veces llegaba *tan cerca*… se aproximaba a Sean buscando las palabras que con tanta facilidad había prefabricado durante la tarde, pero entonces no salía ninguna y rompía en llanto.

Cuando estaba sobria nunca lograba acercarse tanto. No lloraba, ni balbuceaba como un niño pequeño que está aprendiendo a hablar, pero se bloqueaba y era invadida por la sensación de que Sean le diría que no sabía de qué le hablaba, que las cosas eran como debían ser, que era sólo su imaginación. O peor que eso… le diría que él también sentía que las cosas no eran como antes, ¡qué bueno que lo mencionaba! Quizás era el momento de poner fin a la relación. Estaba claro que su

matrimonio no había sido una buena idea.

Viendo las cosas en retrospectiva (y para ser justos con Sean), era altamente probable que el engaño con Elisabeth todavía no hubiese empezado en aquella época, cuando el matrimonio evidenció sus primeros signos de deterioro. En cierto sentido, el miedo de Kathleen a lo que finalmente se convirtió en una realidad, se encargó de separarlos cada día un poco más. Pasó un periodo de tiempo prolongado en el que no tuvieron sexo, básicamente porque ella prefería pasar las noches bebiendo sola en la sala, a veces hasta media botella de vodka por noche. En las pocas ocasiones en que mantuvieron relaciones durante aquél periodo fue un acto mecánico y desapasionado.

El presupuesto en bebida debió ser otro indicador. Empezó a comprar bebida por su cuenta y a esconderla fuera de los lugares donde normalmente la conservaban. Guardaba algunas botellas en el armario de su habitación, junto a los zapatos, y en el garaje, dentro de cajas con trastos viejos. El segundo acto de la gacela consiste en empezar a asimilar la realidad, pero a esconderla de los demás. Kathleen no era estúpida, sabía que Sean se daba cuenta que estaba tomando más de lo normal, pero también creía que mientras no tuviera conciencia de *cuánto* tomaba, las cosas estarían bien. Por eso se escabullía de la casa antes de acostarse, a veces envuelta en su propia bata de toalla y balanceándose como una campana, para tirar las botellas vacías en el cubo de basura de la esquina.

Resultaba difícil para Kathleen adivinar cuándo había comenzado exactamente el romance entre Sean y Elisabeth Wells. Ella nunca se lo preguntó, ni siquiera para saciar su curiosidad. Pero debió ocurrir en algún momento entre el distanciamiento entre ellos y el episodio en la cocina.

El episodio de la cocina era una manera elegante de referirse al día en que Kathleen casi pierde su pierna.

Kathleen había empezado a tomar alcohol en su adolescencia, pero había obtenido su maestría en la adultez. Conocía perfectamente los límites y lo que traía aparejado cruzarlos. Sabía qué era una dosis inofensiva, una problemática y una demoledora. Los límites se iban desplazando suavemente conforme pasaba el tiempo (tercer acto mágico de nuestra amiga la gacela dócil) pero aun así ella los conocía a la perfección. La paradoja era que conocerlos no ayudaba en absoluto a no cruzarlos, simplemente le permitía imaginar las consecuencias con un poco de antelación, lo cual en sí no servía de mucho. Dos o tres veces a la semana Kathleen consumía más de una botella de vodka por noche; un pasaje sin escalas a la última estación, que terminaba con ella inconsciente en el sillón de la sala o sentada en el suelo de la cocina, hasta que despertaba en medio de la madrugada y se acostaba. A veces ni siquiera despertaba y

era Sean quien la encontraba en algún lugar de la casa, tendida de costado como un muñeco inanimado.

Pero había excepciones. A veces no le era posible predecir algunas reacciones, establecer los límites. El fenómeno podía resultar de lo más desconcertante. No sabía si tenía que ver con su estado de ánimo, su ciclo menstrual o qué demonios. Lo cierto es que en ocasiones, una dosis razonable de alcohol que en otras circunstancias alcanzaría apenas para nublar sus pensamientos, hacía que su cabeza se convirtiera en un volcán en erupción. Entonces perdía rápidamente la capacidad de pensar con claridad, su habilidad de coordinación se iba al traste y se sumía en cuestión de minutos en un estado depresivo profundo. Kathleen llamaba a estas borracheras *las emputecidas*.

Afortunadamente no ocurrían con mucha frecuencia, pero fue el caso de la noche en que prendió fuego la cocina de su casa.

Eran las siete. Acababa de poner un trozo de carne en el horno y había tomado un cuarto de botella de ron. Sean le había dejado un mensaje en el contestador diciéndole que regresaría un poco más tarde, después de las ocho. Había escuchado la voz grabada tendida en el sillón, vaso en mano. Un mensaje. Eso era lo que recibía de su esposo. Un maldito mensaje en el contestador telefónico. En ese momento pensó que las cosas entre ellos tenían que estar definitivamente jodidas para haber llegado a semejante extremo. Si Sean no se sentía cómodo con ella para decirle algo tan simple como que regresaría más tarde a casa, entonces no había esperanzas para ellos. Era imposible.

Regresó a la cocina arrastrando los pies, con las palabras grabadas resonando en su cabeza. Peter, que estaba sentado en el sillón mirando televisión, apartó la atención del canal *Discovery kids* y la observó en silencio. Peter era un niño silencioso por naturaleza, pero parecía haber desarrollado un sentido especial para saber cuándo era conveniente no molestar a su madre. Este era uno de esos días.

Pasó la siguiente media hora bebiendo directamente de la botella, sentada en el suelo de la cocina. De tanto en tanto se asomaba por la ventanita del horno y observaba la carne asándose. Aquél trozo de carne oscuro se le antojó más interesante que su propia vida. Su familia se desmoronaba y en su trabajo sería directora de admisiones por los próximos veinte o treinta años. La falta de metas era una de sus obsesiones. Se sentía fatal.

Para colmo sentía que se venía una de las emputecidas. Podía intuirlas, como un cacique predice el mal tiempo.

Una palpitación en la frente empezó a atormentarla. Aquella palpitación no

desaparecería hasta el día siguiente, lo sabía. Se llevó la botella a la boca y bebió hasta que las paredes de la garganta se llenaron de insectos que le picaron todos al mismo tiempo. Las lámparas de la cocina le dispararon destellos más brillantes que de costumbre.

—¡¿Por qué?! —gritó de repente a la cocina vacía. Pero entonces recordó que Peter estaba en la habitación contigua y procuró recomponerse. Entonces repitió ahora en voz baja— ¿Por qué?

Intentó ponerse de pie, pero sus tacos resbalaron en el suelo y dejó de intentarlo. Bebió otro trago y observó la botella con incredulidad. ¿Había bebido una botella completa de ron? ¿Podía ser posible? No lo creía, pero ahí estaba la prueba. La quiso colocar delicadamente en el suelo, a su lado, pero a último momento su brazo se aceleró y la golpeó con tanta fuerza que fue un milagro que no se rompiera.

Empezó a llorar. La palpitación en la sien no la dejaba pensar con claridad. ¡Quería ponerse de pie!

Se arrastró hasta la mesa en el centro de la cocina. Fue necesario tal esfuerzo, que al llegar volvió a sentarse ahora contra la pata de madera. La cabeza le pesaba mil kilos. Estiró un brazo para asirse del borde de la mesa y tras dos intentos lo logró. El filo de la mesa se movía de un lado a otro, como la proa de un barco en altamar. Tiró de su brazo para levantarse y pensó que lo estaba logrando, pero su percepción alterada no le permitió advertir que no era ella la que se estaba moviendo, sino el mantel a cuadros, y sobre él algunos implementos culinarios y una base de madera con cinco cuchillos incrustados en ella.

En ningún momento entendió lo que ocurría. Realmente creyó que se estaba poniendo de pie aunque sus piernas estaban en el mismo lugar y el ángulo con que observaba la cocina no se modificaba. Pero este era un análisis demasiado pretencioso para su estado. Algunos utensilios cayeron al suelo y ella se sorprendió. Cuando cayó el soporte con los cuchillos, el mantel cedió de pronto y algo primitivo encendió una señal de alarma en Kathleen, que cubrió su rostro con las manos y lanzó un grito ahogado. Tres de los cuchillos cayeron a su derecha. Las hojas causaron una sucesión de aplausos metálicos al chocar con la cerámica del suelo. El cuarto de los cuchillos aterrizó en su regazo, pero lo hizo de costado. El quinto se le clavó en el muslo hasta la mitad.

Sintió un dolor arrollador. Como si la pierna entera se le hubiese prendido fuego. Gritó con todas sus fuerzas. La conmoción y el dolor hicieron que lograra hallar un hilo de cordura y que pudiera elaborar un pensamiento coherente. Debía llamar al 911. Había gritado y debía evitar que…

Pero era demasiado tarde.

Peter estaba de pie en el umbral de la puerta.

Y allí estaba ella. ¡La madre del año! Tendida en el suelo de su propia cocina, con el cerebro inundado de ron y un cuchillo clavado en el muslo derecho. Perfecta para la cubierta del próximo número de «Padres ejemplares».

—Mami está bien —dijo como pudo.

Peter la observaba con ojos que decían que entendía perfectamente que mami no estaba bien. Llevaba puesto un jardinero con un oso estampado en la pechera. La tela de la prenda era celeste con finas líneas blancas en sentido vertical. El niño tenía las manos en los bolsillos.

—Mami está jugando —articuló Kathleen deteniéndose en cada silaba el doble de lo normal—. Anda Peter, tráele a mami el teléfono…

El niño corrió hacia la sala y segundos después regresó con el teléfono.

—Ve a ver la televisión, Peter —dijo con lágrimas en los ojos.

Aferró el teléfono y marcó el 911. Le explicó a la operadora la emergencia y ésta le dijo que no se moviera, que una ambulancia estaría allí en diez minutos. Después habló con Sean. Tanto él como los paramédicos llegaron a la casa casi al mismo tiempo.

8

Esconder bebida en su propio despacho hubiera sido una estupidez mayúscula. Además, Kathleen sabía que a Judd se le daba por merodear por allí algunas noches. Había detectado objetos fuera de su sitio más de una vez. No sabía si se trataba de recorridos de rutina, lo cual hubiera estado bien, o había algo más. De cualquier manera, el cuidador no era la verdadera razón por la que no había escondido allí la bebida. La verdadera razón era que si alguien descubría accidentalmente su existencia, no podría negar que le pertenecía si estaba en su despacho. Si bien se las había arreglado para mantener sus problemas con el alcohol fuera de la escuela, sería muy fácil para cualquiera sacarlos a la luz con tal solo escarbar un poco en su vida.

Así pues había elegido aquél archivador en la administración. De haber preguntado al personal de la escuela qué había allí, todos hubieran respondido que no lo sabían y que no sabían exactamente a quién pertenecía. Kathleen era la única que disponía de una llave para abrirlo. Dentro había una serie de publicaciones viejas, mayormente boletines oficiales, y debajo de éstos una botella de agua cuyo contenido no era tal precisamente.

Sacó la botella y la abrió. Se sentó contra el archivador como más de diez años atrás lo había hecho en la cocina de su casa. Miró con desgano su muslo izquierdo. Debajo de la tela de su vaquero estaba el miserable recuerdo de aquella fatídica noche. Bebió un trago de vodka puro.

Si alguna vez descubrían que guardaba alcohol en la escuela su carrera se convertiría en historia en una milésima de segundo. No habría lugar a negociaciones, ni tiempo para dar explicaciones…, sería una consecuencia inmediata. Y no solo eso; su participación en el sistema educativo se habría acabado para siempre. ¿Entonces por qué lo hacía? Para empezar, rara vez bebía dentro de la escuela. Le gustaba considerar a la botella como un reaseguro. Sólo saber que estaba allí, al alcance de la mano, era suficiente para mitigar el deseo de beber. Recurría a ella sólo en situaciones extraordinarias, como la que ahora se presentaba.

No recordaba la última vez que se había encerrado en el archivo para beber un trago. Probablemente hacía más de tres meses. Su problema con la bebida parecía haber alcanzado un punto de estabilidad desde hacía unos cuantos años. Eso, para ella, había sido de por sí una victoria: contener el daño. Eliminarlo de raíz había sido un plan utópico en el que había creído alguna vez, pero del se había despedido con solemnidad. Impedir que creciera era, en cambio, un desafío con posibilidades razonables. Lo estaba logrando. Lo único que quería era poder desempeñar su trabajo con normalidad, pasar algunos momentos con su hijo, no mucho más que eso. Era lo único que le pedía a la bestia que alojaba en su interior. Si la bestia le permitía eso, entonces ella estaba dispuesta a darle a cambio todo lo que le pidiera. Todo. Todo por su carrera y por poder ver a su hijo y comportarse como una madre aunque sea unas horas.

Si perdía alguna de esas dos cosas, lo perdería todo. Y la bestia lo sabía perfectamente.

9

Cuando pasas diez minutos tendida en el suelo de tu cocina, con un cuchillo clavado en el muslo y escuchando como *Bob Esponja* le explica algo a *Calamardo* en la habitación contigua, donde, a propósito, también está tu hijo… ocurren varias cosas. La primera es que son los diez minutos más largos de tu vida, en los que tienes tiempo incluso para desarrollar tu propia teoría de la relatividad. Así que ahí estas, jugando a ser Einstein, y te dices a ti misma que has llegado al punto de inflexión, el punto del *cambio*. Porque lo que has hecho, a lo que has expuesto a tu hijo unos minutos atrás, es algo que nunca olvidará y que lo marcará para siempre. Y tú has sido responsable. Y no importa cuánto alcohol corra por tus venas, o que las palpitaciones en tu cabeza sean como cañonazos de guerra…, lo entiendes. Lo entiendes muy bien.

Pero entonces ocurre otra cosa. Una cosa inesperada. Sigues allí tendida, con ramalazos de dolor que parten desde la herida en tu pierna; la sangre no sale a borbotones, pero sí hay mucha. Supones que el cuchillo impide que salga más, como en las películas, pero vas a hacer lo que la voz del 911 te ha dicho, seguirás allí tendida hasta que llegue la ambulancia. Mientras tanto te convencerás a ti misma de lo diferente que serán las cosas de ahí en más, de lo buena madre que serás y todo eso. Y es ahí cuando escuchas la risa. La risa de la bestia burlándose de ti.

Aquí va un buen concejo Einstein, una lección básica: no puedes hacer que el tiempo vuelva atrás. Quizás un puñado de fórmulas con letras C y E prueben lo contrario, pero pongámoslo de este modo: TÚ no puedes hacerlo. No hay manera para un niño de tres años de retornar de la imagen de una madre con un cuchillo clavado en el muslo.

No la hay.

Podemos decirle a Peter que ha sido un accidente.

Sí, podían, y de hecho lo harían. El asunto es si él lo creería toda su vida o en algún momento se dará cuenta.

Los días posteriores al incidente en la cocina (como Sean y Kathleen se referían a él) fueron ciertamente intensos. Por primera vez en mucho tiempo hablaron de los problemas que atravesaban. Si bien lo hicieron únicamente porque se vieron forzados a hacerlo, al menos lograron dar ese paso. Quizás algo bueno saldría de todo aquello, después de todo. El precio había sido caro, porque Kathleen debió usar muletas por casi tres meses, pero aun así podía ser que valiera la pena. En palabras de su médico, el hecho de que Kathleen pudiera caminar tras una operación de ese tipo sin secuelas visibles salvo una cicatriz de tres centímetros era todo un milagro. Si el cuchillo se

hubiera clavado a cinco centímetros de donde lo había hecho, la historia hubiese sido completamente diferente. Así pues, tal vez, aquél había sido un duro llamado de atención, pero las cosas podían mejorar.

Pero no lo hicieron.

El plan era que Kathleen iría a Alcohólicos Anónimos, eso para empezar. Fue la condición de Sean para dejar las cosas como estaban. No podía permitir, según le hizo saber con la vista puesta en la alfombra de la sala, que el episodio de la cocina se repitiera y Kathleen pusiera en peligro su vida o la de Peter. Esto por no mencionar los problemas que podía acarrearle en la escuela. Kathleen prometió que iría a las reuniones y que dejaría de beber.

Cumplió con lo primero, no con lo segundo. Nunca se sintió a gusto en las reuniones. No conectó con aquellas personas, sentadas en círculo durante una hora, compartiendo intimidades primero y bocadillos después. No podía quitarse de la cabeza la idea de que muchos de ellos utilizaban las reuniones como punto de encuentro social. No es que no las necesitaran, o que no creyeran que las necesitaran, pero había un evidente grado de acostumbramiento por parte de algunos concurrentes; como si finalmente pertenecieran a *algo*. Kathleen lo odiaba. Odiaba exponerse ante un grupo de desconocidos para reconocer que un líquido trasparente podía dominarla y tenerla a merced. Kathleen nunca habló en las reuniones de la bestia con que convivía; de hecho nunca habló con nadie de eso. ¿Quién lo entendería?

Pero siguió concurriendo a las reuniones durante meses. Lo que logró con ellas fue perfeccionarse en el arte de ocultar botellas y a ser más precavida. Su meta no fue nunca dejar de beber (la bestia no lo aceptaría), sino aprender a controlarlo y a convivir con ello. Y lo logró. Era extraño salir de aquellas reuniones en AA y al dar vuelta a la esquina detenerse y abrir la gaveta y beber un trago. Sean tenía la costumbre de acostarse temprano y madrugar, por lo que las noches eran otro momento para beber un poco. Había encontrado escondites más elaborados que el armario junto a sus zapatos.

Siete meses después encontró a Sean con Elisabeth Wells en su propia cama y la posibilidad remota de volver el tiempo atrás se fue al fondo del mar amarrada a un ancla de mil kilos. La infidelidad de Sean le dio un cierre abrupto a una situación insostenible. Hasta era probable que en cierto modo Sean hubiese buscado ser descubierto. A fin de cuentas, ¡estaban en su propia casa! No hizo falta un perro sabueso para encontrarlos.

Consensuaron un divorcio amistoso, dentro de lo que cabe. Kathleen pasó momentos duros en los que debió aceptar la idea de que su matrimonio había

fracasado. No tenía sentido pelear por algo que estaba muerto, por más doloroso que resultase. Sus miedos más profundos estaban cobrando forma: su romance con la bebida iba viento en popa y su marido la abandonaba, tal y como le había sucedido a su madre. Lo que tanto había temido toda su vida, y lo que se había dicho una y otra vez que no dejaría que le sucediera a ella, ahí estaba, repitiéndose detalle a detalle. Que su madre hubiera regresado a casa un día para descubrir que su marido había desaparecido y que nunca sabría más de él era una diferencia sutil. Eso, en la era moderna, se llamaba divorcio.

Lo único que le quedaba a Kathleen era su trabajo. Y por cierto, también lo único que la diferenciaba de su madre, quién había sobrevivido a base de pensiones estatales y la ayuda constante de sus hermanas. Ella estaba lejos de esta realidad, por ahora; era directora de admisiones y haría todo lo posible para ser directora algún día. Si podía ser pronto, mejor. Un logro semejante a una edad temprana haría que pudiera ser autosuficiente, sin depender de las ayudas ajenas, y darle a Peter todo lo que necesitaba. Había perdido dos batallas… no podía darse el lujo de perder la tercera.

La tragedia del aula 19 tuvo lugar un año después del divorcio. Su sueño de ser directora se hizo realidad, no del modo ideal, pero logró su objetivo a una edad que de otro modo hubiese resultado imposible. Si Kathleen hubiera podido escoger las circunstancias, éstas hubieran sido otras. No había podido. Tenía que ser directora a cualquier precio y lo logró. Punto.

Aquél fue un periodo difícil. Sean y Elisabeth Wells se casaron, lo que constituyó un revés aunque no estuviera dispuesta a aceptarlo ante nadie. Su discurso había sido siempre: *es el padre de mi hijo, le deseo lo mejor*, pero era una mentira grande como el Titanic. En el fondo ansiaba que las cosas entre Sean y Elisabeth no funcionaran; no para que él volviera a su lado, porque eso era un imposible, pero sí para que el camino a rehacer su vida tuviera al menos algunos contratiempos. Sólo algunos. Era el maldito asociado joven del bufete, contraía matrimonio en una ceremonia espléndida (según los dichos de su hermana en la peluquería) y se iría de luna de miel a Roatán, una isla centroamericana paradisíaca, con una mujer siete años menor que él a la que la gravedad parecía no afectarla.

Bien por él.

Pero las disputas con Sean no habían terminado y el trato entre ambos estaría a punto de volverse áspero como papel de lija. Una noche, aproximadamente un año después de la tragedia del aula 19, y dos del divorcio, Sean le habló por teléfono a la casa. Nunca lo hacía, por lo que supuso que algo malo le habría ocurrido a Peter, que ese fin de semana estaba con él y su flamante esposa anti gravitatoria.

Después de los saludos de rigor él dijo:

—Kathleen, será mejor que te busques un abogado.

¡Vaya frase! El mundo se ha ido a la mierda para que existan frases como esas entre dos personas civilizadas que se han amado alguna vez. Kathleen tuvo el impulso de responderle que ya se había buscado uno, que era ÉL, y que un día lo había encontrado con la vecina en la cama. En su lugar respondió:

—¿Qué sucede, Sean?

—Voy a solicitar al juez la tenencia permanente de Peter —dijo él con voz apagada.

—¿Qué?

—Creo que es lo mejor para todos, especialmente para él.

Kathleen guardó silencio mientras ensayó un puñado de respuestas, todas ellas inadecuadas. Se obligó a pronunciar una frase civilizada del tipo: *¿realmente crees que un juez debe decidir qué es lo mejor para nuestro hijo?*, pero no pudo.

—Eres un grandísimo hijo de puta.

Y cortó.

La próxima llamada que recibió, dos días después, fue de un tal Lafferty, que se identificó como el abogado de Sean y que le preguntó si ya había designado a su representante legal para poder hablar con él. Ella le dijo que sí y le dio su nombre y número telefónico. Él se lo agradeció y le dijo que se pondría en contacto con el señor Murray cuanto antes.

Así fue cómo la siguiente decisión trascendental de sus vidas pasaría a ser tomada por el señor Lafferty y el señor Murray, y probablemente algún juez del estado. Dio comienzo la etapa John Grisham de sus vidas.

Una semana después Kathleen se reunió con su abogado y por primera vez comprendió la seriedad del asunto. El hombre, de unos sesenta años, de ojos celestes y barba blanca bien recortada, le dedicó una sonrisa fraternal y con tono afable le dijo que el caso no era sencillo. Estaban en la cocina de la casa. Kathleen había preparado café que ninguno de los dos probaría. El episodio de la cocina era el gran problema, le dijo. Si iban a juicio había grandes posibilidades de que se utilizara para demostrar su incapacidad como madre, alegando que si algo así volvía a repetirse pondría en peligro la vida de Peter. Lo triste del asunto era que eso era absolutamente cierto y Kathleen lo sabía. Si bien habían pasado casi dos años, y desde entonces no se había producido otro incidente similar, no tendría tanto peso a la hora del veredicto. Las reuniones en AA, a las que había dejado de asistir, servirían para demostrar el cambio, pero era difícil saber hasta qué punto. Murray le aconsejó que las retomara.

Había una cosa más.

—¿Qué? —preguntó Kathleen con incredulidad. *¿Qué más podía haber?*

—Lafferty dice que tienen pruebas de que no has dejado la bebida —sentenció el abogado.

Al menos el hombre tuvo la amabilidad de no preguntarle si tal cosa era cierta. Seguramente lo advirtió en su mirada de todos modos.

Las chances no eran alentadoras. Sería una buena carta su puesto de directora en la escuela, especialmente por el trato diario con niños. Si podían reunir algunos testimonios de maestros que dieran cuenta de su buen desempeño, podía ayudar. Por otro lado, Sean tenía también un gran empleo y un hogar bien constituido. Ellos alegarían que su relación con Elisabeth se había iniciado cuando en su matrimonio ya había problemas serios, lo cual quedaba demostrado por el episodio en la cocina. Lo ocurrido aquella fatídica noche, en la que Kathleen había terminado con una tremenda herida en el muslo, era la raíz de todos los males y su certificado de defunción ante el sistema legal.

Murray se lo explicó todo fijando en ella sus ojos celestiales. Sería un caso difícil. Las madres tenían siempre las de ganar en casos de custodia, pero en este en particular él suponía que las posibilidades de ganar eran de sesenta a cuarenta en contra. Podía además insumir mucho tiempo y dinero y en la corte podían llegar a escucharse algunas cosas indeseables. Le dijo que lo pensara y que le hablara en un par de días para saber cómo procederían.

Ella lo pensó. No estaba dispuesta a ceder la tenencia de Peter sin dar batalla. Así se lo hizo saber a su abogado.

La siguiente jugada de Sean llegó pronto. Su as en la manga. La llamó por teléfono una noche y empezó diciendo que si llegaban a un acuerdo amigable podría ver a Peter cuantas veces quisiera. No tenía sentido complicar las cosas todavía más. Después le dijo que Lafferty era un hombre de mucha experiencia en este tipo de casos y que estaba dispuesto a ensuciarla en la escuela.

Ensuciarla en la escuela.

Aquellas eran las palabras de Sean. Meter a su abogado en el medio era un truco barato para no decir que era lo que él haría si ella no cooperaba. El episodio de la cocina no había trascendido, pero lo elevarían a la junta directiva para que estuvieran al corriente. También lo informarían a los padres más influyentes. A nadie le gustaría que su hijo permanezca en una escuela dónde la directora tenía semejante reputación. Sumado a la notoriedad de la tragedia del aula 19, sería suficiente para que destituyeran a Kathleen de su cargo sin pensarlo dos segundos. La escuela estaba bajo

una observación exhaustiva.

Sean ganó.

Hicieron un plan de visitas amistoso y lo flexibilizaron con el tiempo. Kathleen debía reconocer que el nuevo hogar que su ex marido había formado con Elisabeth era un buen lugar para Peter. En unos meses ellos tendrían un hijo propio, que resultaría ser una niña, y a la que Peter rápidamente amaría con locura.

10

Dos golpes fuertes.

Kathleen se sobresaltó. Había estado abstraída recordando viejos (y malos) tiempos. Bebió un último trago y devolvió la botella al último cajón del archivador. Lo cerró con llave y se levantó.

—¿Paul? —preguntó mientras salía del archivo y se acercaba a la puerta de la administración.

—No. Soy yo. —Era la voz inconfundible de Judd.

Kathleen abrió la puerta y se encontró con el cuidador de pie en el umbral. Lo conocía desde hacía más de diez años —hasta cierto punto le tenía confianza— pero esta vez advirtió algo en su mirada que no le agradó en absoluto.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—El ret… El muchacho no está en la biblioteca.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Eché un vistazo rápido aquí abajo y no lo he visto.

—Vamos arriba entonces.

Estaban a punto de salir cuando Kathleen recordó algo. Le pidió a Judd que la esperase. Regresó al archivo y tras una búsqueda rápida encontró el anuario del año 1993. Si Michael no aparecía pronto la situación podía irse de las manos. Había sido una estúpida por no haberse quedado en la biblioteca cuidándolo. Otro punto para su amiga la bebida.

—Listo —dijo al regresar—. Vamos.

Los dos se dirigieron a la planta alta; ella con el libro de fotografías bajo el brazo y él con su bate al hombro. Ni bien llegaron divisaron el humo. La luz era escasa en la escalera así que se trató de una cuestión más olfativa que visual.

—¡Qué mierda…! —Judd miro hacia uno y otro lado. Claramente el humo procedía del ala Oeste. En ese momento incluso permanecer de pie en la intersección de los corredores era una faena penosa. De ninguna manera Judd podría llegar al origen del humo cómo lo había hecho Ally un rato antes.

—Espéreme aquí —dijo Judd.

Kathleen no tenía intenciones de moverse, mucho menos en la dirección del humo. Judd tampoco buscaba su autorización, de hecho ya estaba en movimiento.

La silueta del cuidador se fue desdibujando poco a poco.

Kathleen esperó abrazándose los codos y lanzando miradas en todas direcciones. Sentirse así en su propia escuela era una mala señal. Un incendio era lo que menos necesitaban en ese momento. Se preguntaba si Ally podía estar detrás de todo eso y lo consideró altamente probable.

Un minuto después, Judd regresó. Primero fue el haz de su linterna, después su silueta rectangular.

—Creo saber de qué se trata —dijo con sequedad.

—¿Es un incendio?

—No. Sígame.

Caminaron por el corredor alejándose del humo, hasta detenerse frente al salón de actos. Allí, en ese preciso momento, Ally le revelaba a Paul que su encuentro en Tannen´s no había sido casual. Pero Kathleen y Judd no entraron todavía. El cuidador observaba por la ventana que daba hacia el oeste.

—Lo que suponía —dijo Judd en tono reflexivo.

Desde allí veían la parte trasera del ala Oeste. Todo estaba en perfecta calma.

—¿A qué te refieres exactamente, Judd? —preguntó Kathleen escrutando el exterior pero sin saber en qué concentrarse exactamente.

—¿Ve la esquina del edificio?

—Sí.

—Lo que se ve allí es la salida del escape del generador.

Kathleen advirtió una pequeña chimenea metálica a la que no había prestado atención antes. De más está decir que no había humo saliendo por allí.

—El humo no puede salir —dijo Judd.

—Al igual que nosotros —completó Kathleen.

—Exacto.

Los dos se volvieron hacia el corredor. Sería cuestión de minutos para que el aire se volviera irrespirable en esa parte.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos aquí arriba?

—El salón de actos es grande. Pero si estas puertas permanecen cerradas, no mucho. Quizás un par de horas.

Fue en ese momento cuando escucharon la voz de Paul. No pudieron comprender qué decía, pero estuvieron seguros de que era él.

—Están allí dentro —dijo Kathleen olvidándose momentáneamente del humo. Aquél sería un problema con el que deberían lidiar más tarde.

—Así parece.

—Judd, necesitaré dos cosas de ti. Déjame manejar las cosas allí dentro…, y apóyame con tu presencia. Se sentirán intimidados si tú estás de mi lado.

Judd asintió. Quería ver cómo Kathleen jugaba sus últimas cartas. En muy poco tiempo, las reglas cambiarían drásticamente.

11

—¡¿Dónde mierda se ha metido?! —Judd estaba de pie junto a la puerta del salón de actos. Ally la había atravesado apenas dos o tres segundos atrás. Podría haber corrido hacia la escalera, pensó Judd, pero aun así debió hacerlo casi instantáneamente; y su golpe con el bate había sido certero. Ally había caído de bruces contra la puerta con una fuerza tal que era difícil pensar en una reacción tan rápida.

Recogió el bate del suelo. Por un lado era una tranquilidad no tener que lidiar con ella ahora.

Paul seguía de pie frente al escenario con el libro de fotografías en la mano. Kathleen lo observaba con fijeza.

—¿Desde cuándo lo has sabido? —preguntó él.

—Desde que la vi entrar a la escuela supe que mentía —respondió ella—. Tenía un letrero en la frente.

¿Por qué Ally mentiría? ¿Por qué decir que es la hermana de un niño muerto en

el aula 19?

La respuesta obvia era asegurarse que Paul la llevaría con él. De otro modo quizás ella no lo hubiera convencido de acudir al llamado de Michael. En definitiva, su plan funcionó; tenía que darle cierto crédito.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —preguntó Paul, aunque intuía la respuesta.

—Tú sabes por qué…

Judd regresó en ese momento. Kathleen empezó a decir algo:

—Creo que lo mejor será…

—Lo mejor será que vengan conmigo —la interrumpió Judd.

La mujer se sorprendió.

—Judd, la prioridad…

—Como he dicho, la prioridad es que vengan conmigo.

Kathleen asintió.

Judd se colocó detrás de Paul y con la punta de su bate lo instó a que avanzara.

—Vamos abajo —ordenó.

Kathleen abría la marcha. Tras recorrer la mitad del camino se volvió para echar un vistazo al cuidador. Allí estaba la misma expresión que había advertido cuando abrió la puerta de la administración, la única diferencia era que ahora era más evidente. *Enajenado*, fue la palabra que Kathleen encontró para describirla. El cuidador parecía comandado a control remoto, como un robot, o por una parte de su cerebro diferente a la habitual.

Con Michael y Ally ilocalizables, y Judd no cooperando, habría demasiados cabos sueltos. Demasiadas variables fuera de control.

Cuando se proponían traspasar la puerta, el aplauso de algunas personas se escuchó a sus espaldas. Se volvieron y vieron a una docena de espectadores translúcidos de cara al escenario. El hecho apenas los perturbó.

—¿A dónde vamos, Judd? —preguntó Kathleen.

—Caminen.

—¿Qué es todo este humo? —Paul miró hacia uno y otro lado en búsqueda de Ally pero no la vio por ningún lado.

Judd los observaba desde atrás, a escasos tres pasos, con la mirada atenta de alguien que está dispuesto a intervenir si la conversación toma el curso inadecuado. Con su linterna les marcaba el camino a seguir.

—Es el escape del generador —explicó Kathleen—. El humo no puede salir de la escuela.

—Parece que no somos los únicos con ese privilegio entonces —comentó Paul.

—Así parece.

Llegaron a la boca de la escalera y empezaron a descender.

—Perdón por la escena allí dentro —dijo Kathleen acercándose a Paul.

—Está bien.

—¿Realmente no sabes dónde está Michael?

—Ni la menor idea.

—¡Hey, se acabaron las conversaciones! —graznó Judd.

Estaban en la planta baja.

Judd había tomado las riendas. Lo que no entendían era para qué las había tomado, pero sabían que lo averiguarían pronto. Ahora lo observaban a la espera de sus indicaciones. La figura del cuidador, biselada por los destellos de los tubos fluorescentes, lanzaba sombras largas en todas direcciones. Ninguno de ellos, ni siquiera Paul, tendría una mínima oportunidad en un enfrentamiento físico con aquel hombre. Un solo golpe con una de sus manazas y sería un pase directo a la tierra de la inconsciencia. Ni hablar si utilizaba su bate.

—Periodista listillo, vaya a la puerta. Póngase de espaldas a ella. —Se refería a la puerta del frente.

Paul hizo lo que le ordenaban. Judd sacó algo del bolsillo y por un instante Paul tuvo la descabellada idea de que el cuidador sacaría un arma y le dispararía. La inscripción en el pizarrón del aula 19 se alzó dentro de su cabeza como una bandera de muerte.

ARMA.

Pero no se trataba de un arma, sino de un trozo de cable enrollado.

—Las manos entrelazadas en las agarraderas.

No hacía falta mucho ingenio para advertir las intenciones del hombre, pero necesitaba ganar algo de tiempo:

—¿Para qué?

—Usted hágalo.

No tenía objeto resistirse en esa instancia. Se enfrentaba a una mole de dos metros de altura y un bate de madera. Su metro ochenta y su contextura de periodista no serían de gran ayuda en una contienda. Eran David contra Goliat, pero en el mundo real.

Paul cruzó las manos detrás de las agarraderas. Judd estiró el cable y lo utilizó para atarlo valiéndose de más fuerza de la necesaria.

—¡Ouch!

—Es una suerte que estas puertas estén tan firmes, ¿no?

Kathleen observaba la escena a prudente distancia. Procuraba establecer cuál era la mejor manera de convencer al cuidador para que dejara de lado su comportamiento. No obstante era difícil pensar con claridad ante aquella expresión en su rostro. Se preguntó si parte de ella no había estado allí siempre, durante todos estos años en la escuela. Era muy probable que sí.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Kathleen—. Podemos hablar como personas civilizadas.

Judd no respondió. Siguió con concienzuda concentración anudando las manos de Paul a la puerta del frente. Recién cuando terminó, unos segundos después, se volvió y contempló a la directora como si no estuviera seguro de si ella había dicho algo.

—Venga conmigo —dijo.

—¿Dónde?

—A la administración.

—¿Para qué?

Judd no respondió.

Al parecer el crédito para preguntas se había agotado. O su paciencia. Asió el brazo de la directora, el cual fue rodeado íntegramente por sus dedos.

Kathleen experimentó una sensación de desprotección extrema cuando aquella manaza la apresó. Sí señor, las cosas habían cambiado.

Avanzaron por el corredor en silencio. Cuando llevaban unos diez metros la voz de Paul les llegó desde el vestíbulo.

—¡Vas a dejarme aquí atado! ¡Te has vuelto loco!

Kathleen comprendió que aquél grito iba dirigido a Ally, que debía estar escondida en algún lugar de la planta alta.

—¡En un momento estaré con usted! —le gritó el cuidador a su vez— ¡No se preocupe!

Cuando estaban por llegar al quiebre del corredor, una mujer torció desde el extremo opuesto en dirección a ellos. Se detuvieron en seco, pero la mujer no pareció reparar en su presencia. La sorpresa inicial duró poco; apenas el tiempo para comprender que aquella no era una persona *real*, sino una maestra translúcida, como los niños del corredor o los espectadores que acababan de ver en el salón de actos. Cuando pasó a su lado, Kathleen la reconoció. La mujer había trabajado en la escuela durante cinco o seis años.

Llevaba un libro rojo aferrado al pecho.

Se volvieron para observar cómo la mujer seguía su camino hasta el vestíbulo y

viraba hacia la izquierda. Recién cuando estuvo fuera de su vista reanudaron la marcha. No se toparon con ningún otro visitante fantasmal hasta llegar a la administración.

Kathleen empujó la puerta y entró. Judd no lo hizo.

—Espéreme aquí.

—¿Por qué?

—Prefiero que permanezca aquí —dijo él y empezó a cerrar la puerta.

—¡Espera!

Él se detuvo.

—¿Qué?

—¿No pensarás dejarme encerrada aquí, verdad?

—A decir verdad, eso es lo que pienso hacer. Pero no se preocupe, vendré por usted en cuanto me ocupe de su amigo.

—Paul Farris no es mi amigo.

—Como sea. Volveré por usted.

Otra vez Judd empezó a cerrar la puerta pero ella lo detuvo.

—Déjame las llaves entonces. Si vas a volver, no tendrás problemas en dejarme las llaves.

Él se lo pensó un instante. No quería dejar a Paul solo mucho tiempo. Ally podía hacer el intento de rescatarlo si él no estaba allí. No era el momento de lidiar con Kathleen y supuso que darle las llaves no sería un problema. Ella quedaría conforme y él podría largarse de inmediato. Sabía cómo hacer para que no fuera a ningún lado.

Extrajo el anillo con todas las llaves de la escuela y se lo entregó. Kathleen se lo agradeció con un movimiento de cabeza.

—No intente nada —dijo Judd con severidad—. Averiguaré dónde está el retrasado. Regresaré en menos tiempo del que piensa.

El rostro de Kathleen se transformó al escuchar esto último, pero a Judd no le importó. Cerró la puerta y extrajo el otro cable del bolsillo. Aquella era la única puerta doble de esa ala de la escuela que podía mantenerse cerradas atando las agarraderas una con otra.

—¿Estas dejándome encerrada, Judd?

—Claro que sí. No haga nada estúpido.

El cuidador regresó al vestíbulo. Paul seguía allí.

—Usted no me conoce —dijo Judd. Tenía el bate apoyado en el hombro.

—Es cierto. Pero conozco a tu tipo.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—Entonces sabrá que no soy de los habladores. —Judd enfatizó la idea abriendo y cerrando la mano como el pico de una gallina—. Dígame, ¿dónde está Michael?

—Lo tengo metido en el culo —respondió Paul con la vista en el suelo—. Si miras allí dentro lo verás leyendo libro dimin…

No pudo terminar la frase. Judd se acercó con la ferocidad de un Rottweiler y le incrustó la punta del bate en medio del estómago. Paul sintió un dolor atroz, como si lo hubiese golpeado una bola de demolición de un metro de diámetro. Le faltó el aire y sus primeros intentos por recuperarlo fueron en vano. No recordaba haber experimentado un dolor físico tan intenso desde su infancia, cuando había sufrido algunas fracturas. Se dobló al medio y se dejó caer, pero sus brazos maniatados se tensaron e impidieron que sus rodillas tocaran el suelo. Se sumó un nuevo dolor en los hombros, pero nada en comparación con el círculo de fuego que ardía en el medio de su estómago.

—A ver si entiende el punto —dijo Judd—. No me agrada dialogar.

Paul intentó responder. Abrió la boca pero no pudo enviar el aire suficiente a sus cuerdas vocales para producir sonido alguno.

—Por última vez: ¿Dónde está el retrasado?

Paul sorbió lentas bocanadas de aire. Se irguió lo más que pudo y a duras penas logró articular su siguiente frase:

—No lo sé… Es la verdad.

—Mal contestado —graznó Judd y se lanzó sobre él.

Paul apenas había alzado la cabeza. Vio la sombra que se cernía sobre él con el rabillo del ojo e intentó cubrirse el estómago con las manos. Sabía que si recibía otro golpe como el anterior no podría recuperarse.

Cuando el impacto del bate lo alcanzó, sintió dos cosas. La primera fue sorpresa, porque no se produjo en su estómago como la vez anterior. La segunda fue un dolor insoportable en la rodilla que hizo que lanzara un grito desesperado. El bate lo había golpeado de costado con una fuerza arrolladora. Sintió cómo su pierna se flexionaba en el plano equivocado con un sonido de madera astillada. Un chasquido seco y escalofriante.

¡Hijo de Puta!

Cuando abrió la boca, otro grito desgarrador salió de ella.

El dolor en la rodilla era distinto al del estómago. Mientras el primero era constante y ligeramente decreciente, el segundo lo atacaba en ráfagas intensas. Lo preocupante era que si tenía una fractura (y en pocos segundos, cuando pudiera abrir

los ojos y viera su pierna, sabría que así era) entonces el dolor no se detendría. Había sufrido fracturas antes, pero nunca le había destrozado la rodilla con un bate un monstruo de ciento veinte kilos.

No sabía cuándo había cerrado los ojos, pero se dio cuenta de que apretaba los párpados como un niño en la oscuridad. Los abrió un poco. Lo primero que vio fue un ramillete de diamantes luminosos. Se enjugó las lágrimas con el brazo y apareció su rodilla, doblada como un paréntesis.

Un millón de diminutos cometas adornaban la imagen.

Vamos Paul no te desmayes. Te matará si te desmayas. Alza la cabeza. Vamos. Alza la cabeza…

Lo hizo. Resultaba insoportable despegarse de los dos focos de dolor; especialmente el de la rodilla.

El rostro de Judd mostraba una sonrisa de oreja a oreja. Otra vez tenía el bate al hombro. Observaba a Paul como lo haría un leñador a un árbol que acaba de tronchar.

—Duele, ¿verdad? —Judd lanzó una risotada entrecortada—. Supongo que está listo para responder…

Paul titubeó un instante y Judd dio una zancada en dirección a él.

—Espera.

Judd se detuvo.

—Te lo diré —dijo Paul con lentitud.

—Apuesto a que sí.

Aquellos segundos eran vitales. Paul juntó aire en los pulmones y abrió la boca…

En ese preciso instante, Ally se acercaba por detrás del cuidador y cuando estuvo justo detrás de él le asestó un golpe tremendo con un extintor de incendios.

En el rostro de Judd se dibujó una mirada de sorpresa primero y luego otra de desorientación total. Sus ojos se clavaron en el techo antes de cerrarse. Cayó de costado como un peso muerto. Su cabeza chochó contra el suelo con un golpe seco. El bate, al que soltó en plena caída, rebotó con un repiqueteo sordo.

Ally seguía en posición de ataque, sosteniendo el extintor con ambas manos y temblando de pies a cabeza.

—Mierda —susurró—. Iba a matarte…

Paul no pudo responder. No se desmayó, pero poco faltó.

12

—Desátame, por favor —gimió Paul.

Ally dejó en el suelo el extintor con el que acababa de derribar a Judd y corrió hacia Paul. Desatar los nudos le demandó casi cinco minutos, especialmente el primero. Ni bien terminó, Paul cayó de costado con los brazos aún tendidos hacia atrás. Dos aureolas moradas se habían formado en torno a sus muñecas.

—Paul, por favor, perdóname. Te lo explicaré todo…

—Ahora mismo no necesito ninguna explicación. —Hizo el esfuerzo de sentarse contra la puerta de vidrio—. Necesitaré inmovilizar la rodilla y algunos analgésicos.

—Puedo ir a la enfermería.

—Está cerrada con llave, pero puedes probar rompiendo el vidrio. Esta al final del corredor.

Ella asintió.

—¿Estás seguro de que estarás bien?

—Acércame el bate.

Ally le entregó el bate y observó su pierna izquierda. No tenía buen aspecto. Preguntar si le dolía era una estupidez, así que se marchó sin decir nada.

Judd seguía tendido de espaldas. Salvo por el corte en la nuca —que parecía haber dejado de sangrar—, daba la sensación de dormir plácidamente. No había en su rostro ningún signo de malestar. Paul lo observaba con el bate en el regazo. Si el cuidador intentaba moverse le advertiría que se quedara quieto; y si no obedecía, le partiría el bate en la cabeza sin dudarlo un segundo. El hombre ya había dado muestras de su peligrosidad.

Y de su locura.

El dolor en el estómago había mermado, eso era algo. La rodilla en cambio seguía palpitando con violencia. Sintió deseos de gritar, pero temía despertar a Judd. Había sido una estupidez no pedirle a Ally que le atara las manos; hubiese sido más fácil que desfigurarle la cabeza con un bate. El cable estaba a su lado, pero la sola idea de desplazarse para hacer el nudo él mismo le dio nauseas.

Unos segundos después Paul escuchó el estallido del cristal en la enfermería y supo que Ally estaba dentro. Al cabo de unos minutos la muchacha regresó con una serie de frascos que le depositó en el regazo. Él los examinó rápidamente. Eran cuatro y tres de ellos eran medicamentos de venta libre. Paul pensaba en esto con desazón, cuando aferró el cuarto frasco y vio que estaba rodeado por una banda elástica que encerraba además un trozo de papel. Giró el frasco y en el trozo de papel leyó: Sr.

Norris. Se le iluminó el rostro al concluir que aquel medicamento debía pertenecer a un maestro. Retiró la banda elástica. Era codeína.

La dosis indicada en el frasco era de una cápsula cada cinco horas. Paul tragó dos. Un letrero visible enfatizaba el hecho de que aquel medicamento debía ser ingerido bajo estricta supervisión médica. Se guardó el frasco en el bolsillo delantero de sus vaqueros.

Ally le dijo que iría al gimnasio, donde había creído ver algo que podría servir para inmovilizar la pierna. Paul cerró los ojos. El efecto narcótico no fue inmediato, pero apenas aquellas capsulas se deslizaron por su garganta empezó a sentirse mejor. Sabía que de un momento a otro el dolor en la rodilla empezaría a mermar y eso de por sí resultaba una bendición. Sin embargo también sabía otra cosa, y era que no sería suficiente si no enderezaba la rodilla.

Judd no despertó. Otra buena noticia. Pero su pecho subía y bajaba recordándoles que podría hacerlo de un momento a otro. De nuevo se reprochó por no haberle pedido a Ally que lo atara, pero en su afán por tragar las pastillas lo había olvidado. No era bueno tentar a la suerte de ese modo. Si el monstruo despertaba y él no lograba asestarle un buen golpe, podía empezar a despedirse de este mundo.

La espera fue más larga esta vez. Cuando Ally regresó traía consigo dos cuerdas de las que utilizan las niñas para brincar y un trozo de madera con un orificio en cada extremo.

—¿Qué es eso?

—Parecen los asientos de un columpio —dijo Ally—. Servirá para inmovilizar la rodilla.

—Es probable.

—¿Algún medicamento útil?

—Tengo uno de los frascos en el bolsillo.

—Qué bueno. —Ally hizo una pausa—. Escucha Paul, yo…

—Espera —la interrumpió él—. Tenemos algunas cosas que hablar, es cierto, pero en este momento no me interesa si me has mentido o quién eres. Lo único que me preocupa es ese hombre. Si no lo hubieras golpeado, me hubiera matado casi con seguridad.

—¿Qué quieres que hagamos?

—Atarlo sería un buen inicio.

—¿Y dejarlo aquí? —Ally enarcó las cejas—. Me sentiría más tranquila si lo encerramos en algún lado.

—Ally, creo poder moverme si logramos arreglar mi rodilla, pero de ninguna

manera podré ayudarte a moverlo.

—Mierda, tienes razón. Pero ¿dejarlo aquí? Si despierta y logra escaparse…

—Tenemos que asegurarnos de que no pueda escapar —dijo Paul—. Acércalo a la puerta lo más que puedas.

Ally entrelazó sus manos por debajo de los brazos del cuidador y tiró de él con todas sus fuerzas. Tenía la cabeza muy cerca de la herida en la nuca y pudo oler la sangre apelmazada mezclada con sudor. Cuando lograron posicionarlo estaban exhaustos y asqueados. Paul tenía razón, hubiera sido imposible pretender moverlo hasta alguna de las aulas o incluso la cafetería, que era el sitio más próximo. Coincidieron en que atarían las manos a la puerta por sobre su cabeza y también las piernas. Tenían el cable eléctrico y podrían utilizar una de las cuerdas que había traído Ally.

—Tú átale las piernas —dijo Paul—. Haz el nudo por la parte de abajo. Pero primero ayúdame a poner las manos en posición.

Ally ató la cuerda a la muñeca derecha de Judd y la pasó por una de las agarraderas. Tiró de ella e izó el brazo como si se tratara de una bandera. La marioneta de más de cien kilos saludó obedientemente. Después Ally hizo lo mismo con la muñeca derecha. Cuando las dos manos estuvieron en posición, dio dos vueltas más a la cuerda y le entregó el extremo a Paul.

—Listo —dijo ella—. Procura que el nudo sea bien fuerte.

—Ni me lo digas.

En dos minutos habían terminado. Judd quedó sentado contra la puerta principal, con las manos en alto atadas a las agarraderas metálicas y las piernas estiradas, también amarradas. No era un trabajo de excelencia, pero era lo mejor que podían permitirse. Además no era que el hombre fuera Houdini. Si tenían suerte, no tendrían que preocuparse por él.

—Ally, necesitaré tu ayuda con la rodilla.

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Enderezarla? No, por favor.

—Ayúdame primero a moverme hasta la pared.

Paul se desplazó hacia la izquierda valiéndose de sus manos. Ally lo ayudó tirando de sus piernas a medida que él se movía. La operación resultó dolorosa, pero era evidente que los analgésicos estaban haciendo efecto porque se había podido desprender de la necesidad imperiosa de gritar. El dolor no era ni de lejos aceptable, pero sí tolerable. Cuando llegó a la pared, colocó la pierna paralela a ésta y en contacto con ella. Se veía claramente que el ángulo formado entre el fémur y la tibia

tenía por lo menos cinco grados de diferencia con la pared.

—Alcánzame la tabla, por favor —pidió Paul.

Ella se la entregó en silencio.

Ally se alejó instintivamente. Las fracturas la afectaban particularmente. Ni siquiera podía mirar esos programas televisivos de operaciones sin sentir el estómago revuelto. No sabía qué se traía Paul entre manos exactamente, pero sería mucho peor que observar cómo un médico le introducía a una mujer una capsula de silicona por el ombligo. Si una simple operación de aumento de busto hacía que arrugara el rostro y sintiera deseos de vomitar, sería irrisorio pretender participar de aquello. Imposible.

Pero Paul siguió adelante con los preparativos. Con dificultad se quitó el pantalón. El aspecto de la rodilla era horrible, pues se había enrojecido y el quiebre de la extremidad resultaba crudamente antinatural visto de esta manera. Ally se volvió justo en este momento, y al advertir el aspecto de la pierna, apartó nuevamente la vista con deseos genuinos de llorar. Paul colocó la tabla de madera contra la pierna malherida, haciendo un sándwich con la pared.

—Ven Ally, necesitarás el bate.

—¿Te has vuelto completamente loco?

—Mira… no soy médico —dijo él con resignación—, pero he tenido algunas fracturas y lo primero que hay que hacer es volver el hueso a su sitio.

—Yo no puedo hacerlo.

—No me dolerá —mintió él—. He duplicado la dosis de codeína.

—No entiendes…, no puedo. ¿Quieres que la golpee con el bate para enderezarla?

—Sí. En realidad golpearás la madera.

—Dios Santo, Paul.

Ally daba vueltas en círculos. Sabía que necesitaría a Paul en la planta alta. Además, era él quien realmente estaba experimentando aquel dolor insoportable. Ella sólo tendría que golpear.

Tomó una bocanada de aire y se agachó para recoger el bate.

—Párate de espaldas a la pared —le pidió él—. Pon los pies contra la tabla. Alza el bate y golpea hacia abajo, como en esos juegos de feria para medir la fuerza, sólo que impactarás entre tus piernas, directamente en la madera. Primero mide el impacto.

—No he dicho que lo haré. —Ally lo observaba aterrada.

—Será sólo un segundo. Ni siquiera debes mirar.

Ally observó la rodilla pero inmediatamente apartó la vista. Aquello no ayudaba. Volvió su atención al rostro de Paul, que seguía tendido en el suelo sentado contra la pared y, en definitiva, padeciendo aquél dolor inmenso. Asintió mientras juntaba

valor.

Adoptó la posición de golpe.

—Esto no va a funcionar —dijo ella de repente. Soltó el bate.

—¿Por qué no?

—El arco de impacto no es suficiente.

Ally se tendió en el suelo, perpendicular a Paul.

—¡Ally…, te necesito! ¿Qué haces?

Ella flexionó las rodillas…

Paul comprendió.

Las dos piernas se estiraron como dos pistones. El golpe fue brutal.

Paul gritó incluso más fuerte que cuando Judd lo había golpeado la primera vez.

—¡Dijiste que no te dolería! —Ally se puso de pie como accionada por un resorte.

Paul respiraba agitado, pero en su rostro se dibujaba una sonrisa.

—Gracias Ally… duele como los mil demonios… pero lo has logrado maldita sea.

Ella se acercó y echó un vistazo. En efecto la pierna estaba derecha.

Paul dedicó los siguientes minutos a ponerse el pantalón y fijar la tabla a la pierna mediante la segunda cuerda. Con la ayuda de Ally logró ponerse de pie y descubrió que el bate de Judd servía de maravilla como bastón para desplazarse. Dio algunos pasos de prueba y comprobó que el dolor era intenso cada vez que movía la pierna, pero que podría desplazarse. Mientras dispusiera de analgésicos suficientes no tendría inconvenientes, y el frasco estaba casi lleno.

—Vamos a la cafetería. Tengo que beber un poco de agua.

—Espera, Paul —la interrumpió ella—, necesito que me acompañes arriba. Sé que te debo algunas explicaciones.

—Si lo hacemos despacio, creo poder subir. Pero tráeme un vaso de agua.

Ally asintió y fue a la cafetería. Regresó al cabo de unos minutos con dos botellas descartables.

Bebieron y se marcharon a la planta alta.

Con la ayuda del bate y aferrándose al pasamano, Paul pudo llegar al descanso de la escalera sin mayores inconvenientes. Le pidió a Ally unos segundos para reponerse antes de emprender el resto del trayecto. La cantidad de humo había aumentado. Pudieron advertirlo incluso desde allí.

—Es el escape del generador —explicó Paul haciéndose eco de lo que Judd le había dicho poco antes de molerlo a golpes.

—¿Se ha descompuesto?

—No que yo sepa. El humo no puede salir de la escuela, al igual que nosotros.

—Entonces tendremos que apagar el generador —reflexionó Ally.

—Sí. Eso y mantenernos alejados de la planta alta.

—Necesito que vengas conmigo. Te lo explicaré todo cuando estemos arriba.

Él se encogió de hombros. No tenía ni idea qué se traía Ally entre manos, pero tampoco le importaba demasiado ahora. Cuando acabas de ser golpeado con un bate las prioridades y los intereses sufren cambios sorprendentes.

—Sigamos. Ya estoy repuesto.

Llegaron a la segunda planta y comprobaron que el aire se estaba tornando irrespirable. La visibilidad tampoco era buena, incluso con la linterna. Tosieron repetidas veces.

—No creo que esto sea una buena idea —dijo Paul de pie en el último escalón de la escalera y recargando su peso en el bate.

—Vamos al salón de actos —dijo Ally ya en movimiento.

—¿El salón de actos? —preguntó él sin moverse.

Ella se volvió para observarlo.

—Sí. Allí el espacio es grande. El humo tardará un buen tiempo en ser una molestia.

—Cuando salimos, Judd cerró las puertas con llave —dijo él todavía sin moverse.

—¡¿Qué?! —exclamó Ally antes de correr en dirección al salón de actos.

Paul vio el haz de luz agitarse de un lado a otro hasta desaparecer, perseguido por el eco de pisadas.

—¡No puedo creerlo!

—Pensé que lo sabías. Creí que habías regresado cuando nos marchamos —dijo Paul alzando el tono de voz. Una bocanada de humo le raspó la garganta y debió toser. En ese momento vio de nuevo el haz de la linterna, esta vez acercándose a él.

—No, no regresé. —La voz de Ally llegó flotando, todavía no era visible desde la escalera—. Primero me escondí detrás de una columna, para que Judd no me viera. Cuando vosotros salisteis, permanecí en una de las aulas durante un rato. Después fui

directamente abajo y vi cómo te estaba tratando. Tardé un millón de años en darme cuenta que con el extintor…

Ally estaba ahora a su lado.

—No importa ahora —dijo Paul—. Fue un golpe preciso.

El rostro de Ally se iluminó.

—¿Qué? —preguntó él.

—¡Judd sigue inconsciente! Con seguridad tiene las llaves en su poder.

—Seguramente.

—Paul, espérame aquí.

—Ally…

—Será solo un segundo.

Paul asintió.

Ella pasó a su lado a toda velocidad y bajó los escalones de dos en dos. Al llegar a la planta baja apagó la linterna. Judd no estaría allí, pensó. Vería la cuerda que habían utilizado para inmovilizar sus manos pendiendo de las agarraderas y el cable eléctrico tirado en el suelo, pero él no estaría allí. Y cuando ella avanzara hacia el lugar, haciendo exactamente lo contrario a lo que indica la lógica, entonces escucharía la respiración entrecortada a sus espaldas y no habría tiempo para volverse. Judd no tendría su bate, pero dispondría de un extintor para partírselo en la cabeza.

La visión mental del vestíbulo en soledad hizo que se detuviera. Se asomó con precaución y se tranquilizó cuando vio las piernas estiradas de Judd, tal como estaban cuando lo habían dejado. Avanzó observando en todas direcciones. No vio a nadie, lo que hizo que se preguntara por Kathleen.

¿Dónde está?

Registrar al hombre no sería sencillo. Lo primero que verificó fue su cinturón. Creía recordar que Judd llevaba las llaves colgadas, y ciertamente encontró un gancho metálico, pero no estaban allí. No podía ser tan sencillo, pensó con resignación. Debían estar en alguno de los bolsillos. Empezó por los de la chaqueta; eran cuatro, dos en los laterales y dos en el frente. Estaban vacíos. Faltaban los pantalones. Palpó los laterales pero no escuchó el sonido metálico que buscaba. Era imposible; debían estar en algún lado. Se obligó a introducir las manos en los bolsillos para confirmar que no estaban allí, pero había visto el manojo de llaves y sabía que las hubiera detectado a través de la tela.

Cuando terminó la requisa permaneció pensativa, de rodillas junto al inconsciente Judd.

¿Dónde están las llaves?

Regresó a la planta alta y encontró a Paul sentado al borde de la escalera, con la pierna estirada. Se cubrió el rostro con el brazo cuando ella lo iluminó directamente al rostro.

—Judd no tiene las llaves —dijo Ally.

—¿No?

—No. ¿Dónde está Kathleen?

—Judd se la llevo por el corredor, probablemente a su despacho…, antes de la golpiza. Por lo visto no quería espectadores.

Ally permaneció pensativa. La prioridad era entrar al salón de actos, pero ahora se planteaban dos caminos para lograrlo. Uno era buscar a Kathleen y pedirle las llaves y el otro era buscar otra manera para entrar.

—Voy a buscar alguna herramienta que nos permita romper la puerta —dijo Ally con resolución.

—Hey, espera. —Paul empezó a ponerse de pie— ¿Por qué no buscamos a Kathleen?

—Porque no confío en ella.

Paul la tomó por el brazo.

—Ally, hasta aquí hemos llegado —dijo Paul—. Quiero saber quién eres y por qué me has traído a esta escuela.

—Tenemos que entrar al salón de actos —replicó ella.

—¿Por qué?

—Porque allí esta Michael.

Paul soltó el brazo de Ally.

—Primero quiero que me digas lo que sabes —dijo Paul—. No es negociable.

Ella asintió.

—Vamos a aquella aula de la esquina —dijo Ally—. ¿Tienes tu linterna?

—Sí. En el bolsillo. ¿Tú qué harás?

—Abriré las puertas del resto de las aulas. Eso permitirá que el humo se disperse y nos dará más tiempo.

—Podríamos bajar…

—Prefiero estar cerca del salón de actos.

—Está bien.

Cinco minutos después Paul ocupaba uno de los pupitres del aula 9, la primera del ala Este en la segunda planta. Estaba sentado de costado, con las piernas extendidas colocadas sobre la silla de la fila contigua.

Ally se le unió unos minutos después.

—El humo se dispersará durante un rato —explicó Ally—. He abierto todas las aulas.

—Bien pensado.

—Gracias.

Paul aferraba la linterna con ambas manos. Un cono de luz partía hacia el techo.

—Será mejor que ahorremos batería —dijo Ally mientras ocupaba un pupitre ubicado a uno de distancia del de Paul y se sentaba al revés para poder observarlo. Colocó los brazos sobre el respaldo de la silla y sobre éstos el mentón. Sonrió.

Él la observó durante unos segundos. No era fácil despedirse de aquél rostro. Apagó la linterna y permanecieron completamente a oscuras.

—Es extraño…, hablar en la oscuridad —dijo ella—. Pero será mejor poder decirte algunas cosas sin mirarte a los ojos.

Hizo silencio.

—Paul, no ha sido sencillo mentirte…

14

Kathleen no podía creer que Judd la hubiera dejado encerrada en la administración. Había intentado abrir la puerta de doble hoja cargando todo su cuerpo sobre ella, pero sólo había logrado moverla unos centímetros; ni siquiera lo suficiente para ver con qué estaba atada e intentar introducir un elemento cortante.

Se recostó contra la puerta y se dejó caer hasta quedar sentada en el suelo. Tenía la vista puesta ahora en la puerta del archivo. Unos tragos le vendrían bien, pensó. Había bebido menos de una hora antes y era muy estricta respecto a beber dentro de la escuela; sólo lo hacía en condiciones extraordinarias y nunca más de una vez al día. Pero claro, era sencillo en circunstancias normales; en un día cualquiera no tendría más que esperar unas horas hasta llegar a casa y servirse un whisky helado o beber un poco de ron. Podía recapitular mentalmente cientos de ocasiones en que la necesidad de beber se había vuelto enloquecedora durante la tarde y había logrado controlarla únicamente bajo la promesa de beber de regreso a casa. En muchas de esas ocasiones

conducía más rápido que lo debido, entraba a la casa hecha una tromba, aventaba su bolso en el sillón de la sala y se lanzaba en dirección a la cocina para prepararse un trago. No era algo de lo que se sintiera orgullosa, pero así eran las cosas.

Ahora no podía salir de la escuela. Las reglas habían cambiado y la única posibilidad de beber estaba en la administración, donde ella estaba encerrada. Vaya coincidencia.

Pero por el momento no bebería. Se había puesto de pie cuando el primer grito de Paul se hizo audible en la quietud de la escuela. Se sintió paralizada. Entonces se produjo el segundo grito, igualmente aterrador que el anterior.

¿Qué le ha hecho para que grite de semejante manera?

Recordó las últimas palabras de Judd: «*Regresaré en menos tiempo del que piensa*». Estaba en un dilema. Kathleen sabía que necesitaría a Judd de su lado para hacer entrar en razones a Paul; de otro modo Ally lo atraparía con su cuerpito de Barbie y lo llevaría de las narices donde quisiera. Manipular a Judd sería tan peligroso como hacerlo con una sustancia tóxica, pero sería necesario si quería contar con algo de apoyo.

La siguiente pregunta era si convenía esperarlo en la administración o intentar salir de allí y buscar el momento adecuado para abordarlo. La segunda alternativa parecía claramente la mejor. Elegir el momento propicio tenía sus ventajas, especialmente si nunca llegaba a presentarse un *momento propicio*. Si Judd había perdido la chaveta por completo y se había convertido en alguien violento e intratable, entonces sería mejor mantenerse alejada. Si lo esperaba allí encerrada no tendría otro remedio más que vérselas con él. Kathleen prefería que el encuentro fuera en sus propios términos y decidió entonces que buscaría la manera de salir.

La puerta estaba descartada. No tenía ningún cristal que pudiera romper y que le permitiera cortar la cuerda o lo que sea que Judd hubiera utilizado del otro lado. Era ridículo pensar en derribarla y mucho menos desarmar las bisagras sin las herramientas adecuadas. Resultaba paradójico que tuviera todas las llaves de la escuela en su poder y no pudiera salir de la administración.

La ventana era otro caso perdido. La única posibilidad de escape era a través del techo, aunque Kathleen no sabía con qué podía encontrarse por sobre el cielo raso suspendido. La única manera de averiguarlo sería quitar alguno de los paneles y echar un vistazo. Quizás había conductos como en las películas, por los que podría deslizarse hacia otra parte de la escuela. Si todo marchaba como Hollywood le había enseñado, incluso se toparía con algún roedor al que ahuyentaría de un manotazo, pero eso sería todo.

Eligió un panel del centro. De allí podría observar en todas direcciones y ver con qué se encontraba. Para alcanzar la altura del cielo raso no bastaría con pararse sobre uno de los escritorios, debería colocar además una silla. Encontró una que no tenía ruedas y la colocó sobre el escritorio de Wendy Coleman. Se alejó y observó la improvisada torre con desconfianza. La base de la silla estaba a un metro y medio de altura. No era precisamente amiga de las alturas, y no hacía falta ser un ingeniero estructuralista para saber que una silla sobre una mesa era perfectamente estable, pero sólo con imaginarse de pie allí arriba se sintió mareada.

Cuando tomó valor, escaló el escritorio y la silla y se obligó a no mirar hacia abajo. Quitó el panel y se asomó, alumbrando con la linterna.

Lo primero que observó, y que no constituyó una sorpresa realmente, era que la pared que dividía la administración de su despacho continuaba por encima del cielo raso. Hubiera sido demasiado sencillo pasar de una habitación a otra simplemente quitando un panel de cada lado. La vida no era tan simple, ni siquiera en las películas de Hollywood, con sus conductos de acero inoxidable capaces de sostener a una persona y sus roedores amaestrados.

Vio un sinnúmero de bandejas metálicas que llevaban cables eléctricos. Reconoció a algunos más recientes, que supuso correspondían a los cableados de las nuevas líneas telefónicas y las conexiones de los ordenadores. Si bien se habían llevado a cado mientras ella era directora, nunca se le había ocurrido echar un vistazo allí arriba, ni siquiera mientras el personal de la empresa que lo llevó a cabo estaba trabajando. Aquella era una parte de su escuela que desconocía por completo.

Las bandejas metálicas atravesaban las paredes por aperturas apenas del tamaño necesario. Kathleen recorrió la pared con su linterna sintiéndose decepcionada, hasta que llegó a uno de los rincones, donde vio una tubería avejentada y de unos diez centímetros de diámetros. La abertura en la pared era relativamente grande, como si hubiera estado prevista para servir de paso a otras conducciones. No era sencillo precisar si podría pasar por allí, pero era posible. El único inconveniente era que la apertura estaba un metro por encima de la altura actual de su cabeza. Aún si podía colocar un escritorio con una silla en la esquina de la administración, sería necesario subir un metro más. Y había otra cosa: si podía pasar al otro lado: ¿cómo bajaría?

En ese momento escuchó el tercer grito de Paul. Su crudeza y el modo en que reverberó dentro de la cámara de aire hicieron que su temor de perder el equilibrio casi se convirtiera en una penosa realidad. Afortunadamente logró recomponerse a tiempo y permanecer de pie sobre la silla.

15

—Mentí acerca de mi hermano en el aula 19 —dijo Ally envuelta en una oscuridad absoluta—. Elegí un nombre al azar de la placa de bronce, lo cual fue una estupidez. Estaba tan aterrada con todo esto que no reparé en un detalle tan simple. Es la principal razón por la que fui al aula 19 en primer lugar, para ver la placa de bronce. Fue un milagro que no me preguntaras por el nombre de mi hermano hasta que estábamos dentro de la escuela.

—Muchos detalles se me han pasado por alto esta noche —reconoció Paul.

Hablaban en susurros. En aquella quietud cada sonido se amplificaba. La falta de luz hacía que detalles ínfimos adquirieran mayor importancia que la habitual. La respiración suave de Paul era un ejemplo, interrumpida eventualmente por un suave gruñido de disconformidad cuando la pierna lo incomodaba, o el modo en que Ally tragaba saliva antes de pronunciar ciertas frases.

—Michael es mi hermano —dijo Ally tras una larga pausa.

Paul abrió los ojos de par en par aunque allí no servían de nada.

Evocó el momento en que llegó a la escuela, junto a Ally. Cuando ella había visto a Michael tendido en el suelo, se había lanzado en dirección a él a toda carrera, visiblemente alterada.

El cabello de Ally caía sobre el de Michael. Ambos rojos se fusionaban.

—Tiene cierta lógica —dijo Paul—. Michael es tu hermano mayor.

—Sí. Pero quiero que sepas que todo lo que te he dicho de mi familia es cierto. Perdimos a mi madre cuando éramos pequeños y nos hemos vuelto muy unidos. Michael es especial.

—¿Por qué te acercaste en Tannen´s?

Había sido una excelente idea hablar en la oscuridad. Era mucho más sencillo.

—¿Recuerdas cuando me preguntaste si alguien en mi familia sabe a qué me dedico?

—Sí.

—Michael lo sabe —dijo Ally—. Para mí ha sido muy importante hablarlo con él. Su entendimiento es limitado; se trata de una persona pura, como no te puedes imaginar, y de ninguna manera podría suponer las implicaciones lamentables que tiene mi trabajo.

Ally hizo una pausa. Se enjugó las lágrimas con el jersey y siguió hablando entre

sollozos:

—Él dice que soy la muchacha más bella del mundo, y que es lógico que los chicos quieran estar conmigo. Así ve Michael el mundo. Mi hermano no es el más listo del mundo, pero es mucho más listo de lo que creen todos. Y además tiene un corazón de oro. Cuando ocurrió la tragedia del aula 19 él ya estaba en la escuela. Desde entonces no ha sido el mismo. Es como si algo se hubiera apagado en su interior. A veces me cuesta recordar como era antes…

—Es una de las pocas personas que recuerdo desde la investigación —dijo Paul con sinceridad—. Entrevisté a prácticamente todo el personal de la escuela y Michael fue uno de los más afectados.

—Hace unos meses llegué a casa y lo encontré en su habitación. Estaba compenetrado en algo y no me escuchó al entrar. Me acerqué sin intención de sorprenderlo y vi que estaba observando una fotografía. Tú estabas en ella.

—¿Yo?

—Sí. Tú, tu esposa Eva y Michael.

Paul se estremeció al escuchar el nombre de Eva. Era la segunda vez en pocas horas que pensaba en ella y las dos veces en situaciones extrañas. Primero la fotografía en el despacho de Kathleen y ahora esto.

—Nunca había visto esa fotografía antes —dijo Ally—. Michael la tenía guardada en algún lado. Cuando le pregunté me dijo que eras el periodista que había trabajado en la redacción de los artículos de la tragedia.

—No recuerdo aquella fotografía.

—Según me dijo Michael, conoció a tu esposa aquí en la escuela, cuando tomaba fotografías para los artículos. Fue idea de él tomarse una los tres juntos.

Paul hizo memoria y creía recordar haberse tomado aquella fotografía, pero podía no ser un recuerdo real. Sí recordaba haber hablado con Eva de Michael, porque los dos habían tenido la misma sensación en ese entonces: que el muchacho no había alcanzado a comprender del todo la tragedia de la escuela.

Para ese entonces Paul aún no había visitado a Hannigan en la cárcel, y por lo tanto no sabía que era probable que Michael hubiera descubierto los cuerpos en el aula 19 y no Marsha Fox. Eso explicaba perfectamente su desolación.

—Le dije que te conocía por mi trabajo —dijo Ally—. Él me preguntó qué tanto te conocía y yo le respondí que te había visto algunas veces, pero que nunca había hablado contigo.

—Michael te pidió que me trajeras a la escuela…

—Sí. Me preguntó si podría persuadirte en caso de que no quisieras venir.

Paul reflexionó…

—Ally, si hay una razón importante para que esté aquí, ¿por qué no decírmela?

—No lo sé. Michael me pidió que estuviera contigo al momento de recibir la llamada y que me asegurara de que vinieras a la escuela. A decir verdad, también me dijo que era importante que yo estuviera aquí.

—Y no sabes por qué.

—Michael no me lo ha dicho.

—¿Se lo has preguntado?

—Mil veces —la voz de Ally era apenas un murmullo—. Me dijo que sería mejor que lo viera yo misma… Estoy empezando a entender a qué se refería y…

—Shhh…

Ally dejó de hablar.

—Date la vuelta —dijo Paul en un tono apenas audible—. Mira allí, en la puerta.

Habían dejado la puerta abierta precisamente para detectar si alguien se acercaba. El humo todavía no era un problema en el aula 9. Ahora, en la puerta, una mancha de luz en forma de círculo revelaba que alguien en efecto se acercaba. Aquel tenía que ser el reflejo de una linterna.

—Iré a ver de qué se trata —dijo Ally.

Paul sabía que desplazarse en su estado podía demandarle más tiempo del que tenían entre manos.

—Si es Judd, cierra la puerta —le dijo Paul—. No lo dudes ni un instante.

Unos segundos después la silueta de Ally se recortó en el umbral de la puerta. El resplandor siguió creciendo.

Transcurrieron no más de cinco segundos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Paul inquieto.

—No es Judd. Es… una mujer.

—¿Lleva consigo un libro rojo?

—Sí. ¿La conoces?

—No, pero la vi deambular por el corredor hace un rato, cuando Judd se llevó a Kathleen.

Lo anterior era en parte una mentira. Era cierto que Paul había visto a la mujer en el corredor, apenas Kathleen y Judd se habían marchado. Lo que no era cierto era que no la conociera. Lo curioso era que no podía recordar de dónde. Quizás era de cuando hizo la investigación en la escuela.

—¿Qué son estas visiones? —preguntó Ally con perplejidad mientras la mujer avanzaba con paso decidido hacia el salón de actos.

Paul no respondió. No había pensado mucho en el asunto. El acercamiento más sencillo (y también el más ridículo) era que se trataba de fantasmas; lo cual podía tener algún sentido en el caso de las voces que Ally había escuchado en el aula 19, pero los niños del corredor o la maestra (¿era una maestra?) del libro rojo no parecían tener interés en interactuar con ellos. Ni siquiera parecían verlos.

La niña del sótano se ha escondido en cuanto te vio.

La maestra del libro rojo pasó junto a la puerta. Ally la siguió con la fascinación de un campesino que ve por primera vez un avión. La mujer llegó al salón de actos, donde seguramente se desvanecería como los niños del corredor, sin embargo ella estiró el brazo y abrió la puerta. Ally se sobresaltó y salió del aula 9 a toda velocidad, pero entonces comprendió que la mujer había abierto una puerta translúcida y luminosa como ella. La real seguía cerrada.

La mujer desapareció y con ella el fulgor celeste que había traído consigo.

Ally regresó a su pupitre. Otra vez estaban a oscuras.

—¿Cómo sabes que Michael está en el salón de actos? —preguntó Paul.

—Porque lo he visto allí, debajo del escenario. El plan era hablar contigo primero y después reunirnos con él. Fue entonces cuando Judd y Kathleen se presentaron.

—Estuvimos con él infinidad de veces, especialmente cuando llegamos.

—Me ha dicho que necesita que estemos *solos*: tú, él y yo.

—Sin Judd ni Kathleen…

—Exacto. ¿Sabes que creo? Que exageró su malestar desde el momento que llegamos. No se lo pregunté pero estoy casi segura.

—Déjame que recapitule esta historia. —Paul le creía. Era la primera vez que algunas piezas caían en su sitio. No obstante no seguiría cometiendo el mismo error—. Descubres que tu hermano tiene una fotografía mía y le dices que me conoces. Tiempo después te pide que estés conmigo en el momento que me llama por teléfono para venir a la escuela en plena noche. Pero tú no le preguntas de qué se trata. ¿Es correcto?

—Claro que no. Como te he dicho, se lo pregunté mil veces. Me dijo que no podía decírmelo todavía, pero que tenía que ver con la tragedia del aula 19.

—Y no te lo ha dicho desde que llegamos.

—¡No! Primero Judd y Kathleen se le pegaron como moscas. Después a ti se te ocurrió la magnífica idea de reunirnos en la biblioteca, donde estaba Michael… No tuve oportunidad de hablar con él a solas.

—Pero sí hablaste con él a solas en el salón de actos.

—Sí. —Ally hizo una pausa—. Michael me dijo que no confiara en ellos.

—¿En Kathleen tampoco?

—Especialmente en Kathleen.

Paul no estaba convencido. La historia de Ally tenía cierto sentido, pero debía dar crédito a lo que él sabía. Conocía a Kathleen desde hacía muchísimos años. Podía tener sus problemas, pero no era una mujer que le mereciera desconfianza. Por otro lado, apenas conocía a Ally, y el hecho de que Michael no le revelara la razón por la cual estaban allí encerrados resultaba inverosímil.

Debía ampliar el abanico de posibilidades. Michael podía estar muerto en ese momento y no escondido como aseguraba su supuesta hermana. Podía haber muerto en manos de ella llegado el caso. Ahora estaban en plena oscuridad y podía ser cuestión de minutos hasta que Ally se le abalanzara con intenciones de clavarle un cuchillo en la garganta. La realidad era que él no había visto a Michael debajo del escenario.

—Ally, conozco a Kathleen desde hace tiempo. No me parece una mujer en la que no podamos confiar.

—No sé qué decirte.

—Gracias a ella, Michael consiguió el empleo en la biblioteca. Según creo tu padre hacía algunas reparaciones esporádicas y le habló a Kathleen de su hijo.

Ally no dijo nada. Paul pensó que no era una buena señal que ella desconociera un detalle tan básico de la vida de su hermano.

—Michael no me había hablado mucho de la directora. Casi nada en realidad.

—Es extraño —dijo Paul con un leve aire triunfalista.

Sin embargo él sabía que Kathleen también ocultaba algo.

Mantenlos alejados de mis manos frías.

Parte VI - En el sótano

1

Cuando Kathleen escuchó el grito de Judd supo más que nunca que tenía que escapar de la administración cuanto antes. El boquete en la pared era su única oportunidad.

Había utilizado los últimos minutos en estimar el espacio vacío que quedaba junto a la tubería. Si el diámetro de la tubería era de unos diez centímetros, lo cual parecía razonable, entonces el espacio junto a ésta era de unos cincuenta; lo suficiente para que ella pasara con cierta holgura. El problema era la posición de la apertura, a más de tres metros de altura del suelo.

Se bajó de la silla que había colocado sobre el escritorio de Wendy Coleman y regresó el panel de cielo raso a su sitio. Caminó hasta el rincón y alzó la cabeza. Lo primero que tenía que conseguir era la mayor altura posible de ese lado, cosa que sólo lograría con uno de los archivadores metálicos. Éstos eran incluso más altos que ella, y con una silla encima podría alcanzar una altura aceptable.

Para desplazar el archivador debía vaciarlo. No tenía mucho tiempo así que puso manos a la obra. En menos de cinco minutos había terminado y desplazarlo sin peso fue relativamente sencillo. Lo posicionó contra el rincón, consciente de que mantenerse en pie a semejante altura teniendo la contención de dos paredes sería mucho más sencillo.

El siguiente paso fue colocar la silla sobre el archivador. A pesar de la contención lateral se veía bastante amenazante. Trepó primero al archivador utilizando algunos

cajones abiertos como escalones. Desplazó el panel esquinero del cielo raso y trepó a la silla.

Extrajo la linterna del bolsillo e inspeccionó nuevamente la apertura. Ahora la tenía a unos centímetros de su rostro y comprobó que el cálculo que había hecho era correcto. Podría pasar. La cuestión ahora era cómo hacerlo. Del otro lado estaba su propia oficina, y en esa esquina también había un archivador, pero era más pequeño y tendría que dejarse caer. La opción lógica parecía pasar primero los brazos y luego el cuerpo, pero ¿cómo bajaría del otro lado? Por otra parte, pasar primero las piernas parecía incluso más complicado. Estaba en un problema.

Lo meditó un segundo en el que inspeccionó la tubería. La recorrió con el haz de la linterna y vio las fijaciones metálicas que la sujetaban al techo. Parecían suficientemente sólidas para sostener el peso de una persona. Se colocó la linterna en la boca y entrelazó la tubería con las manos. Aplicó parte de su peso para ver el comportamiento de la conducción, incrementándolo a medida que comprobó que la sostenía sin siquiera moverse. Finalmente se colgó completamente y permaneció así unos segundos, hasta que los brazos empezaron a dolerle.

La tubería la resistiría perfectamente y esto facilitaría un poco las cosas. Descansó los brazos un momento y volvió a entrelazar las manos en el caño metálico. Se colgó lo más lejos que pudo de la pared. Tras tomar una bocanada de aire estiró las piernas y las fijó en el canto inferior de la apertura. Avanzó lentamente con la vista hacia arriba. Cuando sus pies estuvieron del otro lado de la pared, también los entrelazó en la tubería.

El avance fue realmente lento, principalmente porque debía movilizarse sin despegar las manos de la tubería. Además, su cuerpo pasaba a duras penas por el vacío en la pared, y su camisa se había zafado del pantalón dejando la piel al descubierto. El contacto en la espalda con el cemento frío e irregular le produjo una sensación desagradable y algunos cortes ardientes. Había pasado la mitad del cuerpo cuando se obligó a detenerse. Los brazos y los pies empezaban a dolerle y en aquella posición podía ofrecerles cierto descanso. La mayor parte de su peso era resistido en ese momento por la apertura.

La invadió una sensación de desasosiego. Era la misma que recordaba de su niñez, cuando tenía por costumbre trepar a árboles altos. Por lo general subía sin mirar hacia abajo, escalando por las ramas tan alto como podía. Cuando llegaba a un punto en que parecía imposible seguir ascendiendo, se concentraba en buscar la manera de seguir un poco más. Tan pronto se aseguraba de estar en el punto más alto, se volvía y miraba hacia abajo. Era entonces cuando se preguntaba qué demonios hacía allí arriba

y cómo había sido tan tonta para llegar tan alto. Entonces se apoderaba de ella un terror profundo y el regreso a tierra firme se transformaba en una experiencia penosa. Quizás era la raíz del miedo a las alturas que había desarrollado en la adultez.

Se vio a sí misma colgada de manos y pies como un perezoso aferrado a una rama. La imagen le resultó surrealista. Su último recuerdo cuerdo era en el baño de su casa, escuchando a Liszt inmersa en un mar de burbujas y bebiendo ron, y ahora estaba en la escuela de la cual era directora probando la resistencia a la flexión de una tubería.

Siguió avanzando. Había llegado el momento de hacer pasar los hombros y podía no ser tan sencillo como había creído. Se aseguró de fijar bien los pies. Si sus pies se zafaban en ese momento se quebraría la espalda y quedaría allí agonizando en un ángulo imposible. Para pasar los hombros debió rotar el torso; lo que fue especialmente doloroso para su brazo derecho, que se tensó más que lo deseable.

Una vez del otro lado debió tomar una decisión rápida. Había algo en lo que no había pensado antes de emprender la travesía. Se trataba del panel en el cielo raso, al que lógicamente no tenía manera de desplazar desde arriba; no al menos mientras estaba colgada con las dos manos. Lo que hizo fue rotar y al mismo tiempo soltar los pies. Seguía asida con las manos, pero sus pies aterrizaron en el panel.

Aquí podían ocurrir dos cosas: que el panel la sostuviera o que se desplomara bajo su peso.

Y se desplomó, lógicamente.

El estruendo fue tal que estuvo a punto de soltarse del susto, pero logró mantenerse suspendida. El panel se partió en varios trozos y todos ellos cayeron sobre el archivador de su despacho. Sobre este había algunos portarretratos y adornos que fueron despedidos para los costados o aplastados. Kathleen miró hacia abajo para evaluar el daño. Veía sus pies suspendidos dentro del espacio dejado por el panel destruido. Más abajo, a unos pocos centímetros, estaba su propio archivador. Se dejó caer.

Sus pies estaban finalmente sobre una superficie estable.

Bajó del archivador y se acomodó la camisa luego de inspeccionar rápidamente los cortes superficiales causados por el cemento. Se quitó la linterna de la boca y la apagó. Recién entonces se preguntó por qué las luces de su despacho estaban encendidas.

¿Alguien ha entrado?

Apagó las luces y salió. Observó la puerta de dos hojas de la administración, cuyas agarraderas Judd había inmovilizado con lo que parecía ser un cable eléctrico.

Negó con la cabeza y se marchó.

2

Se sentía flotando. No como si viajara *sobre* una nube sino dentro de ella. Una realidad blanca hecha jirones le acariciaba el rostro a medida que avanzaba.

¿Dónde estoy?

En cuestión de segundos se le aparecería el rostro de su madre, pensó, para decirle con expresión cansada que había tenido otra pesadilla. ¿O sería Teresa? A veces era su hermana menor la que se acercaba y le hablaba cuando él tenía una mala noche. Pero ahora no podía abrir los ojos; no todavía. Un dolor pulsante en la nuca remachaba cada pensamiento y una voz le hablaba; una voz de mujer pero que no pertenecía a su madre o a su hermana. Era difícil saber cuál era real, el dolor o la voz. O ambos.

Intentó mover el cuello pero no ocurrió nada. Sentía los brazos entumecidos. La voz de mujer seguía pronunciando frases cortas e incomprensibles.

Vio los últimos instantes en el vestíbulo, con el periodista, poco después de partirle la pierna con el bate. Veía el rostro sufriente de Farris que de pronto se transformaba y entonces la imagen se desvanecía como una proyección interrumpida abruptamente. Volvió a intentar mover el cuello y esta vez creyó lograrlo, aunque sólo un poco. Abrió los ojos y la luz artificial le disparó una seguidilla de rayos de hielo que se clavaron en sus retinas dolorosamente. Parpadeó y el vestíbulo comenzó a dibujarse lentamente, y con él lo hizo una silueta borrosa a unos tres metros de él. El entumecimiento en sus brazos se intensificó y el cuello alzó su voz quejosa a toda potencia.

—Judd, ¿puedes oírme?

Era Kathleen Blake. Judd alzó la cabeza y allí estaba ella, observándolo como un médico lo haría con un paciente peligroso. Asintió con alguna dificultad a causa del dolor en el cuello.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó ella.

¡Excelente pregunta!

Judd se esforzó. Tenía el recuerdo del periodista en el suelo del vestíbulo y entonces… un dolor intenso en la nuca y el abrazo opresivo de una negrura absoluta. Algo lo había golpeado con muchísima fuerza. Alguien.

La putita del periodista.

Con el rabillo del ojo captó una forma roja a unos metros de la directora. Giró la cabeza con esfuerzo y vio que se trataba de un extintor.

Kathleen se acercó un poco más y se puso en cuclillas.

—Tienes sangre en el cuello —le dijo—. Déjame examinarlo.

—Adelante —respondió Judd.

Kathleen le pidió que bajara la cabeza un poco más, lo cual él hizo sin quejarse, aunque el dolor fue considerable. La directora le apartó el cabello y observó durante un rato sin decir nada.

—Ha dejado de sangrar —dictaminó finalmente—. O eso parece. Pero será necesario desinfectar la herida.

Ahora Judd podía verla con toda claridad. Su visión había vuelto a la normalidad y había descubierto que si no movía el cuello el dolor se hacía más tolerable.

—Voy a la enfermería. Regresaré enseguida.

Él asintió y ella se marchó a toda prisa. Recién entonces se dio cuenta de que Kathleen no lo había desatado. Seguía con los brazos en alto sujetos a las agarraderas de la puerta principal, tal y como él había amarrado al periodista primero. ¿Por qué Kathleen no lo había libertado? Observaba el corredor central, más precisamente el extintor rojo. La vista se le nubló mientras retrocedía en el tiempo e iba más atrás del golpe que Ally le había asestado en la nuca. Había amarrado a Paul tal y como él estaba ahora, pero antes de eso había encerrado a Kathleen en la administración. Lo había hecho para que la mujer no tuviera que presenciar la paliza al periodista. ¿Cómo había salido? Recordaba muy a su pesar haberle dejado las llaves de la escuela, pero justamente por eso había inmovilizado las dos hojas de la puerta con uno de los cables.

Kathleen regresó unos minutos después. Ahora los pensamientos de Judd atravesaban su cabeza convertidos en cuchillos afilados. Debía ser cuidadoso con lo que dijera y lograr que la directora lo liberara. No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde el golpe. Si bien su cabeza insistía en que no había sido mucho, la realidad era que el hecho de que Kathleen estuviera libre podía significar que las cosas habían cambiado significativamente en la escuela.

—Alguien ha roto el cristal de la enfermería —dijo Kathleen.

Judd sabía que aquello debía ser obra de Paul. Le había destrozado la rodilla de un

golpe; no podría movilizarse sin tomar algún analgésico. De todas maneras no contestó.

—Esto va a doler un poco —le adelantó Kathleen.

Para Judd, que acababa de ser golpeado brutalmente con un extintor, y que de niño había sido sometido a todo tipo de castigos en manos de su padre o su hermano mayor, incluidas ocasionales electrocuciones, la aplicación de un poco de desinfectante en la herida del cuello fue como la caricia de un bebé. En cierto sentido el ardor lo reconfortó. También se permitió atesorar el contacto de las manos de Kathleen sobre su piel, así como su proximidad. Podía escuchar su respiración suave y percibir el resabio de su perfume característico.

Después de aplicar el desinfectante, Kathleen colocó un trozo de gasa sobre la herida y lo sujetó con cuatro tiras cruzadas de tela adhesiva.

—Ahora puedes decirme qué ha sucedido.

Resultaba fundamental ganarse la confianza de Kathleen. Era altamente probable que ella hubiera escuchado los gritos de Paul desde la administración y sería difícil explicarlos convincentemente sin develar lo que había hecho. Necesitaba unos segundos para ordenar sus ideas.

—¿Por qué no me desata primero?

Ella lo pensó durante unos segundos, a prudente distancia, unos centímetros más allá de las piernas estiradas de Judd.

—Primero quiero que me digas qué ha sucedido aquí.

—Está bien —dijo Judd—. Regresé y le pregunté a Farris por Michael. Me dijo que podía decirme dónde estaba, que él y Ally lo habían escondido. Me dijo que no lo revelaría a menos que lo liberara; cosa que no estaba dispuesto a hacer. Entonces le apliqué un golpe con el bate.

—¿Dónde lo golpeaste?

—En el estómago. Pero no fue un golpe fuerte, créame. Lo hice para que entrara en razones.

—¿Y lo hizo?

—No. Gritó muy fuerte, creo que para alertar a la muchacha.

—¿Entonces no te dijo dónde habían escondido a Michael?

—No.

Kathleen caminó en círculos hasta que se detuvo, de espaldas a Judd. Él recorrió su figura recortada contra la luz fluorescente del corredor central.

—¿Va a soltarme ahora? Mis brazos están entumecidos.

—¿Qué ocurrió después?

—Me dijo que me llevaría donde estaba Michael, pero que tendría que desatarlo. No me pareció buena idea pero tenía mi bate, así que accedí.

—¿Lo soltaste?

Kathleen se volvió de golpe y lo sorprendió con la vista a la altura de su trasero. Él la alzó para enfrentar su rostro.

—Sí —respondió Judd sosteniendo la mirada de la directora—. Cuando lo liberé intentó escapar, pero lo golpeé nuevamente y logré derribarlo. Fue entonces cuando la muchacha se me acercó por detrás y me golpeó. Lo siguiente que recuerdo es a usted hablándome.

—Judd, te dije que no podíamos fiarnos de ellos. Te pedí expresamente que me dejaras manejar la situación.

Kathleen se acercó y otra vez se acuclilló. Apoyaba los antebrazos en las rodillas. Él pudo observar el nacimiento de sus pechos cuando ella se inclinó ligeramente hasta encontrar una posición de equilibrio.

—Lo siento. Pensé que sería lo mejor.

—Si no hubiera estado encerrada en la administración podría haber intervenido.

—Lo hice para protegerla —dijo Judd—. No era mi intención dejarla al margen, pero tuve que hacerlo.

—¿Puedo contar con que no volverá a repetirse? Como te he dicho, te necesito de mi lado.

Aquella era una buena oportunidad para averiguar qué sabía la directora y por qué el retrasado era tan importante; pero para Judd la prioridad era ser desatado. Había cometido un error imperdonable. No volvería a cometer otro.

—Se lo prometo —dijo Judd con seriedad—. Usted manda.

Kathleen pareció librar una batalla interna. Finalmente se inclinó y desató primero las piernas. La atadura de los brazos le demandó más tiempo.

Judd estaba libre. Bajó sus brazos lentamente. Los músculos de los hombros se quejaron al extenderse y un río de hormigas bajó desde allí hasta sus manos. Permaneció sentado en la misma posición mientras el hormigueo en los brazos mermaba. Kathleen lo observaba de pie a prudente distancia todavía en postura claramente evaluadora.

El cuello seguía doliéndole, pero la sensación se intensificó cuando se puso de pie y el peso de su cabeza inclinada se recargó en él. Necesitó unos segundos de pie para sentirse mejor. El entumecimiento en los brazos quedó atrás y la circulación en las piernas volvió a ser normal. El cuello lo obligaría a tomar algunas precauciones, pero fuera de eso se sentía de maravillas.

Se acercó a Kathleen.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella visiblemente sorprendida.

Él siguió avanzando.

—Voy a pedirle una cosa. No hable más.

Judd sonrió. Así le hablaba a su ex, Goldie, cuando no soportaba más sus planteos y sus conversaciones inútiles.

Ella intentó retroceder, pero él la agarró del cabello y tiró con fuerza. Kathleen se dobló hacia atrás.

—Creí que teníamos un acuerdo —dijo ella con el odio a flor de piel.

—Dije que no hable.

Los ojos de Judd eran ahora redondos y penetrantes. Su sonrisa era una mueca burlona. Kathleen le lanzó media docena de manotazos que fueron contrarrestados con más tensión en su cabello, que se tradujo en una sensación de tirantez insoportable en las raíces.

—Vamos —dijo él sin soltarle el cabello. La guió por el corredor central hasta la cafetería y una vez allí a la puerta del sótano.

—Baje.

—Por favor…

Judd le soltó el cabello; pero cuando ella intentó recomponerse, la otra mano del cuidador le aferró la mandíbula con fuerza y empujó hasta que su cabeza chocó contra la pared. Los dedos del hombre arrugaron sus mejillas y dibujaron una falsa sonrisa en los labios. Sus rostros estaban a pocos centímetros. Kathleen podía sentir la respiración espesa de Judd y ver en sus ojos la misma expresión que había advertido antes.

Él se acercó un poco más, sólo unos centímetros, y ella estuvo segura de que la besaría. Pero a último momento retrocedió. Soltó su rostro y deslizó la mano hasta el cuello, siempre aplicando más presión que la necesaria, donde cambió de posición y recorrió sus hombros y por último su brazo. Le aferró la mano e hizo que el cuerpo de Kathleen rotara. Se aseguró de que se retorciera con un poco de dolor.

—Baje —repitió.

Kathleen supo que no tenía sentido resistirse y descendió los peldaños del sótano con amarga resignación.

Seguían a oscuras. Durante los últimos minutos habían permanecido en silencio.

—¿Vas a decir algo?

Era la voz de Ally.

Paul lo pensó. Su instinto le decía que podía confiar en Ally, pero ella ya lo había engañado una vez. Sería cauto. El desconocimiento por parte de ella de ciertos aspectos de la vida de Michael resultaban llamativos, pero su parecido físico, ahora que se concentraba en ello, iba más allá del color del cabello.

—Estaba pensando en las llaves —dijo Paul por fin.

—Las llaves, claro —se interesó ella—. Es extraño que Judd no las llevara encima. ¿Crees que puedan estar en *su lugar*, en el sótano?

Por alguna razón Paul sintió un hormigueo al escuchar la expresión «su lugar», en referencia a las dependencias del cuidador de la escuela. Ambos habían aceptado tácitamente que aquel era territorio de Judd y el hecho iba más allá de que durmiera allí.

—No están en el sótano —dijo Paul—. Cuando nos marchamos del salón de actos lo vi cerrar las puertas. Después bajamos y estuvo todo el tiempo cerca de mí, salvo cuando se llevó a Kathleen. En ningún momento fue al sótano.

—Y ahora que lo dices, ¿dónde está Kathleen? Tuvo que escuchar el escándalo allí abajo.

—Seguramente. Judd debió encerrarla.

—¿Y dejarle las llaves?

—Judd nos lo dirá en un momento —dijo Paul encendiendo la linterna.

—Espera.

Él se puso de pie con dificultad y cargó su peso en el bate.

—Si Kathleen tiene las llaves, prométeme que vendremos al salón de actos sin ella —dijo Ally.

—Ya veremos. De cualquier manera tienes razón, es difícil que Kathleen tenga las llaves.

Ally le clavó una mirada de reproche antes de salir del aula 9. El humo se estaba densificando y Paul la perdió de vista apenas cruzó el umbral.

No podrían pasar mucho más tiempo en la planta alta. Abrir las puertas de las aulas para que el humo se dispersara había surtido efecto, pero ahora otra vez el aire se estaba tornando irrespirable. No quedaba otro sitio limpio fuera del salón de actos.

Paul apretó los labios con fuerza y procuró respirar por la nariz en forma

controlada. Los ojos le ardieron y se los frotó con la manga. La rodilla se comportó relativamente bien. Le dolía, pero era un dolor distante, como una voz amortiguada por una pared. Paul sabía que a medida que el efecto de los analgésicos desapareciera la pared se haría más y más delgada y entonces la voz se transformaría en un grito desgarrador. Dio un golpecito al bolsillo y el sonido del frasco lo reconfortó.

—¡Ally! —llamó en medio de la nube gris en que estaba inmerso. La había perdido de vista.

No obtuvo respuesta y no iba a quedarse allí de pie hasta obtenerla. Todavía debía llegar a la escalera donde la densidad del humo sería mayor. En circunstancias normales bastaría con contener la respiración y correr dando zancadas largas…

Paul echaba de menos las circunstancias normales.

Dio pasos cortos pero firmes con la pierna izquierda y largos y enérgicos con la derecha. Siguió respirando por la nariz. No volvió a llamar a Ally y no la encontró tampoco hasta que llegó a la escalera. La cantidad de humo era tremenda y supo que sería mejor dejar de respirar hasta descender al menos algunos escalones. Bajó los cinco primeros con lentitud. La linterna parpadeó primero y luego permaneció encendida pero claramente con menos intensidad que antes; se la guardó en el bolsillo y se aferró al pasamano mientras descendía. Al llegar al descanso la visibilidad era mucho mejor gracias a las luces de la planta baja y a la falta de humo. Pasaría un tiempo antes de que la planta alta se saturase y el humo empezara a bajar.

Respiró repetidas veces para limpiar las vías respiratorias. En comparación con el aire de arriba, el del descanso de la escalera parecía el de una campiña holandesa en una mañana veraniega.

Siguió bajando con lentitud, apoyando primero el bate en el escalón siguiente, luego el pie derecho y por último el de la rodilla malherida. Recorrió la mitad de la distancia que le faltaba concentrado en su avance, olvidando el hecho de que Ally lo había aventajado posiblemente con la idea de separarse de él. Sin embargo la encontró en el nacimiento de la escalera, ya en la planta baja.

—Mierda —masculló la muchacha.

—¿Qué sucede?

Ella no respondió y Paul tuvo que esperar a terminar de acompañar el último giro de la escalera para entender que se refería a que Judd no estaba donde lo habían dejado. Vieron el extintor, el cable, pero ni rastro del cuidador. Tampoco encontraron la cuerda.

—Mierda —repitió Ally.

—No lo entiendo —dijo Paul, contrariado.

—Ha sido ella… Puta de mierda.

—¿Kathleen?

—*Tu amiga* Kathleen.

—No nos apresuremos. Quizás…

—Paul, tus gritos fueron bastante elocuentes. Si ella estaba en la administración debió oírlos. Si este hombre la ha engañado, es una estúpida.

—Lo real es que Judd no está.

—¿Sabes qué me molesta?

—¿Qué?

—Que en cuanto escuché tus gritos fui en busca de algo con que golpear al tipo. Me pregunto qué estaba haciendo ella.

—Ally, ya lo hemos discutido. Probablemente la haya encerrado. De todas maneras, esto no se trata de una competencia.

—Como sea —Ally caminó hasta el vestíbulo y se detuvo en el centro—. ¿Y ahora qué haremos?

4

Cuando Kathleen bajó al sótano podía sentir la mirada de Judd puesta en su espalda como si se tratara de una entidad física que la empujaba. El sonido del generador era ensordecedor a pesar de la cubierta acústica que tenía encima. Kathleen recordó vagamente a la empresa que había reemplazado el modelo anterior, que no era insonorizado y por lo tanto no cumplía con las normas. El técnico que supervisó la instalación de la nueva unidad le dijo que aquella era una maravilla tecnológica cuyo funcionamiento era tan silencioso que un bebé podría dormirse a su lado sin problemas. Nunca se había preocupado por comprobarlo, pero ahora que tenía la oportunidad comprendía que se trataba de una mentira descarada. El estruendo era insoportable.

—Alto —dijo Judd.

Habían llegado al cuarto de la caldera. Judd le señaló la pared de la derecha.

Allí había una tubería similar a la que Kathleen había visto en la administración, aunque ésta era de mayor diámetro y surgía de la caldera a aproximadamente un metro de altura.

—Judd, por favor. Espera. Escúchame —dijo ella. No se movió. Sabía que si seguía cediendo terreno su situación se tornaría más comprometida.

—Colóquese de espaldas a la tubería —le dijo Judd mientras la asía de la cintura. Parte de sus dedos se apoyaron en el lateral de su nalga. El lugar fue perfectamente premeditado y Kathleen lo advirtió.

El simple hecho de sentir aquella manaza posándose en su cadera hizo que se pusiera en movimiento sin cuestionamientos. Sabía que no había nada que pudiera decir o hacer que impidiera que Judd se saliera con la suya, por lo menos por ahora. Se dirigió a la pared y se apoyó contra la tubería como se le ordenaba.

—Esto ha resultado bastante bien —dijo Judd mientras extraía del bolsillo la cuerda con que Ally y Paul lo habían amarrado a las agarraderas de la puerta principal. Ella no entendió el comentario pero evitó que su rostro lo evidenciara.

Judd le asió las muñecas y las colocó detrás de la tubería. En menos de un minuto estaba perfectamente atada.

—¿Te duele el cuello? —dijo la directora.

—Un poco.

—Debería haber analgésicos en la enfermería.

—Me fijaré luego. Gracias.

—Yo no los he visto, pero no busqué demasiado. Regresé lo antes posible para colocarte el vendaje.

—Ajá.

Kathleen decidió cambiar de estrategia. No tenía mucho tiempo.

—Judd, ¿crees que ellos pudieron tomar los analgésicos?

—¿Qué importancia tiene?

Judd estaba ahora de pie apoyado contra la pared opuesta. Observaba a Kathleen con la expresión de un coleccionista que admira la nueva incorporación a su colección. Parecía pendiente sólo parcialmente de la conversación que estaban manteniendo.

—Si tienen los analgésicos es porque los necesitan —dijo Kathleen—. ¿Qué le has hecho a Paul?

—Creo que le partí la pierna.

—¿Con el bate?

Al escuchar la pregunta Judd pareció despertar del letargo que lo había envuelto.

En ese preciso momento comprendió que no tenía su bate. No es que fuera esencial, pero odiaba que se lo hubieran arrebatado. Pensar en esto hizo que recordara su Ruger en la mesa de noche.

—Si le partiste la pierna no podrá moverse mucho —concluyó Kathleen. Debía avanzar con cautela. No quería darle ideas a Judd que pudieran volverse en su contra, pero necesitaba conocer cómo estaban las cosas en la escuela y eso incluía los recursos de los que Ally disponía.

—No importa lo que hagan, créame —dijo Judd.

—Yo creo que sí. Son peligrosos. Especialmente la muchacha. Yo sé lo que se trae entre manos.

—¿Si la desato me lo dirá?

—Sería un buen comienzo.

—Me lo dirá de todas maneras.

—¿No quieres saber lo que está sucediendo?

—Yo sé lo que está sucediendo.

Judd sonrió.

—¿No se esperaba eso, verdad? —agregó él.

Kathleen ciertamente no se lo esperaba. Se preguntó a qué se referiría el hombre específicamente.

—¿Trae las llaves con usted?

Aquella era la pregunta que ella tanto temía. Y lo peor era que no había concluido cuál sería la mejor manera de responderla. Había sido acertado no llevar las llaves consigo. Sin embargo, si revelaba dónde las había dejado, perdería una ventaja importante. Podría mentir, y ganar así un poco de tiempo, pero ¿qué ocurriría después? Él regresaría más furioso y decidido, por supuesto. Era un precio muy caro por unos pocos minutos. Debía pensar en algo mejor.

—No traigo las llaves conmigo.

La respuesta no pareció inquietar demasiado a Judd.

—Sabe que tendré que asegurarme, ¿verdad?

Ella se sobresaltó. Había supuesto que el cuidador aceptaría la respuesta sin demasiadas vueltas.

—¿Cuántas llaves tienes? —preguntó Kathleen visiblemente alterada— ¿Más de cincuenta? ¿Dónde podría esconderlas?

No le des ideas…

Él se acercó.

—Son cuarenta y tres llaves —dijo él—. Las he numerado y rotulado.

Entonces Kathleen sintió la proximidad del cuerpo gigantesco de Judd. Pudo escuchar la respiración pesada a pesar del sonido del generador en el cuarto contiguo. Pero esas sensaciones preliminares quedaron atrás en cuanto sintió el contacto de la palma de una de las manos en la base del cuello. La otra se cernió en el lateral de su abdomen. No pudo evitar sacudirse con aquél primer contacto, pero se sintió incapaz de abrir los ojos.

Las manos comenzaron a moverse en círculos. La que inmediatamente preocupó a Kathleen fue la que tenía en el cuello, que rápidamente descendió hasta el escote de su camisa y se introdujo debajo de ésta. Un par de botones se desprendieron sin ofrecer demasiada resistencia. Los dedos reptaron como cinco gusanos gordos hasta la tela del sujetador.

Kathleen se sacudió, pero la otra mano captora la mantuvo en posición. Una pierna de Judd se había antepuesto a las suyas bloqueando cualquier intento de patearlo. En cuestión de segundos los dedos de Judd desplazaron el sujetador y capturaron su pecho derecho. Lo apretaron con fuerza repetidamente, como si se tratara de una pelota de tenis. Después lo masajeó con la palma de la mano, describiendo círculos con una presión tal que Kathleen sintió que su pecho estallaría.

Había sido una estupidez mayúscula liberar a Judd. Era fácil hablar con los hechos consumados, pero ella había entrevisto que el hombre se estaba saliendo lentamente de eje y que manipularlo no sería sencillo. La posibilidad de contar con su apoyo la había cegado. Porque era cierto que si contaba con su colaboración podría dar con Ally y consecuentemente con Michael mucho más rápido y terminar con toda esta locura. Pero el riesgo había sido demasiado alto, como probaba lo que estaba sucediendo en ese preciso momento. Había tenido una ventaja ostensible y la había echado a perder.

—Judd, por favor… —musitó.

—Veo que no las tiene aquí —dijo él con voz pastosa.

Finalmente la exploración de sus pechos cesó. Ahora Judd se agachó y completó la requisa en sus piernas, con el consiguiente tiempo adicional en su vagina y culo. Afortunadamente lo hizo a través del pantalón, lo cual fue verdaderamente milagroso.

La próxima vez no tendría la misma suerte. Kathleen lo sabía perfectamente.

—Voy a darle un tiempo para meditarlo —dijo Judd—. Cuando regrese me dirá dónde están esas llaves.

—¿A dónde irás?

—A ocuparme de algunos asuntos. Volveré pronto. Y recuerde lo que le sucedió a su amigo el periodista por no cooperar.

Dio media vuelta y se marchó. Antes de salir del sótano operó algunos comandos de los tableros eléctricos en el cuarto del generador.

5

Ally y Paul estaban en el corredor central, justo frente a la cafetería. Desde allí podían ver parte del interior de ésta, así como el acceso al sótano. La pesada puerta metálica estaba abierta y el hecho los tomó por sorpresa.

Sabían que el cuidador no tenía las llaves encima antes de escapar; ellos lo habían registrado para asegurarse. La lógica indicaba que se las había entregado a Kathleen, aunque no tenía sentido encerrarla y al mismo tiempo dejarle las llaves. Además deshacerse de las llaves no parecía algo digno de Judd. Pero por otro lado, ahora veían que la puerta del sótano estaba abierta… Eso significaba que Judd no estaba allí en ese momento. La puerta sólo podía abrirse desde el interior, por lo tanto la tenía que haber dejado abierta para poder volver a entrar.

—Es un hecho —dijo Ally—. Judd no tiene las llaves.

—Eso significa que Kathleen tampoco las tenía consigo al momento de liberarlo. De otro modo Judd se las hubiera entregado; o quitado, según cómo sucedieron las cosas.

Ally lo pensó un momento. Tenía perfecto sentido. Suponiendo que la directora había optado por liberar a Judd, cosa que era segura pues ninguno de ellos lo había hecho, era perfectamente lógico que hubiese tenido ciertas dudas y que tomase la decisión de dejar las llaves en un lugar seguro.

—Quizás Kathleen ya le ha revelado a Judd dónde están las llaves —dijo Ally—. Hemos visto lo persuasivo que puede ser cuando se lo propone.

—En ese caso es altamente probable que haya ido a por ellas.

Ally mantenía la vista fija en el ala Oeste. No era difícil adivinar sus intenciones.

—No pensarás ir hacía allá, ¿verdad? —dijo Paul.

—Es exactamente lo que pienso hacer.

—Es una locura.

—Mira Paul, como yo lo veo Kathleen está con Judd, pero no le ha dado las llaves todavía. Esa puerta lo prueba. Mi mejor suposición es que si ella escondió las llaves en algún sitio, debería ser dónde más tiempo ha pasado. La administración es un buen lugar para empezar a buscar.

—¿No sería más fácil tirar abajo la puerta del salón de actos?

—Sí, claro. ¿Has visto un hacha por algún lado? Si ves una avísame.

Paul sonrió.

—Lo digo por tu bien. —Tenía claro que no podría ir con ella.

—Lo sé. Pero créeme… puedo correr como un rayo. Si se me acerca el monstruo no intentaré otra cosa más que escapar.

—Está bien. Te esperaré en el laboratorio. Procura ser rápida.

—Nos vemos.

Ally desapareció.

6

Judd tenía un nuevo plan.

En los tableros eléctricos del sótano había activado todos los circuitos de la planta baja y ahora sólo tenía que encender las luces. Cuando hubiera hecho esto, el consumo sería unas diez veces mayor que el actual, o incluso más. El motor trabajaría a mayor potencia, consumiría más combustible y en consecuencia generaría más gases. Una hora equivaldría a diez. En virtud de cómo había visto la planta alta, era seguro que en un par de horas el aire se tornaría irrespirable. Conclusión: el periodista y su amiguita tetona tendrían que bajar… Y si ya lo habían hecho entonces no podrían volver a subir y de esa manera sería más fácil atraparlos. Por otro lado, toda la planta baja estaría iluminada y la búsqueda se facilitaría enormemente.

Lo que a Judd más le entusiasmaba de su plan era la simpleza.

Llegó al gimnasio. Los interruptores estaban a un lado del acceso. Eran cinco y controlaban los reflectores de mil vatios dispuestos sobre las gradas. Los activó a todos simultáneamente e incluso desde allí fue posible escuchar el aumento de

potencia del generador. Los reflectores parpadearon unos segundos hasta que la corriente se estabilizó.

Cruzó el gimnasio hacia los vestuarios. La visita le serviría además para hacer una requisa preliminar, aunque estaba convencido de que Ally y Paul seguían en la planta alta. Si bien contaba con la ventaja de conocer la escuela al dedillo, una búsqueda podía extenderse más de la cuenta si no tomaba precauciones, sobre todo teniendo en cuenta que ellos podrían desplazarse de un lugar a otro. Limitando las cosas a la planta baja contaría con una ventaja importante. Ya había capturado a Kathleen; un pálpito le decía que pronto tendría a Ally…

Y eso lo llevaba a la razón por la que se había marchado del sótano de una forma tan intempestiva… Había estado a punto de que Kathleen le dijera dónde estaban las llaves —lo había visto en su rostro— pero una parte de él no había querido que eso ocurriera, por descabellado que resulte. Un avance significaba despedirse de un instante precioso. El sólo pensar en Kathleen en el sótano amarrada a la tubería hacía que una excitación efervescente le recorriera las venas. No quería apresurar las cosas. Todavía quería deleitarse con aquella expresión de temor en su rostro. Cuando la revisó en busca de las llaves sintió por primera vez que perdía el control de la situación. Lo que había iniciado de un modo metódico y seguro lentamente se le había ido de las manos. Pudo advertir cómo Kathleen tomaba conciencia de dónde estaba, con quién estaba y lo que podía ocurrir de un momento a otro. Entonces sus manos aplicaron más presión de la que él quería y se deslizaron con vehemencia hacia sitios que estaban más allá de sus planes iniciales. Súbitamente no podía detenerse. Una voz lejana le decía que se estaba precipitando, que lo echaría todo a perder…, pero la rueda estaba en movimiento. Manosear a la directora de aquella forma era grandioso pero al mismo tiempo un desperdicio. Fue necesaria mucha fuerza de voluntad para finalmente apartarse y marcharse. Primero debía ocuparse de los dos cabos sueltos que había dejado. Cuando terminara con eso, tendría todo el tiempo para ocuparse de Kathleen y disfrutarlo al máximo. Había fantaseado con ese momento durante demasiado tiempo, y ahora que el destino le cumplía su sueño no podía echarlo a perder. Finalmente entendía qué estaba sucediendo; en eso no le había mentido a la directora.

Mientras recorría el gimnasio de regreso al corredor central, supo que había hecho lo correcto.

Además, las llaves no le importaban demasiado. Kathleen las habría escondido en algún sitio antes de desatarlo y seguirían allí hasta que él diera con ellas.

Permaneció de pie un momento en el extremo del corredor y escuchó cómo la

potencia del generador había aumentado. Cuando reanudó su avance se detuvo en la biblioteca para abrir la puerta y encender las luces. La potencia iba en aumento. Después caminó hasta la cafetería y observó la puerta abierta del sótano. Se había convertido en una trampa perfecta.

En ese momento creyó escuchar un ruido en el laboratorio, a sus espaldas. Se mantuvo quieto un instante, procurando establecer si el sonido se repetía por sobre el zumbido constante del generador… pero no fue así. Incluso dudó de que el primero hubiera sido real, pero se dijo que echaría un vistazo tan pronto verificara que en el sótano todo estaba en orden. Al fin de cuentas también tendría que encender las luces allí. Se disponía a bajar cuando otra vez creyó escuchar algo. Regresó la vista al sótano, meditó un segundo y bajó media docena de escalones que se quejaron bajo su peso. Ahora su cabeza estaba al ras del suelo de la cafetería.

El sonido del generador era ensordecedor y la herida en la nuca había comenzado a incomodarlo como no lo había hecho hasta el momento. Sin embargo supo que debía echar un vistazo en el laboratorio cuanto antes.

Se disponía a bajar algunos escalones más cuando un grito de Kathleen lo tomó por sorpresa.

—¡Paul! ¡Ally! ¿Sois vosotros? —el grito se escuchó claramente por sobre el generador— ¡Estoy aquí abajo!

Judd sonrió. Ya no hacía falta que bajara a verificar que las cosas estaban como las había dejado. La directora estaba sola. Dio media vuelta y subió la escalera lanzándose hacia el laboratorio a toda carrera.

7

Paul estaba tendido detrás de la última mesa de trabajo, en el laboratorio. Había entrado allí en el instante en que había visto a Judd aparecer en el corredor central, y si bien creyó no ser visto, por precaución había permanecido espiando por la cerradura. Después había cometido la torpeza de apoyar el bate en el suelo con demasiada fuerza y el sonido atrajo la atención del cuidador.

Ahora tenía las piernas extendidas y la espalda apoyada contra las puertas corredizas de la mesa de trabajo. Sostenía el bate con ambas manos a la altura del pecho, pero listo para aplicar un golpe si Judd llegaba hasta allí. Irónicamente lo golpearía en las rodillas.

Todo había sucedido muy rápido en los últimos segundos. Respiraba agitado cuando la puerta finalmente se abrió. Un rectángulo brillante se dibujó en la pared trasera y en él se recortó la silueta de Judd. Transcurrió un instante y la luz artificial inundó el laboratorio. Paul debió entrecerrar los ojos para acostumbrarse al cambio.

Vamos, vamos.

Paul apenas era consciente de que estaba modulando las palabras sin emitir sonido. Imaginó a Judd, avanzando entre las mesas de trabajo, posiblemente pasando junto a la primera de ellas en ese momento. Podía escuchar el crujido de su calzado con cada paso y ver cómo las sombras borrosas evidenciaban su avance.

Vamos, vamos, vamos…

Tenía la oportunidad de devolverle el favor de romperle la rodilla, cierto, pero al mismo tiempo tenía una gran posibilidad de echarlo todo a perder. Muchas cosas podían salir mal. Judd podría recorrer el laboratorio por el otro pasillo y él no tendría ni una mínima oportunidad, o podría asomarse por sobre la mesa de trabajo y ver sus piernas extendidas. Si Paul hubiera podido encogerse sería otra cosa, pero con la pierna rota no había tenido otra alternativa que extenderla e intentar golpear con el bate de costado. Un golpe con pocas probabilidades.

Judd seguía avanzando.

¡Vamos maldito Copérnico!

Y entonces se produjo, el golpeteo que Paul esperaba. Judd se detuvo. El hombre debió sentirse sorprendido por aquél sonido proveniente de la esquina del laboratorio. Giró sobre sí mismo y se desvió de su trayectoria original. Paul respiró con un poco de alivio cuando la silueta se desplazó en sentido transversal y no hacia donde él estaba. El golpeteo se repitió, pero ahora fue más prolongado.

Cuando Paul había colocado las pelotas plásticas en el laberinto y liberado a la cobaya, había rogado que los niños ya le hubieran enseñado cómo llegar al final, o al menos a intentar recorrerlo. Había diseminado media docena de *electrones* a lo largo de los pasillos.

Ahora el pobre Copérnico estaba en la jaula del extremo opuesto, a la espera de su zanahoria troceada como recompensa.

A Paul le costaba saber qué estaba ocurriendo. Suponía que Judd estaba junto al laberinto y había advertido la procedencia del sonido, porque el cuidador masculló

algo en voz baja, pero era difícil saber qué se le cruzaba por la cabeza. Podría pensar que los niños habían dejado a la cobaya libre por error, o que ellos, Paul o Ally, la habían liberado en algún momento para incomodarle. Si Judd sospechaba que el hallazgo podía ser una distracción, entonces Paul tendría los minutos contados… porque en ese caso el cuidador se aproximaría por el otro extremo.

Pero la silueta comenzó a desplazarse paralelamente a la pared del fondo, lo cual era una buena señal. Todavía no estaba fuera de peligro, sin embargo…

Las luces se apagaron.

Otra buena señal.

Pero antes de que la puerta volviera a cerrarse, un círculo amarillo se dibujó en la pared. Judd había encendido su linterna. Paul sintió cómo su ritmo cardíaco iba en aumento. Aferró el bate con más fuerza, como si esto lo preparara para dar un buen golpe. El círculo de luz se desplazó hacia un lado y hacia el otro. Aquello podía ser una medida precautoria o un juego deliberado.

El círculo amarillo desapareció. Las luces en el techo volvieron a encenderse.

Paul contuvo la respiración.

Cuando la puerta se cerró, Paul necesitó casi un minuto para convencerse de que no era un truco de Judd. Se arrastró con dificultad y asomó la cabeza por el costado de la mesa de trabajo. Al no ver a nadie empezó a sentirse mejor.

Se puso de pie aferrándose al canto de la mesa. Ocupó uno de los taburetes junto a la mesa de trabajo y encendió el monitor que había utilizado unas horas atrás; difícil saber cuántas. La imagen se generó lentamente y allí estaba la aplicación de correo electrónico que él había dejado funcionando. Seguía pendiente en la bandeja de salida.

¿Había creído que un correo electrónico correría mejor suerte que ellos, o que el humo del generador?

La realidad era que no. Había sido apenas una idea desesperada. Era frustrante no tener claro lo que estaba sucediendo, no saber en quién confiar o cómo proceder. Si supiera la razón por la que Michael lo quería dentro de la escuela podría empezar a pensar en alguna dirección. Ally había sido convincente, pero él sabía que había algo que no cuadraba en su historia (aunque no supiera qué) y quizás encontrar a Michael fuera la única manera de averiguarlo.

Minimizó la aplicación de correo electrónico y abrió el navegador. Como había ocurrido antes, la página de bienvenida de la escuela Woodward se desplegó instantáneamente. Oprimió uno de los botones de la pantalla al azar y otra página se abrió con la misma velocidad que la primera. Aquello significaba con seguridad que el sitio estaba alojado en un servidor dentro de la escuela. Examinó las diferentes

opciones en busca de alguna que hiciera referencia a algún plano del edificio. No era común, pero sabía que algunos sitios contenían ese tipo de información. En el caso de una escuela, supuso, algún padre podría estar interesado en contar con información de ese tipo para tomar la decisión de enviar a sus hijos o no. Si existía el dichoso plano podría determinar si había alguna otra manera de acceder al salón de actos. Y entonces recordó la escalera que había visto en el gimnasio y que no sabía dónde conducía. Podía haber una salida de emergencia o algo así.

No encontró ninguna referencia a planos o siquiera descripción de las instalaciones. Estaba a punto de cerrar la página cuando un link le llamó la atención: *Conozca nuestro personal*.

Eligió esta opción y una nueva página desplegó un listado de los miembros del cuerpo escolar con una descripción de la actividad que desempeñaba cada uno. El primero de aquellos nombres era el de Kathleen, por supuesto. No había fotografías en aquel directorio, pero Paul descubrió que al ingresar en cada una de las fichas personales disponía no sólo de una fotografía sino también de una descripción general y un detalle de antecedentes académicos.

Pensaba en la maestra del libro rojo, desde luego. Quizás podía descubrir por qué su rostro le resultaba familiar.

Revisó una a una las fichas personales de cada maestro de la escuela, limitándose a las mujeres. No le demandó mucho tiempo y ninguna fotografía pertenecía a la mujer que buscaba. Se sintió decepcionado y pensó que si la mujer en efecto había sido maestra en algún tiempo pasado, entonces era lógico que no hubiera un acceso a ella en la página web. La escuela guardaría otros registros en alguna parte, pero no allí.

Se acomodó en el taburete y sacudió la pierna malherida. El dolor había empezado a crecer en intensidad, con lo cual muy pronto debería tomar una nueva dosis de codeína. Lo hubiera hecho en ese instante de buena gana, pero había comprobado que también producían cierta somnolencia y fatiga visual, por lo que sería mejor minimizar su uso a lo estrictamente necesario. Si había algo que necesitaba era lucidez y rapidez mental.

Observó la pantalla mientras meditaba. Quizás habían eliminado el acceso a la ficha de la maestra cuando ésta se había marchado, pero la ficha seguía en el servidor, pensó. Era posible. Al eliminar el acceso no existía manera de llegar a la ficha, salvo que se dispusiera de la ubicación específica en el servidor. Como Paul tenía acceso al servidor entonces podría buscarla.

Se inclinó sobre el teclado y puso manos a la obra. Localizar dentro de la red de la

escuela el directorio en que estaba alojada la página fue sencillo. Una simple búsqueda por tipo de archivo y dio con ella. Encontró todos los ficheros que componían la página de la escuela. No eran muchos y dentro de uno de ellos estaba el listado de las fichas personales de cada uno de los maestros, como había supuesto. Sintió una excitación creciente cuando a simple vista advirtió que allí había muchas más fichas personales que accesos en la página que había consultado hacía un rato. Las abrió una a una e inmediatamente advirtió que había rostros que no reconocía y que seguramente correspondían a maestros que habían dejado de pertenecer a la escuela. Casi al final, abrió la ficha que buscaba…

Allí estaba: la maestra del libro rojo.

Sonrió complacido.

El rostro de la mujer esbozando una sonrisa tibia no disparó ningún recuerdo. Siguió creyendo que le resultaba familiar, pero no sabía por qué razón. Si había estado en la época de la tragedia del aula 19 entonces con seguridad la habría entrevistado, pero Paul creía que en ese caso la recordaría muy bien. Tenía la sensación de que el recuerdo procedía de otro lado.

Leyó el texto que acompañaba la fotografía. Su nombre era Mary S. Blackthorne y, como suponía, se había desempeñado como maestra de matemática en la escuela Woodward desde el año 1995, es decir dos después de la tragedia. El nombre tampoco le dijo a Paul nada especial.

Siguió adelante con la lectura de la ficha, en la que constaba la formación académica y algunos antecedentes laborales en otras escuelas del estado. No encontró nada interesante hasta que llegó al último párrafo. Lo leyó una vez y supo por qué el rostro le resultaba familiar.

El párrafo decía lo siguiente:

> Mary S. Blackthorne es además una importante ajedrecista de fama nacional e internacional. Especial mención merece su segundo puesto en el campeonato mundial juvenil de 1974, celebrado en México.

El *Times* había cubierto el suicidio de Blackthorne cuando Paul ya estaba en necrológicas. Lo recordaba porque en principio había sido catalogado como un asesinato. Habían encontrado a la mujer en el sillón de su casa, con la cabeza hecha trizas esparcida en el empapelado. El arma utilizada estaba a un costado, pero no había nota suicida; al menos no una convencional.

En una mesa había un tablero de ajedrez con las piezas dispuestas en plena partida.

La mujer vivía sola y era posible que estuviera jugando contra ella misma, algo que aparentemente era posible para los ajedrecistas. La policía buscó huellas de un posible contrincante, pero no resultó una gran idea, porque arrojó un sinnúmero de huellas distintas, posiblemente de todos los compañeros de partidas de Mary.

Había transcurrido una semana y la investigación parecía estancada, cuando a alguien de la policía se le ocurrió mostrarle la disposición de las piezas a un ajedrecista para que le dijera el nivel de juego del contrincante. La idea no era del todo buena porque evidentemente todos los rivales de Mary Blackthorne eran de buen nivel, pero resultó que fue la clave para resolver el caso. La disposición de las piezas correspondía a una famosa partida de Bobby Fisher, cuyo movimiento siguiente consistía en un inusitado sacrificio de la reina blanca, que en pocos movimientos llevaba a la victoria.

La muerte dio como resultado una pintoresca nota en el *Times* que incluyó el rostro de la ajedrecista y un dibujo de la partida en cuestión.

Ahora sabía quién era la maestra del libro rojo. Quizás las personas translúcidas sí eran fantasmas después de todo.

8

Kathleen se había sorprendido con la partida intempestiva de Judd, dejándola sola en el sótano. Ni siquiera había reaccionado a tiempo para preguntarle a dónde se dirigía. Era cierto que con toda seguridad él no se lo hubiera dicho, pero quizás le hubiera dado algún indicio para adivinarlo. Kathleen necesitaba saber con cuánto tiempo contaba. Había ideado un plan para escapar, pero sería difícil ejecutarlo con la presión de saber que el cuidador podía regresar de un momento a otro.

Se preguntó si no sería conveniente dejar el plan en suspenso. Sólo podría llevarlo a cabo una vez y si era descubierta lo echaría todo a perder. Quizás convendría esperar a que Judd abandonara el sótano con un propósito definido, como ir en busca de las llaves, por ejemplo. Debía pensar rápido. Podría dividir su plan en dos etapas y jugarse el pellejo a ejecutar la primera ahora mismo. Supuso que si las cosas le iban

bien requeriría unos diez minutos, o quizás muchísimo menos.

Decídete, Kathleen… vamos.

Lo haría.

La tubería a la que estaba atada partía de la caldera y corría paralela a la pared. Kathleen estaba más o menos a la mitad. Un rato antes había visto los envases de vidrio detrás de la caldera. Si podía romper alguna de aquellas botellas podría obtener un trozo de vidrio que le sirviera para cortar la cuerda con que estaba atada. Era un plan simple pero podía funcionar.

Los problemas que veía eran los siguientes: en primer lugar estaba alejada de las botellas más de un metro y medio. Si no lograba desplazarse un poco, alcanzarlas con los pies sería complicado. Por otro lado estaba el inconveniente de cómo romper el envase. Si lo traía hacia sí y lo hacía añicos donde ella estaba, entonces tendría que obtener el trozo de vidrio, cortar la cuerda y salir, todo antes del regreso de Judd. Si él la encontraba rodeada por fragmentos de vidrio sería el fin del plan. La otra alternativa era intentar destruir el envase donde estaba y hacerse con el vidrio primero. No sabía con exactitud cuánto tardaría en cortar la cuerda, pero podía llevarle un buen rato. Sin una aproximación del tiempo que tenía disponible era un suicidio.

Tendría que romper el envase donde estaba, seleccionar el vidrio apropiado y regresar a su posición actual para después cortar la cuerda.

El primer escollo lo encontró incluso antes de poner manos a la obra. Intentó desplazarse hacia su derecha pero le fue imposible. Al principio pensó que la atadura era lo suficientemente resistente para impedirlo, pero pensándolo un segundo concluyó que no podía ser posible. Tiró con todas sus fuerzas algunas veces hasta que la cuerda le interrumpió la circulación en las muñecas, pero siguió sin poder desplazarse un ápice. Al rotar el torso y observar hacia atrás comprendió la razón. Había una fijación de hierro que mantenía la tubería en su lugar. Judd había amarrado la cuerda a aquella fijación además de a sus manos. Estaba perdida. Observó el envase y concluyó que debería estirarse demasiado para alcanzarlo.

Recargó el peso sobre sus brazos, doblándolos lo más que pudo. Se dejó caer y torció el cuerpo hacia la derecha. No pudo recostarse en el suelo, cosa que parecía sencilla imaginando la postura mentalmente, pero en la realidad apenas logró colocarse en ángulo con el suelo con el consiguiente dolor de brazos. Estiró sus pies y vio que estaban cerca de uno de los envases, pero no lo suficiente.

El dolor en los brazos, especialmente el izquierdo, era particularmente molesto y no sabía cuánto podría soportarlo. Se recargó un poco más en ellos y estiró los pies un poco más. El dolor aumentó y estuvo a punto de lanzar un grito cuándo sintió una

puntada horrible en el hombro. Tenía la sensación de que el humero y el radio rotarían en el plano equivocado y se quebraría la articulación. Su pie había alcanzado la posición necesaria, pero aún debía hacer el último esfuerzo. Primero lo agitó suavemente para hacer que el envase cayera de costado. Esto fue relativamente sencillo aunque corría el riesgo de que lo hiciera en la dirección equivocada; cosa que finalmente no ocurrió. El envase rotó en dirección a ella, lo cual fue bueno, aunque tuvo que detenerlo antes de que la caldera dejara de ocultarlo.

Levantó el pie. Fue el punto de máximo dolor en el brazo y debió apretar los labios para resistir. La idea de abandonar la empresa en ese punto era tentadora, pero se obligó a seguir adelante. Al dolor del brazo se había sumado otro en los abdominales en tensión. En otra época la maniobra hubiera sido de suma sencillez. Si bien podía jactarse de un buen estado físico, tenía cuarenta y cinco años y sus épocas de destreza corporal habían quedado lamentablemente atrás. Ahora encontraba que el solo hecho de mantener el pie en esa posición era tremendamente incómodo. Lo levantó lo más que pudo para impactar en el centro del envase con el tacón del calzado.

Golpeó.

Si el impacto no era preciso, el envase podía rotar y quedar fuera de su alcance. En vistas de que era el único que podía alcanzar, su plan podía fallar junto con ese golpe.

El tacón se estrelló contra la botella.

¡Funcionó!

La botella no se hizo añicos sino que se dividió en dos grandes trozos, pero también se desprendieron algunos fragmentos menores. Uno de ellos en forma de triángulo sería perfecto para lo que Kathleen tenía en mente.

Pero primero tenía que abandonar aquella posición. Sentía que si permanecía un segundo más doblada de aquella forma los músculos del brazo le explotarían. Perdería segundos valiosos, pero era un riesgo que correría. Desplazó los pies lentamente al tiempo que fue retirando la presión de sus brazos y recuperando la posición vertical. Un entumecimiento le paralizó las extremidades. El agotamiento físico que sentía era extremo y, sumado al hambre y la sed, había llevado sus capacidades al límite. No se olvidaba que no mucho tiempo atrás había estado haciendo acrobacias en otra tubería.

Entonces algo la sobresaltó. Al principio no supo qué era y la obligó a inspeccionar aquella parte del sótano en busca de algo fuera de lugar. Quizás había captado algún movimiento con el rabillo del ojo, se dijo, pero no vio nada anormal. Sin embargo la sensación persistió. Sabía que corría contra reloj y que si Judd

regresaba en ese momento había grandes posibilidades de que viera los fragmentos de vidrio, sin embargo algo había ocurrido. Estaba segura.

Y súbitamente supo qué era. El generador había aumentado su potencia. En ese preciso momento lo hizo otra vez, como un coche que acelera. Kathleen no entendía gran cosa de equipos generadores —en realidad no entendía nada en absoluto—, pero adivinó que aquello significaba lo que en realidad era: que había aumentado la demanda. Y entonces comprendió lo que Judd estaba haciendo, e intuyó las razones. Con eso quedaba explicada su ausencia y el tiempo que llevaba fuera del sótano. Probablemente haría un recorrido por la planta baja antes de regresar. Eso, estimó Kathleen, le daría tiempo para recoger el fragmento de vidrio y utilizarlo para cortar la cuerda.

Pero entonces escuchó el sonido inconfundible de los escalones de madera. Se sintió paralizada. Judd estaba de regreso.

Si entra ahora verá los fragmentos y estarás perdida.

Jugó su única carta:

—¡¿Paul?! ¡¿Ally?! ¡¿Sois vosotros?! —gritó— ¡Estoy aquí abajo!

Esperó. Aguzó el oído.

Los escalones no se quejaron, lo cual fue una buena señal inicial. Luego volvieron a hacerlo y su corazón latió con fuerza, pero rápidamente comprendió que aquél era Judd retirándose del sótano. Había mordido el anzuelo.

Debía darse prisa y agarrar el maldito vidrio lo antes posible.

No sabía con cuanto tiempo contaba, pero si Judd había visitado sólo la mitad de la planta baja, entonces no tendría problemas. Volvió a adoptar la misma posición que antes. Aplastó un trozo de vidrio bajo la suela del calzado y lo trasladó lentamente, recuperando poco a poco la posición. Cuando tuvo el trozo de vidrio a sus pies comprendió que no había pensado en cómo lo haría llegar a sus manos. Era gracioso haber llegado tan lejos y descubrir que no había pensado en la culminación de su fantástico plan. Vio el triángulo de vidrio a sus pies y sintió deseos de reír. Judd regresaría pronto y la encontraría desternillándose de risa.

¡Descálzate, idiota!

Lo hizo. Estiró la pierna e hizo el primer intento de apresar el vidrio, cuando otra vez escuchó pasos en la escalera del sótano. Se quedó helada. El avance de Judd no era lento esta vez, sino a toda velocidad. Por alguna razón el cuidador tenía prisa.

Flexionó la pierna, pero la levantó demasiado rápido y el vidrio cayó al suelo.

¡No hay tiempo!

Estaba horrorizaba. En una mínima fracción de segundo debió decidir entre volver

a colocarse el zapato y esconder el vidrio entre sus pies, o hacer un nuevo intento.

Decidió intentarlo de nuevo en el instante en que Judd dejaba atrás el último escalón de la escalera. Kathleen apresó el vidrio con fuerza entre los dedos y la planta del pie. Flexionó la rodilla y con cuidado condujo el pie hasta su mano. Cuando tuvo el vidrio en su poder respiró con alivio. Judd cruzó el cuarto del generador a toda carrera e irrumpió hecho una tromba.

Kathleen bajó el pie y lo introdujo en el zapato justo en el momento en que Judd hacía su aparición triunfal.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz de trueno.

—Me estoy muriendo de sed. ¿Serías tan amable de darme un vaso de agua y un bocadillo? —Mientras decía esto terminaba de asentar su pie dentro del zapato.

Él la observó con una ceja en alto.

—Claro que sí —accedió.

El cuidador dio media vuelta y fue a sus dependencias. En menos de un minuto regresó con un vaso de agua fresca y una barra de chocolate. Las dejó en el suelo, fuera del alcance de Kathleen.

—Muy gracioso…

—Dígame dónde están las llaves.

Ella lo observó con desdén. Sabía que las llaves eran la mejor manera de mantenerlo alejado del sótano, que era lo que ella buscaba precisamente, pero aun así sintió deseos de no revelarle su ubicación y en cambio darle una buena patada a aquel vaso miserable.

Pero debía ser inteligente ante todo, de modo que se lo dijo.

—Están en el archivo de la administración. En el último cajón de uno de los archivadores… Está abierto.

—Gracias —dijo él con una sonrisa.

Judd dio un paso y con el pie acercó el vaso y la barra de chocolate, pero sólo un poco. Dio media vuelta.

—¿Cómo se supone que debo agarrarlos? ¡Hijo de puta! —gritó Kathleen.

—¡Seguro se le ocurrirá algo!

9

Después de despedirse de Paul con la premisa de reunirse más tarde con él en el laboratorio, Ally llegó a la puerta de doble hoja de la administración. Vio el cable eléctrico que la mantenía cerrada e inmediatamente comprendió que si Kathleen había escapado, como la liberación de Judd en el vestíbulo sugería, entonces debía haber encontrado otra vía de escape. Una inspección rápida le reveló el panel roto de cielo raso en el despacho contiguo y eso zanjó la cuestión.

La atadura, además, confirmaba la teoría de que Kathleen había tenido las llaves en su poder. Quizás la mujer se las había pedido a Judd como reaseguro. La cuestión era si había escondido las llaves en algún lado o se las había llevado consigo al momento de liberar al cuidador. Ally creía que si había liberado al hombre era porque en algún punto confiaba en él, pero quizás los gritos de Paul le habían generado dudas al respecto y éste parecía un motivo más que bueno para esconder las llaves. Por supuesto este razonamiento estaba fomentado por el hecho de que la puerta del sótano estaba abierta. Era evidente que Judd no tenía las llaves en su poder y en consecuencia Kathleen no las había llevado consigo.

Se preguntó qué sitio elegiría la directora para esconderlas. Tenían que estar allí, en algún lado. Se acercó a la puerta y con paciencia comenzó a desatar el cable eléctrico. El cuidador había utilizado todas sus fuerzas para hacer los nudos, por lo que le tomó tiempo terminar. Más de diez minutos y dos uñas dañadas.

Al entrar a la administración se sintió decepcionada. Era la primera vez que estaba allí y supo que encontrar las llaves, aunque no se tratara de una sino de varias, sería una tarea ardua. Si a eso le agregaba que Judd estaba merodeando por la escuela, las posibilidades de dar con ellas eran realmente escasas. Vio la puerta del archivo y la abrió para ver qué había detrás. Las hileras de estanterías abarrotadas de cajas hicieron que se desanimara todavía más.

Pero no estaba dispuesta a echar a perder la buena oportunidad que tenía entre manos. Sólo necesitaba un golpe de suerte. Si daba con las llaves podría dirigirse a la planta alta inmediatamente y liberar a Michael. Y ella sabía que estaban allí. En cuanto Judd lograra que Kathleen le revelara dónde estaban las llaves, cosa que iba a ocurrir eventualmente, o que la propia Kathleen diera con ellas nuevamente, el retroceso sería enorme. No podía permitir que ninguno de ellos entrara al salón de actos, especialmente Judd, que había dado muestras fehacientes de la violencia de que era capaz.

Tenía que encontrar esas llaves.

Lo primero que haría sería llevar a cabo una minuciosa inspección visual. Si algo había sido movido de su sitio original, o si Kathleen había dejado alguna pista que revelara dónde había estado, entonces podría descubrir el escondite antes de empezar a revolver todo. Era una manera bastante racional de ver las cosas. Se tomó unos minutos para caminar por la habitación en busca de alguna señal; un cajón mal cerrado, una carpeta fuera de su sitio, algo. Dedicó especial atención al archivo, donde sabía que sería imposible hacer una búsqueda minuciosa. Si Kathleen había elegido acertadamente el archivo, dar con las llaves sería imposible. Allí había demasiadas cajas como para revisarlas a todas.

El recorrido visual no reveló nada interesante salvo el panel en el cielo raso que Kathleen había elegido quitar para pasar al despacho contiguo. Se le ocurrió que las llaves podían estar allí, por lo que trepó al archivador como lo había hecho la directora unas horas atrás. Iluminó con la linterna la parte superior de los paneles y no vio las llaves ni ningún sitio que permitiera esconderlas. Dirigió el haz de luz al orificio en la pared por el que Kathleen había escapado y no pudo evitar sentir cierto reconocimiento hacia la mujer.

Se bajó del archivador. La paciencia y racionalidad que habían asomado al principio estaban a punto de desaparecer. Pronto pasaría a la fase desesperada de la búsqueda, aquella en la que se dan vuelta los cajones en el suelo, se tiran al suelo estanterías completas y se pierde el orden metódico de búsqueda. Se estaba diciendo que debía serenarse, cuando advirtió un frasco de dulces sobre uno de los escritorios. La necesidad de comer la perseguía desde hacía horas y no había sido consciente de cuán hambrienta estaba hasta que vio aquellos dulces. Cogió dos, les quitó el envoltorio y se los metió en la boca. Eran de fresa. El azúcar le sentaría bien.

En el escritorio había un letrero de quién lo ocupaba normalmente. Le agradeció a Wendy Coleman por la gentileza.

Mantener la calma, esa era la clave. Si iniciaba una búsqueda desenfrenada lograría dos cosas. La primera, atraer a Judd de inmediato, y la segunda, nunca encontrar las condenadas llaves. Quizás Kathleen no había dedicado mucho tiempo a seleccionar su escondite… La mujer habría estado ocupada buscando la manera de salir de allí; a fin de cuentas, si la búsqueda no se circunscribía a esa área sino a toda la escuela, cualquier lugar serviría. Ella no sabría en ese momento que los acontecimientos posteriores acotarían la búsqueda a ese lugar. Quizás el escondite era simple, como en la carta robada de Poe.

El razonamiento la animó. Empezaría por los escritorios, especialmente los cajones. Después seguiría con los archivadores.

Revisó primero el escritorio de Wendy Coleman. Las llaves no estaban allí. Agarró otros dos dulces del recipiente y caminó hasta el siguiente escritorio. Estaba exactamente frente a la puerta de dos hojas. Mientras revisaba el contenido de los cajones alzó la cabeza sin motivo aparente. El corazón se le aceleró cuando creyó ver algo moviéndose en el orificio de la cerradura. Rodeó el escritorio para acercarse a la puerta, se inclinó y observó.

No había estado equivocada. En el otro extremo del corredor, Judd se desplazaba con decisión hacia donde ella estaba. Ally dejó de observar por la cerradura y durante un par de segundos no supo qué hacer. *¿Debía salir e intentar esquivarlo?*

Decidió que era una tontería ponerse en evidencia. Dio media vuelta y se dirigió al archivo en la parte trasera. En menos de un minuto, calculó, las puertas de la administración se abrirían y Judd estaría allí.

10

Ally permaneció encerrada en el archivo, observando la puerta como si se tratara de una bomba a punto de estallar. En instantes se abriría y Judd irrumpiría en la habitación. Entonces no habría nada que pudiera decir o hacer para impedir que el cuidador le propinara una paliza o le hiciera cosas peores. Su mente lo ensayaba todo una y otra vez como una película cíclica. En cada proyección cambiaba el modo en que Judd abría la puerta; primero intempestivamente, luego con la seguridad de que ella estaba allí dentro, más tarde con cautela. Pero en todos los casos el desenlace era el mismo. No tenía ninguna oportunidad de confrontarlo y salir victoriosa.

El tiempo se estiró. Había visto a Judd casi en el extremo del corredor, lo cual significaba que necesitaría unos treinta segundos a lo sumo para llegar a la administración. Cuando eso ocurriera escucharía primero la puerta de dos hojas al abrirse, cosa que no había sucedido todavía. Ally tenía la sensación de que habían transcurrido por lo menos dos minutos desde que lo había visto, con lo cual la única explicación posible era que el cuidador se hubiera entretenido en la sala de maestros, en el despacho de la directora o en los baños. ¿O habría regresado?

¿Por qué no ha entrado todavía?

Quizás había advertido la presencia de Ally detrás de la puerta y estaba esperando a que ella actuara. La última vez le había aplicado un certero golpe en la nuca que lo había dejado fuera de combate; no sería descabellado que tomara algún recaudo.

Ally caminó en círculos. La presencia de Judd también podía indicar que su razonamiento respecto a las llaves era correcto.

Pasó otro minuto.

Algo estaba ocurriendo. Lo peor era que Dios le estaba concediendo aquellos minutos adicionales y ella no estaba haciendo nada al respecto. Por alguna razón milagrosa contaba con más tiempo del que había creído; debía aprovecharlo. Observó a su alrededor. Advirtió que las estanterías estaban fijadas al suelo y al techo, por lo que no sería posible moverlas. En la pared trasera, sin embargo, había tres archivadores de mediana altura que podría utilizar para bloquear la puerta. Si lograba voltearlos de costado y luego disponer una buena cantidad de cajas encima, creía poder lograr el peso suficiente para detener a Judd. En definitiva, era algo que podía intentar. Mejor eso que quedarse de brazos cruzados.

Intentó desplazar el primero de los archivadores. Era mucho más pesado de lo que había creído, a pesar de su poca altura, y apenas pudo hacer que se balanceara peligrosamente al empujarlo. Los cajones superiores no se movieron, probablemente porque estaban cerrados con llave, pero el último se deslizó hacia afuera antes de regresar a su posición inicial.

Y como si necesitara una prueba más de que la suerte estaba de su lado, allí estaban las llaves de la escuela Woodward.

Cogió el aro con todas aquellas llaves y lo contempló con fascinación, todavía sin poder creerlo. Recién entonces se fijó en las otras cosas que había en el cajón: otro llavero más pequeño identificado con una «K», y una botella de Vodka que la desconcertó por completo.

Cuando Judd vio, desde el extremo del corredor, que el cable que había utilizado para atar las agarraderas de la puerta de la administración no estaba en su sitio, no se sorprendió. Era lo que había esperado ver. De alguna manera Kathleen tenía que haber escapado, y por qué no asumir que lo había hecho por la puerta. Al pasar junto a la sala de maestros echó un vistazo despreocupado como hacía cada noche cuando hacía sus rondas de rutina. Las luces estaban apagadas e iba a encenderlas. Fue entonces cuando su inconsciente detectó algo diferente.

¿Qué es?

Escrutó la habitación. Los escritorios, los archivadores, las plantas plásticas, el servidor de la escuela…

¡El servidor!

Corrió hacia el mueble metálico que alojaba al servidor. No estaba familiarizado con su funcionamiento, pero sí con las luces en los diversos paneles. Había rojas, verdes… algunas eran intermitentes y otras no. Pero sabía perfectamente que por las noches, a diferencia de lo que ocurría durante el día, había un panel alargado con una serie de luces verdes que permanecían encendidas. Aquellas luces se volvían intermitentes cuando alguno de los terminales de la escuela estaba siendo utilizado. Era una imagen que había visto cientos de veces.

Y ahora una de las luces parpadeaba.

Judd se acercó. Se trataba de la número once. En la parte trasera había una serie de cables celestes. El que estaba conectado a la boca número once, al igual que el resto, tenía su correspondiente etiqueta identificadora. No se sorprendió cuando vio que el ordenador en uso estaba en el laboratorio.

—Los tengo —masculló.

Dio media vuelta y corrió a toda velocidad. La cacería había empezado un poco antes de lo previsto.

En menos de un minuto estaba frente a la puerta del laboratorio. Se acercó los últimos metros procurando hacer el menor ruido posible. Esta vez no se dejaría engañar por un maldito roedor en un laberinto. Sabía que estaban allí dentro y los atraparía.

Asió el picaporte y lo accionó.

Encontró al periodista en una mesa de trabajo, la última. Su rostro se transformó al verlo, en parte por la sorpresa, pero también por el temor de verse nuevamente las caras. Esto hizo que Judd esbozara una sonrisa ancha.

Cruzó el laboratorio hecho una tromba.

Paul, que acababa de apagar el monitor después de su investigación acerca de

Mary Blackthorne, dio un respingo cuando la puerta del laboratorio se abrió de golpe y la figura descomunal de Judd se recortó contra el corredor central. Su reacción instintiva fue ponerse de pie, con la consiguiente recarga de peso en su rodilla maltrecha, retroceder un paso con dificultad y observar cómo el cuidador lo alcanzaba en cuestión de segundos. En las condiciones en que estaba, no tenía la más mínima oportunidad de escapar.

—Parece que has encontrado algo que me pertenece —dijo Judd cuando estuvo a su lado en referencia al bate apoyado contra la mesa de trabajo. Lo agarró y lo observó como si se tratara de un objeto que no había visto en años.

—Estaba verificando el funcionamiento de la conexión a internet —dijo Paul, ahora recostado contra la pared trasera del laboratorio.

—¿Alguna suerte?

—No.

—Lo suponía. ¿Dónde está tu amiga?

—No lo sé.

Primer golpe.

Paul no lo vio venir. Judd, que había sostenido el bate como si se tratara de una metralleta corta, estiró sus brazos haciendo que el bate se propulsara horizontalmente en dirección al estómago de Paul. El impacto fue menos potente que la seguidilla del vestíbulo, probablemente porque había sido de menor recorrido, pero debió afectar la misma zona, porque el resultado fue devastador. Paul cayó de costado con pesadez, agarrándose el estómago.

—Vas a matarme… —dijo con un hálito de voz.

—Posiblemente.

La dureza que se reflejó en los ojos del cuidador fue reveladora. No es que Paul hubiera minimizado los últimos acontecimientos, o que no los hubiera considerado con la seriedad que merecían, pero en cierto modo los seguía viendo bajo el síndrome de periodista intocable. Su propia muerte, aunque perfectamente probable y lógica en vistas del temperamento del personaje que tenía enfrente, no había sido puesta sobre la mesa como una posibilidad *real*.

Basta de comentarios sarcásticos.

—Judd, no sé dónde está Ally. Haré lo que me pidas.

La primera frase inteligente que dices.

—Por empezar vas a hacerle compañía a la directora.

—¿Dónde está Kathleen?

Está muerta, idiota.

—Andando —dijo Judd acompañando la frase con un movimiento de cabeza.

Paul de buena gana hubiera dicho que no podía caminar sin el bate o algún apoyo, sólo para importunar a su captor. Pero esta vez guardó silencio e intentó trasladarse como pudo, apoyándose en las mesas de trabajo y procurando descargar la menor cantidad de peso en la pierna izquierda. De esta manera logró llegar a la puerta del laboratorio sin haber sido golpeado de nuevo, lo cual celebró como una victoria.

Una vez en el corredor central Paul perdió los puntos de apoyo y debió cargar peso sobre la pierna herida lo cual fue tremendamente doloroso. Dio media docena de pasos temblorosos y se detuvo, casi en el centro del corredor, de espaldas a Judd.

—¿Hacia dónde nos dirigimos? —preguntó.

—¡Al sótano! —graznó el cuidador como si la respuesta fuera obvia.

Paul alzó la cabeza y vio la puerta abierta del sótano dentro de la cafetería. Se disponía a ponerse en movimiento cuando sintió la manaza de Judd estrellarse en su espalda como un balonazo. Salió despedido hacia adelante e instintivamente estiró los brazos para amortiguar la caída, pero sus piernas permanecieron por alguna razón clavadas al suelo. Sus brazos apenas sirvieron para frenar un poco la estrepitosa caída y evitar golpearse el rostro.

Contrólate.

Sin decir nada empezó a ponerse de pie.

—Vamos, no tengo todo el día.

Cuando Paul logró erguirse el dolor en las palmas de las manos y en la cadera se había sumado al del estómago que seguía palpitando desde el batazo en el laboratorio. La molestia en la rodilla era todavía suave, pero en cualquier momento despertaría para atormentarlo.

Avanzó lo más rápido que pudo, propulsándose con los marcos de las puertas y las mesas de la cafetería, hasta que se encontró frente a la boca del sótano. Judd lo seguía de cerca, emitiendo risitas entrecortadas, consciente del esfuerzo de Paul por avanzar lo más rápido posible.

—Ahora baja. Rápido. Si necesitas ayuda me la pides y con gusto te haré bajar en un santiamén.

Otra vez el latiguillo de periodista incisivo e inteligente germinó en su mente y viajó hasta su boca, pero lo reprimió. En lugar de hablar bajó ayudado por el pasamano. Logró hacerlo con dificultad.

—Vamos a la siguiente habitación —ordenó Judd.

Paul obedeció. Allí encontraron a Kathleen, observándolos en silencio.

—Espero no le moleste la compañía —dijo Judd.

12

—¿Es grave? —preguntó Kathleen.

Paul estaba a su izquierda, también amarrado a la tubería. Estaban solos.

—Tu empleado ha tenido la deferencia de partirme la rodilla, ¿tú qué crees?

—Lo siento.

—¿Has sido tú la que lo soltó?

—No fue la mejor de las ideas, ¿verdad? —reflexionó Kathleen.

Ella también seguía amarrada a la tubería, pero en su mano derecha sostenía el vidrio triangular con el que había estado desgastando la cuerda. El proceso había resultado ser más lento de lo que había esperado, pero avanzaba y eso era importante.

—¿Estás haciendo algo? —preguntó Paul al advertir los ligeros movimientos en los brazos de Kathleen.

—Estoy intentando desgastar la cuerda contra la tubería —dijo ella sin saber si era conveniente revelar la existencia del vidrio—. Mis muñecas están muy ajustadas y quiero aflojarlas un poco. Se lo pedí a Judd pero no se mostró muy cooperativo.

—Dímelo a mí.

—¿Qué fue lo que te quitó antes de irse?

—Los analgésicos —respondió Paul contrariado—. En unas horas el dolor será insoportable. Espero lo convenzas de que me los devuelva.

—No creo que sirva de mucho —dijo ella en voz baja.

Permanecieron en silencio un momento.

—¿Ally no estaba contigo?

—No. Yo estaba solo en el laboratorio.

Kathleen entendía que Paul no le diera detalles. Probablemente esperaba que ella se sincerara primero con él, y dadas las condiciones parecía el momento propicio para hacerlo. Abrió la boca para empezar a hablar pero Paul lo hizo primero.

—Estaba investigando a la mujer del libro rojo —dijo él e inmediatamente se volvió para evaluar la reacción de la directora— ¿La has visto?

—Sí. Mary Blackthorne. Trabajó en la escuela hace unos años, después de la tragedia del aula 19.

—Hasta que se quitó la vida —completó Paul.

—Sí. Era una buena mujer, pero padecía una depresión extrema. Yo no tenía una relación estrecha con ella, pero algún otro maestro sí llegó a conocerla un poco mejor.

—¿Por qué se suicidó?

—No se supo —dijo Kathleen evocando los recuerdos de la época—. Dudo que haya habido un detonante concreto. Creo que fue una consecuencia de su modo de vida; tenía pensamientos apocalípticos acerca de ella misma.

—¿Apocalípticos?

—Bueno, no sé si es la palabra adecuada. Pesimista sería más adecuado, quizás. Era de esas personas que creen que todo les está saliendo mal y que lo que viene es aún peor. Era una ajedrecista excelente, y una gran maestra de matemáticas, pero a veces parecía la mujer más irracional de la tierra.

—Dejar su nota suicida en un tablero de ajedrez no es propio de una persona en sus cabales.

—No, no me refiero a eso… —Kathleen buscó las palabras adecuadas—. Ella…, carecía de objetividad para algunas cosas; especialmente para los asuntos personales.

—Me pregunto por qué vemos a personas como Mary Blackthorne vagando por la escuela.

—Bueno, me ha resultado obvio desde el principio. Esas personas han muerto.

Paul se refería por supuesto a algo más que eso.

—Tiene que haber algo más.

—¿Por qué lo dices?

—No parecen interactuar con nosotros.

—¿Deberían hacerlo?

—Supongo, si están aquí con un propósito. Salvo…

Paul nubló la vista. En su mente proyectó la estampida de niños translúcidos en el corredor, luego los espectadores en el salón de actos, la niña que había creído ver detrás de la caldera y por último a la maestra del libro rojo, Mary Blackthorne. De repente lo vio con claridad. Esbozó una sonrisa. ¡No eran fantasmas!

—¿Qué has descubierto? —preguntó Kathleen.

Efectivamente estaban muertos, razonaba Paul, pero no habían regresado del más allá, sino que lo que estaban viendo era la visión de su paso por la escuela… ¡Esa era la razón por la que no interactuaban con ellos!

—Podemos ver lo que hicieron cuando estaban con vida —recitó Paul.

Kathleen esbozaba una sonrisa. Asentía una y otra vez.

—Algo me dice que tú ya lo sabías, ¿verdad Kathleen?

—Esta es mi escuela.

—Dime qué más sabes —dijo Paul hastiado—. Estoy cansado de ser el último en enterarme de todo.

—¿Has hablado con Ally? —preguntó Kathleen. El corte de la cuerda avanzaba con lentitud, pero con progresos evidentes. Creía poder librarse en poco tiempo.

—Sí —respondió Paul que había adoptado la posición física más cómoda de las que había ensayado durante los últimos minutos. Estaba apoyado sobre la tubería con las piernas extendidas. El dolor había empezado a incomodarlo, e iba en aumento.

—¿Te dijo quién era?

—Me dijo que Michael es su hermano.

—Te dijo la verdad entonces —Kathleen hizo una pausa—. Aunque nunca lo supe con certeza, lo intuí. Creo haber conocido a Ally cuando era una niña y Joe la trajo alguna vez; Joe es su padre. Pero ha cambiado mucho desde entonces. Si los observas con detenimiento tienen rasgos en común, aparte del color del cabello. ¿Cuándo te lo dijo?

—No hace mucho. Su hermano le pidió que guardara el secreto, pero no le ha dicho mucho más.

—¿Le has creído?

—¿Honestamente? Sí. También me dijo otra cosa…

Paul estudió a Kathleen, quien lo observaba a la espera de la siguiente frase. Cuando habló, el rostro de la mujer no cambió.

—Michael le pidió a Ally que no confíe en nadie, particularmente en ti.

Kathleen bajó la vista.

—No sé si puedo culparlo por eso —dijo en un tono apenas audible.

—Kathleen, dime lo que sabes —la instó.

Ella no parecía estar del todo convencida. Estudiaba la punta de sus zapatos mientras pensaba. Paul no podía quitarse de la cabeza la idea de que la mujer estaba haciendo algo más que aflojar las cuerdas en las manos, como le había asegurado hacía un rato. Sus movimientos eran sistemáticos y constantes. De todas maneras lo olvidó cuando ella empezó a hablar.

—Primero debo hablarte de algo que ocurrió en la escuela hace mucho tiempo —dijo Kathleen—. Mucho antes de la tragedia del aula 19 e incluso de que yo trabajara aquí. Fue en el año 1975.

Kathleen relató la historia de Tamara Sommers, la niña que se había encerrado en

el sótano de la escuela cuando sus padres, en pleno proceso de divorcio, olvidaron recogerla. Con el tiempo los maestros se fueron y vinieron otros y lo mismo ocurrió unas cuantas veces con los alumnos, lo que hizo que los pocos detalles conocidos se desdibujaran y aparecieran otros fruto de la inventiva colectiva. La historia, que tenía sus raíces en un incidente real, se había ido distorsionando hasta convertirse en el mito de una niña fantasma atrapada en el sótano.

Cuando ocurrió la tragedia del aula 19, la muerte de Tamara era un hecho de un pasado mucho más lejano que lo que el almanaque evidenciaba.

A esta altura a Paul no le pasó desapercibida la conexión entre lo que Kathleen le relataba y lo que él mismo había visto. Estaba absolutamente convencido de que la niña que había creído ver detrás de la caldera, justamente donde estaban ahora, había sido Tamara Sommers.

—Sin embargo hay un detalle de la historia que se perdió con el paso del tiempo y aventuraría que para bien —siguió Kathleen—. En todas las versiones que circulan, que apenas conservan una mínima esencia de la realidad, nunca se ha mencionado que cuando encontraron a Tamara su rostro estaba completamente quemado.

Paul se sorprendió con la revelación.

—Pobre niña.

—Aquí en el sótano había disolventes, además de la caldera. Una tremenda imprudencia. Ignoro cómo se produjo el accidente, pero con Tamara encerrada aquí abajo resulta totalmente posible.

—¿Las quemaduras en el rostro fueron las responsables de su muerte?

—Sí, hasta dónde sé.

Mientras relataba la historia de Tamara, Kathleen había seguido trabajando laboriosamente con el vidrio y la cuerda. Aprovechó la pausa para interrumpir el corte y verificar con los dedos el grado de avance. Estimó que había reducido el grosor de la cuerda a la mitad. Sabía que Judd podía regresar de un momento a otro por lo que convenía darse prisa. En realidad, si el cuidador había ido en busca de las llaves ya debería haber regresado. Era mejor no pensar en las razones por las que no lo había hecho y limitarse a sacar provecho de ellas.

—Hace unos doce años —dijo Kathleen—, dos antes de la tragedia del aula 19, Judd encontró a un niño escondido en el sótano. Su nombre era Sherman Peabody. Como ocurría en estos casos, lo trajo de inmediato a la dirección. Todos los alumnos saben que una desobediencia que involucre al sótano puede ser motivo de expulsión.

Finalmente no expulsaron a Sherman. Era un niño sin problemas de conducta, marginal eso sí, con tendencias casi autistas. A Sherman le encantaba encerrarse en mundos propios y permanecer en ellos durante un buen rato; no importaba si era en medio de una clase o en el recreo. Sus padres estaban al corriente de este comportamiento y también los maestros.

La directora Strickland estaba de licencia esa semana para someterse a una serie de estudios médicos, por lo que Kathleen habló con Sherman en su lugar. También estuvo presente el maestro del niño, George Hannigan.

Según los dichos del niño, había seguido hasta el sótano al muchacho de la biblioteca, Michael. No supo porque lo hizo, explicó; simplemente lo siguió y entró detrás de él. A éstas alturas Kathleen y Hannigan se miraron extrañados pues no habían sorprendido a nadie más en el sótano. Era probable que se tratara de un invento.

Una vez en el sótano, relató Sherman, se escondió para no ser visto por Michael, que fue directamente al cuarto de la caldera. Allí permaneció casi todo el tiempo, de espaldas, acuclillado y repitiendo el nombre de Tamara.

La niña apareció desde atrás de la caldera, pero no era normal. Sherman la describió como fluorescente. En una de sus manos tenía un recipiente metálico. Se reía. Michael le hablaba, le decía que lo escuchara pero la niña fluorescente no parecía hacerlo. Entonces ella tropezó, cayó de bruces contra la caldera y se prendió fuego.

George Hannigan, que también conocía los pormenores de la verdadera historia de Tamara Sommers, miró a Kathleen con incredulidad. Era muy difícil que Sherman conociera esos detalles y más aún que los relatara con semejante naturalidad. Si hubiese sido una mentira se hubieran dado cuenta de inmediato.

Una llama azulada y ondulante se apoderó de la cabeza de Tamara y la niña gritó. Michael le había hablado durante todo el tiempo.

El fin de la historia para Sherman fue sencillo. No hubo castigo alguno y le dijeron que probablemente se había quedado dormido en el sótano y soñado aquella experiencia. Le aseguraron que le creían, pero que seguramente se había tratado de un sueño. Le advirtieron que se mantuviese alejado del sótano en el futuro y él estuvo de acuerdo. Eso fue todo.

—No había manera de que Sherman Peabody supiera lo de la quemadura en el rostro

de Tamara. Con George estábamos estupefactos —dijo Kathleen.

Paul seguía el relato con atención. La voz de Kathleen, armónica y pausada en los momentos necesarios, ayudó a construir una historia que había tenido lugar precisamente allí, en el sótano donde ellos estaban prisioneros.

La única conclusión que había sacado hasta el momento era que se reprochaba no haber dado con esa historia durante su investigación. Sin duda era un punto en su contra. No sabía si la hubiera mencionado en sus artículos, que a fin de cuentas fueron posteriores a la tragedia del aula 19 y no tenían como propósito sacudir el avispero, pero aun así le hubiera gustado contar con el antecedente para sopesarlo.

—¿Hablaron con Michael? —preguntó Paul.

—No quisimos importunar a Gale. George y yo nos reunimos con Michael en la biblioteca, después de hora. Fue la primera de una serie de reuniones en las que sólo participamos nosotros tres. Eventualmente nos lo contó todo.

—¿Qué fue lo que os contó?

Paul tenía la certeza de que lo que la directora le diría a continuación sería clave para entender muchas cosas. Su mente estaba pendiente del relato al punto de haber olvidado su propio dolor físico o incluso el hecho de que de un momento a otro Judd podía presentarse para molerlo como a un grano de café. Necesitaba saber qué les había dicho Michael. Era esa vieja sensación periodística en la boca del estómago que hacía tiempo no lo visitaba. Le dio la bienvenida con una sonrisa.

Kathleen era consciente de que sus próximas palabras lo cambiarían todo. No había rodeos posibles.

—Michael es capaz de manipular el tiempo —reveló.

Hizo una pausa prolongada mientras Paul absorbía y procesaba aquella frase.

—¿Manipularlo cómo?

—Manipularlo en un determinado espacio —Kathleen movió la cabeza a modo de ejemplo para referirse a la habitación en la que estaban. De haber podido contar con sus manos para apoyar la idea de un espacio cerrado las hubiera utilizado—. Michael puede *mover* un espacio a través del tiempo. Como una cápsula. Sólo que las vías por las que se desplaza son el tiempo.

Paul sacudió la cabeza.

—Espera un segundo…

—Tómate tu tiempo. Lo mismo nos ocurrió a nosotros.

—¿Ally lo sabe?

—No lo creo. Michael no se lo dijo a su padre. Supongo que los únicos que lo sabíamos éramos Hannigan y yo.

—Es demasiado. —Paul seguía procesando la idea.

Como una cápsula. Sólo que las vías por las que se desplaza son el tiempo.

—Hannigan estuvo mucho más involucrado que yo —explicó Kathleen—. Él se sintió inmensamente atraído por lo que Michael podía hacer; lo ayudó a entender cómo funcionaba ese talento tan particular; su naturaleza.

—Michael mató a los niños del aula 19 —dijo Paul asaltado por la revelación. Su peso fue tan grande que debió expresarla en voz alta.

Kathleen asintió.

—¿Por qué Hannigan nunca dijo nada? ¡¿Por qué tú no dijiste nada, Kathleen?!

—Hannigan se sintió responsable.

—Pero…, aun así, ¿cargar con la muerte de esos niños?

—Hay algo más —dijo Kathleen.

—¿Algo más?

—Hannigan alentó a Michael en el uso de sus habilidades, insistió y se encargó de enseñarle a manejarlas, a entender cómo hacerlas cada día más y más potentes. Con el tiempo fue capaz de mover el tiempo en espacios cada vez mayores como… —Kathleen se detuvo.

—… como esta escuela —completó Paul.

—Exacto.

—Kathleen, ¿por qué no me lo dijiste?

—Pensé que podría manejar la situación con Michael, hablar con él y terminar con esto… lo he hecho durante todos estos años. Pero entonces entró en esa especie de desmayo y empecé a pensar que por tratarse de algo tan grande como la escuela había perdido el control, lo cual es muy probable. La situación se fue de las manos.

—Esto es una locura.

—Lo siento. Pero entiende que tu presencia y la de Ally fueron desconcertantes. Las intenciones de la muchacha han sido mi mayor preocupación. No sabemos qué se trae…

—Creo que Ally quiere ayudar.

Kathleen negó con la cabeza.

—Paul, su hermano mató a catorce niños. Si ella…

No fue necesario que ella completara la frase. Paul entendió que se refería a que quizás la habilidad era un talento familiar.

—Como sea —dijo Kathleen—, después de la tragedia del aula 19, Michael siguió en la escuela, como sabes, y se convirtió en mi responsabilidad. Todo este tiempo lo he mantenido vigilado. Mi visión siempre fue diferente a la de George Hannigan en

cuanto a cómo manejar este… *don*, o castigo, como quieras llamarlo.

—Pero entonces ese rollo del envenenamiento y la víbora africana…

—Nada de eso fue cierto, pero le dio a la policía una historia con la cual juzgar a un hombre que en todo momento se declaró culpable.

—Los cuerpos se descompusieron naturalmente —reflexionó Paul con fascinación —. Para los niños transcurrió mucho tiempo hasta que fueron hallados, no unos minutos.

—Exacto. Veo que vas entendiendo de qué va. Es increíble, ¿verdad?

—Sí.

En el sótano no había ventanas, pero Paul de buena gana hubiera echado un vistazo por una en ese momento. En su cabeza recreó lo que había visto a través de la puerta principal de la escuela; su coche con las luces interiores encendidas, el pájaro que parecía embalsamado, el reloj empecinado en que eran las once y veinte de la noche… Aquella era la postal de un instante congelado.

—Desde nuestro punto de vista… —dijo en voz alta.

—¿Cómo?

—Nada. Estaba pensando en voz alta. —Paul no podía salir de su asombro—. Es increíble. ¿Y qué son estas personas que vemos? Tamara, los niños del corredor, Mary Blackthorne… ¿por qué podemos verlos?

—No lo sé —reconoció Kathleen—. Me lo he preguntado, pero no tengo la menor idea.

Paul tampoco pudo ensayar una respuesta posible.

Guardaron silencio, aunque por razones bien diferentes. Paul seguía acomodando sus pensamientos. Kathleen había interrumpió el corte de la cuerda y ahora verificaba al tacto cuánto le faltaba. Comprobó con entusiasmo que el trabajo estaba casi hecho; apenas un filamento de la cuerda la mantenía unida y pensó que probablemente tirando un poco pudiera romperla. No obstante optó por cortarla con el vidrio, lo cual consiguió en pocos segundos. Cuando terminó movió las manos vigorosamente aflojando las ataduras poco a poco. A estas alturas Paul la observaba con curiosidad.

—¿Qué ocurre? —le preguntó.

—Creo que puedo soltarme —dijo ella.

—¿De veras?

Pero no hizo falta que respondiera. La cuerda cedió y Kathleen estuvo libre. Dio dos pasos y se alejó de la tubería.

—¡Excelente, Kathleen! —festejó Paul.

Ella lo observó. La expresión en su rostro mutó en un segundo de la alegría a la

tristeza.

—Paul, voy a necesitar que permanezcas aquí.

—¡¿Qué?! ¿Por qué?

—Ally ha ido en busca de las llaves a la administración, ¿verdad?

Paul asintió.

—Entonces Judd la atrapará y la traerá aquí de un momento a otro —dijo Kathleen.

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Paul, he confiado en ti y te he dicho lo que sé —se acercó y permaneció a escasos centímetros del periodista. Pasó las manos en torno a su cuerpo, como si fuera a abrazarlo. Sus manos se tocaron.

—¿Qué es esto? —preguntó Paul.

—Un vidrio —explicó Kathleen—. Es el que yo he utilizado. Te servirá para liberarte, pero debes prometerme algo…

—No entiendo por qué no me desatas, Kathleen. Estas comportándote como una lunática.

—Paul, escúchame… Cuando Ally esté aquí contigo necesito que te encargues de que no abandone el sótano.

Paul palpaba las tres puntas del fragmento de vidrio que la mujer acababa de poner en sus manos.

Kathleen se marchó.

13

Ally comprendió que no tenía sentido llevar todas las llaves consigo. Necesitaba sólo una. Afortunadamente estaban rotuladas. Las pasó una a una mientras leía la inscripción en cada etiqueta en busca de la correspondiente al salón de actos. Al mismo tiempo prestaba atención a lo que ocurría fuera del archivo, que por ahora era sólo quietud. Resultaba sumamente extraño que Judd no estuviera intentando tirar la puerta abajo en ese instante. No tenía sentido que hubiese regresado si iba en busca de

las llaves.

¿Por qué lo hizo?

Cuando había revisado la mitad de las llaves, Ally se detuvo. Además del sitio al cual pertenecían, las etiquetas estaban numeradas. La 32 no estaba. Siguió revisando el resto pero temiendo que aquella era precisamente la que buscaba. A medida que se acercaba a las últimas el temor se transformó en certeza. Al terminar se sintió sumamente decepcionada.

Las verificó de nuevo pero con idéntico resultado. La llave del salón de actos no estaba.

14

Kathleen subió los escalones del sótano. En la cafetería se detuvo un instante, introdujo su mano en el bolsillo de sus pantalones y sacó la llave del salón de actos, la única que verdaderamente le hacía falta.

Parte VII - En el gimnasio

1

Cuando advirtió que la llave del salón de actos no estaba donde debía, Ally arrojó el llavero al suelo con resignación. Se recostó en el archivador y resopló, impotente y triste. Imaginó a Michael encerrado en el salón de actos, preguntándose por qué ella no había regresado como habían convenido, seguramente imaginando que algo malo había sucedido.

Mientras pensaba en esto volcó el archivador y lo empujó contra la puerta. Hizo lo mismo con el otro archivador y se permitió descansar unos segundos antes de elegir de las estanterías algunas cajas al azar y transportarlas una a una. Con aquél peso sería suficiente para impedir que Judd abriera la puerta, o al menos eso le pareció. Se sentó sobre una de las cajas y se tapó el rostro con las manos. Sabía que Judd estaba allí afuera buscándola. ¿Hasta cuándo esperaría?

Ally sabía que tenía que reunirse con Paul en el laboratorio, aunque en su estado él podía entorpecer más que ayudar. Tendría más posibilidades de recuperar a Michael si se movía por su cuenta. Además…

Alzó la cabeza como si hubiera escuchado un ruido, sólo que en este caso se trató simplemente de un pensamiento revelador.

Quizás no necesitaba las llaves después de todo, se dijo. Su razonamiento había sido correcto hasta el momento: Kathleen había sido lo suficientemente inteligente para no llevar las llaves consigo y las había dejado en el archivo, donde Ally las había

encontrado por casualidad. Sin embargo, la directora había sido astuta al llevarse la única llave que probablemente necesitaría y que además habría escondido apropiadamente para que Judd no la descubriera.

¿Cómo supo Kathleen que Michael está en el salón de actos?

Posiblemente sólo lo había intuido. Además, era el único sitio de la escuela que permanecía cerrado con llave y ella lo sabía. Ahora bien, si Kathleen se había quedado con esa llave en su poder, había dos posibles razones: la primera, evitar que alguien más la utilizase, y la segunda… que tuviera intenciones de dirigirse ella misma. Si era esto último, entonces Ally podría interceptar a Kathleen en el trayecto a la segunda planta y quitarle la llave o esperarla escondida en las cercanías y sorprenderla cuando quisiera entrar. Tendría que buscar la manera de soportar el humo, pero de alguna forma se las arreglaría.

Empezaba a urdir sus primeros pasos cuando un estruendo estalló dentro del archivo. Se volvió hacia la puerta con brusquedad. El sonido se repitió una y otra vez.

—¡Abre la puerta, zorra! —Cada palabra de Judd fue subrayada por una nueva explosión.

La puerta se abrió unos milímetros y Ally se sobresaltó, asaltada por la convicción de que el peso que había colocado sobre los archivadores no sería suficiente y que eventualmente cedería ante la fuerza bruta del cuidador. Se puso de pie sobre una de las cajas y desde allí se inclinó hasta una de las estanterías de la que tomó otra caja. Había otras más grandes pero estaban más lejos y no le pareció una buena idea bajarse y privar a la improvisada barricada de sus modestos cincuenta kilos. Colocó cuatro cajas medianas.

—¡Vamos! ¡Sé que estás ahí! ¡Puedo escucharte, puta!

Ally no contestó. Fue en busca de más cajas.

Otra batería de golpes castigó la puerta.

—¿Por qué no sales de una vez? Si lo haces rápido será mejor, te lo aseguro. Más fácil para todos.

Ally transportó las dos últimas cajas con dificultad. Estaban llenas de papeles como el resto, pero éstas eran de las más grandes. Calculó que cada una rondaba los quince o veinte kilos. Las depositó sobre las otras y contempló el amontonamiento con los archivadores en la base y todas esas cajas encima.

Mueve esto, cabrón…

—¡Vamos! —Judd gritó y arremetió nuevamente contra la puerta.

Había conseguido contenerlo. Pero la realidad era que Ally estaba atrapada. Adiós planes.

Quizás Judd lo comprendió, porque volvió a golpear la puerta dos o tres veces pero con menos insistencia que antes. Unos minutos después, Ally creyó escuchar un chasquido seguido por un golpe seco.

¿La puerta de la administración?

¿Se ha marchado?

Podía ser un truco, desde luego. Aquél chasquido y el golpe seco podían haber sido provocados efectivamente por la puerta vaivén de la administración, pero Judd podía seguir dentro de la habitación, o fuera de ella, pero esperándola junto a la puerta. O podía haberse largado. El resultado era que, con intención o sin ella, Judd había logrado traspasarle la más pesada de las cargas: la de tomar una decisión. Ally podía permanecer dentro del archivo un poco más o salir *en ese instante*. ¿Qué pensaría él? En el fondo a eso se reducía la cuestión, ¿verdad? Tenía que pensar como él, y hacer lo contrario.

Se masajeó la frente. Le costaba creer que Judd se hubiera marchado; tenía la situación a su merced y el tiempo se había vuelto una cuestión poco importante dentro de la escuela. Podía esperarla allí afuera hasta hartarse y atraparla eventualmente. Salvo…

Salvo que tuviera que ocuparse de algo más. Kathleen, por ejemplo. Ally había sacado una acertada radiografía de Judd a los pocos minutos de haberlo conocido. El cuidador era el típico individuo que vive bajo la superficie, oculto tras un personaje social, sumiso. Ally se había topado con infinidad de sujetos de este tipo… los conocía. Podía reconocerlos y predecir cómo se comportaban cuando su monstruo interior salía a la superficie a dar una vuelta, pasearse con una sonrisa y divertirse un rato. Porque había una realidad común a todos los monstruos; se veían *forzados* a vivir ocultos, y eso los enfurecía.

Cuando salen son seres irracionales y furiosos.

No piensan.

Piensa.

Ally había visto al verdadero Judd desde el inicio, contenido en el cuerpo gigantesco de aquel cuidador de escuela. El verdadero Judd estaba ahora entre ellos, fuera de control y sin límites. Ally lo sabía… debía aventajarlo, pensar antes que él.

Decide, ahora.

¿Salir o permanecer encerrada un poco más?

Comenzó a retirar las cajas sin hacer ruido. Deslizó los archivadores hasta que le permitieron abrir la puerta. Seguía sin escuchar nada del otro lado.

Cuando terminó se sintió vulnerable. Si Judd regresaba o intentaba entrar de

nuevo, ella no podría impedírselo esta vez.

Salió.

2

Abrió la puerta apenas lo necesario para abandonar el archivo. Ally sabía que si Judd estaba escondido allí afuera en alguna parte, bastaría el más mínimo ruido para hacerlo reaccionar. Afortunadamente los goznes estaban bien aceitados y la puerta no se quejó. Pasó de costado y permaneció de pie, consciente de su vulnerabilidad y experimentando la ansiedad creciente.

La administración, que había explorado con cierto detenimiento en busca de las llaves, le resultaba ahora un territorio totalmente hostil. Lo barrió con la mirada de derecha a izquierda con un movimiento de cabeza, empezando a sentir cierto alivio, cuando Judd apareció de la nada y se abalanzó sobre ella. Trastabilló y estuvo a punto de lanzar un grito, y entonces la figura de Judd se volvió más estilizada y oscura hasta convertirse en un perchero.

Se llevó una mano al pecho. El corazón amenazaba con salírsele del cuerpo. Se recordó que había escuchado el sonido provocado por la puerta de doble hoja. Era cierto que el cuidador podía haber permanecido dentro como había pensado antes, pero no parecía ser el caso. Mientras su ritmo cardíaco bajaba gradualmente volvió a inspeccionar el lugar. Allí no había muchos sitios para esconderse.

Avanzó hacia la salida. Al llegar a la puerta permaneció a un costado. La cerradura no era la única manera de advertir si alguien estaba del otro lado, recapacitó; Judd también podría ver su sombra por la rendija entre la puerta y el suelo. Se agachó y primero echó un vistazo por la cerradura. Allí estaba el corredor iluminado, tal como lo recordaba. No había rastros de Judd. Se tiró cuerpo a tierra y examinó por la rendija en busca de una sombra o algo que revelara la presencia del cuidador del otro lado. No vio nada. La idea de que la puerta se abriera en ese momento no le pasó inadvertida, ni la consecuencia directa que sería una rotura segura de nariz o de algunos dientes. Se puso de pie.

Ahora vendría lo complicado, pensó. Abrir la puerta sin hacer ruido. Examinó los posibles escenarios. Si Judd en efecto estaba escondido en algún lado a la espera de un sonido que denunciara la fuga de Ally, entonces acudiría de inmediato a buscarla. Si esto ocurría cuando ella intentaba abrir la puerta estaría perdida, atrapada en la administración pero sin tiempo de preparar otra barricada. Sin embargo, si lograba salir al corredor, creía poder sortear al hombre. Era mucho más ágil que él y además contaría con el factor sorpresa. Él la esperaría agazapado en algún lado y ella en cambio podría correr a toda velocidad y sorprenderlo.

... pensar como él y hacer lo contrario.

Asió la agarradera de una de las hojas y tiró de ella con suavidad. Cuando venció la resistencia inicial abrió los primeros dos centímetros sin problemas; entonces una de las bisagras emitió un imperceptible chirrido y Ally se detuvo de inmediato. Iba a ser más complicado de lo que había previsto.

Sentía las palmas húmedas por el sudor. Judd podía estar en ese preciso momento a un costado, deleitándose con los intentos de Ally por no hacer ruido, y en cuanto se cansara, le saltaría encima sin darle oportunidad. Ally volvió a tirar de la puerta…

Cuatro centímetros esta vez.

Genial. A ese paso el cuidador podía morir de anciano antes de que ella lograra salir.

Pero seis centímetros fueron suficientes para que pudiera echar un vistazo afuera y cerciorarse de que al menos Judd no estaba escondido en uno de los laterales. Era algo.

No era nada. Era como saber que una combinación de números específica no será la ganadora de la lotería. A la hora de intentar ganarla no sirve para nada. Judd podía estar en el otro costado, o tras el umbral de cualquier otra de las puertas del corredor.

Cuando logró abrir la puerta lo suficiente para pasar, asomó primero su rostro para comprobar que estaba sola. Empezó a salir. A mitad de la operación se detuvo. Posaba su vista alternadamente en cada una de las puertas. La de la sala de maestros al fondo, la de los sanitarios y la del despacho de Kathleen, a pocos metros de dónde ella estaba.

¿Había creído percibir un movimiento precisamente allí?

3

Judd era un genio.

De pie, a un costado del marco de la puerta del despacho de la directora, no hacía otra cosa más que felicitarse y sonreír. La muchacha era estúpida, evidentemente, pero ¿y los otros dos? ¿La directora y el periodista? ¿No se suponía que ellos debían ser los listos de la historia? Y sin embargo allí estaba él, un simple cuidador, con dos de ellos a su merced en el sótano y Ally a punto de ser suya, acercándose a las babas pegajosas de su telaraña sin ser consciente de ello. El retrasado le importaba poco. El único que podía traerle problemas era el periodista y lo tenía controlado. Con él fuera de circulación la escuela estaría a su total disposición.

Después de descubrir a Ally en el archivo había sabido que no tendría oportunidad de derribar la puerta. La muchacha había colocado el peso suficiente para detenerlo. Si hubiera permanecido allí, gritándole y golpeando la puerta, no habría conseguido nada más que perder el tiempo. Había sido muy inteligente de su parte el dar media vuelta y marcharse. Tarde o temprano ella sucumbiría ante la tentación de escapar. Era perfectamente lógico.

Y eso había ocurrido apenas unos instantes atrás.

Primero Judd escuchó la puerta del archivo, aunque fue un sonido apenas perceptible. A continuación vino la puerta de doble hoja. El chasquido de las bisagras fue inconfundible. La sonrisa en su rostro se ensanchó saboreando su inminente triunfo. En cuestión de segundos la muchacha pasaría frente a sus narices y entonces no tendría más que abalanzarse sobre ella. Además se llevaría un susto de muerte al verlo allí de pie, lo que no era un condimento menor.

Ningún sonido se hizo audible en los siguientes segundos. Pero era lógico; la muchacha habría abierto una de las hojas lo suficiente como para pasar y en ese momento estaría asomando su rostro para observar a uno y otro lado con desesperación, sólo para comprobar que Judd no estaba allí. Le demandaría probablemente un par de minutos salir de la administración y volver a cerrar la puerta con lentitud para que hiciera el menor ruido posible. Judd esperó ese tiempo y aguzó el oído…

En efecto, escuchó otra vez el quejido metálico apenas perceptible de las bisagras. Ally estaba afuera. Judd calculó que en ese momento la muchacha estaba a unos cinco o seis metros de donde él estaba. No pudo escuchar sus pisadas, lo cual era perfectamente lógico, pero debía estar preparado porque la aparición podía ocurrir de un momento a otro. Ally era ágil. Si él no hacía las cosas bien podía perder una

ventaja irrecuperable.

Judd se preparó para salir disparado de un momento a otro.

Siguieron pasando los segundos. Veinte o treinta. Judd bajó ligeramente la guardia, pero inmediatamente la recuperó y se puso alerta. Entendió perfectamente lo que la muchacha pretendía. Sabía que Judd podía estar escondido tras alguna de aquellas puertas y estaba haciendo lo mismo que él antes, esperar para ganar el factor sorpresa. Lo que Ally no tenía en cuenta era que la proximidad entre ambos era extrema y que ahora no importaba lo que ella hiciera. Judd la atraparía de todos modos.

Diez segundos más.

Tomó una decisión. Se habían acabado los juegos.

Tres más.

Judd saltó desde el umbral…

Pero Ally no estaba allí.

¿Habría vuelto a entrar?

¡Claro estúpido! ¿O crees que se ha vuelto invisible?

Corrió hasta las dos hojas y las abatió con sendos manotazos, como un pistolero histriónico entrando en una cantina. Ally no estaba a la vista. Avanzó a toda velocidad hasta el archivo y abrió la puerta con violencia, arrastrando el archivador que estaba detrás. Asomó la cabeza y echó un vistazo rápido que le reveló que la muchacha no estaba allí tampoco. Sabía que para ser concluyente debería entrar, pero no lo haría hasta no revisar la administración a consciencia. No cometería la torpeza de entrar al archivo y darle la oportunidad de huir.

Dio media vuelta y escrutó el resto minuciosamente, clavando la mirada en todas partes al mismo tiempo. Allí no había muchos sitios para esconderse, pero Ally debía estar en alguno de ellos. Quizás debajo de alguno de los escritorios o detrás de algún archivador. Caminó ahora sin poner atención en ser silencioso sino todo lo contrario. Tenía su bate y lo utilizó para golpear los escritorios y el suelo en dos o tres ocasiones. No le demandó más que unos segundos darse cuenta que Ally no estaba allí. Tenía que haberse escondido en el archivo otra vez, pensó Judd con regocijo. Estaba acorralada.

Se disponía a regresar al archivo cuando advirtió que uno de los archivadores estaba claramente fuera de su sitio. Conocía la localización exacta de cada elemento y aquél archivador estaba desplazado notoriamente de su ubicación original. Pero había otra cosa. Al alzar su rostro vio que el panel de cielo raso suspendido no estaba perfectamente calzada en el marco metálico perimetral… Cuando vio la silla tirada a

un costado lo comprendió todo.

Hija de puta…

Abrió la puerta de una patada y salió. Se asomó al despacho de Kathleen, donde había estado esperando parsimoniosamente un instante atrás, y encendió la luz de un manotazo. Inmediatamente vio en la esquina el panel de cielo raso roto. Judd no sabía que el destrozo había sido causado por Kathleen, de manera que asumió en un primer momento que había sido Ally la que había escapado por allí.

Su primera reacción, contra la cual luchó, fue arremeter con su bate y destrozar el despacho. Sus fosas nasales se ensancharon y su labio superior se dobló sobre sí mismo dejando al descubierto unos dientes grises y torcidos. Su primer pensamiento coherente era que la muchacha tenía que haber escapado mientras él estaba en la administración, lo cual significaba que debía estar cerca. Pero la idea no hizo más que incrementar su ira.

Cuando se disponía a abandonar el despacho y a trazar su siguiente plan de acción, un sonido apenas audible llamó su atención. Fue suficiente para comprender…

—Te tengo, maldita… —dijo en voz baja.

4

Ally sentía los brazos entumecidos y un dolor intenso en la espalda. Si sus cálculos eran correctos, se encontraba justo encima de los baños cuando comenzó a escuchar los ruidos provenientes del despacho de la directora. Estaba aferrada a la misma tubería que Kathleen había utilizado para escapar de la administración, sólo que ella había llegado más lejos.

A pocos metros de donde ella estaba, uno de los paneles del cielo raso saltó impulsado desde abajo. Un cono de luz lo reemplazó.

Judd la había descubierto.

Al menos hiciste algo más inteligente que salir por la puerta principal.

Tenía los pies y las manos entrelazados en la tubería. Colgaba de esa forma se

sintió paralizada. Había cruzado la división entre el despacho y los baños, donde había encontrado un boquete similar al que había tenido que sortear sobre la administración. Tenía que reconocer que la directora estaba en buen estado, porque a ella la tarea le resultó dificultosa. El esfuerzo estaba haciendo mella en los músculos de sus brazos y piernas. ¿Debía dejarse caer allí mismo? ¿Qué sabía de aquellos baños? Nunca los había visitado y en consecuencia no tenía el más mínimo indicio de qué había justo debajo de donde estaba. ¿Dónde caería?

¡¿Dónde esperas?! ¿En un pajar? ¿En el culo de Jennifer López? ¡Es un maldito baño! Cualquier superficie será dura y capaz de romperte la cabeza.

Cierto. Pero si aterrizaba de pie y lograba hacerlo sobre un lavabo, por ejemplo, podía tener alguna posibilidad de salir ilesa.

Otro estruendo estalló en el despacho de la directora. Ally adivinó lo que Judd estaba haciendo y ciertamente se inquietó con el silencio que vino después. Aquello podía significar una sola cosa… y no se equivocó. Diez segundos después un panel de cielo raso que estaba a escasos dos metros de donde ella estaba voló por el aire como si una bomba hubiera estallado debajo. Un rectángulo blanco la encegueció. Permaneció mirando con fijeza en esa dirección hasta que sus ojos se acostumbraron a la luz, donde poco a poco se dibujó el rostro de Judd.

—¡Te tengo, perra! —disparó el cuidador.

Ally no se movió, pero no fue una acción voluntaria; se sentía paralizada e incapaz de pensar. Atinó a desviar la cabeza en la dirección de avance y vio que la próxima apertura estaba a una distancia inalcanzable.

¡Muévete!

Sus brazos y piernas se rehusaron a obedecerla.

El siguiente panel del cielo raso que saltó estaba justo debajo. Judd estaba utilizando su bate de punta para empujarlos hacia arriba. Éste salió despedido hasta golpear a Ally en la espalda. El cuidador se asomó casi inmediatamente y la observó. A Ally le costaba torcer la cabeza lo suficiente para verlo con claridad, pero su visión periférica le aseguraba que estaba allí, de pie con su bate en alto como si enarbolara una bandera.

—¡Baja ahora mismo! —gritó. Sin darle tiempo lanzó su bate de punta a toda potencia directo a la espalda de Ally.

El golpe fue certero, en el centro de la columna vertebral. La sorpresa fue casi tan grande como el dolor que experimentó. Sus extremidades, que venían dando muestras de agotamiento desde hacía rato, finalmente se rindieron. Primero se desprendieron sus piernas. La rodilla, que se había golpeado en el aula 19 en una vida pasada, le

lanzó una llamada de alerta mientras sus piernas caían y recuperaba la posición vertical. Con el último esfuerzo logró hacer que sus manos, todavía aferradas a la tubería, la soportaran un poco más y evitar así una caída de espaldas, que desde esa altura sería con total certeza fatal. Cuando sus piernas atravesaron el boquete en el cielo raso permaneció colgada apenas un segundo, hasta que cayó…

El impacto fue tal que sus piernas se doblaron y las rodillas golpearon su rostro. Todo sucedió con rapidez y terminó cuando Ally, conmocionada por el golpe, se volvió de costado en posición fetal. Sintió el frío de la losa contra su mejilla y el sabor amargo de la sangre. De buena gana se hubiera echado a dormir en esa posición, pensó. ¿Hacía cuantas horas que no dormía? Tuvo la necesidad de cerrar los ojos, pero la pesadilla apenas empezaba. El cuidador estaba a su lado.

Judd dio un paso triunfal y con su bota aplastó el pelo de Ally lo más cercano a las raíces que le fue posible. La muchacha lanzó un grito y debió torcer la cabeza para disminuir el tirón en el nacimiento del pelo, que siguió a pesar de todo. Podía mover sus brazos, pero a causa de la posición no logró golpear las piernas de Judd, aunque dudaba que hubiera servido de algo. El hombre le permitió que siguiera intentando zafarse, pero la expresión en su rostro era de regocijo extremo, como la de un niño que observa con fascinación a un insecto agonizante.

—Hola —dijo Judd cuando advirtió que ella movía las pupilas para fijarlas en él.

—Maldito hijo de puta…

Judd movió la bota como si aplastara una colilla. Ella volvió a quejarse. Tenía la frente tensa y algunos cabellos tirantes a punto de ser arrancados.

—Tienes algo que me pertenece —aseguró Judd.

—¿Ah sí? —respondió ella con furia—. No ha de ser la cara de estúpido porque la llevas puesta.

Otra vez la bota tironeó del pelo.

—Eso ha sido gracioso —reconoció Judd.

Con una mano, el cuidador movió el bate con lentitud hasta que la punta tocó suavemente el pómulo de Ally.

—Otro comentario de ese tipo y puedo hundirte ese rostro bonito que tienes, ¿qué te parece? ¿Me darás las llaves o no?

5

Paul seguía en el sótano. Kathleen se había marchado dejándolo allí con el fragmento de vidrio que ella había utilizado para librarse de la cuerda. Él apenas había empezado la labor de cortar su propia cuerda cuando escuchó ruidos en la escalera. Al principio pensó que se trataba de la directora, que habría cambiado de opinión y que se proponía liberarlo o había olvidado decirle algo, pero inmediatamente escuchó las voces de Ally y Judd.

Maldijo por lo bajo. Cuando el cuidador advirtiera que la directora había escapado las cosas se pondrían feas, y serían todavía peores para él si lo encontraba con el vidrio en su poder. Pensó en deshacerse de él, lanzarlo cerca de los otros, pero descartó la idea. El vidrio sería probablemente su única oportunidad de escapar y no podía descartarla en un arrebato. Sin pensarlo dos veces se metió el vidrio en el elástico del pantalón. Tendría que tener muy presente dónde lo había escondido. Si se movía el fragmento podría deslizarse hasta caer por una de las perneras.

Cuando Ally y Judd llegaron al cuarto de la caldera el rostro del cuidador exhibía una sonrisa que se desintegró como un terrón de azúcar sometido al chorro de una manguera de bomberos.

—¡¿Dónde está la directora?!

—Se ha marchado, Judd —dijo Paul con gravedad. Pensó en agregar un «lo siento, amigo» pero se reprimió a último momento. Había aprendido la lección.

Judd tenía a Ally agarrada del pelo y tironeaba con tal fuerza que ella se contorsionaba de dolor.

—¡¿Cómo se ha escapado?! —Judd observaba la tubería y la cuerda rota como si no pudiera dar crédito.

—Creo que tenía escondido un cuchillo —reveló Paul—. Cortó la cuerda y se marchó.

Judd se volvió.

—¡Tú! —gritó mientras con la mano libre le aferraba el cuello a Paul.

—Hey… —logró articular Paul con el poco aire que pudo enviar desde sus pulmones. Lanzó un par de manotazos inútiles.

—¿Qué? —preguntó Judd.

—Me ha dejado aquí —dijo Paul todavía respirando en bocanadas entrecortadas —. No soy santo de su devoción precisamente.

Pero Judd no lo escuchó, se marchó a sus dependencias arrastrando a Ally consigo y regresó apenas unos minutos después. Ahora su expresión era de

concentración extrema. Traía un trozo de alambre que utilizó para atar a Ally a la tubería exactamente en el lugar donde poco tiempo atrás había estado la directora. Revisó la caldera y vio los fragmentos de vidrio, que apartó con un puntapié.

Enfrentó a Paul.

—¿Dónde se ha ido?

—Me dijo que iría al salón de actos.

Entonces Judd sacó la pistola que había traído consigo desde su habitación. Le apuntó a Paul a la cabeza.

—Judd, espera… He cooperado contigo.

Paul sintió un sudor frío recorriéndole la frente. Nunca en su vida le habían apuntado con un arma.

—No sé para qué te mantengo con vida —dijo Judd, aunque internamente sí lo sabía—. Pero se acabaron los jueguitos. Va para los dos. No quiero sorpresas al regresar. ¿Está claro?

6

De pie en el nacimiento de la escalera, Kathleen percibió la nube de humo. No era difícil imaginar que arriba todo iría muchísimo peor que cuando había estado con Judd y Paul. Para empezar, Judd le había quitado su linterna y era seguro que en la segunda planta no habría corriente eléctrica. Trazó mentalmente el recorrido hasta el salón de actos, aferró la llave con firmeza y subió la escalera a toda velocidad, conteniendo la respiración. A medida que ascendía comprobó que en efecto sus estimaciones respecto al humo habían sido correctas. El escozor en los ojos fue insoportable, y sin dudarlo demasiado los cerró, avanzando a tientas con los brazos extendidos. Cuando creyó que estaba próxima al salón de actos disminuyó el paso y buscó palpar la puerta. Se permitió abrir los ojos pero otra vez sintió en las pupilas el pinchazo insoportable de decenas de agujas. Logró establecer algunos contornos difusos de lo que creyó serían las puertas y se aproximó. Su capacidad pulmonar se estaba acabando; sintió la necesidad imperiosa de respirar. Dio dos pasos. Sus manos

aún no habían tocado la superficie de la madera, o superficie alguna para el caso, cuando no pudo resistir y…

Respiró.

Una bocanada de humo negro entró en su sistema respiratorio e hizo que inmediatamente tosiera y se doblara al medio. La sensación fue horrible, como si se ahogara en un mar de cenizas, pensó. Se mentalizó en la llave que seguía aferrando entre sus dedos, pero había perdido por completo el sentido de la orientación. Sus ojos ardían. En los pulmones un fuego seco la atenazó de repente, obligándola a toser sin parar. Seguía doblada, avanzando en alguna dirección aleatoria, pero sin ninguna certeza de si era la correcta. Estaba perdida. Si en pocos segundos no daba con la puerta caería rendida y sería el fin.

Vio una línea. ¿La rendija de la puerta?

Tenía que ser.

Dio dos zancadas y entonces chocó contra la puerta. Una de sus rodillas dio de lleno en la madera, pero fue un golpe bienvenido. Palpó la superficie hasta que dio con la cerradura. Su fortuna hizo que su fortaleza creciera y aún sin poder respirar logró introducir la llave en su sitio y hacerla girar.

Se dejó caer en el aire limpio del salón de actos, oliendo el agradable aroma de la madera. Guardó la llave en el bolsillo y cerró la puerta de un puntapié. Permaneció allí tendida durante al menos dos minutos mientras se recuperaba. Había estado cerca.

Se sentó e inspiró y espiró repetidamente mientras el ardor en los pulmones y la garganta desaparecía poco a poco. Observó en dirección al escenario con la convicción de que Michael tenía que estar allí abajo. Caminó por uno de los pasillos entre las butacas —el mismo que había recorrido antes con Judd— y se detuvo a unos diez metros de dónde había desenmascarado a Ally.

—¡Michael! —llamó.

Su voz sonó más gruesa y rasposa que de costumbre. Un espectador translúcido que estaba muy cerca se volvió pero no exactamente hacia ella. Su rostro reflejó confusión, como si hubiera escuchado una voz dentro de su cabeza; miró efímeramente hacia arriba y volvió su atención al escenario.

—Michael, sé que estas allí abajo —dijo Kathleen.

Aguardó unos minutos. Tenía que darle tiempo. O un motivo para salir, pensó.

—Tu hermana Ally está en peligro. Todos lo estamos, Michael. Sal y juntos buscaremos la manera de terminar con esto.

Transcurrieron dos o tres minutos en los que Kathleen empezó a sopesar la idea de que quizás el muchacho no estaba allí después de todo, y que la única manera de

saberlo con certeza sería entrando, cuando la puerta lateral se abrió y la silueta de Michael apareció en el umbral. La luna iluminó la mitad de su rostro. Llevaba una mochila colgada de uno de sus hombros y se había cambiado de ropa. Ahora vestía pantalones de estilo militar y una camiseta de algodón.

—¿La p-p-puerta está cerrada?

—No.

—Ciérrela.

Kathleen lo hizo. Cuando regresaba, Michael le indicó con una palma en alto que se detuviera. Unos diez metros los separaban.

—Q-q-q-quédese allí.

—Aquí me quedo —dijo ella con las manos en alto.

—¿Dónde e-e-e-está Ally?

—Judd iba en su busca. Debe haberla atrapado ya.

Michael avanzó algunos pasos. En la mano izquierda tenía el álbum de fotografías de los niños muertos en el aula 19.

—U-u-usted lo ha a-a-ayudado…

—¿A Judd? ¡Claro que no! Cuando vine aquí con él creí que cooperaría. Resultó que estaba equivocada.

—Se su-su-suponía que Ally vendría a-a-a-aquí.

—No vendrá. —Kathleen dio algunos pasos lentos—. Tienes que creerme Michael, Judd se ha vuelto loco. Me ha tenido atrapada en el sótano todo este tiempo, por eso no he venido antes. Paul sigue allí y posiblemente tu hermana ya le esté haciendo compañía.

Michael se agarró la cabeza con las dos manos y la sacudió. Se dejó caer en una de las butacas de la primera fila y colocó la cabeza entre las rodillas. Lanzó un grito ahogado. Con prudencia Kathleen avanzó un poco más. Ahora ella estaba en el extremo del pasillo y sólo la separaban del muchacho todas las butacas vacías de la primera fila. Eran quince en total.

—Alto —gritó Michael alzando imprevistamente la vista.

Ella se detuvo.

—T-t-t-todo esto es su c-c-c-culpa —dijo Michael sacudiendo la cabeza—. Usted n-n-no debía e-e-e-estar aquí.

—La única cosa que Judd ha hecho bien hoy es llamarme. Todavía estamos a tiempo de hacer lo correcto.

—¿Usted t-t-t-trajo esto? —dijo Michael levantando el álbum de fotografías. Todavía seguía sentado.

—Sí.

—¿P-p-p-para qué? ¿P-p-p-para m-m-m-mostrarle a Ally q-q-q-que soy un monstruo?

—No, de ninguna manera. —Kathleen sabía que el tartamudeo de Michael empeoraba cuando se ponía nervioso. Si había algo que no quería era precisamente eso.

Michael lanzó el álbum hacia adelante con todas sus fuerzas. Se estrelló en la parte baja del escenario con un golpe seco y cayó al suelo.

Antes de la tragedia del aula 19 Kathleen y Hannigan habían mantenido reiteradas discusiones respecto a cómo manejarían la situación de Michael. El muchacho tenía un coeficiente intelectual unos puntos por debajo de la media, pero era perfectamente capaz de decidir si quería decirle la verdad a su padre, y si había decidido no hacerlo, ellos debían respetarlo.

Mantuvieron posiciones encontradas en cuanto a qué hacer con el extraño y fascinante talento de Michael. Hannigan fue quien de inmediato sugirió la idea de desarrollarlo, entenderlo; ayudar a Michael a manipularlo y a usarlo. Si Dios se lo había dado, decía Hannigan con entusiasmo, era con un propósito. No debía avergonzarse. Pero Kathleen se mostró más cauta desde el principio. Ella se involucró en apenas un par de pruebas en las que Michael evidenció de qué era capaz. Era fascinante, pero al mismo tiempo incomprensible y temible. Kathleen reconocía que sus dudas eran irracionales, porque hasta ese momento el don de Michael no parecía dañino sino todo lo contrario. Como afirmaba Hannigan, podía convertirse en algo sumamente benigno. Durante meses el maestro llevó adelante experimentos y llenó apuntes enteros con observaciones. Kathleen no tuvo una participación activa en los experimentos, pero sí estuvo al tanto de los avances y de los descubrimientos que estos trajeron consigo. Pronto comprendieron que el poder que encerraba Michael iba mucho más allá de lo que habían descubierto y de lo que el propio muchacho había imaginado. Michael había crecido con esta habilidad, había tenido la consciencia suficiente para comprender que se trataba de algo diferente, y en consecuencia supo ocultarlo, pero nunca se preocupó por desarrollarlo. Era como el talento para pintar, tocar el piano o lanzar un balón de futbol, había una diferencia sustancial entre saber hacerlo y saber hacerlo bien.

Hannigan lo había expuesto exactamente así.

Algunos experimentos tuvieron lugar en la escuela, otros en casa de Hannigan. El maestro se sintió eufórico con cada avance y cada descubrimiento de esta peculiar habilidad. Se refería a ella como *mover el tiempo*.

Pero Kathleen advirtió algo durante ese periodo. Algo que intentó que Hannigan comprendiera pero que el maestro desoyó, o no quiso ver… A medida que Michael avanzaba en el control de sus poderes, algo en él cambiaba. Algo oscuro aparecía. Hannigan había insistido en que estas eran sólo ideas de ella y que lo que estaba viendo era la maduración del joven y no otra cosa.

Kathleen avanzó algunos pasos. Ahora eran siete butacas en fila las que los separaban. Miró alternativamente el álbum de fotografías y el rostro de Michael. El muchacho tenía la vista puesta en el suelo. ¿Estaba llorando?

—Sé lo que sientes, Michael.

—No, no lo sabe.

Avanzó un paso más.

—Ven Michael, terminemos con esto —dijo Kathleen mientras se acercaba un poco más. Tenía las manos extendidas en dirección al muchacho. Apenas los separaban un par de metros.

—¡No! —gritó él—. Aléjese.

Kathleen no le hizo caso y siguió avanzando.

Michael la observó con ojos fríos. Era cierto, después de lo ocurrido en el aula 19 se había sentido perdido y responsable por lo ocurrido. Durante los años posteriores se había sumido en una depresión profunda y se juró nunca volver a mover el tiempo. Pero las cosas habían cambiado. No podía recordar el momento exacto, pero un buen día empezó a sentir la necesidad de volver a hacer lo que sabía, de seguir explorando sus habilidades. Antes era Hannigan el que experimentaba y tomaba notas y él simplemente hacía lo que el maestro le pedía; después fue él quien buscó comprender la magnitud de sus capacidades. Siguió adelante por su cuenta, posiblemente redescubriendo cosas que Hannigan ya sabía y que había escrito en sus libretas, pero que él nunca había visto.

—¡Aléjese! —gritó Michael. Se había llevado una mano al bolsillo de su pantalón militar.

Con el correr del tiempo lo había entendido todo. Había sabido todo cuanto Hannigan había averiguado de él e incluso más.

Kathleen se detuvo. Michael le apuntaba con un arma.

—N-n-n-nadie va a det-t-t-tenerme. M-m-m-mucho menos usted.

—¡Michael! ¡Baja esa arma!

—¿Y s-s-s-si no lo hago?

Kathleen avanzó dos pasos.

—Por favor.

Michael disparó.

La bala se incrustó en el estómago de Kathleen.

7

Paul había descubierto que el trozo de vidrio que Kathleen le había dejado no le serviría para nada. Judd lo había amarrado con un cable que era mucho más resistente que una cuerda, y en el caso de Ally era todavía peor, puesto que el cuidador la había inmovilizado con un alambre.

—¿Cómo te capturó? —preguntó Ally sosegadamente. Era la primera frase que pronunciaba desde que Judd se había marchado. La muchacha había perdido su luz por completo.

—Me gustaría decir que después de una encarnizada batalla —dijo Paul—. La realidad es que me descubrió en el laboratorio y no tuve la más mínima oportunidad. ¿Y tú? ¿Qué ocurrió en la administración?

—Deberías haberme visto —dijo Ally forzando una sonrisa—. Parecía John McClane escapando por las tuberías. Por un momento pensé que lo lograría, pero el bastardo se dio cuenta y me atrapó.

—¿Ya tenías las llaves?

—Sí. No vas a creerlo…, Kathleen las dejó en un archivador. Las encontré por casualidad, junto a una botella de vodka.

—¿Quién conservaría una botella de vodka en una escuela?

Ally le lanzó una mirada de soslayo.

Adivínalo…

—¿Kathleen? Imposible.

—Tú la sigues defendiendo. ¿Es tu novia o algo?

Paul no tenía intenciones de recorrer otra vez ese camino. Además de saber que no conducía a ninguna parte, había algunas preguntas que quería hacerle a Ally. Todavía no estaba seguro de hasta qué punto ella sabía lo que había hecho su hermano hacía diez años.

—Ally, en el aula 9, me dijiste que Michael te pidió específicamente que no confiaras en Kathleen, y que necesitaba que los tres estuviéramos a solas. ¿Te dijo algo más?

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque cuando emprendimos la búsqueda de Michael convinimos reunirnos al cabo de una hora —dijo Paul—. Y considerando que tú sabías que Michael estaba en el salón de actos esperándote, entonces dispusisteis de tiempo más que suficiente para hablar.

Ally guardó silencio.

—¿Por qué supones que sabía que mi hermano estaba en el salón de actos?

—Tu silencio acaba de confirmarlo.

—Mierda, Paul, ¿por qué haces las cosas tan difíciles? Te he dicho lo que sabía.

—No todo.

—¡Te he dicho todo lo que *importa*, maldita sea! —gritó Ally con una estridencia que sacudió el sótano. Tenía lágrimas en los ojos—. Sí, me dijo otras cosas. ¡Pero no tienen sentido!

Ally se quebró.

—Dímelas igual. Quizás juntos podamos encontrarles una explicación.

—No quiero.

—Vamos, Ally, puede que…

—¡No quiero!

Quizás Ally tenía razón, pensó Paul abatido. Quizás no valía la pena seguir luchando. Estaban amarrados a una tubería a merced de un cuidador loco, Paul tenía la rodilla fracturada y cuando el efecto de la codeína lo abandonara sería poco lo que pudiera hacer para desplazarse. ¿Qué sentido tenía seguir intentándolo?

Sin embargo, al cabo de casi un minuto, Ally habló con expresión sombría.

—Me dijo que había movido el tiempo. —Hizo una pausa—. Que por eso no podemos salir de la escuela. Me dijo también que eso era lo que había sucedido en el aula 19.

Guardó silencio. Paul la observó.

—Entonces Michael se hizo responsable por lo que está sucediendo ¿Te dijo algo más?

—No pareces muy sorprendido.

—Por favor, Ally, contéstame.

—Sí, me dijo algo más. Me dijo que la única diferencia con el aula 19 era la dirección del movimiento, y que a nosotros no podía arrastrarnos. ¿Conforme?

—¿Arrastrarnos?

—¡Sé que no tiene sentido, Paul! ¡No me tortures más! Lo único que yo quería era que tú me ayudaras a hablar con él…

Paul la hubiera abrazado, pero no podía.

Las piezas que Ally le proporcionaba podían no significar nada para ella, pero junto a las que Kathleen había compartido con él hacía un rato, el círculo empezaba a cerrarse.

—¿Por qué no podía arrastrarnos a nosotros, Ally? ¿Te dijo algo respecto a eso?

—No lo sé, Paul. Dijo que no podía arrastrarnos hacia atrás, o algo así.

Ahí está la respuesta.

—No sé qué le ha sucedido a Michael —decía Ally—. Él no puede ser el responsable de esto… No tiene sentido, ¿verdad?

—Tiene más sentido de lo que crees —dijo Paul con la vista perdida. Había estado jugueteando con el vidrio y en un descuido resbaló de sus dedos.

—¿Qué es eso? —preguntó Ally de inmediato— ¿Un vidrio?

—Sí… pero no ha servido de nada.

Paul seguía pensativo.

—Ally, las intenciones de tu hermano pueden no ser tan buenas como te ha hecho creer.

8

Antes de subir por la escalera del sótano Judd activó los circuitos del salón de actos. Estaba armado y tenía todas las de ganar; no le daría a Kathleen ninguna ventaja más. Cerró con llave la puerta metálica del sótano y la observó con satisfacción.

En el vestíbulo se cruzó con la maestra del libro rojo. Judd creyó reconocerla de algún lado, probablemente de la propia escuela, pero apenas se detuvo a meditar en el asunto. A él le bastaba con saber que las figuras translúcidas eran inofensivas. Advirtió también que una nube gris flotaba frente a los cristales de la puerta principal, lo que significaba que el humo de la planta alta había empezado a bajar. Judd debía

ser veloz allí arriba.

Cuando llegó a la planta alta en efecto el humo era intolerable. Se maldijo por no haber activado los circuitos en los corredores, porque ni siquiera con su linterna lograba penetrar aquella barrera negra y enfurecida. Barrió con el haz las proximidades y no vio el cuerpo de Kathleen como había pensado que podía suceder, pero supo que tendría que adentrarse un poco más para estar seguro. Se subió el cuello de la chaqueta y se tapó la boca y la nariz. Con la otra mano sostenía la linterna.

Una vez frente a la puerta del salón de actos comprobó que estaba cerrada y que no había rastro de la directora. Empezó a preguntarse si Paul lo habría engañado respecto a dónde había dicho Kathleen que se dirigiría, y si ella podría tener una copia de la llave —algo que Judd no sabía pero que podía ser posible—, cuando la cuestión quedó zanjada al escuchar voces del otro lado de la puerta.

Así que los dos estaban allí dentro, pensó Judd con satisfacción. Dos pájaros de un tiro, se dijo mientras sentía la forma dura del revólver calzado en el pantalón. Se acercó a la puerta y sujetó la linterna con los dientes. Comenzó a pasar las llaves con presteza. Las conocía de tal manera que por lo general en el primer intento lograba dar con la apropiada, o estar muy cerca. Muchas veces, si tenía buena luz y se concentraba, lograba dar con la que buscaba en el primer intento. Esta vez su dedo dividió el manojo de llaves en la 35. La del salón de actos era la 32.

Pasó una llave y tosió cuando algo de humo se filtró por su chaqueta. La linterna cayó al suelo y rodó sin apagarse. Judd maldijo por lo bajo. Pasó una llave más y escogió la siguiente, pero ahora sin poder ver cuál era. En el momento en que la introducía en la cerradura el disparo en el salón de actos estremeció la quietud de la planta alta. Judd se detuvo en seco.

Apartó la mano que sostenía el cuello de la chaqueta y la apoyó en la puerta para sostenerse. Tosió repetidas veces. La llave había entrado en la cerradura con alguna dificultad, no como de costumbre. Se sentía mareado. ¿Había escuchado un disparo? Intentó hacer girar la llave, pero no ocurrió nada. Tosió otra vez. Los ojos le ardían y sentía el interior de la garganta seca como una chimenea.

¿No puedes abrir una puerta? Tienes la llave equivocada, idiota.

Se le cruzó por la cabeza la descabellada idea de que había sido su arma la que se había disparado. Mientras seguía tosiendo y caía arrodillado sin posibilidad de mantenerse en pie se preguntó por qué no podía hacer girar la llave completamente.

¡Porque no es la correcta! ¡Reacciona!

La sacó de un tirón, pero entonces un ataque violento de toses se apoderó de él e hizo que cayera de costado. Mientras se retorcía, ahora iluminado por la linterna que

seguía en el suelo, advirtió que en efecto la llave que tenía entre los dedos era la 31 y que la siguiente era la 33. Sostenía el llavero muy cerca de sus ojos ahora enrojecidos.

¡Maldición! La llave está en alguna parte…, busca bien.

Pasó las llaves.

¡Lárgate!

Necesitaba encontrar la llave correcta. Estaba ahí, en alguna parte. Estaba…

Tan cerca.

9

Para Paul fue Ally, sin quererlo, la que aportó la pieza decisiva que explicaba la naturaleza de las habilidades de Michael.

«No es posible arrastrarnos hacia atrás» le había dicho el muchacho a su hermana debajo del escenario. Y Paul lo comprendió. Michael era capaz de mover el tiempo como si se tratara de una película, variando la velocidad a voluntad. En el caso del aula 19 había hecho que la película se desplazara hacia adelante y los niños se habían *arrastrado* junto con ella. Cuando encontraron los cuerpos, la descomposición que exhibían era un fenómeno real, porque para ellos el tiempo había transcurrido con normalidad. No había habido serpientes venenosas, ni mecanismo alguno para acelerar la descomposición; las cosas habían seguido su curso normal dentro del aula. Esto explicaba la existencia de mordidas en algunos de los cuerpos; los niños más resistentes habrían sobrevivido a los más débiles y, eventualmente, se habrían alimentado de ellos. La falta de agua debió ser un factor determinante.

Cuando Paul tomó consciencia del infierno en que se habría convertido el interior del aula 19, se sintió aturdido y no pudo concebir que Kathleen hubiese podido convivir con ello todo este tiempo. No dudaba que ella había intentado proteger a la escuela, y a Michael en particular, pero a Paul le costó no sentir desprecio por ambos. Aquellos niños tenían nueve años cuando la tragedia tuvo lugar, y el desconcierto ante la imposibilidad de salir del aula debió ser tremendo. Fueron ellos solos contra la adversidad, la falta de comida y agua, sin poder hacer sus necesidades y viendo cómo

uno a uno morían a su alrededor. ¡A los nueve años! Según creía recordar Paul, no habían encontrado cantidades significativas de mordidas, aunque sí algunas que habían despertado la curiosidad de los investigadores. En aquél momento lo habían atribuido a un efecto nervioso del veneno, pero esta nueva explicación tenía mucho más sentido.

Ahora podía ver a la tragedia del aula 19 en su verdadera magnitud y desde la óptica correcta; y también comprender la reacción de Hannigan en la jaula de Elmira. Especialmente durante la segunda visita el hombre se había mostrado particularmente irascible e irrespetuoso. Todos —Paul incluido— atribuyeron el cambio de conducta a una personalidad oculta. Sin embargo Paul recordaba muy bien en qué momento el maestro había cambiado de actitud por una de mayor cooperación. Había sido cuando Paul le reveló que había entrevistado a Michael, y que lo había notado nervioso. Fue entonces cuando Hannigan le hizo prometer que no hablaría con nadie más antes de que él le revelara algo importante en la siguiente visita. En ella se preocupó por acentuar su carácter odioso y confesó haberse marchado ese día de la escuela porque odiaba profundamente a tres de aquellos niños.

Hannigan protegió a Michael aun cuando el precio a pagar había sido el repudio público y pasar el resto de su vida encerrado.

No es posible arrastrarnos hacia atrás.

Era evidente que Michael se había vuelto un experto en el control de sus habilidades. Una cosa era el aula 19 y otra distinta la escuela Woodward en su totalidad. Sin embargo el desenlace sería el mismo: si no hacían algo pronto, acabarían como los niños del aula 19. Vivirían más tiempo, porque disponían de algunos víveres, pero el final sería exactamente el mismo.

Debían detener a Michael.

Si no lo hacían, entonces cuando el pájaro del banco finalmente levantara vuelo y el reloj de pie se dignara a seguir marcando el tiempo, alguien llegaría a la escuela y encontraría cinco cuerpos en estado de descomposición. La similitud con la tragedia del aula 19 no pasaría desapercibida y, con Hannigan en la cárcel, habría nuevas preguntas por responder. Difícilmente la afortunada aparición de otra serpiente africana encabezaría la lista de explicaciones.

¿Era esta la razón por la que Michael estaba manteniéndolos retenidos? ¿Exculpar a Hannigan? Si era así, ¿por qué arrastrar a personas inocentes, entre ellas a su propia hermana? Tenía que haber otra cosa. Y entonces Paul recordó lo que Kathleen le había dicho…

A medida que Michael avanzaba en el control de sus poderes, algo en él

cambiaba. Algo oscuro aparecía.

—¡Nutos!

Paul parpadeó. Estaba en el sótano, claro. A su lado seguía estando Ally, amarrada a la tubería, y ahora observándolo con expresión alterada.

—¿Qué? —preguntó.

—Has estado ausente durante diez minutos —repitió ella.

—Estaba pensando.

—Ya lo veo… ¿Y qué has pensado? ¿Algo que nos ayude a liberarnos? Porque este bastardo me ha amarrado demasiado fuerte y mis manos se están entumeciendo.

Manos.

—Dame un momento —pidió Paul.

¡Qué estúpido había sido! Había estado con Kathleen allí abajo y no le había preguntado por la frase que ella le había dicho a Judd.

Mantenlos alejados de mis manos frías. Es importante.

En ese momento, Paul lo entendió. Rió con ganas.

—¿Te has vuelto loco?

—No. —Casi pensaba en voz alta—. Ally, cuando buscaba a Michael en la planta baja, estuve precisamente aquí. Judd y Kathleen estaban en aquella habitación.

El generador seguía fustigándolos con su marcha estruendosa. Deliberadamente, Paul bajó el tono de voz hasta que se convirtió en apenas un susurro inaudible:

—Kathleen le dijo a Judd lo siguiente: «Mantenlos alejados de mis manos frías».

—¿De las manos de Michael?[7]

Allí estaba la explicación. El generador no le había permitido escuchar con claridad. ¡La directora se había referido a las manos de Michael!

—Paul, ¿qué tienen las manos de mi hermano? —insistió Ally.

Paul seguía maravillado. Había estado escondido detrás de la caldera a una distancia prudencial, pero aun así era sorprendente cómo había interpretado algo tan descabellado cuando la verdadera frase tenía mucho más sentido.

Mantenlos alejados de las manos de Michael.

—Ally, ¿recuerdas lo que me contaste en el vestíbulo, poco después de llegar a la escuela?

—¿Qué exactamente?

—Me hablaste de las visitas a casa de tu tía…

—Lorraine.

Ally no tenía idea de qué detalle de aquella charla había despertado el entusiasmo

de Paul, pero lo vio tan eufórico que prefirió no preguntar.

—Me dijiste que uno de los pasatiempos junto a tu hermano era capturar insectos, ¿verdad?

—Ajá.

—Y que normalmente matabais a los insectos en un frasco especial, con algodones humedecidos en algún solvente. Pero a veces no queríais correr el riesgo de traspasarlos de frasco y lo hacíais de *la otra manera*…

Paul era periodista y la zoología no era precisamente su fuerte, pero habría estado dispuesto a apostar que sería necesario muchísimo tiempo para que un insecto consumiera todo el oxígeno de un frasco. En su momento no le había prestado atención al detalle, pero ahora revestía una importancia trascendental.

—¿Cuánto tiempo tardaban los insectos en morir, Ally?

—Unos quince segundos —dijo ella contrariada.

Paul sonrió complacido. Ni siquiera un humano consumiría el oxígeno de un frasco en ese tiempo. Michael evidentemente utilizaba su manipulación del tiempo dentro del frasco para matar a los insectos más rápido; una mínima experimentación como la que más tarde tendría lugar en el aula 19 y, diez años después, en toda la escuela Woodward.

Después Mickey le pedía a su hermana que apoyara las manos sobre las suyas y que se concentrara.

—Te pedía que apoyaras tus manos sobre las de él, ¿verdad?

—Buena memoria, Farris.

—No era una manera de hacerte sentir parte del proceso —reflexionó Paul—. Tú *eras* parte del proceso.

—Paul, por favor, dime qué estas pensando. Primero me dices que las intenciones de Mickey no son las que yo pienso y ahora vienes con todas estas preguntas del pasado. ¿Qué te ha hecho creer Kathleen?

—Esto no se trata de Kathleen —dijo Paul.

—Dime entonces.

Paul cambió de posición. La pierna le dolía ahora ostensiblemente y sabía que si no tomaba los analgésicos pronto el dolor sería insoportable. Cuando eso ocurriera podría olvidarse de entretejer teorías y dar explicaciones.

—Tu hermano tiene una habilidad peculiar —dijo Paul—. Kathleen y Hannigan, el maestro acusado de la muerte de los niños en el aula 19, sabían de ella: es la capacidad

de manipular el tiempo en un determinado espacio.

Por unos segundos el único sonido audible fue el clamor constante del generador Caterpillar.

—¿Él está causando esto? —Ally estaba azorada.

—Me temo que sí. Kathleen no me lo dijo antes porque no sabía qué tramaba Michael, o nuestro rol en todo esto para el caso.

Ally recordó el extraño comportamiento de la directora cuando habían despertado, en la biblioteca. La había sorprendido intentando despertar a Michael y alzando el tono de voz mientras le preguntaba si podía oírlo. En ese momento había encontrado extraño el interés de Kathleen por su hermano.

—¿Michael está haciendo esto? —repitió Ally asimilando la idea.

—Es lo que me temo. El tiempo dentro de la escuela se está moviendo respecto al tiempo afuera… Como en el frasco de los insectos.

—Paul, conozco bien a mi hermano —dijo Ally—. Creo que me hubiera dicho una cosa así. No puedo creerlo tan fácilmente.

—Eras una niña cuando empezó a utilizarlo. Después…

—¿Después?

—Después ocurrió la tragedia del aula 19 —sentenció Paul.

—¿Qué tiene que ver eso…?

Ally se detuvo. Negó con la cabeza.

—¿Estas insinuando que Mickey causó la muerte de esos niños?

Paul no respondió.

—Imposible. ¿Eso te ha dicho Kathleen? Ahora entiendo por qué no debía confiar en ella.

—Ally, quitemos a Kathleen del medio, por favor.

—¡No! —le espetó ella—. Respóndeme lo siguiente, Paul: si Kathleen es taaaan confiable, ¿por qué sigues aquí? ¿Se marchó y te dejó en manos de Judd? Bonita amiga.

—Escúchame, por favor. Olvídate de Kathleen. —Una punzada de dolor en la rodilla obligó a Paul a hacer una mueca.

—¿Qué? ¡¿Qué te ha ocurrido?!

—La maldita rodilla —dijo Paul procurando reacomodarse pero sin que sirviera de mucho.

—Paul, lo que me dices es imposible de creer. Lo siento. No conoces a Mickey como yo.

—Te entiendo. No he dicho que la tragedia del aula 19 haya sido algo

premeditado, ni mucho menos. No tengo idea de cómo funciona este poder, o el control que Michael pueda ejercer sobre él. Pero tú lo has visto. Tú misma me has dicho que los insectos morían en segundos, ¿no es cierto?

—Sí.

—Eso es imposible. Michael manipulaba el tiempo hacia adelante para lograrlo. Tú lo has visto con tus propios ojos cuando eras una niña y estás viendo lo que sucede ahora. ¡Has visto a ese maldito pájaro embalsamado allí afuera!

Ally no respondió. Fue evidente la batalla interna que tenía lugar en ese momento. El amor por su hermano versus una realidad innegable.

—Lo siento —agregó Paul.

—¿Y los fantasmas? —Ally buscaba aferrarse a otra explicación, pero lo hizo sin demasiada convicción.

—No lo sé.

—¿Y cuál es la importancia de las manos de Michael?

10

Judd yacía boca abajo en el corredor central de la segunda planta. Abrió uno de sus ojos. Su último recuerdo era junto a la puerta del salón de actos, poco después de probar la llave equivocada y descubrir con horror que la que necesitaba no estaba donde se suponía. Después había sufrido un ataque de tos y se había desplomado semiinconsciente. No recordaba nada más.

Bueno, en realidad sí, recordaba haber oído un disparo en el interior y…

¿Qué más?

¿Voces?

No sabía cuánto tiempo había pasado desde ese momento, pero ahora se sentía revitalizado y capaz de intentar rodar sobre sí mismo. La nube de humo seguía envolviéndolo, pero ahora podía respirar con normalidad, o por lo menos no tosía. Giró y de inmediato vio el rectángulo iluminado detrás. La puerta del salón de actos estaba abierta y las luces interiores encendidas. Se preguntó si Michael y Kathleen

habrían escapado y se dijo que muy probablemente lo habían hecho. También advirtió que el humo entraba a raudales al salón de actos y se alzaba en dirección al techo alto del inmenso recinto.

Se arrastró pero sintió algo debajo, un objeto. No era su linterna, pues la había visto junto a la puerta, todavía encendida. Se desplazó a un lado y vio las llaves. Seguramente las había arrastrado bajo su cuerpo sin darse cuenta. Las asió y las colocó en el soporte de su cinturón; se arrodilló y reanudó la marcha. Cuando llegó a la puerta se sintió aún más confiado y se puso de pie. El aire se había limpiado. El humo ascendía en una columna negra hacia el techo del salón de actos, a más de siete metros de altura. Pero Judd no se fijaba en el humo. Su vista se clavó en el escenario. Allí, escrito en grandes letras con pintura de aerosol podía leerse lo siguiente:

ACÉRCATE

En el suelo, también dibujada con aerosol, había una cruz.

Se paró en el umbral de la puerta y escrutó la habitación, observándolo todo con recelo. No vio a nadie. No estaba dispuesto a entrar y pararse en esa puta cruz, no era estúpido. ¡Había oído un disparo! Aquella era posiblemente la mejor posición para recibir una bala en la cabeza.

Iba a dar media vuelta cuando escuchó la voz.

—Hola Judd.

La reconoció de inmediato aunque no hubo tartamudeo esta vez. Llegó flotando desde el balcón, por lo que supo que el retrasado estaba allí. No podía verlo desde donde estaba, por lo que se permitió entrar y caminar entre las butacas hasta que la figura de Michael se hizo visible en uno de los palcos. Tenía puesta una chaqueta y estaba inclinado hacia adelante, apoyando los antebrazos en el muro protector. En sus manos sostenía un arma.

—Hola —repitió.

Judd disimuladamente cerró su chaqueta para ocultar la culata del Ruger. Tenía una ventaja y no quería perderla.

—No voy a ir hasta allí —dijo Judd con sequedad.

—P-p-p-podría dispararte ahora m-m-m-mismo.

—No le acertarías ni a un globo aerostático, retrasado. Quizás suba y te muela a golpes ¿Qué te parece eso?

—Quiero b-b-b-bajar y hablar c-c-c-contigo.

—¿Por qué no bajas ahora?

—Ve-e a la cruz. No quiero que i-i-i-intentes n-n-n-nada.

Judd lo pensó un segundo. Quizás era cierto. Quizás el retrasado no buscaba dispararle. Porque una cosa estaba clara, y era que se había tomado la molestia de pintar esa estúpida cruz y de abrir la puerta del salón de actos para que él entrara, cuando podría haberle disparado mientras él estaba inconsciente en el corredor. Por otro lado, Michael sabía que él tenía un arma —lo había visto dispararla en el aula 19 —, y aunque podía no llevarla encima en ese momento, era lógico que quisiera tomar algunas precauciones. Judd se dijo que si lograba hacer que el retrasado bajara y se acercara lo suficiente, acabaría con ese circo en un instante.

—Haremos una cosa —dijo Judd en tono conciliador—. No iré hasta allá. No soy tan estúpido. Si quieres hablar, podremos hacerlo en mitad del salón. Terreno neutral, ¿qué te parece?

Empezó a avanzar por el pasillo ante la mirada atenta de Michael. Cuando había avanzado hasta la mitad abrió los brazos como si no tuviera nada que ocultar.

—¿Ves? Cumplí con mi parte del trato. Ahora te toca a ti. Ven y dime de qué quieres que hablemos.

Michael lo meditó. No estaba convencido. La escalera que bajaba de los palcos era interior, por lo que perdería de vista a Judd cuando descendiera. Esto lo ponía nervioso. De todas maneras creía tener la situación controlada.

—Bien —aceptó—. Espérame allí con las m-m-manos p-p-pegadas al cuerp-p-p-po.

Judd tuvo que ahogar la risa. *¡Las manos pegadas al cuerpo!* La oportunidad perfecta para ocultar su arma. El jodido retrasado no podría haber tomado una decisión más desacertada.

Michael desapareció del palco y Judd escuchó las pisadas aceleradas mientras bajaba la escalera a la carrera. En ese tiempo extrajo su arma en tiempo record, la amartilló y se la colocó pegada a la pierna derecha.

En unos segundos Michael apareció en el umbral. Le apuntaba con una pistola Beretta.

—Vamos Michael, hice lo que me pediste. Acércate y hablemos —y a continuación Judd se permitió una pequeña mentira que intuyó ayudaría mucho—. Yo también tengo cosas interesantes que decirte.

—¿Q-q-q-qué cosas?

—Baja el arma y acércate. Es acerca de Ally.

Judd no lo sabía, pero acababa de apelar al mecanismo apropiado para conseguir interesar a su adversario. Michael bajó el arma y caminó despacio, examinando al

cuidador. Por debajo de los faldones de su camisa pudo ver asomando las llaves. ¿De dónde las había sacado? Michael sabía que un rato antes no habían estado allí.

Estaban a unos cuatro metros uno de otro.

Para Judd fue suficiente. Alzó su brazo derecho con la velocidad de un latigazo sin darle tiempo a Michael a hacer nada.

—Mueve un músculo y te vuelo la cabeza, retrasado.

Judd se acercó. La boca del Ruger estaba a menos de un metro de la cabeza de Michael; un simple movimiento de su dedo anular y explotaría como una palomita de maíz.

Apretó el gatillo.

11

—Ally, en el vestíbulo, apenas llegamos, Michael te dijo algo al oído, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Sí. Me dijo que el cuidador tenía un arma y que me ocupara de ella. Por eso estaba tranquila hace un rato, cuando te apuntó. Le quité las balas.

—¿Cuándo? ¿Mientras dormíamos?

—No. Judd estaba en su habitación en ese momento. Lo hice cuando estábamos en la biblioteca hablando de la tragedia. Fui a lavarme y vosotros os quedasteis allí… En realidad fui a su habitación…; apenas me mojé el cabello en el baño del corredor central.

—Estoy sorprendido.

—No fue gran cosa. El tonto guarda su arma en la mesa de noche, ¿puedes creerlo? Era un sitio tan estúpido que casi lo paso por alto. Incluso me sobró tiempo.

—Entonces la pistola de Judd no tiene balas.

—No. Las balas están en la cafetería, debajo del mostrador, en la caja de objetos perdidos.

Paul no supo si esta era una buena noticia. Entre una dolorosa muerte a batazos y una bala apagando su cerebro instantáneamente, lo segundo sería una bendición.

12

Se oyó un clic seco. Judd arrugó el rostro de sorpresa y observó el revólver como si una banderilla con la palabra *¡BANG!* hubiera surgido del cañón. Volvió a apretar el gatillo dos veces más con el mismo resultado. Tenía la vista enfocada en el tambor del revólver, que giraba obedientemente cuando el percutor lo golpeaba. Detrás del Ruger todo era una mancha anaranjada. Cuando enfocó la vista en ella hizo su aparición el rostro de Michael, sonriente. El muchacho había alzado su propia pistola muy rápido, casi al mismo tiempo en que Judd oprimía el gatillo la primera vez, y ahora era él quien le apuntaba al rostro. Judd se sintió invadido por un sentimiento de furia y se lanzó hacia adelante casi sin pensarlo.

Michael disparó. A esa distancia, la bala hizo que Judd retrocediera y que su hombro derecho floreciera como una rosa. El cuidador lanzó un grito mientras caía en el suelo de madera.

—N-n-n-no te muevas o la p-p-próxima-ma va al c-c-corazón.

Judd no podía salir de su asombro. *¡El retrasado le había disparado!* Ni siquiera el dolor del hombro (quizás el más intenso desde las memorables palizas de su padre) era capaz de silenciar la voz que se alzaba dentro de su cabeza. Era imposible que aquél muchacho estúpido le disparase a sangre fría sin prácticamente inmutarse, y sin embargo allí estaba, observándolo con un rostro glacial.

—¿D-d-d-dónde están?

—¿El periodista y su novia? —Judd empezaba a ser consciente de la sangre que manaba de la herida del hombro y el dolor atroz, como si alguien le clavara una espada a intervalos muy cortos.

—Sí. —Michael le apuntaba ahora directamente a la frente.

—Están en el sótano —dijo Judd con intenciones de lanzar otro de sus latiguillos para hostigar al retrasado cuando algo en su rostro hizo que se arrepintiera. Otra vez esa frialdad inusitada en su mirada que le reveló el peor de sus temores. Iba a dispararle, pero esta vez sin ninguna oportunidad de sobrevivir. No sería como en las películas, en donde el asesino le proporciona a la víctima la oportunidad de dar alguna explicación y eventualmente escapar. Judd supo que si no abría la boca y decía algo, estaría muerto en un instante.

—¡Espera! No podrás llegar a ellos.

—¿Por qué no?

—Porque antes de venir coloqué un candado en la puerta. Uno de combinación.

—¿C-c-c-cuál candado?

Michael no se andaba con vueltas, pensó Judd todavía presa de la sorpresa. Debía pensar rápido.

—El candado del generador —dijo Judd—. Tú sabes cuál, lo has visto. No pensabas que vendría aquí sin un plan, ¿verdad? El disparo me alertó de que estabas armado.

—¿Por qué n-n-n-no cer-r-r-raste con llav-v-v-ve?

—Porque tú podrías quitármelas. La combinación está aquí.

Judd se señaló la sien con el índice de su mano izquierda.

—Dime la combinación.

—¿Has matado a la directora Blake, Michael?

—Dime la c-c-c-combinación.

—La has matado, ¿no es cierto?

—No.

Michael entrevió inmediatamente hacia dónde lo llevaba el cuidador. Se permitió agregar un comentario más:

—Está d-d-d-dispon-n-n-nible.

—*Disponible*… veo que has hecho un esfuerzo especial con esa. Dos tartamudeos en la misma palabra han de valer la pena, ¿no es así? —dijo Judd ahora ensayando él también una sonrisa. Seguía sentado aferrándose el brazo del hombro herido—. Esta es la parte del plan que a ti no te gustará: no te diré la combinación a menos que dejes que me largue.

Michael le apuntó con la Beretta, directamente al rostro.

—Si me disparas —se apresuró a decir Judd—, olvídate de entrar al sótano. Incluso tú sabes lo resistente que es esa puerta. Y la cadena que he utilizado es muy gruesa. Tardarías semanas en cortarla. Y créeme, no tienes mucho tiempo. Ambos están heridos allí abajo… No resistirán mucho.

Judd supo que había logrado quebrar interiormente la confianza de Michael. Hasta ese momento el muchacho había estado convencido de lo que hacía, como si lo hubiese planeado meticulosamente y todo fuera acorde con lo esperado. Sin embargo ahora debía lidiar con una disyuntiva fuera de programa. Era evidente que Ally y Paul eran importantes para él por alguna razón, porque de otra manera no le daría tantas vueltas al asunto.

—No t-t-t-te creo una s-s-s-sola palabra.

—Puedes creer lo que quieras —dijo Judd con displicencia—. Pero no podrás entrar sin esos cuatro números mágicos. Y sólo están en mi cabeza.

—V-v-v-vamos a ver ese c-c-c-candado.

Michael le indicó con el arma que se pusiera en movimiento.

—No, así no funcionan las cosas. Saldré de aquí solo y atravesaré esa puerta por mis propios medios, o muerto… Tú elijes.

Michael pareció meditarlo detenidamente.

—¿T-t-t-tú quieres a Kathleen, v-v-v-verdad?

Dios, ¡cómo impacientaba a Judd hablar con el tartamudo! Se maldijo por haber llegado a esta instancia. Había subestimado al resto, esa era la triste realidad, y era un error con el que tenía que convivir. Había permanecido a la expectativa demasiado tiempo. Si hubiera actuado más rápido y con mayor agresividad la escuela hubiera sido suya en un abrir y cerrar de ojos. Ahora tenía que escuchar los argumentos del maldito retrasado.

—Supongamos que quiero a la directora para mí —respondió Judd. No estaba dispuesto a reconocer que Kathleen era su máximo trofeo, menos al retrasado. Pensar que la había tenido en el sótano a su merced y la había dejado escapar era decepcionante.

—V-v-v-vamos, Judd —le espetó Michael—. Sé lo q-q-q-que haces en su des-p-p-p-pacho los…

—No sé a qué te refieres —lo interrumpió Judd sosteniéndole la mirada. No soportaba aquellas frases interminables. El dolor en el hombro no cesaba y se estaba impacientando con la conversación. Necesitaba tomar algunos de los analgésicos que le había quitado al periodista y que afortunadamente llevaba en uno de sus bolsillos —. Esto es lo que haremos: un intercambio. Yo salgo por esa puerta caminando. En quince minutos nos veremos en el gimnasio, tú llevas a la directora y yo a tus amigos. ¿Te parece bien?

—N-n-o.

—Perfecto, entonces dispárame ahora mismo y te haces responsable de lo que le sucede a esos dos.

Michael no supo qué responder.

¡Lo tenía!

Judd se puso de pie con dificultad.

—¿Tenemos un trato?

Michael asintió.

Judd empezó a caminar con lentitud y cierto aire desafiante.

—¡E-e-espera! D-d-d-deja el arma en el suelo. No es n-n-n-negocia-a-a-able.

El cuidador se agachó y depositó el arma junto a su bota. Se irguió y salió del salón de actos sintiéndose satisfecho. El retrasado tenía el arma, pero él había logrado

conservar su vida a pesar de ello, aun en una situación de clara desventaja. Ahora tenía que ocuparse de la herida en el hombro y del intercambio. Quería a Kathleen, pero los otros se la pagarían, especialmente el retrasado.

13

Judd bajó la escalera del sótano a trompicones. Al llegar al cuarto de la caldera advirtió la sorpresa de Ally y Paul ante la sangre en su hombro, pero desde luego no se detuvo a brindarles ningún tipo de explicaciones. Se dirigió apresuradamente a su baño privado. Encendió la luz de un manotazo y un rostro acalorado y preocupado lo recibió en el diminuto espejo sobre el lavabo. Su aspecto era pésimo. Se consideraba una persona altamente resistente al dolor y sin embargo la herida en el hombro le estaba haciendo ver las estrellas. Se quitó la chaqueta a toda velocidad y la arrojó al suelo. Hizo lo mismo con la camisa, que había absorbido la mayor parte de la sangre.

¡Si no detienes esto rápido te desangrarás aquí mismo!

Judd no tenía casi nada en su botiquín, sólo lo elemental. Una herida de bala superaba con creces a su minúscula cajita de madera con una cruz roja en el frente. Pero el tiempo apremiaba y tendría que apañárselas con lo que tuviera a la mano. Primero embadurnó la herida con desinfectante y sintió un dolor atroz mientras el líquido hacía su efecto. El primer inconveniente era que no tenía gasa. Salió del baño con el torso desnudo y la herida escupiendo sangre como un geiser. En su habitación encontró una camiseta limpia, que desgarró con furia y utilizó para rodear el hombro apretando la herida.

La tela se tiñó de rojo pero pareció detener la hemorragia. Una vez en su habitación se puso otra camisa blanca. Tenía una chaqueta de repuesto, pero no la usaría. Prefería pasar un poco de frío y estar alerta por si la herida se abría. Del bolsillo del pantalón extrajo los analgésicos que le había sustraído a Paul y tomó tres de una vez. No se molestó en leer la letra pequeña en el envase. Si servían para una rodilla, también servirían para su hombro.

Salió del baño y de paso por la salita se detuvo frente a la cocina integrada y

sopesó un momento sus alternativas. No tenía muchas. Eligió el cuchillo de trozar carne que guardaba en uno de los cajones bajo la encimera y lo observó con fascinación. La hoja de acero inoxidable tenía más de veinte centímetros de largo y cuatro de ancho. Estaba afilado y terminaba en punta y Judd sintió unas ganas locas de usarlo cuanto antes.

Cuando regresó al cuarto de la caldera advirtió de inmediato la preocupación en los rostros de sus dos prisioneros. El cuchillo tenía gran parte de la responsabilidad, lógicamente, pero también su aspecto desaliñado. No se había peinado y el cabello alborotado y sudoroso le caía sobre el rostro. La camisa blanca estaba limpia pero no se la había colocado dentro del pantalón, lo cual contribuía a acentuar la imagen de brutalidad. Ellos no tenían manera de saber lo que había tenido lugar arriba, ni sus intenciones, y por lo tanto habrían pensado lo lógico: que Judd había enloquecido completamente.

Se deleitó con este pensamiento, dilatando lo que tenía que decir aunque sabía que no tenía mucho tiempo. Estaba dispuesto a dar batalla, pero quería ser puntual para el intercambio. Eso le daría al retrasado la sensación de que las cosas iban como habían acordado.

—Os soltaré de la tubería —dijo Judd sin preámbulos—. No va a haber advertencias. Un movimiento en falso y os atravieso con el cuchillo. ¿Queda claro?

Ally y Paul asintieron. Seguían sin tener idea de qué se proponía el cuidador y las perspectivas no parecían buenas. Lo que sea que había tenido lugar en la segunda planta había puesto a Judd de un humor de perros, y aunque no habían escuchado ningún disparo desde allí abajo, estaba claro que la herida en el hombro había sido causada por un arma de fuego. Si Ally había extraído las balas del revólver de Judd, entonces tenía que haber otra arma dentro de la escuela. Paul deseó que Kathleen hubiera tenido el tino de tener una guardada en algún lado. Si el arma pertenecía a Michael, entonces tendrían dos monstruos armados con los cuales lidiar.

—¡Muévete niña! —gruñó Judd. Había desatado a Ally de la tubería aunque sus manos seguían amarradas con el alambre—. Quédate contra la pared.

El cuidador se acercó a Paul y comenzó a cortar el cable eléctrico con su cuchillo de carnicero. Mientras lo hacía, Paul rogó que no advirtiera sus intentos de corte con el vidrio, pero no hubo comentarios al respecto.

—Listo, periodista. Ella irá adelante, tú después.

Obedecieron. Cruzaron el cuarto del generador y subieron la escalera en silencio. Paul giró y, estando de espaldas, abrió la puerta con bastante rapidez. Los tres cruzaron la cafetería en fila y llegaron al corredor central.

—Hacia el gimnasio —ordenó Judd—. Vamos a negociar con ese retrasado de una buena vez.

Ally torció a la izquierda, pero cuando advirtió que Paul no se movía, ella misma se detuvo.

—¡¿Qué pasa, Farris?! —preguntó Judd— ¿Quieres que te rompa la otra rodilla?

Paul estaba quieto como un maniquí, con la cabeza ladeada y los brazos amarrados en la parte de atrás. Observaba hacia el vestíbulo, la dirección opuesta hacia la que debían dirigirse. Cuando Ally miró en aquella dirección entendió la razón. Reconoció a Eva Farris de inmediato. La mujer, convertida en una presencia translucida como la maestra del libro rojo o los niños del corredor, estaba recostada contra la puerta. Rodeaba su cuello la correa de una cámara fotográfica.

—Yo no iré —dijo Paul como si estuviera en trance. No podía quitar la vista de su esposa muerta.

—¡¿Qué?! —Judd empuñó su cuchillo con toda la intención de utilizarlo, pero Paul no le prestó atención. Ya se había encaminado hacia el vestíbulo como un sonámbulo que persigue a alguien en sueños. Cojeaba ostensiblemente, pero no parecía demasiado consciente del dolor. Apresuraba el paso.

Judd dios varias zancadas para alcanzarlo cuando advirtió que Ally salía disparada en la dirección contraria. Durante un segundo dudó. La muchacha no tenía ningún problema en las piernas y corrió a toda velocidad.

—¡Michael me quiere a mí! —gritó Ally. Casi había llegado a la curva del corredor y antes de desaparecer le dedicó una última mirada al cuidador— ¡Michael es mi hermano!

La conmoción en el rostro de Judd fue evidente. En una fracción de segundo tomó su decisión y se lanzó en dirección de Ally. La capturó del pelo justo antes de que la muchacha llegara a la puerta del gimnasio.

—Te tengo. —Tiró del pelo de Ally con fuerza. Ella se dobló hacia atrás casi al punto de caer—. Así que eres la hermana del retrasado. Esa sí que es una buena noticia.

Judd observó el tremendo cuchillo con fascinación.

14

Eva había sido una mujer cautivante. Algunas mujeres traen ese don consigo; es de fábrica. No se adquiere en el salón de belleza, en una academia de modales o con los bolsillos llenos de dinero; de hecho, cualquier intento de conseguirlo por alguno de estos medios lo empeora todo. Sus acciones estaban basadas en una lógica simple. Para dirigirse desde A hacia B, Eva siempre elegía el camino recto. Era frontal, sincera y natural. Eva Farris había sido el fiasco de todo psicólogo.

La facilidad de Eva para mostrar sus cartas en todo momento hizo que Paul se acostumbrara a hacer lo mismo. Para él, que se había criado en el competitivo y caótico hogar Farris, con Leonard el todopoderoso a la cabeza, la experiencia había sido absolutamente nueva y desconcertante al mismo tiempo. Nunca había imaginado, ni en su mejor fantasía, que un matrimonio podía llevarse adelante de esa manera, sin sacrificios, con la guardia baja y disfrutando de cada momento al máximo.

Cuando Paul vio en el vestíbulo de la escuela Woodward a su esposa muerta hacía cuatro años, se sintió abrumado. Eva estaba recostada contra la pared, junto a la puerta de cristal. Presentaba la cualidad translucida del resto de los visitantes de esa noche y en ese momento parecía hablar animadamente con alguien, aunque no había nadie a su lado. Paul se acercó avanzando con dificultad. Sin la ayuda del bate no le quedaba otro remedio más que depositar parte de su peso sobre la pierna malherida, lo cual hacía que un dolor intenso se materializara en la articulación. Mantenía la vista fija en Eva como un hombre que está a punto de morir de sed en medio del desierto y de repente vislumbra un oasis.

Cuando estuvo a tres metros de distancia reparó en su vestimenta: vaqueros negros y una camiseta blanca con el demonio de Tasmania de la Warner. Paul recordaba aquella camiseta perfectamente. Llevaba además su cámara fotográfica colgada al cuello y los anteojos de sol calzados sobre la cabeza. Tenía el cabello largo y rizado.

—Todavía no te lo habías planchado —murmuró Paul y el sonido de su voz se alzó en el vestíbulo con carácter ominoso.

Poco después de la tragedia del aula 19 Eva se había aclarado el cabello y lo empezó a usar liso; su *look* de los noventa solía decirle Paul, que al principio se había mostrado reticente al cambio pero que finalmente lo había aceptado.

Se detuvo muy cerca de ella y comprobó que en efecto hablaba con alguien invisible, que debía estar más o menos dónde Paul se hallaba en este momento. Sus labios se movían pero él no podía oír nada. Eva hablaba animadamente y sonreía, e

incluso lanzaba una risita inclinando la cabeza hacia atrás. Paul quería escucharla… ¿era esa la razón por la que estaba en la escuela? Si era esa, entonces la celebraba; sino, lo mismo daba. Nunca había pensado en volver a ver a su esposa; sus pocas creencias religiosas se habían desvanecido cuando se la habían arrebatado de un modo incomprensible. Se acercó un poco más. *¿Podría tocarla?* Alzó la mano y la condujo hasta el rostro de Eva, pero se detuvo a escasos centímetros de su mejilla. Experimentó un instante de indecisión y retrocedió. No quería echarlo a perder. Ahora Eva parecía estar abocada a una descripción de las bondades de su cámara fotográfica Canon porque la giraba una y otra vez para que su compañero de charla invisible pudiera apreciarla mejor. Paul seguía sin escuchar.

Recordó la conversación con Kathleen en el sótano, cuando hablaban de Mary Blackthorne, la maestra del libro rojo. Habían creído acertadamente que las personas translúcidas, como la pequeña Tamara Sommers o los espectadores ancianos en el salón de actos, ciertamente estaban muertos, pero necesariamente habían pasado por la escuela en algún momento. Parecía una hipótesis razonable. Paul se había enfocado en las razones por las que podían ver a personas muertas caminando como si nada y había pasado por alto lo evidente. Era cierto que su esposa no había estado mucho tiempo en la escuela sino sólo un puñado de veces durante la investigación de la tragedia del aula 19, pero al parecer eso era suficiente para ser miembro de los translúcidos.

—Te hubiera buscado antes —le dijo en voz baja. Se había recostado contra la pared, como ella, pero él la observaba de costado. Retiró el peso de su pierna izquierda, lo cual lo alivió bastante, y siguió observando a Eva embelesado, fingiendo que podía escuchar su voz y que aquellas palabras eran para él.

Eva había soltado la cámara fotográfica que otra vez colgaba del cuello y ahora hablaba de a ratos, seguramente porque la otra persona estaría completando su parte del diálogo. Paul recorrió su cuerpo, empezando por su cabello y terminando en sus zapatos. Cada detalle despertaba recuerdos que se clavaban en su corazón con doloroso placer. Sus botas, por ejemplo, eran de taco bajo y en punta, como las que usaba siempre. Si no estaba en el trabajo, su calzado de cabecera eran botas como aquellas, cortas y de cuero. Eva detestaba las botas altas, decía que era inevitable que los hombres pensaran en Julia Roberts y malinterpretaran todo cuando veían a una mujer usándolas. Probablemente tenía razón.

Se acercó un poco más. Al principio creyó percibir su perfume, pero supo rápidamente que se trataba de una conexión neuronal que le jugaba una mala pasada. No había perfume, del mismo modo que no habría Eva si intentaba tocarla. Aquella

imagen no era distinta a sus recuerdos, pero aun así no estaba dispuesto a quitarle la vista de encima ni un segundo.

Y entonces ocurrió algo inesperado. El rostro de Paul estaba a pocos centímetros del de Eva cuando creyó escuchar su voz. Era un sonido lejano, pero que acompañó el movimiento de sus labios. Se enderezó y prestó más atención, procurando determinar si al igual que con el perfume había sido él el que había imaginado la voz de su esposa, pero en ese momento ella dejó de hablar. Sólo asentía.

—Vamos Eva —murmuró Paul—. Di algo, mi amor… vamos.

Y entonces Eva volvió a formular otra frase breve y al igual que la vez anterior Paul creyó escuchar su voz. También en esta ocasión fue un murmullo distante, como proveniente de otra habitación. Paul recordó la escena de una película cuyo nombre se le escapaba en que un hombre visitaba a su esposa en el cementerio y de pronto escuchaba la voz de ella proveniente del ataúd, amortiguada por más de dos metros de tierra. El sonido que Paul escuchaba era similar, aunque se apresuró a descartar la analogía de inmediato por razones obvias.

Otra vez Eva permaneció sin decir nada y después inició un parlamento largo que acompañó con algunos gestos. Paul se acercó todo lo que pudo y escuchó. El sonido del motor del generador era el único audible, pero a esta altura su cerebro se había acostumbrado a ecualizarlo. Prestó atención…, y allí estaba: la voz de su esposa. *¡Puedo escucharte!* Reconoció algunas palabras aisladas, pero ninguna frase completa con sentido. Eva dijo claramente «me parece muy bien», e inmediatamente después se despegó de la pared sobre la que estaba apoyada y dio un paso hacia Paul. En otro momento él se hubiera quitado del medio sin problemas, pero esta vez, en parte por el estado deplorable de su pierna y en parte por la sorpresa, trastabilló y cayó al suelo de costado amortiguando parcialmente la caída con uno de sus brazos. Ajena al incidente, Eva caminó por el corredor del ala Oeste, alejándose del vestíbulo.

El dolor por la caída hizo que Paul arrugara el rostro y que la labor de ponerse de pie fuera aún más dificultosa de lo esperado. Veía a Eva alejarse y en su condición temía no poder alcanzarla. Cuando se irguió dio pasos largos solo para descubrir con horror que cada zancada lo dejaba más rezagado. Ella caminaba a buen ritmo y otra vez hablaba con su acompañante invisible. Cuando llegó donde el corredor se torcía a la derecha, Paul estaba casi cinco metros detrás de ella y con resignación pensó que aquél sería el fin, que no volvería a ver a Eva nunca más. Recorrió esos metros interminables exigiendo a su pierna al máximo y haciendo caso omiso a todas las señales de alerta que se encendían en su cerebro.

Tranquilízate amigo. No has comido nada en quién sabe cuánto y has

interrumpido una dosis alta de analgésicos. Tendrás suerte si logras avanzar estos metros sin perder el conocimiento.

Pero logró hacerlo y Eva seguía allí. Estaba de pie junto a la sala de maestros, con la mirada perdida, observando las columnas a ambos lados del corredor y los arcos que las unían en el techo. Parecía que esperaba a alguien. Probablemente la persona con la que había mantenido la conversación estaba ahora en la sala de maestros. Paul adivinó que en instantes su interlocutor se reuniría nuevamente con ella y era altamente probable que se marcharan de allí.

Ahora es el momento.

Paul se acercó otra vez a ella.

—Eva, ¿puedes oírme? —preguntó.

En respuesta ella cogió la cámara fotográfica y examinó el lente.

—Eva, por favor, si puedes oírme… ¡Haz algo!

Ella hizo algo: formó una O con la boca y lanzó aire caliente sobre el lente. Después sacó de su bolsillo un paño y lo utilizó para limpiarlo.

—¡EVA!

Eva alzó la vista. Ladeó la cabeza como a veces hacen los perros cuando intentan descubrir la procedencia de un sonido inusual.

Paul sentía el corazón latiéndole con fuerza. Podía ser su única oportunidad. En cualquier momento Eva podía marcharse con su conversador invisible y entonces quizás no tendría otra chance como la que se le presentaba ahora.

—¡Soy yo, Paul! —gritó. Su voz sonaba espeluznante en la soledad del corredor pero no le importó. El rostro de su esposa seguía con la misma expresión de extrañeza y eso era lo único que le importaba— ¡Dentro de cinco años investigaré una red de prostitución!

Dios, ¿qué estaba haciendo? Si ella realmente podía oírlo dentro de su cabeza diciendo esas cosas entonces pensaría que estaba volviéndose loca.

Probablemente sí.

O probablemente no.

Volvió a gritar con más fuerza:

—¡Debes obligarme a detener esa investigación!

Eva negó con la cabeza. Aquello podía ser el fruto de lo que escuchaba o algún recuerdo circunstancial.

—¡Es importante, Eva! ¡Cinco años! ¡La investigación de una red de prostitución! ¡Impide que siga con ella! —y luego de una pausa agregó—. Es una cuestión de vida o muerte.

A Paul se le quebró la voz. Había gritado con todas sus fuerzas y la garganta le dolía.

Entonces pensó que si Eva efectivamente lo había escuchado, cuando él iniciara la investigación de la red de prostitución que culminaría con su propia muerte, ella lo recordaría y le diría que se detuviera. Porque así era Eva.

El problema era saber si el Paul modelo 1999 le haría caso.

Porque Paul modelo 1999 se sentía el mismísimo Clark Kent, con Lois Lane incluida, imbatible y omnipotente.

A viva voz agregó:

—¡Dime que si no dejo la historia, tú me abandonarás a mí!

15

Michael abrió la puerta junto al escenario y encontró a Kathleen tendida en el suelo, rodeada de una inmensa mancha de sangre, tal como la había dejado hacía un rato. Ella lo observó con ojos suplicantes e intentó llamar su atención diciéndole algo, pero la cinta que cubría su boca hizo que fuera inútil. Además estaba muy débil. La herida en el estómago había sido fatal y no tardaría en cobrarse su vida.

—¿Qué o-o-o-ocurre?

Ella abrió los ojos lo más que pudo en un intento de indicarle que quería decir algo.

—Usted me m-m-m-mintió —sentenció Michael sin intención de quitarle la cinta de la boca—. Judd t-t-t-tenía las lla-a-a-aves. Usted dijo que n-n-n-no sería así.

Otra vez apareció aquella expresión de desesperación en los ojos de la directora. Trataban de decir que ella había dicho la verdad, que sí había escondido las llaves en el archivo de la administración y que si Judd las tenía en su poder era porque las habría encontrado por su cuenta.

—V-v-vamos a hacer un interc-c-c-c-ambio.

Otra vez Kathleen utilizó sus ojos para expresarse y mostrar su disconformidad.

Michael había depositado su mochila en el suelo y estaba arrodillado mientras

hablaba. Extrajo algo del interior y lo sostuvo con una mano. Kathleen, que se había tendido de costado porque había descubierto que atenuaba el dolor en la herida, lo observó de soslayo.

—Lo a-a-a-aprendí en la tele —dijo Michael. Estudiaba el repollo que sostenía con una mano, mientras con la otra aferraba la Beretta. Depositó ambas cosas en el suelo y de la mochila extrajo una linterna; la encendió y la apoyó en el suelo iluminando hacia arriba. Después se levantó, cerró la puerta y regresó junto a Kathleen. Ella no se movió ni intentó hablar, pero su mirada era de completo desconcierto. El rostro de Michael iluminado desde abajo se había convertido en un paisaje montañoso de sombras irregulares. Ya no sonreía.

Michael aferró la pistola con la mano derecha y el repollo con la izquierda. Incrustó el cañón del arma dentro de la hortaliza hasta que comprobó que no se caería. Entonces apoyó el repollo sobre el pecho de Kathleen y oprimió el gatillo.

El repollo zumbó con el paso del proyectil, que impactó en el pecho de la directora y lo atravesó. Kathleen cayó de costado como un costal de patatas.

Michael se colocó la mochila en los hombros y se fue. No se volvió siquiera para echarle un vistazo al cadáver de la mujer. No se lo merecía. Se dijo que amortiguar el disparo probablemente había sido innecesario teniendo en cuenta que Judd estaría en el sótano con el generador en funcionamiento, pero no se sintió arrepentido por tomar todas las precauciones posibles. No quería darle a Judd ningún indicio que le hiciera suponer que el intercambio era en realidad un fiasco.

En la planta alta el humo se había dispersado lo suficiente para poder respirar aceptablemente, pero Michael se apresuró a salir de allí cuanto antes. Bajó la escalera a la carrera y se detuvo en el corredor central. Reconoció de inmediato a Eva Farris en el vestíbulo y se preguntó si Paul ya la habría visto. Se puso en movimiento y al pasar junto a la cafetería echó un vistazo a la puerta del sótano, que seguía cerrada y sin señales de la cadena y el candado a los que Judd había hecho referencia antes.

Apresuró el paso y en unos minutos llegó al gimnasio. Una vez allí se sentó en las gradas y esperó.

Judd llegó diez minutos después. Empujó la puerta con una mano y se detuvo tras cruzar el umbral. Ally estaba con él; Judd la aferraba a modo de escudo, abrazándola a la altura del pecho con uno de sus poderosos brazos y sosteniendo un cuchillo de gran tamaño a escasos centímetros de su cuello. Al principio el cuidador no vio a nadie y la expresión en su rostro fue de total desconcierto. Michael no llamó su atención inmediatamente.

—¡¿D-d-d-dónde está Paul?! —gritó Michael.

Cuando Judd lo divisó, sentado en aquel tablón de madera, inmediatamente se volvió en dirección a él.

—Se quedó en el vestíbulo con uno de los fantasmas —dijo Judd con resolución —. Espero no sea un problema.

—No. —Michael se puso de pie y bajó los dos escalones hasta detenerse al borde del campo de juego. La pistola colgaba de su mano derecha.

—¿Dónde está la directora? —gruñó Judd mirando a uno y otro lado. Había esperado que Kathleen estuviera allí junto al retrasado y ahora que no la veía la situación no le gustaba nada. Algo andaba mal.

Michael se había dicho que sería mejor no mirar a Ally, porque sabía que podría desestabilizarse emocionalmente, pero ahora que la tenía cerca no pudo evitarlo. Su hermana lloraba y la expresión en su rostro era de un terror profundo. Por un instante sus miradas se cruzaron y un diálogo sordo se generó entre ellos. Era evidente que Ally se había enterado de lo ocurrido en el aula 19 y que en ese momento le reprochaba el haberla engañado y ocultado la verdad. Michael apartó la vista y se concentró otra vez en Judd, que esperaba una respuesta respecto al paradero de la directora.

—Está allí —dijo señalando la entrada a los vestuarios—. E-e-e-esperándote.

—¿Por qué no está aquí como acordamos?

Michael había preparado un par de respuestas para esa cuestión, como que los vestuarios eran parte del gimnasio. Pero no quiso dar explicaciones.

—Entrégame a Ally —dijo Michael—. Y t-t-te dejaré ir a los v-v-v-vestua-a-a-arios.

—¿Crees que soy estúpido? —Judd había avanzado de costado y ahora se encontraba en el centro del gimnasio. Observaba a Michael con fijeza.

—Te dejaré ir —dijo Michael sosteniéndole la mirada—. Lo p-p-p-prometo.

—Ni lo sueñes, retrasado. Ve a buscar a la directora.

Michael levantó el arma. No estaba lo suficientemente cerca para hacer un disparo certero y darle en la cabeza, lo sabía, pero necesitaba un poco de intimidación. Judd se incorporó de inmediato y aferró el cuchillo con más fuerza contra el cuello de Ally. La muchacha temblaba de pies a cabeza.

—Ve a buscarla —gruñó Judd.

—Déjala ir —replicó Michael acercándose unos pasos.

—¡Alto o le corto el cuello!

Entonces ocurrió algo inesperado para ambos. Un traqueteo mecánico se hizo audible y las luces parpadearon un instante. Después se apagaron. En un abrir y cerrar

de ojos estuvieron a oscuras y el zumbido constante del generador, al que se habían acostumbrado más de lo que creían, se interrumpió para dar paso a un silencio absoluto. La sorpresa dio paso al terror, porque cada uno pensó que aquella era una maniobra perpetrada por el otro.

Entonces Ally gritó y Michael disparó.

El estampido de la bala resultó ensordecedor en aquella quietud. El fogonazo mostró una instantánea aterradora y surrealista del gimnasio.

Parte VIII - En el aula 19

1

Noviembre 5 de 1993
Fragmento televisivo

Twin Pines se mantiene expectante. Seguiremos aquí en la escuela Woodward hasta que las autoridades nos brinden precisiones que echen luz sobre lo sucedido. Recordemos que hace apenas unos minutos una fuente anónima se ha comunicado con nuestra emisora para alertar acerca de un suceso lamentable que habría tenido lugar en la escuela. Se espera que la directora Gale Strickland se manifieste de un momento a otro y aclare la naturaleza de estos sucesos que, como podemos ver, ya ha generado preocupación en grupos de padres que llegan para pedir explicaciones. Mi nombre es Eddie Jacob para el Canal 5…

2

Michael arrojó el arma a un costado. Se arrodilló y se quitó la mochila con desesperación. No podía ver nada, pero tampoco escuchar nada, lo cual era mucho peor. Hacía apenas segundos que el generador había dejado de abastecerlos de energía y el gimnasio había quedado a oscuras. El tiempo había adquirido una cualidad viscosa, e incluso el disparo de su Beretta parecía un incidente desconectado de lo que estaba sucediendo ahora. *¿Por qué no podía escuchar a Ally?* Cuando finalmente logró quitarse la mochila la abrió e introdujo una mano que removió el interior con vehemencia, apartando rollos de cinta, un jersey de repuesto y varias cosas más, hasta que aferró el cilindro rígido que supuso sería la linterna, pero que resultó ser el envase de la pintura en aerosol. Maldijo mientras se repetía que el disparo tenía que haber impactado en Judd, porque de otro modo el cuidador se hubiera lanzado sobre él. Tenía que ser así. Sus dedos se encontraron con la linterna, la sacó de la mochila e iluminó el campo de juego.

Los cuerpos de Judd y Ally yacían cerca del centro, inmóviles.

—¡Ally! —gritó Michael mientras se acercaba a toda carrera.

Al llegar creyó advertir un movimiento del brazo derecho de Ally. Dejó la linterna en el suelo y se arrodilló. Ally tenía los ojos abiertos y lo observaba con desesperación.

—Estoy bien —dijo ella. Pero su voz temblaba.

Michael examinó rápidamente a Judd: una forma quieta todavía amenazante. Si había algo que no necesitaba era que el descomunal cuidador se levantara y se abalanzara sobre ellos en una carrera atropellada al estilo de Jason Vorhees. Michael no tenía manera de saber que la bala había alcanzado a Judd en la mejilla derecha para ir luego directo a su cerebro. Judd Wilson había dejado de existir instantáneamente.

Ally sollozaba. Michael extrajo de la mochila su navaja multiuso y con el alicate cortó el alambre con el que Judd había amarrado a su hermana por las muñecas. Después extendió la hoja afilada y la utilizó para cortar el jersey. El lado izquierdo estaba completamente manchado de sangre. Llevó a cabo la operación con sumo cuidado, calculando sus movimientos antes de hacerlos. Cortó la manga y las costuras laterales.

Michael contuvo el aliento. Era mucho peor de lo que había supuesto. Ally llevaba una camiseta blanca que ahora ostentaba una gran mancha granate en un costado. La tela estaba desgarrada en el pecho y el antebrazo, donde dos cortes profundos escupían sangre sin pausa.

—Quita la camiseta también, Mickey —dijo Ally—. Hazlo sin miedo.

Él pareció no estar convencido. Observaba a su hermana con expresión perdida, a punto de empezar él también a llorar. Aquello era un error. Ally no debía haber sido herida.

Comenzó a cortar la camiseta con idéntica concentración, esta vez esforzándose todavía más en mantener la calma. La tela humedecida había adquirido el aspecto y la consistencia de un trozo de piel sanguinolento. Una vez que terminó con los cortes retiró la tela y la lanzó a un costado como si se tratara de algo contagioso.

Plegó la navaja y la dejó en el suelo junto a la linterna encendida.

Observó el torso de Ally. Tenía puesto un sujetador negro. Su pecho subía y bajaba, y con cada sacudida las dos heridas vomitaban ríos rojos. La primera de ellas (y la peor) era en el bíceps; el segundo corte era en el pecho derecho. No costaba darse cuenta de que los cortes eran parte del mismo ataque y que habían tenido lugar probablemente cuando Ally se había intentado zafar de las garras del cuidador, aprovechando la confusión del corte de energía. El ángulo de la herida en el pecho era el mismo que el del brazo y la profundidad era creciente. Michael sabía que en el bíceps había venas y arterias, y que tenía que ocuparse primero de frenar la hemorragia en ese punto. La sangre brotaba a borbotones y si no lo hacía pronto su hermana podía morir allí tendida en el gimnasio. Entonces todo habría sido en vano. Por otra parte, la herida del pecho era horrible y debía doler muchísimo. La carne blanca que asomaba por encima del sujetador presentaba un corte de unos siete centímetros de largo. Los laterales de la herida se habían doblado como si se tratara de una boca de labios gruesos e informes.

En la mochila tenía todo lo necesario para limpiar las heridas, desinfectarlas y vendarlas apropiadamente. Ally no se quejó, pero sí hizo muecas de dolor cuando él le aplicó el desinfectante.

Con el brazo sano, Ally señaló el sujetador.

—Córtalo —le dijo—. Utiliza tu navaja.

Michael no sabía por qué su hermana le daba esa indicación, pero agarró la navaja e hizo lo que ella le pedía. Ally tiró del bretel con suavidad hasta que su pecho izquierdo quedó al descubierto y la herida perfectamente visible.

—Está bien —dijo ella forzando una sonrisa—. Todo va a salir bien.

Pero Michael no estaba seguro. La visión del torso desnudo de su hermana hizo que una oleada de pudor se mezclara con el resto de las emociones.

—Mickey, no te preocupes —Ally adivinó sus pensamientos— ¿Recuerdas cuando éramos niños y nos bañábamos juntos en el estanque de tía Lorraine?

Él lo recordaba perfectamente. A veces hacía tanto calor que se bañaban sin ropa. Asintió, esbozando una sonrisa.

—He crecido un poco, nada más —bromeó Ally extendiendo su brazo izquierdo y acariciándole la mejilla.

Una lágrima surgió del rabillo del ojo de Michael y se deslizó con lentitud hasta la mejilla. Ella la limpió con el dedo.

—Te quiero m-m-m-mucho, Ally.

—Lo sé. Yo también te quiero mucho.

—Voy a c-c-c-curarte. Todo va a esta-a-a-ar bien.

Ella asintió. En los siguientes segundos Michael colocó una venda en la herida del pecho. Cuando terminó, sonrió satisfecho y le dijo a Ally que tenía una sudadera en la mochila y ella le dijo que la usaría con gusto, pero que primero tenían que hacer otra cosa. Con los trozos de tela del otro jersey, le explicó, deberían improvisar una correa para mantener su brazo flexionado y sujeto al cuello. Como en una fractura, añadió. Una vez lo hicieron, Michael ayudó a su hermana a ponerse de pie y le entregó la sudadera que guardaba en la mochila. Era varias tallas más grandes y entre los dos consiguieron colocársela. El dolor de las heridas era insoportable, pero Ally creía que sería mejor mantener el brazo flexionado y quieto para detener el sangrado. Le preocupaba la sensación de mareo que la embargaba; podía estar perdiendo sangre y desvanecerse en cualquier momento.

—¿Tienes algo para el dolor?

Él negó con la cabeza. No había pensado en eso. Ally recordó lo que Paul le había mencionado en el sótano.

—Revisa los bolsillos de Judd —dijo.

Michael lo hizo y dio de inmediato con el frasco de codeína. Se lo entregó a Ally junto con una botella pequeña de agua mineral por la mitad. Ella tragó dos píldoras y bebió un trago de agua. Tenía la garganta como papel de lija y el agua la revitalizó. Sugirió que permanecieran allí unos minutos, hasta que el medicamente hiciera efecto. Se sentaron en las gradas sin hablar, contemplando el cadáver de Judd que seguía observando el tinglado elevado del gimnasio con los ojos de un animal embalsamado.

Ally desvió la vista del cuidador hasta el arma que Michael había utilizado para matarlo. Seguía en el suelo, a pocos metros de dónde ellos estaban sentados. La pistola pertenecía a su padre y dudaba que él la hubiera disparado alguna vez. Decía que era únicamente para defensa. Ally no creía que su padre fuera capaz de dispararle a otra persona; pero lo mismo hubiera dicho de su hermano hasta hacía un par de días. Ahora no sabía qué pensar. Seguía confiando plenamente en Mickey, pero el

hecho de que hubiera matado a un hombre hacía tambalear sus convicciones. Era cierto que lo había hecho en una situación extrema, sin embargo había llevado el arma en la mochila junto con los implementos necesarios para curar una herida. Había cierto grado innegable de premeditación en su proceder.

3

Noviembre 5 de 1993
Fragmento televisivo

Aquí Eddie Jacob informando para *el Canal 5*, en directo desde la escuela Woodward. Podemos ver a numerosos padres que se han presentado a pesar de la petición expresa de la directora de no acudir. Claro que, ¿cómo culparlos, verdad? Son sus hijos los que permanecen allí dentro sin saber qué… Esperen un minuto… Como pueden ver, una patrulla se aproxima por el camino de entrada. Parece que se trata del Sheriff Thomas. Aquí vemos cómo se acerca y ¡efectivamente es él! Veremos si sabe algo y nos informa antes de entrar a la escuela…

¡Sheriff Thomas! Estamos en vivo para *el Canal 5*… ¿Puede decirnos qué está pasando?

¿Lo han llamado de la escuela o ha venido alertado por nosotros?

Bueno, por la expresión del Sheriff Thomas cabe suponer que no ha venido alertado por la prensa. Podemos ver cómo asciende por la escalinata junto a su ayudante y entra a la escuela en este instante. Será cuestión de esperar qué nos dice el Sheriff al salir, pero es altamente probable que en pocos minutos haga una declaración. Volvemos a estudios, y aquí seguiremos, a la expectativa de cualquier novedad…

4

¿Había escuchado un disparo? Sus recuerdos se volvían borrosos después del encuentro con Eva junto a la sala de maestros. Ahora estaba en el vestíbulo. Movido por el instinto más que por la razón se encaminó al gimnasio y fue entonces cuando vio a las dos siluetas detrás del haz de la linterna.

—¡Paul!

Era la voz de Ally. Él la saludó alzando las manos amarradas y se apoyó en una de las paredes. Se dejó caer hasta sentarse y los esperó retorciéndose de dolor.

—Es la rodilla, ¿verdad? —dijo Ally.

Paul asintió mientras alzaba el rostro. Advirtió la improvisada correa en el brazo de Ally y la sudadera que llevaba puesta. Ella se encargó de explicarle rápidamente lo sucedido. Michael no dijo ni hizo nada hasta que su hermana le indicó que utilizara la navaja para cortar el cable en torno a las muñecas de Paul. El muchacho se apresuró a quitarse la mochila y rebuscar en su interior. Primero extrajo la navaja y cortó la atadura. Luego le entregó a Paul el frasco de analgésicos junto con otra botella de agua. El periodista la recibió con entusiasmo y engulló tres pastillas con sendos tragos de agua. Dio cuenta del resto del líquido sorbiendo la totalidad en media docena de ávidos sorbos.

—Gracias —respondió mientras dejaba la botella vacía a un lado. Inclinó la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en la pared.

—Tenemos que seguir —dictaminó Michael. Era lo primero que decía.

—¿Hacia dónde? —preguntó Ally.

—No me moveré de aquí —anunció Paul casi al mismo tiempo.

Haciendo caso omiso del comentario del periodista, Michael respondió secamente.

—Al a-a-a-aula 19.

—Pues yo no iré a ningún lado —aseguró Paul.

—T-t-t-tenemos que ir l-l-l-los tres —repitió Michael. Del bolsillo de su pantalón extrajo la Beretta y la sostuvo junto a la pierna.

—¡Ya basta! —la voz de Ally reverberó en el corredor central— ¡Mickey, guarda eso ya mismo! La medicación tiene que hacer efecto primero… Nos quedaremos los tres aquí hasta que eso ocurra.

Michael no respondió. El silencio reinante era ahora completo. Sin el generador quejándose en el sótano era sencillo darse cuenta de que la quietud tenía una inquietante cualidad sobrenatural.

—Tengo una pregunta… —dijo Paul. Se inclinó ligeramente para esquivar el

rostro de Ally, que se interponía entre él y Michael.

El muchacho lo observó a su vez. Habían apagado la linterna, pero sus ojos se habían acostumbrado al resplandor lunar del vestíbulo.

—¿Por qué podemos ver a las personas translúcidas?

Michael emitió una corta risita.

—¿Qué es tan gracioso?

—El nombre.

—¿Tienes uno mejor?

—No.

—¿Entonces? ¿Por qué podemos verlas?

Michael lo meditó unos segundos.

—Las p-p-p-personas están a-a-a-atadas a su tiempo. Cuando mueren, s-s-s-son l-l-l-libres.

Paul había esperado una respuesta banal, no sabía bien por qué. Meditó la frase. En su cabeza reflexionó acerca de la analogía que había elaborado en el sótano, la de la película de celuloide cuya velocidad y dirección Michael podía variar a voluntad. Lo había hecho con un frasco de vidrio en su niñez, más tarde con un aula repleta de niños y ahora con toda la escuela. Las personas vivas quedaban atrapadas en cada fotograma de la película, como les ocurría a ellos ahora; pero los muertos podían moverse libremente…

El razonamiento llevaba a una serie de preguntas ineludibles. ¿Qué ocurriría cuando Michael detuviera la película? ¿Hacia dónde se dirigían?

—El tiempo, se está moviendo hacia atrás, ¿verdad? —preguntó Paul—. Es diferente esta vez.

Michael lo observó largamente.

—La esc-c-cuela es la q-q-ue se mueve.

Paul sentía cómo la codeína empezaba a hacer efecto y su mente ganaba claridad. Y en ese momento supo con certeza que se dirigían al momento de la tragedia en el Aula 19. Recordó lo que Ally le había dicho en el sótano.

No es posible arrastrarnos hacia atrás.

Cuando Michael había movido el tiempo hacia adelante en el aula 19, los niños habían viajado junto con ella, *dentro de la película*. Por eso habían muerto de hambre mientras afuera transcurrían apenas unos minutos. Ahora en la escuela el tiempo se desplazaba en la dirección contraria y para ellos hacer lo mismo habrían tenido que ¡rejuvenecer diez años! Por lo tanto, se habían salido de la película, como los muertos.

—Es por eso que podemos ver a los muertos —dijo con fascinación—. Estamos

fuera de la película, sin tiempo propio… como ellos.

Ally lo observó como si estuviera poseído por alguna entidad demoníaca. No pensaba preguntar qué significaban aquellas palabras. Para ella había una sola cuestión que contaba y pensaba aclararla en ese preciso instante. Le clavó una mirada severa a Michael:

—¿Tú asesinaste a esos niños, Mickey?

Él bajó la vista.

—Estoy esperando una respuesta.

Michael fijó los ojos en los de su hermana.

—Vamos a-a-a-al aula 19.

5

Estaban frente al aula 19. Michael abrió la puerta y la mantuvo en esa posición con un trozo de plástico que sacó de su mochila.

—Entremos —dijo con voz firme.

Cuando lo hicieron, Paul echó un vistazo a los pizarrones y se sorprendió al no ver las inscripciones con tiza. Por su parte, las paredes estaban vacías: no había señales de los pósteres que tanto él como Ally habían visto antes. Lo único que albergaba el aula eran pupitres. La luz que se filtraba desde afuera no era mucha, pero les permitía apreciar lo que ahora sí tenía el aspecto de un aula en desuso.

Michael estiró su brazo derecho. Ally y Paul se miraron primero y luego colocaron sus manos sobre la de él. El efecto se hizo sentir de inmediato, una unión física y mental tuvo lugar, y fue como si, de repente, entre los tres sostuvieran una inmensa bola imaginaria pero tremendamente pesada.

El primer cambio en el aula sucedió casi instantáneamente. Los pupitres se reordenaron en filas, tres en total. Las paredes se tiñeron de manchas informes que poco a poco se convirtieron en láminas elaboradas por niños. Una puerta translúcida —que todavía les permitía ver el corredor—, ocupó el vacío en el marco. En el suelo aparecieron mochilas y pequeños portafolios.

La bola se desplazó ligeramente hacia adelante.

Como si se tratara de un truco cinematográfico, en cada uno de los pupitres parpadeó la imagen de un niño translúcido, materializándose intermitentemente hasta estabilizarse con una ligera distorsión final. Lucían expectantes, con la vista puesta en el frente. De repente todos recitaron al unísono:

—¡Sí, señorita Blake!

No costaba imaginar que en aquel mundo translúcido sería Kathleen la que estaba al frente de la clase.

Michael susurró algo, sereno, sin tartamudear.

—¿Por qué no podemos verla?

Paul se estremeció. Michael había mascullado aquella frase luego de abrir sus ojos apenas un instante. ¿Por qué Michael pensaría que tendrían que poder ver a la versión translúcida de la directora? ¿Acaso para que esto sucediera Kathleen no debería estar…?

En perfecta sincronía, los catorce niños desviaron la vista hacia la puerta y después de vuelta al frente. Era probable que Kathleen hubiera abandonado el aula. Sin embargo los rostros seguían atentos; alguien más debía estar en el aula, posiblemente Hannigan.

—¿Q-q-q-queréis jugar a u-u-u-un juego?

Ally y Paul observaron inmediatamente a Michael. Pero Michael no había hablado; al menos no el Michael al que seguían aferrando de la mano y que era el único de los tres que mantenía los ojos cerrados.

Comprendieron entonces que quién estaba al frente de la clase en ese momento no era Hannigan, sino el Michael diez años más joven, y al que consecuentemente no podían ver. No sabían los motivos, pero acababan de descubrir algo revelador respecto al día de la tragedia. Michael no había estado circunstancialmente en las cercanías del aula 19…. Había estado *dentro* del aula 19.

Una niña risueña de la primera fila levantó inmediatamente la mano. Tenía el cabello atado en lo más alto de la cabeza de manera que caía en todas direcciones. Pero antes de que dijera algo, una voz la interrumpió desde uno de los pupitres de la última fila. Era el niño del cabello violeta.

—No tienes que levantar la mano para hablar, Stella. Él no es una autoridad de la escuela.

A su lado, un niño pecoso agregó:

—Sólo ayuda en la biblioteca.

Stella bajó la mano sin decir nada. Otra niña de la segunda fila se volvió hacia la

parte trasera del aula, donde los niños del pelo violeta y el de las pecas celebraban sus intervenciones.

—¡Cállate la boca, Douglas! —dijo la niña de la segunda fila. Era bonita y no costaba adivinar que aquello le había otorgado cierta autoridad, incluso ante los más revoltosos. En la cabeza tenía un velo de tul que le cubría parcialmente el rostro—. La señorita Blake nos acaba de decir que Michael estará a cargo hasta el recreo. Eso lo autoriza…

—No lo autoriza a nada —replicó Douglas— ¿Y tú qué tienes en la cabeza, Sophia, una cofia de monja?

Una parte de la clase rió con el comentario.

—Es un velo —dijo Sophia Stanwyck—. Eres un ignorante.

—Lo que sea —contraatacó Douglas.

—Niños. N-n-n-no d-d-d-d-discu-u-u-tais.

—O-o-o-ok —respondió Douglas Needles, complementando su performance con sacudidas enfermizas de cabeza.

Otra vez, buena parte de la clase estalló en risas, ahora mucho más duraderas que antes. Stella y Sophia no se sumaron, pero el resto de las niñas sí lo hizo.

Ally y Paul observaban absortos. Por un momento habían olvidado que en realidad estaban rodeados por un aula vacía.

—¿T-tú co-n-n-noces un j-u-u-ego, verdad St-t-t-tella? —preguntó Michael tartamudeando más que nunca.

La niña de la primera fila se volvió y echó un vistazo al resto de sus compañeros, probablemente temiendo represalias desde la parte de atrás si respondía aquella pregunta inofensiva. Douglas Needles se sentó sobre su pupitre e inmediatamente después los dos niños que estaban junto a él, uno de ellos el pecoso, lo imitaron. Paul no recordaba sus nombres, pero sí los comentarios de Hannigan en la cárcel acerca de ellos.

—No digas nada, Stella —dijo Douglas en tono de advertencia.

—¿Por qué no? —replicó un niño de la cuarta fila. Era la primera vez que hablaba.

El niño en cuestión era Sam Spruce, un gigantón que le sacaba una cabeza a todo el resto y que jugaba un papel marginal en el microcosmos del cuarto grado. Su tamaño, sin embargo, hacía que sus comentarios no fueran tomados a la ligera y que cualquiera de los niños populares, incluso el propio Douglas, se lo pensaran dos veces antes de contestarle.

—Esto no va contigo, Spruce —dijo Douglas, respaldado por los dos secuaces.

Buck (el niño pecoso) había crecido en los últimos meses y había ganado confianza en sí mismo.

Sam Spruce no respondió pero resopló con desgana. En la cabeza llevaba una peluca de mujer.

—Además, tú no puedes hablar con eso en la cabeza —disparó Douglas, y otra vez fue celebrado por la clase.

—Pareces mi tía de Pensilvania —remató Buck, con idéntico resultado que su amigo.

Sam se volvió y les lanzó una mirada fulminante.

—E-e-e-explícanos el juego, Stella —volvió a pedir Michael.

—El juego es así —dijo la niña con resolución—. Lo jugamos con mis primos, que son más de quince, pero cuántas más personas hay es más divertido. Hay que formar dos equipos. Cada equipo elije una consigna. Puede ser animales que viven en la selva, personajes de dibujos animados o cosas así. Después, cada participante escribe una respuesta en un trozo de papel, y cuando están todas las respuestas entonces…

—Parece un juego bastante estúpido… —interrumpió Douglas.

—¡Cállate! —le espetó Sophia, la niña del velo— ¡Por qué no permites que Stella termine de explicarlo antes de hablar!

—Sólo digo que hasta *ahora* parece un juego estúpido —dijo Douglas.

—D-d-d-e-eja q-q-que ter-ter-m-m-mine.

—Animales que viven en la selva, dibujos animados… ¿qué tenemos, cinco años? —dijo Douglas—. Es un juego estúpido. ¿Tus primos van al jardín de infantes, Stella?

Risas.

—¡No! —respondió la niña con indignación. ¡Algunos van a la secundaria!

—A mí me parece un juego para retrasados —contrarrestó Douglas inmediatamente.

—¡No lo han escuchado completo! —decía Sophia.

—¡No hace falta! —estalló Ceegar Whitey, el tercer demonio. Su rostro tenía una pátina de locura atemorizante.

—Yo c-c-c-creo que p-p-p-uede ser un j-j-j-juego muy b-b-b-bueno.

—¡Porque tú eres retrasado! —dijo Douglas—. Como los primos de Stella.

Un coro de carcajadas estalló en el aula 19. Esta vez se plegaron todos salvo Sam Spruce, Sophia y la propia Stella.

—B-b-b-basta.

—¿O qué?

—O i-i-i-irás a ver a la d-d-d-directora.

—Tú no puedes ordenarme eso —espetó Douglas—. No eres un maestro. Es más, apuesto a que la directora Strickland se molestaría contigo si lo haces. Mi padre es muy influyente.

—Es abogado —completó Buck Spike como si su comentario lo aclarara todo.

—Mi padre puede hacer que te echen —amenazó Douglas y le clavó a Michael una mirada desafiante.

Probablemente la falta de reacción de Michael envalentonó a Douglas, que se paró sobre su pupitre y observó a toda la clase como un conquistador.

—¿Q-q-q-qué haces?

—Cállate —dijo Douglas mientras daba un salto y caminaba hacia el frente. Todos lo seguían atentamente.

—¿Vamos contigo? —preguntó Buck.

Douglas alzó la mano indicando que todavía no era el momento.

—¿Sabes? —dijo dirigiéndose a Michael—. Se me ha ocurrido algo.

Cuando llegó al frente, el niño del cabello violeta tomó una tiza y con gigantescas letras blancas empezó a escribir en el pizarrón de la izquierda. Cuando llegó al final siguió en el siguiente. Todos los niños del cuarto grado (así como Ally y Paul) observaron con atención la labor de Douglas, al principio sin comprender. Al final pudieron leer la palabra completa:

METRALLETA

Douglas aferró una metralleta imaginaria y empezó a simular que disparaba. Su cuerpo se sacudió frenéticamente al tiempo que imitaba el sonido de los disparos:

—Ta-ta-ta-ta-ta-ta…

Las risas fueron instantáneas. Hasta Sam Spruce y Sophia se sumaron tímidamente. La clase se convirtió en una sinfonía organizada, con algunos niños lanzando carcajadas histéricas y otros riendo con un poco más de moderación. El efecto general fue ensordecedor. Douglas regresó a su pupitre dando saltos. Buck Spike y Ceegar Whitey treparon a los suyos y rieron con estridencia.

Douglas siguió disparando la metralleta imaginaria, ahora subido a su pupitre. Otros lo imitaron y las risas se mezclaron con las ráfagas de balas, todas disparadas al mismo sitio.

¡RA TA TA TA TAAAAA!

—¡Metralleta Michael! —decía Ceegar en medio de un ataque de risa.

¡ME-TRA-LLE-TA!

El ataque no tenía tregua.

¡RA TA TA TA TAAAAA!

¡Muere metralleta, muere!

Los gritos habían aumentado en estridencia y claridad. Como si Michael —el visible, el que seguía impertérrito con los ojos cerrados reviviendo aquel horror— hubiera necesitado un tiempo para sintonizar la señal correctamente. Para Ally la experiencia resultó particularmente perturbadora. La maldad que a veces exhiben los niños no era una novedad para ella, la había visto e incluso experimentado en carne propia alguna vez. Sin embargo el espectáculo que estaba teniendo lugar en el aula 19, orquestado por Douglas Needles pero ejecutado por casi todos los niños, era de una crueldad sobrecogedora. Cuando aquello había tenido lugar (¿o estaba teniendo lugar en este momento?). Michael tenía diecisiete años; no era un niño, ni mucho menos, y otros muchachos de su edad lo hubieran manejado sin preocuparse demasiado… Pero Ally no podía siquiera imaginar cuánto habría afectado a su hermano todo aquello.

Mientras siete niños disparaban sus metralletas imaginarias, casi todo el resto golpeaba sus manos rítmicamente sobre el pupitre. Las bromas seguían a la orden del día buscando el cóctel perfecto de originalidad y maldad.

—¡RE TRA TRA TRA TRA SADO! —gritó Douglas de repente.

Vendavales de risas sacudieron el aula, propagándose como un virus contagioso. Los golpes con las palmas acompañaron la melodía de aquellas endiabladas palabras. Douglas Needles bailaba sobre su pupitre sacudiendo su metralleta imaginaria y riendo como alguien que ha perdido el juicio.

Ally se preguntaba cómo las autoridades no habían podido detener aquel estruendo.

El ataque se prolongó por unos diez minutos. De pronto algunos niños dejaron de gritar y observaron hacia el frente con extrañeza. Ally, que advirtió de inmediato el cambio, supuso que su hermano habría perdido la compostura y que en ese momento habría roto en llanto. La confirmación llegó cuando el trío malvado liderado por Douglas empezó a simular un llanto exageradamente histérico. En algunos rostros, como el de Stella en la primera fila, podía advertirse verdadera compasión y tristeza. Entonces los niños se volvieron simultáneamente hacia la puerta de salida. No costaba darse cuenta que Michael habría corrido en esa dirección para escapar de aquél infierno. La puerta translúcida se abrió y se cerró. La clase quedó en silencio, aunque algunos niños siguieron riendo y otros festejando el logro de haber espantado a Michael.

—Ally —dijo Michael.

Ally dio un respingo al escuchar a su hermano. La representación en el aula 19 la

había absorbido hasta tal punto que su voz la sobresaltó. Michael tenía los ojos abiertos, y en ellos no había tristeza sino determinación.

—Hazlo tú sola —dijo Michael.

—¿Por qué?

Paul seguía la conversación en silencio.

—C-c-c-como en casa de tía L-l-l-l-lorraine.

—¡No sé cómo! ¡No puedo!

—Sí q-q-que puedes. Y s-s-sí que sabes. Paul te ayudará.

Sus rostros estaban a pocos centímetros de distancia. Ally lloraba.

—Una c-c-cosa más, Ally.

—¿Qué?

—G-g-g-grítame con todas tus fuerzas —pidió Michael—. Grítame que vaya e-e-e-en busca de mamá.

Ally se estremeció al escuchar la mención de su madre.

Entonces sucedieron varias cosas al mismo tiempo.

6

Noviembre 5 de 1993
Fragmento televisivo

En este instante podemos ver cómo el Sheriff Thomas se acerca, veremos si nos informa en exclusiva para *el Canal 5* qué es lo que está sucediendo… ¡Permiso!… Resulta difícil llegar hasta él en medio de tantos padres que se han acercado a la escuela. Más de cien padres se encuentran congregados aquí… ¡Sheriff Thomas! ¿Puede decirnos qué está sucediendo?

Parece que el Sheriff va a dirigir unas palabras a los padres desde la escalinata. Veamos qué es lo que dice.

«Buenos días a todos. Antes que nada, quiero decirles que todos los niños de la escuela se encuentran en perfecto

estado, a pesar de ciertos rumores que se han esparcido por los medios».

(El sheriff Thomas observa de soslayo a Eddie Jacob del *Canal 5*).

«Los niños están en este momento en sus respectivas aulas. No ha habido ningún problema con ellos ni corren peligro alguno».

(El sheriff Thomas hace una pausa).

«Sí ha habido un incidente en la escuela y es por eso que hemos venido, pero repito: lo que ha sucedido no tiene nada que ver con los niños y ellos no corren peligro. Les doy mi palabra al respecto».

7

Los gritos y los golpes se fueron apagando gradualmente en el aula 19. Ally repasaba con desconcierto las palabras de su hermano.

Hazlo tú sola. Grítame con todas tus fuerzas. Grítame que vaya en busca de mamá.

Paul, por su lado, procesaba todo cuanto había visto: la antesala de la tragedia que en su día había investigado. Había conseguido meterse en la piel de Michael de un modo impensado, para un periodista o para cualquiera. No justificaba en absoluto lo que había ocurrido después, sin embargo entendía lo que había sentido el muchacho aquél día. Y esto lo llevó a preguntarse, no por primera vez, si presenciar los sucesos de primera mano sería la razón de su presencia en la escuela.

Pero la función no había terminado.

Lo primero que advirtieron fue una aparición en el corredor. Cuando se volvieron reconocieron de inmediato a Kathleen, sólo que no era la mujer con la que ellos habían estado encerrados en la escuela, sino su versión translúcida diez años más joven. Estaba de pie frente a la puerta, con la cabeza ligeramente inclinada y un brazo suspendido en una posición peculiar. En un primer momento parecía que estaba

consultando su reloj, aunque se trataba del brazo derecho y estaba más alto que lo necesario para eso. Pronto comprendieron que estaba abrazando a alguien a quien no podían ver, y que ese alguien no podía ser otro que Michael, que había salido del aula hacía unos segundos.

Otra pieza se acomodaba en su sitio. No había sido Marsha Fox la primera en llegar al aula 19 sino Kathleen, lo cual en parte explicaba por qué lo había protegido durante los años posteriores. Quizás Kathleen se había sentido culpable por no haber podido aplacar su ira.

Dentro del aula, los niños estaban en silencio expectante. Lo relevante era que el movimiento del tiempo no había tenido lugar todavía. Paul se preguntó qué ocurriría si el proceso empezaba. ¿Los arrastraría a ellos también? Si la respuesta era afirmativa, entonces el fenómeno podía estar sucediendo y ellos no darse cuenta, como no se habían dado cuenta los niños del aula 19.

Entonces ocurrió algo totalmente inesperado. Una detonación atroz. Ally y Paul contemplaron el momento exacto en que Michael se desplomaba como una marioneta sin dueño. La Beretta, que había estado en su mano un instante atrás, cayó junto a él con un estruendo que no fue nada en comparación del disparo que acababan de escuchar. En la sien de Michael había un agujero horrible ribeteado de tejido rosado. Ally lanzó un grito e intentó agacharse, pero Paul la retuvo de la mano.

En el instante en que Michael se desplomaba, su cuerpo se materializó junto al de Kathleen, en el corredor Este, también en versión translúcida. Y quizás fue eso lo que hizo que Ally recuperara parte de la calma y no se desplomara junto al cadáver de su hermano. Se quedó embelesada con la visión de Michael, diez años más joven.

Pero entonces los niños del aula 19 empezaron a difuminarse, al igual que Kathleen y Michael. Paul advirtió de inmediato cómo las voces dentro del aula, que segundos antes habían sido perfectamente claras, ahora se convirtieron en sonidos remotos. Ally no fue enteramente consciente de estos cambios, pero sí advirtió cómo la bola imaginaria aumentaba de peso exponencialmente. Supo que sería sólo cuestión de tiempo hasta que no pudieran resistirla más.

El primer cambio drástico se produjo cuando el sonido dentro del aula se interrumpió por completo. El vínculo auditivo entre las dos realidades parecía ser más precario que el visual. El silencio sepulcral los abrumó y no hizo más que incrementar el nerviosismo y la sensación de perdición. Desde el suicidio de Michael no habían pasado más que treinta segundos, o incluso menos, pero el tiempo se había convertido en una variable difícil de medir. La bola imaginaria que Ally había concebido parecía ahora más real que todo lo que la rodeaba, incluso más que el cuerpo sin vida de

Michael. Estaba aumentando de tamaño, haciéndose más y más pesada, y sus piernas se estaban debilitando…, tenía que hacer algo rápido.

—¡Ve hacia atrás, Michael! —gritó—. ¡Soy Ally! ¡Ve hacia atrás!

Paul la observó sin entender nada.

—¡Ve hacia atrás! ¡Busca a mamá!

Repitió las frases varias veces, gritando con todas sus fuerzas. Con cada exclamación el fenómeno de desconexión dentro del aula se acentuaba y lo mismo ocurría con el peso de la bola, pero no le importó. Se aferraba a las palabras de Michael como si fueran un talismán.

El resplandor dentro del aula había perdido intensidad. Los niños translúcidos eran ahora figuras casi invisibles. Del otro lado de la puerta, Kathleen y Michael perdían corporeidad. Ninguno se había movido. Ally y Paul los observaban sin saber qué hacer. Ella gritó una vez más, pero a diferencia de las veces anteriores lo hizo sin convicción. La bola era ahora del tamaño del universo y ellos eran un par de hormigas intentando sostenerla. No había nada que hacer. Ally se preguntó con resignación si su hermano la habría escuchado a tiempo, si el bramido de su voz habría atravesado la interface entre una realidad y la otra.

Mientras se hacía esta pregunta, el rostro de Michael se torció ligeramente. Sus rasgos eran apenas reconocibles. ¿Había sonreído?

8

Nueva York, Noviembre 6 de 1993
Artículo publicado en el Twin Pines Telegraph

MISTERIO EN LA ESCUELA WOODWARD

Al cierre de esta edición se conocieron detalles acerca de lo sucedido en la escuela Woodward en el día de ayer. Recordemos que la presencia del Sheriff Thomas despertó la intranquilidad en un grupo numeroso de padres que se congregó

en la escuela para informarse de lo ocurrido. Las autoridades escolares han mantenido un total hermetismo y la policía ha insistido en que lo ocurrido no involucraba a los niños en modo alguno.

La policía ha enviado un breve comunicado a esta redacción para tranquilizar a la población.

A continuación transcribimos textualmente el comunicado:

Twin Pines, Nov. 5 2003
Departamento de policía de Twin Pines

El *DPTP* se encuentra en este momento investigando la desaparición de dos personas pertenecientes a la plantilla de la escuela Woodward tras la denuncia realizada en el día de hoy por las autoridades de dicho establecimiento. Se trata de Kathleen Blake, de treinta y cinco años, que se desempeña como directora de admisiones, y de Michael Baines, de diecisiete, un ayudante de la biblioteca.

Por el momento sólo se ha podido constatar la efectiva ausencia de los antes nombrados, lo cual acarreará la correspondiente investigación. Es prematuro hacer cualquier tipo de conjetura, incluyendo que las desapariciones estén conectadas de alguna manera.

El presente tiene por objeto desestimar cualquier tipo de especulación referida a cuestiones que involucren a los alumnos de la escuela Woodward.

9

Julio 12 de 1996
Fragmento del libro «Los misterios de la escuela Woodward».
Por Marsha J. Fox

Pero lo anterior no cambia el hecho de que el comunicado que emitió la policía ese día sea basura; especialmente uno de los últimos párrafos, en el cual se aseverar que las desapariciones no estaban conectadas. Hacer hincapié en que Michael era menor de edad en ese momento es un claro ejemplo de cómo la policía manipula las investigaciones a su antojo.

Ese comunicado ha sido además secundado por el Sheriff Thomas, a quien no le cabe otro calificativo que el de mentiroso energúmeno (mi editor se opuso a este comentario, pero va por mi cuenta, Josh). Cuando la policía aseguraba que no había indicio de que las desapariciones estuvieran conectadas y pedía prudencia, lo que estaban diciendo realmente era: ¡Hey! Las desapariciones sí están conectadas y uno de ellos es un menor de edad, así que… ¡hagan sus cálculos! ¡Kathleen y Michael son amantes y se marcharon juntos, claro que sí!

Todo el mundo lo interpretó de esta manera. Las noticias en los periódicos de allí en adelante dejaban entrever que se trataba de una relación amorosa oculta y que se habían marchado para dejar de esconderse.

Nada más lejos de la verdad. Pocos señalaron que, si bien es cierto que Michael tenía diecisiete años en ese momento, en sólo dos semanas sería mayor de edad. Con esto en mente y siempre bajo la hipótesis del romance: ¿qué sentido tendría marcharse? ¿No habría sido más sencillo esperar un par de semanas? Claro que sí.

Kathleen Blake es (utilizo el presente deliberadamente) una mujer respetable. Es cierto, había pasado por un divorcio y una relación problemática un año antes de su desaparición, ¿pero eso significa que haya mantenido un romance con Michael Baines? Si vamos a crucificar a todas las mujeres de este país que han tenido matrimonios fallidos o que han sufrido a causa de los hombres, entonces tendremos una lista muy muy larga. Yo misma soy una madre soltera que no ha podido convivir bajo el mismo techo con el padre de mi hija, ¿eso hace que tenga romances con jovencitos? El Sheriff Thomas debería pedir perdón por hacer insinuaciones totalmente

infundadas y fuera de lugar. Desde estas páginas lo exhorto a precisar el avance de sus «investigaciones». Han pasado más de dos años y medio… ¿dónde están Kathleen Blake y Michael Baines? ¿Tiene alguna pista? Claro que no. Me parece que ha llegado el momento de reconocer los errores, porque no se me ocurre cómo dos enamorados puedan esquivar a la policía durante tanto tiempo. O la policía es estúpida, o no se trata de una historia de enamorados en fuga.

10

Julio 12 de 1996
Fragmento del libro «Los misterios de la escuela Woodward».
Por Marsha J. Fox
Pág. 35

No ha habido nadie de la escuela que haya siquiera insinuado la posibilidad de que Kathleen Blake y Michael Baines tuvieran una relación más allá de lo laboral. Yo repetiré aquí lo que he dicho miles de veces y es que Kathleen era una mujer generosa, que ayudó a que un muchacho de una familia de medianos recursos lograra tener su primer empleo. Michael era un muchacho especial, de gran corazón y capaz de hacer muchísimas cosas. Su trabajo en la biblioteca era dedicado, cosa que la señora Thatcher, la bibliotecaria, se ha encargado de aclarar perfectamente. No se trataba de caridad, sino de oportunidad. Y Kathleen fue el artífice de ese acto de bondad inmenso. Es repudiable que no se escriba sobre eso y que se intente ensuciar la reputación de una buena persona.

Esta historia ha sido una telaraña de engaños desde el principio. La policía, con el Sheriff Thomas a la cabeza, ha sido el gran responsable, pero la junta directiva de la

escuela Woodward ha cooperado con ellos y eso los convierte en cómplices, o incluso en algo peor. Peor porque la dirección de una escuela debe ser transparente. Cientos de padres les confían el cuidado de sus hijos día tras día. La escuela es la segunda casa de estos niños, una gran familia, como les gusta poner en los folletos. ¿Cómo confiar en una escuela que ha sido parte de una mentira? Es imposible.

Ha pasado un tiempo y mientras escribo estas líneas debo reconocer con un poco de pesar que extraño la docencia; extraño a los niños. Sin embargo no me arrepiento de lo que he hecho. Renunciar y buscar la verdad ha sido mi objetivo, mi motor. Este libro es parte de la búsqueda de esa verdad.

El incidente es la punta de un iceberg mucho más grande. La muerte de Tamara Sommers, la niña que perdió la vida en extrañas circunstancias en el sótano de la escuela, forma parte de ese gran bloque de misterio. Pero me ocuparé de Tamara más adelante. Por ahora nos basta saber que hay algo en la escuela Woodward, y es mi deber el narrar lo que vi ese día y lo que he averiguado desde entonces.

El 5 de Noviembre de 1993 fue para mí un día de cambio. Como se dice habitualmente, me ha tocado estar en el instante justo en el lugar justo, pero soy una mujer cristiana y no creo en las casualidades sino en las causalidades del Señor. Si esa mañana recorría el corredor del ala Oeste era por una razón, y me alegra que así haya sido.

Kathleen Blake y Michael Baines no mantenían ningún romance. No se marcharon esa mañana de la escuela para vivir ocultos. Kathleen Blake y Michael Baines, como he dicho desde el instante en que la tragedia tuvo lugar, nunca salieron de la escuela ese día. Al menos no por la puerta de entrada… Sostener esto me ha supuesto perder mi trabajo y el calificativo de demente (entre otras cosas peores).

Poco antes de las once de la mañana vi a Kathleen y a Michael frente a una de las aulas; estimo que sería la 19, porque yo estaba en el otro extremo. Estaban cerca el uno del otro, hablando en voz baja como compartiendo un secreto. Y entonces ocurrió algo sencillo de explicar y difícil de asimilar. Ambos desaparecieron. Lisa y llanamente. Un

instante antes estaban allí y al siguiente no… Me acerqué de inmediato al lugar y no había ni rastros de ellos. Se habían esfumado. Fue entonces cuando informé inmediatamente a la directora y, a partir de ese momento, dio comienzo la vergonzosa telaraña de engaños y mentiras.

11

El ordenador portátil de Paul marcaba que eran pasadas las once. Había adoptado la costumbre de trabajar un poco por las noches, pero las once era su tope y ahora lo había sobrepasado. Se frotó los ojos. Observó el artículo en el que había estado trabajando y leyó la última frase. Estaba inconclusa y no tenía idea de cómo completarla. Los últimos minutos eran un vacío dentro de su cabeza. No era la primera vez que le ocurría, pero nunca la sensación de desconcierto había sido tan fuerte como ahora. Observó la taza de café frío. Junto a ella estaba su móvil. En el preciso momento en que clavó la vista en él, el aparato sonó.

—Mierda —masculló mientras agarraba el móvil de un manotazo.

¿Quién llama a estas horas de la noche?

El visor del móvil lo reveló de inmediato. Paul atendió temiendo una mala noticia.

—¿Phill?

—¿Paul, estás bien?

—Sí. Trabajando un poco en casa, nada más.

—Yo también estoy trabajando aquí en casa —dijo Phill—. No sabes lo que me alegra poder ir a dormir ya mismo.

—¿Por qué no habrías de irte a dormir?

—Verifica el correo electrónico. Algún bromista se ha apoderado de tu cuenta.

Paul frunció el ceño y abrió el cliente de correo electrónico. Había cuatro mensajes sin leer pero supo de inmediato a cuál se refería su jefe. Era uno enviado desde su cuenta a todo el *Times*. Lo abrió y leyó:

Esto es una emergencia. Me encuentro encerrado en la escuela Woodward, en Twin Pines, junto con cuatro rehenes. ¡¡Por favor dar aviso a la policía de inmediato!!

Paul Farris

—Mierda, Phill, el mensaje ha sido distribuido a todo el *Times*.

—Sí, pero creo que podemos detenerlo. Fíjate en la hora.

Paul lo hizo. El mensaje había sido enviado a las once y veinte.

Diecinueve.

—El aula 19 —dijo.

—¿Qué?

—Nada.

—Lo acaban de enviar, a eso me refiero —explicó Phill—. Te diré lo que haremos: hablaré al *Times* para decir que es una falsa alarma. Tú reenvía un correo explicando que se trata de un bromista. Después cambia tu contraseña.

—Está bien —dijo Paul y colgó.

Depositaba el móvil en el escritorio en el instante en que el teléfono fijo empezaba a sonar. Miró la extensión de su estudio con extrañeza y cuando se disponía a atender su rodilla golpeó el lateral del escritorio. No fue un golpe fuerte.

Esa fue la rodilla que me quebró…

—¿Hola?

—Paul, soy Phill otra vez… ¿entonces realmente estás bien?

—Sí.

—Pensé que no podías hablar y que realmente estabas en esa escuela.

—Estoy en mi casa.

—Menos mal. Cuando me dijiste lo del aula 19 se me fue el corazón a los pies.

—Perdón, no sé por qué dije eso. —Paul procuró que la intranquilidad que sentía no se trasladara a su voz. No quería inquietar a su jefe y que éste enviara a la policía para corroborar lo que le decía.

—Entonces me iré a dormir en cuanto haga esa llamada al *Times*. No olvides enviar el correo.

—No lo olvidaré. Gracias, Phill.

—De nada. Nos vemos mañana.

Paul colgó el auricular. Otra vez se recostó contra el respaldo de la silla. Phill tenía razón, tenía que ser la obra de un bromista que se había apoderado de su cuenta de

correo electrónico. Conocía a la escuela Woodward, había estado en ella unos diez años atrás, pero nada más. Phill lo había enviado para cubrir la desaparición de unas personas, pero ni siquiera recordaba sus nombres.

Kathleen y Michael.

Y entonces una imagen se proyectó dentro de su cabeza. Eran ellos, o eso creyó, de pie en el umbral de una puerta de dos hojas. La visión estaba teñida de una atmosfera celeste que la asemejaba a un sueño.

Se puso de pie y se estiró hasta que las articulaciones de la espalda crujieron.

—¿Todavía estas despierto? —dijo una voz de mujer detrás suyo.

Paul se volvió con un sobresalto. Era el tercero en menos de diez minutos.

—Dios, casi me matas del susto.

—Lo siento. Escuché el teléfono.

—Era Phill.

—¿Algún problema?

—No. Sólo trabajo.

Paul se acercó a su esposa. Una sonrisa ancha se dibujaba ahora en su rostro.

—¿Está todo bien? —preguntó ella.

—Sí —respondió él—. Todo es perfecto.

Paul le arrebató un apasionado beso a una Eva semidormida y sorprendida.

12

Era un día espléndido, de esos en los que el otoño arranca con dedos fríos las hojas amarillas de los árboles y las hace bailar. El jardín trasero de los Farris estaba preparado para disfrutar de un almuerzo al aire libre. En la parrilla portátil una capa de carbón latía expectante. Paul había colocado dos filetes; el pequeño Joey tenía su propia comida.

El siseo de la carne asándose lo reconfortó. Lenguas de humo lamían los filetes y se elevaban en una zigzagueante columna vertical. Paul miraba hipnotizado, reflexionando. Hacía más de diez días que había recibido la llamada nocturna de Phill

y las visiones mentales lo habían asaltado continuamente. Muchas de ellas se habían presentado en forma de sueños. La de Kathleen y Michael en el corredor era la más recurrente. No le había dicho nada a Eva y no tenía intenciones de hacerlo por el momento, pero ella había advertido que algo lo perturbaba. La excusa de unos artículos que lo tenían a mal traer no la habían convencido del todo.

—Este pequeño caballero ya ha comido ¡Y muy bien! —anunció Eva.

Paul se volvió. Ella bajaba los escalones del porche trasero con Joey en brazos. A diferencia de la mayoría de los niños de su edad, a Joey no lo entusiasmaba demasiado que lo alzaran, e inmediatamente comenzó a sacudirse para que lo liberaran. Una vez en el césped inició su trote atropellado en dirección a Paul. Cuando llegó a su lado se detuvo y observó con recelo a la parrilla humeante.

—¿Qué has comido, Joey?

—¡Atas!

—¡Ah, qué bien! ¿Qué más?

—¡Atas!

Eva trajo de la cocina la silla alta y la colocó junto a la mesa. Al verla, Joey escapó en dirección al fondo del jardín.

—Parece que no tendremos compañía durante el almuerzo —comentó Eva.

Paul buscó con la mirada a Joey, que se había escondido detrás de uno de los parterres del fondo. Aunque la opinión general era que el niño era una mezcla de ambos, para Paul era el vivo retrato de su madre. Sospechaba que el pequeño podría heredar su carácter, pero todavía era prematuro aventurarlo. Por ahora era un niño feliz y despreocupado.

—Joey, ¿quieres venir a sentarte en tu silla? —le gritó Eva.

—¡Noooooo!

—Vamos Joey, ven a sentarte… a ti que tanto te gusta quedarte quieto.

El niño no respondió y en su lugar se encogió todavía más detrás de las plantas.

Eva se acercó a Paul y lo abrazó por la cintura.

—¿La cerca lateral está cerrada, verdad?

—Sí.

—Estoy muerta de hambre, señor cocinero.

—Todavía no les he dado la vuelta.

—Esperemos que la espera valga la pena —dijo Eva y le dio un beso en la mejilla. Caminó hasta la mesa, donde se sentó en uno de los bancos—. Te noto un poco dist…

Joey interrumpió la frase. Se acercó y se detuvo a unos tres metros de ellos. Llevaba algo en una de sus manos. Dudó, y a último momento reanudó su camino en

dirección a su madre. Le extendió una rama.

—¿Esto es para mí? —preguntó Eva.

Joey sonrió y levantó la rama lo más que pudo.

—Muchas gracias. Voy a dejarla aquí.

El niño celebró y se marchó, posiblemente en busca de su siguiente ofrenda.

—Siempre has sido su favorita —dijo Paul—. Te has ganado la rama a la madre del año.

Eva sonrió.

Paul dio la vuelta a los filetes. Sin volverse preguntó:

—¿Recuerdas el artículo de la escuela Woodward que escribí hace tiempo? Fue la primera vez que tomaste fotografías para el *Times*.

—Claro. No entiendo cómo no recibí el Pulitzer por esas.

Eva no perdía de vista a Joey, que seguía explorando el jardín. No había nada peligroso, pero ella mantenía su ojo avizor.

—¿Lo dices por el artículo que salió hace unos días? —preguntó Eva.

—¿Qué artículo?

—Uno acerca de una maestra lunática que decía que las dos personas desaparecidas se habían desvanecido.

—¿Lo publicó el *Times*?

—No, el *Telegraph*.

—¿Qué decía?

—Eso, que la maestra enloqueció, básicamente —recordó Eva— ¿Cómo era su nombre? Marsha algo…

—Fox —completó Paul—. La del libro.

—El artículo decía que había sido internada en una institución psiquiátrica…

El pequeño Joey se presentó otra vez. Fue el turno de agasajar a su padre, en su caso con una rama más pequeña que la de Eva.

—¿Es para mí? —preguntó Paul.

Joey asintió.

—¡Muchas gracias!

El niño se fue. Paul dejó su rama junto a la de Eva.

—Te dije que eras su preferida —dijo haciendo un ademán a las dos ramas.

—¿Por qué me preguntaste por esos artículos de la escuela Woodward?

Paul no quería revelar los verdaderos motivos. No todavía. No en ese contexto.

Eva, tengo que confesarte algo. Durante estos días he estado recordando los fragmentos de otra vida. Diez años completos en los que, entre otras cosas, tú

estabas muerta. ¿No es increíble? Tu filete lo quieres bien cocido, ¿verdad?

—Hace unos días se ha cumplido el aniversario.

Unos minutos después Paul anunció que la carne estaba lista. Se sentaron a la mesa y se sirvieron una buena ración de ensalada cada uno. Joey los inspeccionaba a prudente distancia, sabiendo que si se aproximaba demasiado corría el riesgo de ser colocado en la silla alta. Fue hasta el porche y se arrodilló cerca del escalón de acceso.

—¿Qué observa? —preguntó Paul.

—Hormigas carpinteras —dijo Eva—. Las detecté hoy. Van directo a casa de los Scott.

La familia Scott se había mudado a la casa contigua apenas un año antes. La relación con ellos era distante y se limitaba a sacudir la cabeza en señal de saludo cada vez que se cruzaban en la calle. Era una pena porque los Scott tenían niños pequeños con los que Joey podría jugar.

—Pobre mujer —dijo Eva al cabo de un rato.

—¿Holly Scott?

Ella rió.

—No. La maestra de la escuela, tonto. ¿Y si tenía razón?

Ahora fue Paul el que esbozó una sonrisa y la observó por sobre un trozo de filete que estaba a punto de meterse en la boca.

—¿Respecto a que la escuela devoró a esas personas?

—No a eso exactamente —dijo Eva—. Pero hay que concederle que la hipótesis de los enamorados no es muy convincente ahora. Nunca se supo nada de ellos.

—Es extraño.

—La mujer estaba casada, según creo recordar. También tenía un hijo.

—Estaba divorciada.

Eva enarcó una ceja.

—Veo que recuerdas más del caso que yo.

—Así parece.

Paul podía recordar a Kathleen dentro de la escuela Woodward, especialmente en la biblioteca, sentada en una de las mesas redondas de la sala de lectura junto al cuidador y a Ally. A estos últimos, nunca los había visto en su vida.

—¿Qué crees que sucedió? —preguntó Eva—. Por tu expresión tienes algunas teorías al respecto.

—No —se apresuró a decir Paul—. Tienes razón, es extraño que una mujer abandone una vida segura.

—¿La casa estaba intacta, recuerdas?

—Ajá. Ningún plan de huida en marcha.

—Intrigante.

—Sí. Pero no creo que los disparates de la maestra sean la realidad. Ni la escuela se los comió, ni se los llevaron los hombres verdes para investigarlos.

Cuando terminaban de almorzar, Joey llegó con su tercer obsequio. En este caso se trataba de una roca, la que a juzgar por su expresión no alcanzaba a cubrir enteramente sus expectativas. No hay nada como una buena rama, por supuesto.

—¿Quieres que busque el artículo del *Telegraph*? —preguntó Eva—. Creo que salió el martes o el miércoles.

—Lo haré yo mismo, gracias.

13

Nueva York, Noviembre 7 de 2003
Artículo publicado en el Twin Pines Telegraph

MARSHA FOX INTERNADA

Marsha Jasmin Fox, de cuarenta y cuatro años, fue internada el miércoles en la unidad psiquiátrica del hospital Monroe, tras una profunda crisis nerviosa según declaró uno de sus vecinos. El parte médico indica que la paciente presenta un cuadro psicótico agudo y que de no recibir tratamiento inmediato podría resultar peligrosa para sí misma o para los demás.

Fox adquirió notoriedad en la década pasada tras la publicación de su libro *Los misterios de la escuela Woodward*, en el cual afirmaba entre otras cosas que las desapariciones de Kathleen Blake y Michael Baines ocurridas en 1993 estaban relacionadas con fenómenos paranormales dentro de la escuela.

Tras aquellas desapariciones, la maestra abandonó por completo la docencia y se dedicó a difundir sus teorías,

participando de seminarios y eventos relacionados con estos temas. Su fundación cuenta con una buena cantidad de seguidores en nuestra ciudad y en otros puntos del estado, que desde la noche de ayer se encuentran en las inmediaciones del hospital donde la mujer se encuentra internada. Los familiares de Fox han expresado que no creen que abandone el hospital a corto plazo.

14

Paul estaba en la puerta de Tannen´s. Era una entrada discreta: un arco de madera con tres peldaños de piedra oscura y, más allá, un recodo que conducía a una segunda puerta. Junto al arco había una placa de bronce con el nombre del lugar. Si bien todo era nuevo para él, o se suponía que así debía ser, cada vez que se concentraba en algún detalle, un recuerdo se disparaba y contradecía el hecho irrefutable de que era la primera vez en su vida que visitaba ese club exclusivo.

Eran las ocho de la noche y Eva creía que él seguía en la redacción con un artículo que Phill le había pedido a último momento. Si bien su jefe sabría qué decir en caso de recibir una llamada de su esposa, Paul odiaba mentirle. De hecho, le revelaría la verdad cuando atara algunos cabos sueltos y él mismo terminara de digerirla. Por el momento todo era demasiado descabellado.

La atmosfera interior siguió disparándole recuerdos. Las lámparas, los revestimientos de madera, la distribución de las mesas, todo tenía el inconfundible sabor de lo conocido aunque jamás había estado allí en su vida. Buscó con la vista a Ally o a Ashley, pero no vio a ninguna de ellas. Reconoció a dos o tres muchachas, pero no recordaba sus nombres ni sabía cómo bucear dentro de su cabeza para encontrarlos. Tampoco vio a Louis.

Una de las muchachas no tardó en acercársele.

—Hola. Soy Hilary ¿Buscas a alguien?

Paul sintió el irrefrenable deseo de gritar que no y marcharse de allí para olvidarse

de todo el asunto. Se imaginó siguiendo adelante con aquél diálogo, rentando una habitación en el Motel Bluebird para pasar unas horas en compañía de Hilary. Entonces recibiría una llamada descabellada desde la escuela Woodward…

—Busco a Ally —dijo Paul.

—¿Ally?

—Sí.

—Aquí no encontrarás a ninguna Ally.

—¿Estás segura?

—Totalmente. ¿Cómo es tu amiga?

Paul proporcionó una breve descripción haciendo hincapié en el cabello, que consideró su rasgo más distintivo. La joven negó con la cabeza y sostuvo que no encontraría a nadie allí con ese nombre o que se ajustara a esa descripción. Paul estaba a punto de inventar una excusa para desaparecer cuando vio a Louis que aparecía por la puerta detrás de la barra. Llevaba el cabello más largo de lo que él recordaba, pero aparte de eso era el mismo con el que había mantenido largas conversaciones en el pasado. Paul disponía de gran cantidad de información perteneciente a aquel hombre. Se disculpó con Hilary, que lo observó contrariada, y se encaminó a la barra, donde ocupó uno de los taburetes.

Pidió un whisky. Antes de beber el primer trago se recordó que su pasión por el whisky era patrimonio de su otra vida. Y efectivamente, apenas probó la bebida una diminuta bola de fuego rodó por su garganta.

—Lou… —Paul quiso llamar la atención del barman llamándolo por su nombre cuando advirtió que no tenía ninguna manera de identificarlo— ¿Señor?

Louis se volvió con una ceja en alto.

—Disculpe. Estoy buscando a una persona —dijo Paul con el vaso entrelazado en sus dedos—. Hilary no la conoce, pero quizás ella no conoce a todas las muchachas aquí.

—Oh, créame que sí —dijo Louis visiblemente molesto por el inusitado inicio de aquella conversación—. Trabaja aquí desde hace más de cuatro años. Conoce a todo el mundo.

—Quizás mi amiga trabajó aquí antes que eso —ensayó Paul.

—Dígame.

—Su nombre es Ally.

Cuando Paul mencionó el nombre, la actitud de Louis experimentó un ligero cambio. Había estado repasando un vaso con un trapo pero se detuvo. Dejó el vaso sobre la barra y estudió a Paul durante unos segundos.

—¿Así que busca a Ally?

Niégalo. Di que no. Di que no y márchate ya mismo.

Al menos indicaba que la conocía, aunque el tono revelaba que había algo más, y que no era precisamente algo bueno.

Finalmente asintió.

—¿Es su novia?

¡¿Qué clase de pregunta es esa?!

Paul creyó que sería conveniente no dar a entender que la conocía demasiado. Algo que, además, era totalmente cierto. ¡En realidad nunca la había visto en su vida!

—No es mi novia —respondió al fin—. Una amiga que hace un tiempo no veo.

Louis pareció satisfecho con la respuesta. Se inclinó y por un momento Paul tuvo la certeza de que el hombre extraería un arma de abajo del mostrador. Era algo descabellado, sobre todo porque conocía al barman y sabía que era un hombre pacífico y razonable que no guardaba armas para dispararle al primer extraño que se le cruzara. Cuando su mano volvió a ser visible, no tenía un arma, sino un sobre cerrado. Lo lanzó al mostrador y aterrizó entre los dos hombres. Paul observó primero al sobre y después a Louis.

—¿Eso es lo que busca, verdad? —preguntó Louis—. Supongo que debo hacerle la pregunta de todos modos.

Paul regresó su atención al sobre y vio que no tenía ninguna inscripción.

—¿Qué pregunta?

—En realidad se trata de dos —dijo Louis—. La primera es sencilla: ¿Cuál es su nombre?

—Paul.

Louis sonrió.

—Tiene la mitad de la carrera ganada, amigo.

—¿Cuál es la segunda?

La sonrisa de Louis se borró y fue reemplazada por rubor en las mejillas.

—¿Cuál es la mejor manera de abatir a un cuidador? —preguntó.

Ahora fue Paul quien sonrió. Hacía días que recordaba cómo Ally había surgido desde las escaleras de la segunda planta para sorprender a Judd por la espalda. Si la muchacha no hubiera intervenido en ese instante quién sabe lo que le hubiera ocurrido a él.

—Con un extintor —dijo Paul.

—El sobre es suyo —dijo Louis—. La muchacha me dio cincuenta dólares por el pequeño circo de preguntas y respuestas.

Paul asumió que Louis buscaba un poco más de dinero con aquel comentario, pero cuando empezó a meter la mano en uno de los bolsillos de su chaqueta él lo interrumpió.

—No hace falta —le dijo—. Lo hubiera hecho de todos modos. La muchacha me cayó en gracia, por eso le pregunté al principio si era su novia.

—Pues no lo es.

—Nos pusimos a conversar —dijo Louis con cierta añoranza en su voz—, y resultó que ambos tenemos la misma canción favorita. *Heart Shaped Box*, de Nirvana. ¿Puede creerlo?

—Es una gran canción.

—Sí, lo es. Pero ella se acercó la primera vez cantándola por lo bajo. Y eso nunca me había pasado; fue como una señal. Además tiene una voz muy bonita.

Louis había retomado la limpieza del vaso. Paul probó dos o tres sorbos más de whisky pero decidió abandonarlo.

—Dígale a su amiga que venga a verme algún día.

—Si la veo lo haré.

Paul pagó por la bebida y se metió el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta.

Salió de Tannen´s con la convicción de que nunca regresaría.

15

A la luz del día la escuela Woodward era un sitio tranquilo y acogedor.

Paul decidió dejar su coche en la carretera 26 y recorrer a pie el camino hasta el edificio. Pasó junto al banco donde él y Ally habían visto el pájaro estático siempre a punto de levantar vuelo, y el reloj de pie que ahora sí funcionaba. Eran las diez de la mañana. Antes de subir las escalinatas se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta donde guardaba la carta que Ally le había dejado en Tannen´s y que había leído la noche anterior. Esa tarde tenía pensado quemarla. Pero primero tenía que hacer algo.

Antes de abrir la puerta contempló el vestíbulo. Tras el cristal se imaginó sentado con Ally, la primera noche de encierro, sin sospechar lo que finalmente tendría lugar.

Sacudió la cabeza y entró. Si bien la escuela estaba en silencio, el murmullo lejano de voces aniñadas y algunas adultas, sumadas al viento y al distante tránsito de los coches en la carretera 26, conferían al lugar una atmosfera tranquilizadora. No obstante, y casi como una broma consigo mismo, una vez en el vestíbulo probó empujar la puerta para comprobar que podía abrirla.

En el corredor del ala Oeste se cruzó con una mujer que reconoció de inmediato.

—¿Señora Strickland?

La directora se detuvo. Tenía no más de sesenta y cinco años, pero el cabello encanecido peinado en una esfera espumosa y unas gafas redondas hacían que aparentara algunos más. Su tez sin embargo era tersa y una pátina suave de maquillaje lograba armonizar sus facciones. Sonrió en cuanto vio a Paul, aunque la expresión en su rostro dio a entender que no lo reconoció.

—¿Es usted el padre de alguno de los niños?

—No, mi nombre es Paul Farris —dijo extendiendo la mano que ella estrechó—. Soy periodista.

—Ahora lo recuerdo —dijo Gale sin que la sonrisa desapareciera de su rostro.

—Pero no se preocupe, vengo en son de paz —bromeó Paul.

Gale festejó el comentario con una suave risita dulce.

—¿Qué se le ofrece, señor Farris?

—Mi hijo Joey —dijo él—. Todavía no es tiempo de que empiece la escuela, pero con mi esposa estamos haciendo algunas averiguaciones.

—Oh, me alegro de que nos tenga en consideración —dijo Gale—. Con gusto le entregaré algunos folletos en los que dispone de toda la información necesaria para tomar su decisión.

—Eso sería perfecto.

Paul no se sentía muy a gusto con aquella mentira. No tenía la más mínima intención de que su hijo pisara esa escuela.

La directora le pidió que lo acompañara a su despacho, donde le entregó una serie de folletos con hermosas fotografías de la escuela. Una de ellas era una magnífica vista de la biblioteca.

—¿Cuántos años lleva al frente de la escuela, directora Strickland?

—Ohh… Muchos —Gale sonrió y agregó con complicidad—: más de veinte. Y espero quedarme unos cuantos más todavía.

Paul hizo un comentario de cortesía y agradeció los folletos. En su cabeza buscaba la manera de formular la siguiente pregunta, que era en definitiva la razón por la que estaba esa mañana en la escuela llevando adelante aquella farsa, pero descubrió que

no era sencillo sin que el diálogo perdiera naturalidad. Afortunadamente, la propia Gale solucionó el problema:

—¿Sabe lo que podemos hacer? —dijo la mujer—. Yo tengo que atender unos asuntos, pero puedo pedirle al cuidador que le muestre las instalaciones. Con gusto lo hará y usted podrá llevarse una idea más clara para decidir con su esposa.

—Me parece una gran idea.

Gale Strickland asió el auricular del teléfono de su escritorio y marcó un número corto, probablemente un interno. Dijo unas pocas y palabras y cortó.

—Lo esperarán en el vestíbulo, señor Farris —anunció Gale con voz musical, observándolo con ojillos vivaces tras sus gafas redondas.

Paul agradeció la gentileza y se despidió.

De camino al vestíbulo no pudo evitar sentirse intranquilo. Si Ally había experimentado lo mismo que Paul, como aseguraba en su carta, entonces no cabía duda de que a Judd le habría sucedido lo mismo. La única diferencia entre ellos y el cuidador era que el hombre había muerto durante el encierro en la escuela. Quizás esto tuviera algún tipo de consecuencia, aunque era difícil saberlo. En el mejor de los casos Judd no recordaría nada del incidente, y en el peor, bueno… Paul tendría que escapar a toda velocidad. En ambos escenarios la presencia en la escuela de ese sujeto peligroso era una bomba de tiempo y sería necesario hacer algo al respecto. Ya vería qué. Quizás investigarlo un poco para encontrar algo de tierra bajo la alfombra y hacer que lo despidieran.

Habría tiempo para pensarlo. Lo primero era ver cuánto sabía el hombre.

Esperó recostado contra la pared, de cara a la puerta de la cafetería. Supuso que Judd haría su aparición por allí. Pero se equivocó.

Cuando escuchó una voz desde el otro lado del corredor estuvo a punto de lanzar un grito.

—¿Señor Farris?

Estaba más asustado de lo que habría estado dispuesto a reconocer. Se volvió.

Allí no estaba Judd, sino un sujeto enjuto que en comparación parecía un niño de secundaria. Tendría unos treinta años, ojos saltones y las mejillas lampiñas. Llevaba una gorra azul y una chaqueta que lo identificaba como el encargado de la seguridad de la escuela. Paul sintió deseos de lanzar una carcajada.

—Soy Buff Willow, el cuidador. —La voz aflautada completó el personaje a la perfección.

—¿Buff? —Paul no podía creerlo.

—Sí. —El hombrecito se sonrojó; evidentemente no se sentía del todo cómodo

con su nombre completo y aquella había sido una invitación a que lo dijera. No lo hizo—. La directora me ha pedido que le muestre las instalaciones. ¿Es usted el señor Farris, verdad?

—Sí, soy yo.

—Acompáñeme por favor. ¿Quiere ver alguna parte en especial?

—Con el gimnasio será suficiente —dijo Paul mientras se echaban a andar—. Para mi esposa y para mí el deporte es muy importante.

El joven asintió mientras se acomodaba la gorra e inclinaba la cabeza servicialmente. Avanzaron por el corredor central en silencio. Paul era una cabeza más alto que Buff.

—¿Hace cuánto que trabaja aquí, señor Willow? —preguntó Paul cuando pasaban junto a los baños.

—Ocho años.

—Me parecía. Hace unos años visité la escuela y recuerdo que otra persona estaba en su puesto.

—Oh, sí, el señor Wilson.

—Exacto.

—Lo despidieron —anunció Buff.

—¿Sí?

—Sí. La directora Strickland no se sentía a gusto con él.

—¿Sabe qué fue de él?

—No tengo la menor idea.

Habían franqueado la puerta del gimnasio. Paul fingía estudiar el lugar cuando en realidad internamente se alegraba de que las cosas hubiesen resultado tan sencillas. Con Judd lejos de la escuela los niños no corrían peligro. Además, de su despido habían transcurrido ocho años y nada anormal había sucedido desde entonces. Podían quedarse tranquilos.

Paul prolongó un poco más su papel de padre interesado en la escuela y dijo que con lo que había visto sería suficiente. Le agradeció a Buff su tiempo y se despidió.

16

Noviembre 12 de 2003

Querido Paul,

¡¿Vaya semana, verdad?!

Sí estás leyendo estas líneas sé entonces que estarás de acuerdo conmigo.

Estos días en que todo ha empezado a volver han sido caóticos para mí. No podía concentrarme en nada. Mi jefe me preguntó unas mil veces si me sentía bien y yo le dije que sí, pero finalmente me obligó a irme a casa y pedir consulta en el médico, cosa que lógicamente no he hecho.

Al principio las imágenes se presentaban a intervalos cortos. No fue nada placentero. Creí que me volvería loca. Al tercer día las cosas se calmaron bastante y al cuarto todo estaba relativamente bien. ¡Ha sido como vivir otra vida en apenas una semana! Me siento más vieja… ufff. Ahora me siento muy bien. A decir verdad, mejor que nunca.

Disponer de recuerdos de vidas tan dispares ha sido también un aprendizaje. Ya volveré más tarde sobre esto, pero creo que Michael esperó diez años para que ambos pudiésemos disfrutar de todo ese tiempo juntos. No sé si además necesitó perfeccionar sus habilidades; es probable que sí. Le agradezco enormemente el haberme brindado la posibilidad de compartir con él esos diez años *extras*, que ahora han regresado en forma de recuerdos como un cúmulo de tesoros preciosos. Cuando eso empezó a suceder, cuando todas esas vivencias con mi hermano desaparecido poblaron mi mente, creí que lo mismo le ocurría a otras personas, por ejemplo a mi padre. Pero he hablado con él y no recuerda haber vivido esa otra realidad. Creo haberte dicho alguna vez que podía leerlo como a un libro abierto y tal cosa no ha cambiado.

Pero muchas cosas sí han cambiado. Por ejemplo, ¡soy contadora! ¿Qué me dices? ¡Bastante bien para una repartidora de pavos a domicilio, eh! Sin embargo lo más importante de todo es que mi madre está viva… Apenas puedo mantener el pulso estable mientras escribo estas palabras. No hubo ningún

accidente con una motocicleta. Viéndolo en retrospectiva, ha sido el punto de inflexión para mis padres, como no podía ser de otra manera. El negocio de mi padre prosperó y mi madre consiguió trabajo en la compañía telefónica. Ella todavía sigue trabajando allí y él tiene unas cuantas personas a su cargo, vehículos propios y muchas empresas grandes como clientes estables. Son muy felices. La desaparición de Michael fue un golpe duro y quizás fue la razón por la que se concentraron tanto en mí. Me han apoyado mucho y me consta que se han desvivido por ahorrar el dinero suficiente para que pudiera ir a la universidad. En ese sentido no los he defraudado.

Pero tampoco me he defraudado a mí misma: a esa otra persona que fui y que tú has conocido. Esta semana me ha servido como prueba. No me he convertido en una persona con una venda en los ojos porque ha tenido la suerte de ir a la universidad, tener un buen empleo y una familia maravillosa. He tenido suerte. Mucha. Nadie mejor que yo puede decir que a eso se reduce todo, ¿no? El esfuerzo personal es necesario, meritorio, respetable, pero es sólo una parte. El día que podamos entenderlo se acabarán nuestros problemas.

En fin, me he puesto filosófica. No quiero que pienses que me he convertido en una monja de clausura. Soy la misma que estuvo contigo en el Motel Bluebird, en la habitación 109. ¡Hasta esos detalles recuerdo! Soy la misma, Paul, pienso de la misma manera, y siento tanto respeto por esa muchacha como por mí. En mi cabeza me refiero a ella como «la otra Ally»… puedes reírte si quieres. Y con esto puedes reírte todavía más: siento una profunda admiración por ella.

Quizás lo más sensato hubiese sido tomar un café juntos y hablar, pero sospecho que lo mejor será dejar todo esto atrás. No digo olvidarlo porque no se trata necesariamente de algo malo. Muchas cosas buenas han surgido de lo que ocurrió en la escuela esa noche eterna. Es simplemente que no creo que convenga agitar el pasado. Me he tomado la libertad de investigar en internet un poco y he encontrado algunas noticias recientes en las que mencionan a tu esposa. ¡No sabes lo que me he alegrado!

Todo esto está siendo más extenso de lo que pretendía. Quería contarte algunas cosas sobre mí pero esto se ha convertido en un pasaje de la Biblia. Iré directo al grano. Hay dos cosas que quiero decirte, que me parecen importantes.

La primera es muy simple y supongo que tú ya la habrás considerado. Tiene que ver con Judd Wilson. Se me hiela la sangre cuando pienso en ese hombre y en todos los niños que pasan sus días cerca de él. No descartaría que en algún momento reaccione violentamente como lo hizo con nosotros, o que, sin llegar a algo extremo, cause problemas a alguno de los niños. Me siento completamente fuera de lugar pidiéndote esto, pero sé que puedes ir allí y hacer algunas preguntas. Si hay algún indicio de comportamiento indebido por su parte, podrás darte cuenta. No creo que puedas hacer mucho, pero quizás alertar a las autoridades escolares sería suficiente. No lo sé. Es algo que me preocupa y sé que sabrás manejarlo mucho mejor que yo.

Lo siguiente será un poco más complicado de explicar.

Durante estos últimos días he pasado de una confusión extrema a un entendimiento pleno, a medida que las piezas caían en su sitio. Ahora entiendo las razones por las que Mickey cargó con la tragedia del aula 19 en sus espaldas durante diez años. Debió haber sido duro, pero él sabía que podría volver las cosas atrás y se aseguró de hacerlo correctamente. Entiendo también que en su planificación evitó el accidente de mi madre (aunque no sé exactamente cómo lo hizo) y que por alguna razón quiso hacer lo mismo con tu esposa. Es cierto que necesitábamos a alguien más en la escuela, que yo sola no hubiese podido cuando Michael nos dejó, pero él podría haber escogido a otra persona y sin embargo el elegido fuiste tú. Le caíste en gracia. Tú y Eva. Por eso conservaba esa fotografía de ambos de la que te he hablado en la escuela.

Mickey lo planeó todo al detalle, lo cual me enorgullece. Tuvo el tiempo necesario para no dejar nada librado al azar.

Y eso me ha llevado a comprender una cosa. Algo que quizás no has advertido todavía, pero que tiene perfecta lógica:

Mi hermano Michael no mató a los niños del aula 19.

Kathleen lo hizo.

Suena descabellado a primera vista, lo sé, pero piénsalo. Cuando estábamos en el aula 19, al final, he tenido la sensación de que Michael, tú y yo sosteníamos una gran bola imaginaria, que se deslizaba suavemente sobre un riel, hacia adelante y hacia atrás. Cuando Michael nos abandonó, la bola se hizo inmensamente pesada hasta que finalmente nos aplastó. Michael sostenía la bola, pero entre los tres nos encargábamos de moverla.

¿Me sigues?

Cuando vimos a Michael fuera del aula 19, a su versión translúcida, Kathleen estaba con él. Era ella la que movía la bola. Y si pudimos verla fue porque Michael se aseguró de que estuviera muerta en ese momento. Te dije una vez que mi hermano era una persona de un corazón inmenso y sigo afirmándolo.

Y hay una cosa más, algo que quizás exculpe en parte de Kathleen, pero quiero decírtelo todo, ser sincera contigo. Cuándo sosteníamos esa bola inmensa y esos niños se burlaban sin parar, ¿no sentiste por un instante el deseo de hacerles daño? Sé que suena horrible. Es como si esa habilidad de Michael tuviera la capacidad de sacar lo peor de ti. Michael y yo no hemos ido tantas veces a casa de tía Lorraine como sí lo hizo «la otra Ally», pero recuerdo perfectamente cómo matábamos los insectos en el frasco de vidrio. Y puedo decirte que en esos momentos sentía algo perverso viendo cómo se retorcían por la falta de aire.

No sé si Kathleen lo planeó todo de antemano, que esos niños se burlaran de Michael. Pero sí creo que una vez que sucedió, y que lo aferró de las manos, esa maldad afloró en ella y no le importó nada. Vio la posibilidad de perjudicar a la directora y de ocupar su cargo y lo hizo.

Pero no quiero convencerte de esto en función de lo que yo siento por mi hermano. Sé que eres un hombre de hechos.

¿Recuerdas en la biblioteca, cuando Kathleen nos habló de la ausencia de marcas de agujas en los cuerpos? El médico le dijo que no las había encontrado y luego de la visita de Kathleen… allí aparecen las marcas. Apuesto a que pasó la

noche con ese médico. No sólo mató a los niños del aula 19, sino que después permitió que Hannigan asumiera toda la culpa, y a mi hermano no lo mantuvo en la escuela para protegerlo, sino para que no hablara…

Piensa en cada cosa que ha ocurrido en nuestras horas de encierro y verás que lo que digo tiene sentido. Piensa en cuando Kathleen te dejó amarrado a la tubería, por ejemplo, o en cómo no se despegó un minuto de Michael o liberó a Judd en el vestíbulo…

Eventualmente pensarás como yo, y si no es así, bueno… tampoco es tan grave. Después de todo, no se puede juzgar a alguien por cosas que no hizo, ¿verdad?

Paul, te deseo lo mejor. Lo digo en mi nombre y en el de Mickey. Gracias por todo lo que has hecho por nosotros. Te mereces grandes cosas y espero de corazón que las consigas todas.

Te quiero.

Tu amiga,

Ally.

Nota del autor

Soy un convencido de que los libros en papel y los digitales convivirán, incluso de una manera más pacífica y amigable de la que muchos pronostican o temen. Los fantasmas de otras industrias, las maniobras miserables de aquellos que quieren dilatar su reinado aun a título de perjudicar al propio negocio, las modas, e incluso la amenaza real y muy peligrosa de la piratería, nada impedirá, a mi criterio, que dos plataformas diferentes cubran las necesidades de los lectores. ¿Acaso los libros en tapa dura y las ediciones de bolsillo no han convivido por tanto tiempo? El precio no lo es todo. Yo estoy muy conforme con mi lector digital, el Kindle 3: leo libros de colegas, libros en inglés, libros de autores que estoy descubriendo, ¡es fantástico! Sin embargo no se me ocurriría comprar un libro de Stephen King o Michael Connelly —por citar sólo dos ejemplos— en versión digital. Sería como ver la próxima de Star Wars en casa y no en el cine. Pero hay algo más, una razón que como lector de libros digitales estoy empezando a padecer: es el *después*. La relación con los libros en papel no termina cuando se cierra la última página; los vemos casi todos los días, cada tanto los hojeamos, leemos un pasaje al azar, quizás nos tentamos y los releemos completos. A medida que pasa el tiempo la relación se afianza: para mí es un placer grandísimo pararme frente a mi biblioteca y contemplar los libros que leí en mi adolescencia, son parte de mí. El hecho de que sean *esos mismos* ejemplares marca una diferencia fundamental e imposible de valorar en relación con el futuro de una industria. Se suele decir que la experiencia de tocar un libro, pasar sus páginas, olerlo, es irrepetible, y es cierto; sin embargo, yo encuentro mucho más fuerte el vínculo que con los libros se establece *después* de la lectura. No importa que los dispositivos digitales consigan emular la textura del papel en sus pantallas, que sean flexibles, que consigan destilar el aroma del papel y la tinta, o que nos lean el texto con la voz de Morgan Freeman. Nunca serán lo mismo. Y serán esas diferencias, a favor de uno y de otro, las que los terminarán salvando a ambos.

Y tú te preguntarás, respetado lector, ¿cómo digo todo esto precisamente en la edición digital de mi libro? También podría dedicar un párrafo a las bondades de los lectores electrónicos. ¿Pero hace falta? Esta novela no hubiera llegado a tus manos de no ser por las posibilidades que brindan estos dispositivos de lectura. Lo verdaderamente importante, a mi modo de ver, es que la literatura sigue siendo un momento íntimo entre autor y lector. No es que no necesitemos a nadie; necesitamos a mucha gente que lo hace posible: editores, correctores, distribuidores, vendedores, diseñadores; y ahora parece que también: programadores, técnicos, ingenieros y un montón de personas más. Pero una vez que todos ellos han hecho su trabajo y que mi libro está en tus manos, entonces sólo quedamos tú y yo. Y tenemos que respetarnos; yo tu tiempo y tú mi trabajo. Si hacemos eso, estaremos bien.

La tecnología nos brinda hoy posibilidades de interacción impensadas en el pasado. El boca a boca tiene a las redes sociales como aliados; el lector ha adquirido cada vez más protagonismo en la vida de una novela. Si esta (o cualquier otra historia) te ha gustado, no dejes de comentárselo a tus amigos, de mencionarlo en tu perfil de Facebook, de Twittearla, de regalarla. Y si El Aula 19, o Benjamin, o alguna de mis novelas por venir te gusta, no dejes de buscarme en Facebook para decírmelo; será un enorme placer saber de ti, respetado lector.

Federico Axat
Buenos Aires
Ene 2013

Notas

[1] [en inglés GUN] <<

[2] [Hell, en español Infierno] <<

[3] [en inglés MACHINE] <<

[4] [en inglés MACHINEGUN] <<

[5] [Tengo una historia para contar /a veces es tan difícil esconderla / no estaba lista para la caída / demasiado ciega para ver la escritura en la pared] <<

[6] [Un hombre puede decir miles de mentiras / he aprendido mi lección / espero vivir para contar / el secreto que he aprendido, hasta entonces / arderá en mi interior.] <<

[7] [«Mis manos frías», en inglés «My Cold Hands». «Las manos de Michael», en inglés «Michael´s Hands». Ambas frases son fonéticamente similares.] <<